

JOHN CHEEVER

Cartas



LITERATURA TOM HOUSE

Cartas

JOHN CHEEVER

Edición a cargo de Benjamin H. Cheever

Traducción de
Miguel Temprano García



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

AGRADECIMIENTOS

Este libro es en sí mismo un reconocimiento: en primer lugar al talento de mi padre y a continuación al afecto que sentía por la gente a quien escribió. Por último, esta colección de cartas reconoce el amor que ellos, a su vez, sentían por él. No guardaba copias y animaba a la gente a tirar sus cartas. De no haber sido por la clarividencia de sus corresponsales no se habría salvado ninguna y no habría sido posible ni este libro ni ningún otro.

En primer lugar quiero dar las gracias a William Maxwell. Los dos hablamos largo y tendido de mi padre, lo cual contribuyó sustancialmente a mi conocimiento del hombre a quien conocía tan bien. Ha sido mi amigo y mi padre confesor. Y cuando todo estuvo dicho y hecho, releyó el manuscrito y me hizo sugerencias tan brillantes como delicadas.

Tanya Litvinov me proporcionó un fajo de cartas muy valiosas. Muchas llevaban perdidas bastante tiempo, y ella las encontró y me envió copias. También me escribió cartas amables y profundas sobre mi padre. Su apoyo y su buena voluntad significaron más para mí de lo que puedo decir.

Josephine Herbst murió antes de que yo iniciara este proyecto, aunque no creo que la gente como Josie muera nunca y a menudo tengo la sensación de que continúa a mi lado.

Cuando empecé a trabajar en este libro apenas conocía a Eleanor Clark, pero ella también resultó de gran ayuda. Sus recuerdos de la juventud de mi padre fueron tan útiles como las cartas que me proporcionó.

Ned Rorem se esforzó en arrojar luz sobre el enigma de la compleja naturaleza sexual de mi padre. Me contó, entre otras cosas, que en él el orgasmo siempre iba acompañado de una visión de flores o de la luz del sol.

John Updike fue un buen y leal amigo de mi padre. Las notas que me envió y las cartas que intercambió con mi padre parecen demostrar que, incluso en la situación más competitiva, la amistad entre dos buenas personas no solo puede sobrevivir sino triunfar.

Saul Bellow también ha sido generoso con sus cartas y su apoyo. Su amistad fue de gran importancia para mi padre a lo largo de su vida.

También debo dar gracias a su hijo, Adam Bellow. Los largos paseos que dimos juntos me enseñaron mucho sobre lo que significa ser hijo de un escritor famoso, y también sobre lo que no significa.

Philip Schultz no tenía muchas cartas, pero sabe escuchar y si hubiese sido mi psiquiatra en lugar de mi amigo, ahora sería rico.

Raymond Bonner me proporcionó consejos brillantes y fiables. Cuando corríamos juntos por la tarde me repitió una y otra vez que escribir un libro es exactamente igual que correr una maratón, «salvo que cada vez que vas a cruzar la línea de meta, la cambian de sitio».

Como este libro trata de mi padre, la línea entre el trabajo y la vida resulta a menudo arbitraria, y eso es particularmente cierto en lo que se refiere a la familia. Han sido los estrechos hombros de mi mujer Janet los que han soportado con más frecuencia el peso de mis dudas y mi inseguridad. Dar gracias a la mujer cuando acabas un libro por haber soportado tu malhumor parece un tópico, pero no lo es cuando ocurre en tu propia cocina y estás apoyado en el fregadero y te oyes gritar. Entonces parece la primera pelea en el mundo entre el primer hombre y la primera mujer. Janet ha conocido esta obra en todas sus fases, pero hasta que lea estas líneas no sabrá que en uno de mis ataques de cólera rompí la pata de la vieja mecedora de madera. Luego, presa del remordimiento, la arreglé con cola y la silla continúa en pie, igual que nuestro matrimonio.

La primera que me animó a recopilar estas cartas fue mi hermana Susan, y todavía no estoy seguro de si debería estarle agradecido. Pero desde entonces siempre me ha prestado su apoyo. Hay partes de este libro que deben de ser dolorosas para mi madre, que aun así ha compartido mi compromiso con la verdad y le estoy extremadamente agradecido por su valentía. Mi hermano Fred también ha sido generoso y entusiasta.

John Weaver casi se ha convertido en un miembro de la familia. Ha participado en el proyecto desde el principio. Su enorme y secreta cantidad de cartas ha sido un motivo de alegría y su apoyo no ha vacilado jamás. Toda su vida personal y profesional me parece un ejemplo deslumbrante de lealtad y generosidad.

Elizabeth Logan Collins me proporcionó numerosa información y un sobre lleno de cartas. También se las ingenia para que mi madre y yo la acompañemos al Museo Metropolitano de Arte al menos una vez al año.

Joe Hotchkiss, Michael Bessie y Arthur Spear han sido amables y accesibles. Los tres me han proporcionado información y al menos me han invitado a comer una vez cada uno. Cuando fui a ver a Hope Lange llevé mi propia comida, pero creo que me habría dado de comer si la hubiese dejado, y sus recuerdos de mi padre eran tan vívidos como profundos. Frederick Exley también acompañó su paquete de cartas de una nota dirigida a mí, que prolongó después con conversaciones telefónicas.

Gracias también a Peter Canning y a Jeremy Dole por sus ánimos y a Martin Garbus por sus consejos legales.

Jane Cheever Carr no pudo proporcionarme material nuevo, pero creo que hizo varios viajes en balde al desván y le estoy agradecido. Ahora sé lo difícil que puede ser hurgar en el desván.

Conocí a Andrew Wylie hace unos años. A pesar de su cuidada reputación de hombre duro,

siempre me ha parecido un amigo bueno y amable. En este y en otros proyectos su entusiasmo y su apoyo han resultado ser un gran consuelo.

Allen H. Peacock ha sido mi editor en Simon and Schuster y un caballero en este mundo tan poco caballeroso. Creo que sabía lo doloroso que sería para mí este proyecto y me ha protegido escrupulosamente de cualquier infierno que no hubiera creado yo mismo. También ha sido un placer trabajar con Sophie Sorkin, la correctora de Simon and Schuster.

Quiero dar gracias a la Yaddo Corporation y a la American Academy and Institute of Arts and Letters. También he contado con la ayuda del personal de la Biblioteca Beinecke de Libros Raros y Manuscritos de la Universidad de Yale y de Robert Rosenthal, el conservador de las Colecciones Especiales de la Biblioteca de la Universidad de Chicago. Gracias también a John Legget, el director del Programa de Escritura Creativa de la Universidad de Iowa, y a Elizabeth A. Falsey de la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard. La Biblioteca de la Universidad de Delaware me proporcionó material, al igual que la Biblioteca Newberry de Chicago y la Biblioteca de la Universidad de Brandeis.

He recibido inmerecidamente el enorme afecto que todavía inspira mi padre. Todas las cartas de este libro parecen dar fe de dicho afecto. Entre quienes me escribieron y me enviaron copias de las cartas se cuentan Stephen Becker, Peter y Ebbie Blume, Mimi y Philip Boyer, Frances Lindley, Bev Chaney Jr., Malcolm Cowley, John y Mary Dirks, Don y Katrina Ettlinger, Christopher Lehmann-Haupt, Natalie Robins y Philip Roth. Helen Puner, Esse Lee y Allan Gurganus también me proporcionaron cartas. Tom Glazer me dio una carta y me invitó a comer. Candida Donadio y yo tuvimos un encuentro del que disfruté enormemente. No me dio ninguna carta, pero me leyó la buenaventura. Robert Cowley y yo hemos comido juntos más o menos una vez cada seis meses, pero creo que ha sido más por amistad que con ánimo de investigar. En todos los casos ha sido muy difícil separar mis deseos de conseguir información del enorme placer de disfrutar de la compañía de los viejos amigos de mi padre.

Si la inmortalidad puede hallarse en los recuerdos de las personas a las que queremos, mi padre sigue tan vivo hoy como cuando llegó chillando a este mundo el 27 de mayo de 1912.

BENJAMIN CHEEVER

A J.M.C., madre e hijo

EL HOMBRE A QUIEN CREÍA CONOCER

Cuando mi padre dejó de respirar, intenté volver a hacer funcionar sus pulmones insuflándole aire por la boca. Luego le abracé. Mi madre y mi hermana se unieron al abrazo. Las oí llorar y luego oí mi propio llanto.

Estábamos de pie junto a la cama cuando llegó el empleado de la funeraria. Los tres teníamos la cara empapada de lágrimas.

Mi padre estaba desnudo excepto por una escayola blanca en la pierna. Se había caído a principios de esa semana. Su piel estaba pálida y luminosa, como si fuese de pergamino, y recuerdo que pensé que daba la impresión de que aún pudiera durar mucho tiempo.

El de la funeraria llevaba una camilla plegable con ruedas y una bolsa de color verde para cadáveres. Era un hombre fuerte con un traje oscuro de raya diplomática, que llevaba exactamente igual que un albañil su mono de trabajo. La formalidad de su atuendo no traslucía ningún respeto. En primer lugar, montó su artilugio, luego nos pidió que saliéramos de la habitación. Nos negamos. «No creo que quieran ver esto —dijo—. Lleva un catéter.» Respondimos que ya lo sabíamos y que se lo habíamos puesto nosotros. El empleado de la funeraria se encogió de hombros y se puso manos a la obra. Jadeaba al moverse. Manejó el cadáver como si fuese un saco de patatas de un metro setenta. Lo subió a la camilla y cerró la cremallera de la mortaja de plástico verde.

Luego empujó la camilla y empezó a dar tirones y sacudidas para bajarla por las escaleras hasta la acera.

—¿Quiere que le ayude? —pregunté.

—No —respondió, mientras tiraba de la camilla para bajar otro tramo de escaleras.

Le seguí hasta la calle.

—Será mejor que le trate usted bien o le morderá —dije.

—No se preocupe —replicó—. Yo me encargué de Rockefeller.

—Sí —respondí—, pero Rockefeller estaba muerto.

Todavía me resulta difícil entender que mi padre ha muerto. Llevo escribiendo desde aquella tarde por dos motivos aparentemente contradictorios. El primero aceptar su muerte; el segundo, derrotarla.

Mi padre murió cerca de las 4 PM. en el dormitorio principal de su casa de Ossining, en Nueva

York. El 18 de junio de 1982. Desde entonces he descubierto muchos métodos moderadamente exitosos de resucitarlo, de hacer que esté próximo y real. Llevo su reloj, releo sus libros, hablo con sus amigos. Leo sus cartas.

Él siempre me pidió que me deshiciera de ellas. «Guardar una carta es como intentar conservar un beso», decía. Yo era un hijo obediente, pero no le hice caso. Atesoré su correspondencia, y otras muchas personas hicieron lo propio. Y la razón de que estas cartas sean tan impactantes, la razón de que lo traigan a la memoria de una manera tan vívida, es que quien las escribió pensaba sinceramente que se desharían de ellas.

Mi padre era extremada, casi compulsivamente franco con sus hijos. Siempre supe cuando había bebido demasiada ginebra, cuando se avergonzaba de sí mismo, cuando cometía adulterio. Incluso el color de la barra de labios que usaba ella. A menudo oí más de lo que quería oír. Aun así muchas cosas que descubrí en sus cartas me impresionaron.

La revelación más difícil para mí, como hijo suyo, fue hasta qué punto mi padre era homosexual. Me resulta imposible ser objetivo, o separar sus miedos de los míos, pero sin duda era algo que le angustiaba. En uno de los papeles encontrados en su mesa tras su muerte había escrito: «“Te da miedo patinar sobre hielo transparente, ¿verdad? —dijo mi hija—. Me he dado cuenta de que a Ben y a ti os da miedo patinar donde se ve el fondo.” Me temo que es cierto. Pasé años atemorizado por la posibilidad de ser homosexual. No se me ocurre un motivo de temor más justificado. Tenía instintos homosexuales y los únicos homosexuales a los que conocía no se correspondían con lo que yo esperaba llegar a ser...». Ese fue uno de los modos en que parece no haber logrado estar a la altura de su propia exigencia.

Me sorprendió que a veces fuese capaz de la más fría hipocresía. Sabía que escribía relatos y que podía modificarlos a voluntad, pero siempre pensé que lo hacía por el bien del propio relato, y para aumentar el placer que le proporcionaba. Sigo pensando que así era en la mayor parte de los casos, pero también hay ejemplos en los que se le ve adulando a un escritor y luego despellejándolo en una carta dirigida a un colega de ambos.

Pero esas quejas, y las habituales lamentaciones del hijo de un alcohólico, no son el objeto de este libro. Estas cartas las escribió un hombre extraordinario, y lo extraordinario de mi padre no fueron su crueldad ni sus defectos, sino su alegría y su talento para transmitir dicha alegría a quienes le rodeaban.

El optimismo se identifica a menudo con el simplismo, con la incapacidad de ver el lado oscuro de las cosas o de reconocer sus tentaciones. No era el caso de mi padre. Después de que le trataran un tanto pomposamente en un artículo de portada de la revista *Time* titulado «Ovidio en Ossining», la novelista Josephine Herbst le escribió para decirle que la celebración de la vida que tanto cacareaba el artículo de *Time* no surgía de la nada, sino de un profundo pesimismo. Cuanto más sé de él, más creo que estaba en lo cierto.

En ese mismo artículo de *Time*, publicado el 27 de marzo de 1964, mi padre dijo: «Casi no conozco placer mayor que el de hilvanar una serie de acontecimientos dispares en un relato de ficción, de manera que se relacionen entre sí y confirmen la intuición de que la vida es, en sí misma, un proceso creativo, en el que una cosa se coloca intencionadamente detrás de la otra, en el que lo que se pierde en un encuentro se recupera en el siguiente, y de que poseemos cierta capacidad de dar sentido a lo que sucede».

El intento de hacer de la vida una galaxia interconectada que tuviera sentido moral no se interrumpía cuando dejaba la máquina de escribir. Todo lo que veía y tocaba estaba vivo y tenía un significado, una carga positiva o negativa. A menudo jugábamos a escoger un desconocido por la calle e imaginar el resto de su vida, el empapelado plateado de su cuarto de baño, las magdalenas quemadas que le gustaba desayunar o su alergia mortal a la yema de huevo.

Cuando yo vivía todavía en casa, él me esperaba de noche en un sillón amarillo que había al lado de la chimenea en el comedor. Normalmente tenía un vaso de ginebra en la mesa y un cigarrillo en la mano. Quería hablar. A veces quería escuchar mis preocupaciones, otras prefería hablar de las suyas. Me decía que yo debía de desear tener un padre que no bebiera tanto, y yo siempre respondía que no. Supongo que eso me convierte en lo que Alcohólicos Anónimos llamaría un «facilitador», alguien que favorece que el alcohólico pueda destruirse a sí mismo. Tal vez sea así, pero entonces pensaba, y lo sigo pensando, que a la gente a quien uno quiere hay que aceptarla tal como es. Las peores cualidades a menudo van unidas a las mejores.

Cuando terminábamos de hablar, recogíamos los cojines de los sillones y los sofás para que los perros no durmieran encima y nos íbamos a la cama. Sus posteriores problemas con el alcohol han teñido mis recuerdos sobre su manera de beber, y no hay duda de que nuestra relación tuvo sus altibajos. Le gustaba decir que solo recordaba haberse peleado una vez conmigo, pero su memoria era mucho más selectiva que la mía. A menudo he pensado en él con amargura, pero, pese a que no soy bebedor, el aroma de la ginebra y el tabaco siguen pareciéndome una combinación deliciosa.

Mi padre era un hombre de contradicciones enormes y fundamentales. Era un adúltero que escribía con elocuencia a favor de la monogamia. Un bisexual que detestaba cualquier indicio de ambigüedad sexual. De niño, yo ignoraba lo que significaba la palabra «homofóbico», pero sabía lo que significaba «maricón» y la oía con frecuencia. Mi padre dijo una vez que su epitafio debería decir: «Aquí yace John Cheever / jamás decepcionó a una mujer / ni le dieron por el culo». Hoy suena como un clásico ejemplo de negación. Da la impresión de que todo el mundo debía saber que John Cheever era bisexual, pero yo ni siquiera lo sospeché hasta que rondó los sesenta. Algunos de sus amigos y vecinos lo niegan aún hoy. Y no obstante el suyo no era un caso más de homosexual que no ha salido del armario. Mi impresión es que el engaño constituía una parte esencial de su carácter. Además, sus impulsos homosexuales nunca eclipsaron los

heterosexuales. Cerca ya de los setenta, cuando estaba escribiendo perversas y obscenas cartas de amor a más de un jovencito, seguía levantándose a las siete de la mañana para prepararle una bandeja a mi madre. En ella colocaba una magdalena inglesa, un huevo, un zumo de naranja recién exprimido y un jarrón con una rosa. Se lo llevaba a la cama, y luego intentaba acostarse con ella.

No obstante, era muy consciente de sus contradicciones y de las explicaciones sencillas y absurdamente inadecuadas que llegaba a inventar para justificarlas. En una carta dirigida en 1966 a su amigo el escritor John Weaver escribió: «Fui a un psiquiatra llamado Hayes que aseguró que yo había desarrollado una vena trágica de amabilidad para ocultar mi sentido básico de alienación y hostilidad, y hace una hora estaba pensando en ello cuando sonó el teléfono y era la revista *Esquire* diciendo que iban a hacer un desplegable de Janet Landgard y que Janet había preguntado si el querido señor Siffers (una mala pronunciación muy habitual del apellido Cheever) tendría la bondad de escribir los pies de página, porque no quería que los escribiera ningún otro, les he dicho que escribiría los pies de foto y así estamos». Janet Landgard era una actriz a quien había conocido en el rodaje de *El nadador*, y en otra carta a Weaver la había descrito como «ese increíble bombón de dieciocho años. Tiene el cabello de color miel, enormes ojos de color azul pálido, los dientes ligeramente torcidos y unas piernas preciosas».

A pesar de, o tal vez debido a, esas contradicciones John Cheever tuvo éxito, no solo como escritor de ficción, sino como padre, marido, amigo y amante. Y era muy divertido. He aquí por ejemplo, un par de fragmentos de dos cartas escritas en 1965 a Frederick Exley, autor de *A Fan's Notes* (1968). Mi padre había cenado hacía poco en la Casa Blanca:

... La otra noche llegué tarde, abrí la nevera, mordí un trozo de carne fría, y me tragué una prótesis dental con la base de plástico y dos ganchos afilados. Ni el médico ni el dentista (un chico de Watertown) tienen consulta hasta mañana, pero ya es casi mediodía y no parezco más angustiado de lo habitual un lunes nublado. No paro de repetirme que soy rico, que me aman muchas mujeres apasionadas y excepcionalmente hermosas, que soy dueño de una casa del siglo XVIII, y de una camada de fieles perros labrador, que soy padre de tres hijos guapos y brillantes y un invitado habitual de la Casa Blanca. ¿Cómo iban unos dientes postizos a acabar con semejante dechado de virtudes?

Y una semana más tarde:

Querido señor Exley:

Al final quien lo pasó peor fue el dentista nacido en Watertown. Después de acicalarme y ponerme un babero me preguntó qué parte del puente me había tragado. Cuando le respondí que me lo había tragado entero se puso pálido. Le dije alegremente que pensaba que ya lo había expulsado. Él respondió con voz áspera que no podía haberlo expulsado sin ayuda médica. «No —añadió—, con esos ganchos.» Yo estaba deseando que se callara, pero parece estar equivocado. Es cierto que últimamente

cuando me tiro pedos parezco un silbato de la policía, pero apenas me duele y resulta muy práctico cuando tengo que llamar un taxi.

Recuerdo la noche en que mi padre creyó haberse tragado los dientes postizos. Habíamos estado bañándonos en la piscina de los vecinos, y cuando se dio cuenta volvimos con una linterna, que él sostuvo mientras yo buceaba en busca del puente. No lo encontramos. La prótesis apareció finalmente en el filtro de la piscina, me parece recordar que el jardinero estaba buscando un anillo de diamantes extraviado por otro bañista más próspero. En cualquier caso, no se produjo ningún cambio significativo en el tono ni el volumen de los pedos de mi padre. Lo subrayo porque es importante saber desde el principio que el interés de mi padre por contar una buena historia era mayor que su interés por lo que podríamos considerar los hechos. Se refirió a ello en un carta que envió a John Updike en 1980, cuando estaba escribiendo *¡Oh, esto parece el paraíso!* (Knopf, 1982): «Estoy trabajando en una novela, pero me parece muy difícil decirlo. No sé si tú tienes esa misma dificultad. Al final de la tarde la gente a veces pregunta: “¿Sigues escribiendo?”. “Oh, sí”, respondo. “Estoy escribiendo la biografía definitiva de Booth Tarkington”. Funciona, pero no es cierto».

Lo que funcionaba a menudo no era cierto. No obstante, esas distorsiones con frecuencia son entretenidas, y a veces reveladoras. En este libro, he incluido fragmentos de sus diarios y su ficción, para que pueda verse la vida —a veces el mismo incidente— reflejada de forma diferente a través del prisma de su prosa.

Esta no será una recopilación de cartas en el sentido convencional, sino más bien, o eso espero, un retrato del hombre tal y como se revela en su correspondencia. No hubo ningún episodio significativo de la vida de mi padre que pasara por alto en sus cartas. Escribió entre diez y treinta a la semana, y las escribió en todo tipo de circunstancias. Se las escribió a su mujer y a sus hijos, a sus amantes, a sus editores, y a los hombres con quienes tenía relaciones sexuales. Las escribió cuando estaba en casa y apenas sucedía nada, pero también desde Roma, desde camas de hospital y celdas para borrachos. Escribió desde campamentos del ejército en Georgia y desde el Beverly Wilshire. Y escribía bien. Su editor del *New Yorker*, William Maxwell, con quien mantuvo correspondencia más de cuarenta años dijo: «John Cheever jamás escribió una mala carta. Cuando me escribía siempre era como si anduviese por la cuerda floja».

Lo suyo no era el teléfono. Decía: «Te he enviado una carta», y se hacía una pausa larga y penosa. Lo que tenía que decir —lo que tenía que decir punto por punto— estaba en el correo. Y a menudo sus cartas comunicaban lo que no había aclarado ni habría querido aclarar de otro modo. Por ejemplo, en mis primeros meses en la universidad me detuvieron en Cincinnati, Ohio,

durante unas protestas contra la guerra de Vietnam. Hasta varios meses después no supe que mi padre aprobaba mis actos, o al menos me defendía a mí a pesar de mis actos. Escribió para decirme que le habían invitado a pronunciar un discurso en Cincinnati. Me contó que había rechazado la oferta: «Les he dicho que no pienso tapar las vergüenzas a la ciudad que ha detenido a mi hijo mayor».

Una de las cosas que mi hermana dejó clara en su libro de recuerdos *Home Before Dark* (Houghton Mifflin, 1984) era que nuestro padre no tenía una rutilante vida social. Conocía a muchos de los más sobresalientes escritores y editores de su tiempo, pero no los veía a menudo. No obstante, mantuvo con ellos una notable correspondencia. Se escribió con Saul Bellow, Malcolm Cowley, William Maxwell, Eleanor Clark, John Updike, Josie Herbst, John Weaver, E. E. Cummings y la actriz Hope Lange. La mayor parte de su correspondencia se ha perdido. No guardaba copias y destruía la mayor parte de las cartas que recibía. No obstante, sigue habiendo miles de cartas que conservó la gente a quien se las envió, cartas que revelan el desarrollo paralelo entre el escritor y el hombre.

La relación entre su vida y su obra era íntima, pero también misteriosa. A mi padre le gustaba decir que la ficción no era «cripto-autobiografía». Una razón evidente para hacer esa afirmación era que le protegía de los ataques de amigos y familiares que se creían injuriados en su prosa. Pero el argumento que repetía más a menudo era que la buena escritura trascendía de tal modo a la vida en que se inspiraba que el examen de la misma podía causar graves malentendidos. Tenía razón, claro: pero estas son sus cartas, no su historial dental. Su correspondencia no proporcionará una explicación concreta de su vida o su ficción, pero debería arrojar luz sobre ambas. En mi caso lo ha hecho.

Al recopilar este libro me sorprendieron e impresionaron las dificultades que tuvo que afrontar mi padre para ganarse la vida como escritor. En 1948, cuando nació, él tenía treinta y cinco años, y cuando empecé a ser consciente del mundo que me rodeaba, su situación profesional y financiera parecía segura. Hasta que leí estas cartas no comprendí lo difícil que había sido conseguir esa seguridad y lo frágil que continuaba siendo. Ignoraba, por ejemplo, que llevara desde la adolescencia intentando escribir una novela. Yo había dado por sentado que ser escritor de relatos para el *New Yorker* era más que suficiente, pero él no opinaba igual. En 1947 escribió a John Weaver que las necesidades financieras le habían vuelto a obligar a dejar la novela de lado y concentrarse en los relatos y que «me apetece tanto escribir relatos como follarme a un pollo».

Malcolm Cowley le animó desde muy pronto a que le enseñase un avance de la novela, así que le envió a Malcolm varios capítulos de una de las primeras versiones y los destruyó ante las reservas de su mentor. Otra versión, titulada *The Holly Tree*, la rechazó Simon and Schuster en los años treinta. Houghton Mifflin rechazó después un manuscrito, o al menos un borrador.

Volvió a intentarlo en 1952 con otro libro que Random House no quiso publicar. Finalmente, Harper & Row publicó *Crónica de los Wapshot* en 1957.

Las reseñas de sus primeros libros de relatos le reprocharon su excesivo control. Decían que escribía historias bonitas y correctas. Era un gran escritor de gusto medianamente culto. Escribía relatos que gustaban a la gente equivocada por motivos equivocados. La maldición de ser condenado como un habilidoso artesano especialista en relatos de los barrios residenciales solo se interrumpió momentáneamente con el éxito de *Crónica de los Wapshot*, y aunque *El escándalo de los Wapshot*, publicado por Harper & Row en 1964, obtuvo buenas críticas, los halagos no fueron generalizados. Stanley Edgar Hyman tuvo la siguiente reacción: «Cuando un apreciado escritor de relatos prueba suerte con la novela y fracasa, en este sorprendente país se le celebra como si hubiera triunfado... *Crónica de los Wapshot* le valió a John Cheever el National Book Award. En *El escándalo de los Wapshot*, Cheever ha vuelto a intentar, nuevamente sin conseguirlo, convertir un material de relato en una novela. Con dos fracasos en su haber, probablemente pueda aspirar al premio Pulitzer». Cuando mi padre se apartó de la novela tradicional con *Bullet Park* (Knopf) la reacción aún fue más virulenta.

Fueron tiempos difíciles y a medida que su alcoholismo se agravaba y que las enfermedades que lo acompañaban se agudizaron, la familia fue muy desdichada. Ese período, no obstante, fue la excepción y no la norma. Hoy es casi un tópico describir al artista como un alma torturada, y aunque es cierto que mi padre conoció una desdicha y una incertidumbre muy profundas, al mismo tiempo es importante recordar que también podía ser, y a menudo era, feliz hasta el delirio. Al hablar de esto con Bill Maxwell, afirmó que sería inexacto considerar a mi padre un hombre desdichado.

—No solo sería inexacto —dijo Bill—, sino impertinente.

Hablé con Bill de lo mucho que yo había disfrutado de la compañía de mi padre los veranos en que mi madre iba a la casa familiar en New Hampshire y nosotros nos quedábamos, él a escribir y yo a trabajar.

—Era como si no hubiese adultos en la casa. Comíamos picadillo de rosbif congelado de Stouffer. Nos sentábamos en las losas de piedra del porche de la casa de Ossining y dejábamos en medio la lata de aluminio. Los dos cogíamos un tenedor e íbamos comiendo hacia el centro, y quien comía más deprisa comía más. Recuerdo que los perros se sentaban con nosotros y nos observaban con mucho interés. Siempre nos reíamos, y en aquel entonces él rondaba los cincuenta.

—Sí —dijo Bill—, vivía como un niño.

—Aunque un niño no siempre puede hacer lo que le dé la gana. Si hubiese sido un niño,

alguien le habría obligado a comer en la mesa.

—Cierto —coincidió Bill—. Vivía como habría vivido un niño de haber podido.

Sería un error pensar que esas cualidades infantiles lo volvían penoso o impotente. Y además sería uno de esos errores que se cometen con demasiada frecuencia. Al escribir una biografía, cualquier mediocre puede rebajar a quienes son mejores que él, tomando una característica vil o ridícula y utilizándola para teñir con ella nuestra percepción del biografiado. El cronista no parece reparar en que cierto grado de maldad es tan esencial en el hombre de genio como común en las personas normales.

La teoría de la evolución nos enseña que muy de vez en cuando nace un pez capaz de andar fuera del agua, y que dicho pez sobrevive y prospera. Siempre me ha resultado difícil aceptar esa idea, porque tengo la impresión de que cuando un pez aprende a andar, los demás responden triturándolo en los cócteles, despidiéndolo de su trabajo en la empresa y ejecutando su hipoteca. Las oportunidades de que un pez así salga adelante parecen infinitesimales. Mi padre era uno de esos peces, y prosperó, pero el engaño formaba parte de su éxito. Mostró al mundo lo que él creyó que quería ver. El cuadro que le ofreció era agudo, ingenioso, convincente y a menudo falso.

Descubrir que yo era uno de los engañados ha sido un proceso difícil. En eso, como en muchos momentos en los que he tenido dificultades para entender su vida, su ficción resulta instructiva. Pienso en las primeras páginas de *El escándalo de los Wapshot*. Es Nochebuena y el viejo señor Jowett, el jefe de estación, está contemplando su amado Saint Botolphs. Está nevando mucho. «Era un lugar entre un millón —pensó el señor Jowett—. A pesar de tener un pase kilométrico, nunca había querido viajar. Sabía que en el pueblo había, como en cualquier otro, malas personas y arpías, ladrones y pervertidos, pero al igual que cualquier otro pretendía ocultar ese hecho bajo una capa de decoro que no era hipocresía sino una especie o una forma de esperanza.»

De modo que tal vez su decoro no fuese pura hipocresía sino una especie o una forma de esperanza.

Sabiendo lo que sé ahora, no podría ofrecer una imagen aséptica de mi padre, y él tampoco querría que lo hiciera. Para escribir como lo hacía él, es necesario tener un compromiso casi total con reconocer los aspectos más sórdidos de la vida. Por ese motivo algunas personas se sintieron profundamente ofendidas por su ficción. A menudo decía que escribía por un impulso de «dar buenas noticias». No obstante, no reducía el mundo para convertirlo en un lugar más alegre. Amaba demasiado la vida para eso, y respetaba demasiado a sus lectores.

El hombre que resucita en estas cartas es más completo que el hombre a quien yo creía conocer y a quien sabía que amaba. No obstante, no es un desconocido para mí, como no lo será para cualquiera de las muchas personas que le apreciaban o admiraban su obra. Es intensamente

él, y proporciona al mundo una maravillosa integridad, una integridad que siempre sentí en su compañía y que echo amargamente de menos.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Mi padre decía a menudo que «el interés es el primer canon de la estética» y al seleccionar y revisar estas cartas he intentado que el interés fuese mi preocupación prioritaria.

Robert Gottlieb, el editor del *New Yorker*, me contó que cuando recopiló *The Stories of John Cheever* (Knopf, 1978) descubrió que los primeros relatos no eran tan buenos como su última obra. Recuerdo haber dudado de su juicio. Pensaba que el talento de mi padre era constante. Ahora sé que Gottlieb tenía razón, y que los relatos y las cartas de mi padre mejoraron a medida que iba aprendiendo el oficio. Las primeras cartas tenían márgenes anchos y a menudo llenaban dos páginas, a veces incluso tres o cuatro. En 1950 el estilo era más escueto, los márgenes más estrechos, y las cartas rara vez tenían más de tres párrafos. No obstante, reproduzco parte de su correspondencia más temprana, y en ocasiones más floja, de manera más extensa de lo que justificaría su calidad, a fin de que sirva de contrapunto a las cartas posteriores y de mayor calidad y porque mi padre aparece en ellas bajo una luz distinta. Además, me resulta fascinante ver cómo va aprendiendo a escribir. El proceso es claramente visible en sus cartas. No creo que reescribiera una carta jamás, y en algunos casos da la impresión de que tampoco las relejó.

He indicado con tres puntos los lugares donde se ha eliminado algún párrafo. El nombre de un corresponsal se ha omitido por discreción, y también me he tomado la libertad de cambiar los nombres por iniciales en los casos de aquellas personas que no desempeñan un papel importante pero reciben algún golpe desagradable. Las cartas son igual de divertidas sin los nombres, y no tan lesivas. En otros casos, las identidades no pueden ocultarse y agradezco a todos los que con su aparición en él han hecho posible este libro.

Los errores ortográficos y de gramática solo se han corregido en aquellos casos en los que parecía esencial corregirlos en pro de la comprensión. No porque me divierta pillar en falta a mi padre, aunque me divierte, sino porque prefiero que el lector disfrute de la espontaneidad con que se escribieron las cartas.

Mi padre casi nunca fechaba su correspondencia. «Martes», escribía en lo alto de la página y a veces «Martes, creo». Recuerdo que una vez me contó que había escrito media docena de cartas y las había fechado el 15 de julio para luego descubrir que estaban en agosto. Eso me pareció más divertido entonces que ahora.

La cronología que he podido reconstruir es exacta a grandes rasgos, y en eso debo mucho a la ayuda prestada por los amigos que guardaron sus cartas y a veces incluso los sobres en los que

las recibieron. Los corchetes [...] indican fechas añadidas por mí, u otras notas relativas al tiempo y el espacio. Por lo demás, los encabezamientos de las cartas se reproducen tal cual.

Con independencia de lo que mi padre hubiera podido pensar de este proyecto, sin duda es exacto decir que nunca se preparó para él. La vanidad implícita a semejantes preparativos le habría repelido. A finales de 1959, su antigua amiga la novelista Josephine Herbst le escribió para contarle que estaba guardando su correspondencia. El Joe Schrank a quien se refiere en su respuesta era un conocido de ambos a quien no consideraban particularmente perspicaz.

Scarborough

Viernes

Querida Josie:

Me encanta saber que las cartas siguen sirviendo de algo, aunque yo siempre me deshago de ellas. Rosas de ayer, besos de ayer, nieves de antaño. Me avergüenza saber que Joe Schrank piensa que me estoy haciendo famoso, pero creo que a eso se reduce todo: a Joe Schrank. Si soy tan famoso, ¿cómo es que tengo agujereado el asiento de los pantalones y no tengo dinero para pagar las facturas del mes pasado...?

JOHN WILLIAM CHEEVER

John William Cheever nació en Quincy, Massachusetts, el 27 de mayo de 1912. Era el segundo hijo de Frederick Lincoln Cheever (1863-1946), un vendedor de zapatos.^[1] La madre de mi padre, Mary Deveraux Liley Cheever (1873-1956), nació en Inglaterra. Años después nos contó que fue un hijo no deseado, que su marido le propuso poner fin al embarazo, y que incluso invitó a cenar a un especialista en abortos.

Cuando él nació, su familia era próspera, pero luego tuvieron que afrontar dificultades financieras. Frederick Lincoln Cheever dejó el negocio de las zapaterías en los años veinte y compró acciones que perdieron todo su valor después del Crack del 29. Luego los abuelos Cheever pidieron dinero prestado y ofrecieron como garantía su enorme casa victoriana del 123 de Winthrop Avenue. La perdieron en 1933 tras la ejecución de la hipoteca. Tras la pérdida de la casa los padres de mi padre vivieron tres años con familiares y de alquiler. Se separaron, pero luego se reconciliaron y volvieron a vivir juntos, aunque mi abuelo siguió desempleado mientras mi abuela regentaba varias tiendas de artículos de regalo y un salón de té. La inversión en la tienda de regalos implicó la venta de algunas de las posesiones familiares. Mi padre me contó que su madre había vendido la cama en que dormía.

En una página de notas que mi abuelo envió a mi padre unos años después describió así su ruina: «El banco, después de invertir mi dinero 24 años, me quitó la casa... Me pagó dos pólizas de seguro de vida a sesenta céntimos por dólar. Después de 53 años trabajando estoy sin un céntimo...»

En esa época tan difícil, la relación más significativa que tuvo mi padre fue con su hermano mayor Frederick (1905-1976). Fred y él hicieron un viaje a pie por Alemania en 1931. Después vivieron juntos, pero mi padre me contó que en ese momento reparó en que su amistad era demasiado intensa y se fue a Nueva York. El cariño entre los dos hermanos sobrevivió a dicha ruptura. Fred enviaba diez dólares a la semana al joven escritor. Ese afecto turbador entre hermanos —en parte mito y en parte realidad— aparece una y otra vez en sus relatos. Un hermano recibe un golpe en la nuca con un trozo de madera en «Adiós, hermano mío» (*The New Yorker*, 1951). Otro es asesinado en *Falconer*. Hay indicios de que Fred pudiera haber sido la primera relación homosexual de mi padre, aunque también es perfectamente posible que su amor fuese platónico, y que las alusiones a la carnalidad que hizo después fuesen solo un intento de crear esa síntesis que le ha merecido una fama justificada. Mi padre salió con Iris Gladwin, que acabó casándose con Fred.

Malcolm Cowley fue el primer director de revista que publicó un relato de Cheever. «Expelled» apareció en *The New Republic* en octubre de 1930. Se escribió después de que a su autor lo «expulsaran de la Thayer Academy a los diecisiete años por fumar», o eso es lo que contó.

En 1979, en una cena ofrecida por la Newberry Library de Chicago en honor a Malcolm, mi padre recordó una fiesta celebrada en su casa de Nueva York.

La primera mujer de Malcolm, Peggy, salió a recibirme a la puerta y exclamó: «Usted debe de ser John Cheever, todos los demás han llegado ya». Esas cosas nunca pasaban en Massachusetts. Me ofrecieron dos tipos de bebida. Una era verdosa. La otra, marrón. Me dijeron que una era un Manhattan, y la otra Pernod. Yo quería a toda costa dar la impresión de ser muy sofisticado y pedí un Manhattan. Malcolm me presentó muy amablemente a todos sus invitados. Seguí bebiendo Manhattans no fuese alguien a pensar que era oriundo de una ciudad tan pequeña como Quincy, Massachusetts. Al cabo de un rato, al cuarto o quinto Manhattan, me di cuenta de que iba a vomitar. Fui corriendo a ver a la señora Cowley, le agradecí que me hubiera invitado a la fiesta, y salí al rellano del apartamento donde vomité sobre el empapelado de la pared. Malcolm nunca aludió a los daños que iniciaron una larga amistad en la que jamás he echado en falta su amabilidad y su generosidad.

LOS AÑOS TREINTA: INICIOS

Esta carta se escribió desde la casa de mis abuelos en Quincy, Massachusetts. Mi padre había estado hacía poco en la fiesta en casa de los Cowley, una fiesta a la que asistieron muchos famosos, uno de los cuales puede que fuese Mae West. El nombre de Curtis Glover no vuelve a aparecer. Fritz es un diminutivo de Fred. Reproduzco la carta tal como la encontré, por lo que las elipsis son las que son y no indican que haya eliminado ningún fragmento. Los errores ortográficos también son suyos. Es con mucho el texto de mi padre peor escrito que he visto nunca, pero no se desanimen, no es indicativo de lo que vendrá después.

malcolm cowley:

ayer por la tarde se pasó por casa Curtis Glover «para discutir los problemas educativos». Recordarás (jamás había oído hablar de él) que se escapó del instituto hace unos años y que huyó de dartmouth hace dos años. nos vimos con el punto en común de ser radicales... «ser radical en la norteamérica de nuestros días implica estar solo. es sentirte marginado, y como tanta gente te desprecia, un poco inferior...»

Hacía mucho que no me divertía tanto.

Era alto, rubio, de tez pálida y sonrosada, caderas anchas y boca floja. Tenía una risa nasal, comía las tostadas con cuchillo y tenedor y leía puntualmente *the new republic*. carecía de entusiasmo, de pasión y de barbilla. Nos despedimos con la promesa de escribirnos.

el año que viene va a impartir clases de matemáticas en un instituto.

en cualquier caso fue muy divertido, obviamente huyó de la universidad por las malas compañías y no por problemas educativos. ahora está en harvard. cree que spengler es un poco desagradable y Joyce un poco pornográfico. puse «sacre du printemps» en el gramófono y ni se inmutó. va a graduarse en harvard este año y a «dedicar todas mis fuerzas a modificar gradualmente el sistema actual».

si encuentras la carta de la universidad de Syracuse (la última vez que la vi estaba en el suelo debajo de mae west) te importaría enviármela. me gustaría responderles.

en cuanto consiga un poco de dinero me iré una semana o dos y seguiré con los bosquejos. La familia me hace la vida imposible preguntándome «has escrito hoy... qué bien... y qué has escrito hoy...» y contándole a todo el mundo desde la señora de la limpieza hasta la presidenta del club femenino que voy a escribir un libro. ¿me pagarán el artículo de *the new republic*, y si el tribunal acepta uno, cobraré por él? En cuanto vuelva a empezar la temporada de música volveré una semana o dos al periódico. prescot townsend casi me dará su casa en provincetown un mes y fritz va a pagarme las comidas.

después de ver a harte crane volví a casa y leí *el puente*. No me gusta muy bien. Después de

que te haya empujado por la tracería contrapuntística de imágenes sobrepuestas uno echa en falta la correspondiente profundidad de materia. en comparación con *miércoles de ceniza* parece probable que su oscuridad esté en el lado equivocado de su poesía. Su fuerza, su pasión, su majestuosa vista están muy bien pero las tendencias nerviosas de su poesía lo señalan (casi) como un hombre quebrantado por una civilización cuya fuerza no podría abarcar ninguna persona sensible y seguir tal cual... un hombre que ha contraído un baile de san vito estético de tanto oír el sonido de las bocinas de los taxis y las máquinas.

no obstante se me da muy mal la adolescencia y no sé. aún no me he enamorado nunca.

pero eliot parece escribir con una oscuridad interna más relevante que coloca nuestra existencia megalopolitana en el plano que le corresponde.

tal vez ambos sean ejemplos de dos tipos de loco antitéticos producidos por nuestro cemento nuestros martillos nuestras tazas de café y nuestros cigarillos.

pero crane podría pertenecer a la mitad o al clímax del declive mientras que eliot es tal vez el último de su especie.

John Cheever

gracias por una estupenda noche de martes.

Uno de los primeros relatos publicados de mi padre, «Reunión a última hora», apareció en *Pagany, A Native Quarterly* en 1931. *Pagany* la editaba Richard Johns a quien escribió las dos notas de la página siguiente. En esa época mi padre firmaba Jon.

gracias también por la h en mi nombre. es algo que hace mucho que quería recuperar

richard johns:

muchas gracias por anunciar la futura publicación de mi relato.

resulta horriblemente fatigoso pasar horas ante la máquina de escribir y recibir solo notas educadas diciéndote que después de mucho pensarlo y siguiendo el consejo de varios cientos de asesores literarios el editor y sus asesores han decidido no publicar ese poema o relato concretos pero que el número cuatro está en preperación y al editor le encantaría ver otros poemas o relatos.

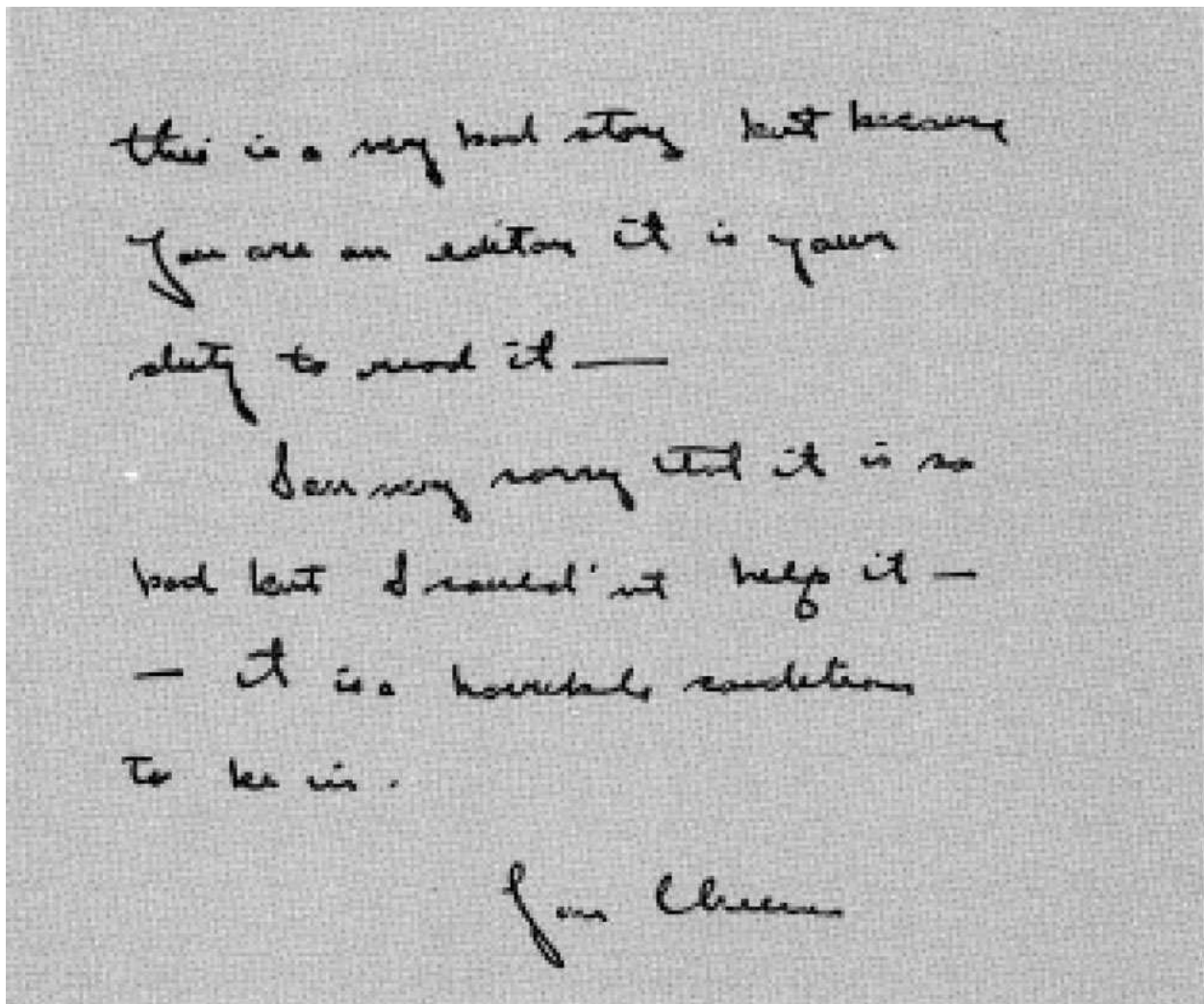
no estoy muy seguro de qué trataba reunión a última hora pero si trataba de una granja y se usan los nombres, mani, rachel, o jean ¿podrías cambiarlos?

y muchas gracias de nuevo

john cheever

Yaddo es la colonia de artistas de Saratoga Springs, en Nueva York. Elizabeth Ames era la directora ejecutiva. Años después, mi padre lo describiría así en una carta a un joven protegido suyo: «Yaddo son unos cientos de acres, un castillo y sus dependencias, que se abrió en los años veinte para que los escritores, los pintores y los compositores tuviesen donde trabajar».

Llama la atención un enfoque de la literatura tan académico por parte de alguien a quien habían expulsado del instituto. El hombre a quien yo conocí leía crítica literaria, pero casi nunca la discutía en profundidad. Recuerdo lo mucho que le divertió durante el rodaje de su relato «El nadador» en 1966 lo impresionado que se quedó Burt Lancaster con sus títulos intelectuales y académicos. «Está intentando instalarme en una isla de la que me he pasado la mayor parte de mi vida adulta tratando de escapar», me dijo.

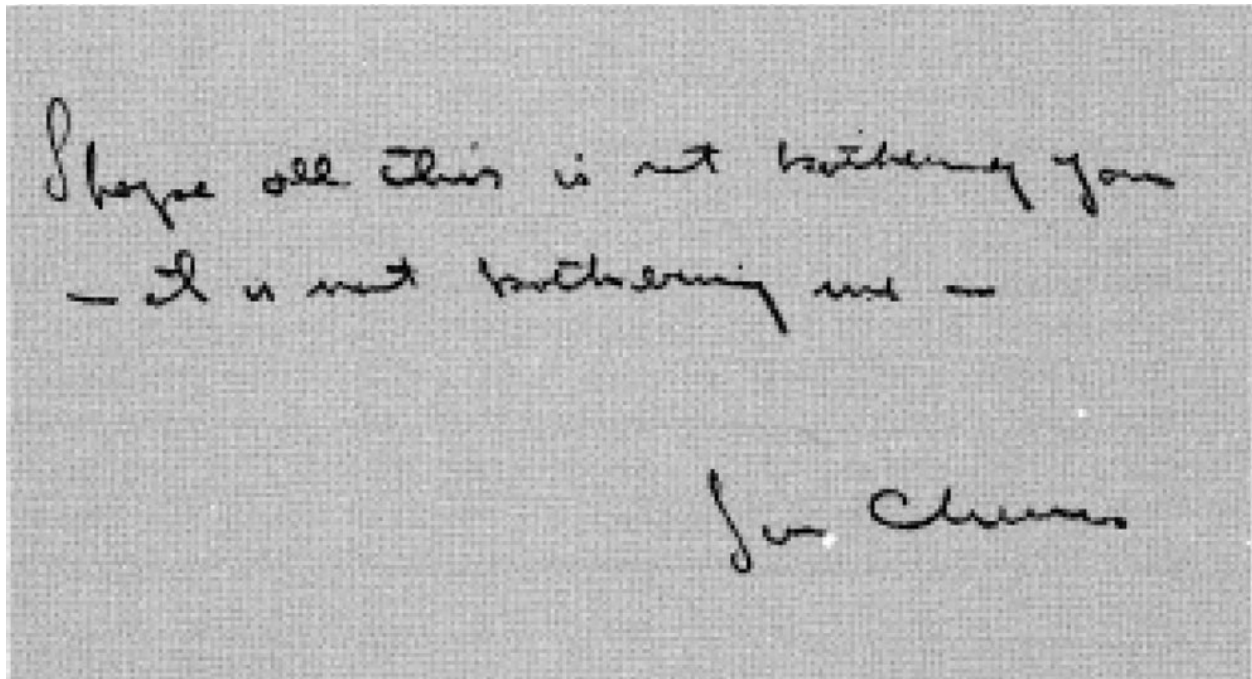


Este es un cuento muy malo pero como eres editor tu obligación es leerlo.

Siento mucho que sea tan malo, pero no he podido evitarlo.

Es horrible estar en esta situación.

Jon Cheever



Espero que todo esto no sea una molestia para ti. Para mí no es una molestia.

Jon Cheever

[1933]

Pinckney Street, 6

Miércoles

Querido Malcolm:

Gracias por recomendarme a la señora Ames. Le he escrito, pero es evidente que ahora Yaddo está lleno. No obstante, me ha dicho que puede que haya un hueco a finales de verano o en otoño, así será más divertido. Mi caso no es demasiado urgente porque tengo un techo bajo el que cobijarme y comida en abundancia, lo cual supongo que es más de lo que tiene la mayoría de la gente.

Me alegro de que lo que me devolviste después de releerlo no llegara a publicarse. No habría procurado placer a nadie y a mí me habría causado muchas insatisfacciones porque probablemente habría malgastado el dinero. No cuento con escribir nada que valga la pena publicar hasta dentro de unos cinco años. Es mucho tiempo. Ni siquiera sé lo que quiero hacer aunque he descubierto que saber lo que se quiere influye muy poco en que uno llegue finalmente a hacerlo. La presencia de t.s. Eliot en Cambridge este invierno ha sido estimulante y esterilizadora al mismo tiempo. La sombra de disciplina que ha arrojado sobre la crítica es

espléndida (no es que la crítica haya mejorado, pero probablemente ahora haya menos); aunque no lo es tanto cuando se aplica a la poesía o la prosa. Hay una clara divergencia cuando uno especula sobre lo que ocurriría con su maquinaria crítica si se aplicara a crane o a cummings...

tuyo como siempre
John Cheever

El compositor y escritor Ned Rorem, otro invitado a Yaddo, recuerda haber visto a mi padre cenando en la mesa comunitaria con Elizabeth Ames a principios de los sesenta. Elizabeth era dura de oído, y Ned recuerda que mi padre —que ya empezaba a ser famoso— no tuvo reparos en gritarle para hacerse oír, y que su afecto por la anciana superaba claramente lo embarazoso de la situación. Mi padre cambió de domicilio con frecuencia en los años treinta, y vivió con su hermano, con sus padres, en Yaddo y en diversos apartamentos y pensiones de Manhattan, Massachusetts y Washington D. C.

[1934 Boston]

Querida señora Ames:

El año pasado, más o menos por estas fechas, le escribí por sugerencia de Malcolm Cowley pidiéndole ir a Yaddo. Le envié la carta muy avanzada la temporada y no había sitio, y el señor Cowley me ha sugerido que vuelva a escribirle este año.

Creo que le ha escrito hablándole de mi trabajo. Ignoro qué o cuánto le habrá dicho. Los hechos del caso son muy sencillos. Tengo veintidós años y llevo varios años escribiendo aunque no he publicado nada desde 1932. Puedo garantizarle la cantidad aunque no la calidad ni lo prometedor de lo que escribiré si consigo una plaza en Yaddo.

Supongo que todo el mundo es reacio a la hora de hablar de lo que está escribiendo. He pasado toda mi vida cerca, y casi todos los días de los últimos dos años dentro, de Boston. Es una ciudad vieja y desacompasada de su siglo, aunque la edad parece haber avivado sus elementos. A los comunistas los aporrean ante una sobria fachada georgiana. Los vestigios del pasado asoman continuamente en el presente. Algún sueño amoroso pervive en las casas de apartamentos de piedra arenisca. Un paranoico echa a perder la Biblioteca Pública. Y a media hora de tren está la región de Nueva Inglaterra donde ocasionalmente una casa abandonada o un paisaje que ha sobrevivido a las vallas publicitarias y a los puestos de perritos calientes da un giro inesperado a la memoria. Lo que tengo intención de escribir trataría del horror y la gloria de este peculiar horizonte de ladrillo.

La idea de dejar la ciudad por un tiempo, después de dos años ininterrumpidos, nunca ha sido tan lejana ni tan deseable.

Sinceramente suyo,
John Cheever

Había pasado una larga estancia en Yaddo en 1934. En Nueva York leía y resumía libros para MGM, que le pagaba 5 dólares por cada uno. Los directivos utilizaban sus resúmenes para discutir qué libros adaptaban al cine.

Hudson Street, 633
Nueva York

Querida señora Ames:

Hudson Street es muy distinta de Boston y hasta el momento la diferencia está a favor de Hudson Street. Llegué aquí el miércoles y encontré trabajo enseguida. El salario sigue siendo bastante precario y la patrona no hace más que dar la lata, pero creo que resistiré al menos otras dos semanas. Estoy leyendo novelas para la MGM y la semana que viene puede que me encarguen alguna reseña literaria. Mi salario apenas basta para vivir, pero es suficiente si va uno con cuidado. Mi única objeción es que quedarme aquí y dedicarme a este trabajo excluye cualquier oportunidad de escribir. El trabajo en sí mismo no exige demasiado tiempo, pero con este calor la señora Lewton, la mujer que reparte el trabajo, tiene un horario irregular e impredecible y pasa uno más tiempo esperando que le asigne un libro y preocupándose por las finanzas del día siguiente que trabajando de verdad. Así son las cosas.

Tener que renunciar a mi trabajo, aunque sea de forma temporal, me impacienta y desanima. Todavía tengo un montón de relatos de Yaddo que están sin terminar y me gustaría probar suerte con la novela. Me canso de mi propio estilo, del refinamiento, la discreción, el detalle excesivo, la falta de acción. Incluso cuando escribo siento cierta impaciencia y cuando dejo de escribir dicha impaciencia aumenta. Y es casi imposible, después de trabajar en libros ajenos en este cuartito, ponerse a escribir un libro propio después de cenar. Si hubiese una plaza libre en Yaddo en septiembre u octubre, le estaría profundamente agradecido.

Suyo, como siempre
John Cheever

El *New Yorker* compró dos primeros relatos de ficción firmados por John Cheever la primavera de 1935; pagó 90 dólares por «La pensión de Brooklyn» y 45 por «Búfalo». La tendencia de mi padre a inventar cosas porque sonaban convincentes me llevó a pensar que el título de la obra que había vendido a *STORY*, «Homenaje a Shakespeare», era pura invención, pero mi suegro, Paul Maslin, la encontró en la biblioteca de un crucero. Puede que no tentara a nadie que fuese a coger el tren a

Baltimore, pero sí a *The Oxford Collection of Short Stories*. Triuna es el nombre de un grupo de islas en el lago George que también eran propiedad y estaban dirigidas por la Corporación de Yaddo.

Commercial Street, 733
East Weymouth, Massachusetts
22 de abril de 1935

Querida señora Ames:

Por primera vez desde un día lluvioso del pasado octubre en que me fui de Yaddo, vuelvo a estar en el campo. En todo caso solo por un par de días. No es la misma región. Es el sur de Massachusetts al principio del cabo. No hay montañas. El terreno es llano, pedregoso o arenoso y todos los árboles se talaron hace noventa años al parecer para echarlos en las fauces de las máquinas de vapor. Pero no está mal y me gusta a pesar de todo, pues la famosa belleza de esta parte de Massachusetts parece concentrarse en un sendero de arbustos de arce y un montón de maquinaria oxidada de molino. Estoy viviendo en una antigua granja (donde mi madre regenta en verano un restaurante) con mi septuagenario padre. Solo voy a quedarme unos días. Es muy agradable, pero en cuanto me voy de la ciudad se interrumpen mis ingresos, así que tengo que regresar a Nueva York cuanto antes.

El invierno no me ha proporcionado muchas conquistas, al menos literarias. He vendido relatos a *The New Republic* y a *The New Yorker*. Es evidente que la revista *Story* ha decidido posponer de manera indefinida la publicación de lo que les envié. Están perdiendo dinero y quieren historias que se vendan en los quioscos, y el título («Homenaje a Shakespeare») no tentará a nadie que vaya a coger el tren a Baltimore ni le hará comprar un ejemplar. A veces me preocupa mi incapacidad para vender. Ya va siendo hora de que aprenda. Hace unos días contraté a un agente y puede que eso ayude, aunque creo que la culpa hasta ahora ha sido sobre todo mía. Cuando los editores dan con un relato extraordinario lo saben y hasta ahora los míos no han sido lo bastante buenos como para impresionarles. Entretanto he empezado un libro que confío en que sea muy bueno. He dejado de lado la antigua sensación de que la novela (su mera definición parece ser negativa) se creó en gran parte por y para el crecimiento y declive de una clase media que a los hombres de mi generación les resulta ajena. Nuestras vidas no han sido sostenidas, ni constantes, ni ordenadas. Nuestros personajes no mueren en la cama. El poderoso sentido del paso del tiempo y del tiempo pasado que por lo visto es una característica definible y encomiable de la novela no nos pertenece. Nuestras vidas no son historias largas y bien contadas. Aunque eso no es una limitación. A medida que avanzo en mi trabajo me parece un emocionante descubrimiento.

Y a propósito del trabajo constante, sigo deseando tener noticias tuyas acerca de Yaddo o

Triuna. Parece que hay mucho que hacer, sobre todo en mi caso, le quedaría muy agradecido si me diera la oportunidad de escribir durante el verano, y me consta que no hay sitio mejor. Si facilita las cosas, estaré encantado de desempeñar algún trabajo. Sé conducir, nadar, se me puede confiar un bote, sé manejar un hacha, nada del otro mundo, pero bastante útil. Y probablemente podría encajar un trabajo con las horas que dedique a escribir.

Suyo como siempre,
John Cheever

P. D. Ahora que recuerdo su interés por los «milagros» he visto en el periódico vespertino local que se han atribuido cuatro curaciones a una corona de plata «Propiedad de la Sociedad del Espíritu Santo Inc. de Bridgewater, Massachusetts». La corona, que está bajo la custodia del presidente de dicha Sociedad mientras dure su mandato, se puede dejar en préstamo a «cualquiera que la necesite por motivos justificados».

J. C.

La particularidad de las vivencias de mi padre hace fácil olvidar que con la crisis el desempleo estaba en su peor momento. Cuando se inauguró en 1933 FDR, el miedo a los descontentos era tan grande que se instalaron ametralladoras a lo largo de la ruta del desfile.

Elizabeth había sugerido a mi padre que buscara trabajo.

Assinippi, Massachusetts
4 de mayo de 1935

Querida señora Ames:

Me ha alegrado recibir su consejo de dedicar tiempo a alguna otra ocupación aparte de escribir. Lo he pensado mucho y le he dado muchas vueltas. Igual que a sus observaciones sobre lo de invertir energías en conseguir seguridad en lugar de dedicarlas a caer bien a la gente. No puedo evitar considerar la cuestión desde un punto de vista intensamente personal. He reflexionado acerca de ello sin cesar el invierno pasado y durante todo el tiempo que he pasado en Massachusetts. El problema no es, creo, la evasión del trabajo y la obligada falta de empatía. No es un problema particular de los escritores, sino de toda una generación de jóvenes.

Desde que acepté un empleo de chico de los recados en una estación de metro abandonada cuando tenía unos quince años, casi nunca he dejado de trabajar. Desempeñé diversos empleos, conduje un camión, trabajé en un pequeño periódico etc. Pero hará unos dos años la posibilidad

de ejercer esos trabajos desapareció. No tengo oficio, título, ni formación especializada. Mis solicitudes para todo tipo de empleos, desde cobrador de autobús, hasta redactor en una agencia de publicidad, han sido totalmente inútiles. Durante el verano del 33 tuve un trabajo a tiempo parcial. En invierno del 34, un trabajo político. Este invierno he sobrevivido escribiendo resúmenes para la MGM, no por que me guste sino porque no consigo encontrar trabajo reparando telares o algo por el estilo. Moviendo todos los hilos posibles tal vez consiga un empleo en unos astilleros este otoño. Lo preferiría con mucho a cualquier otra posibilidad: una posición editorial.

Lo del encaje parece ser cuestión de valentía y talento personales. Hay quienes tienen muchas amantes y pilotan aviones o conducen trenes de un estado a otro y de un país a otro y aún así siguen siendo unos cobardes y unos niños. Otros se quedan en la misma ciudad, son fieles a una mujer y se convierten en hombres maduros y convincentes. Hay unos pocos eruditos y artistas que, mediante la ilusión del trabajo y la investigación, solo consiguen encajar al principio y uno se los encuentra a los treinta o cuarenta años sentados en la misma habitación, sopesando las mismas decisiones carentes de importancia, con la correspondencia sin enviar y el polvo posándose sobre su juventud. Pero la independencia económica y emocional parecen hacer imposible esa situación. Cuando no se tiene dinero, al menos uno vive perpetuamente preocupado.

Me he extendido demasiado, y me temo que más para apaciguar mi propia conciencia que por ningún otro motivo, confío en no haber sido demasiado confuso o aburrido. Espero tener pronto noticias tuyas.

Suyo como siempre,
John Cheever

Cuando escribió la carta siguiente tenía veintiún años, la habitación por 3 dólares a la semana en Hudson Street era lo suficientemente austera para ser objeto de una fotografía de Walker Evans que cuelga en el Museo de Arte Moderno. Muriel es la segunda mujer de Malcolm, la misma con quien lleva casado desde 1932.

Hudson Street, 633
Nueva York
23 de octubre de 1935

Querido Malcolm:

Hará cosa de una semana me encontré con Muriel una noche lluviosa en Banks Street. Al

principio me tomó por un borracho, pero luego me reconoció...

Ahora mismo, Nueva York está igual que el invierno pasado. No puedo conseguir un trabajo en la WPA[2] porque no puedo pedir una ayuda porque no tengo residencia fija. Y no parece haber otros trabajos... Entretanto no hago más que esperar y dudar.

Si hay algo que pueda hacer, no dudes en pedírmelo porque tengo tiempo de sobra.

Tuyo, como siempre
John Cheever

Malcolm había sugerido a mi padre que le enviara un adelanto de su novela. Harrison Smith parece haberle pedido un bosquejo.

Jueves
Hudson Street, 633

Querido Malcolm:

La excusa que puso Smith para no darme un anticipo fue que no es lo mismo un escritor de relatos que un novelista y que por muchos relatos que escriba nunca le convenceré de que sea un novelista. Así que haré lo que me pida en Massachusetts. Estoy convencido de poder escribir el libro, de que será un buen libro y de que incluso podría venderse bien. Pero no hay razón para que nadie lo crea hasta que lo haya visto.

Parecía tener una idea preconcebida de mí. Me preguntó cuánto hacía que escribía. «Diez años», le dije; y es cierto. Me miró escéptico, casi con lástima, como si dijera: «¿Y esto es todo lo que has hecho?». Diez años.

Recuerdos a Muriel.
Tuyo, como siempre,
John

Había encontrado trabajo a tiempo parcial como ayudante de Walker Evans

a/c Walker Evans
Bethune Street, 20
Nueva York

Martes

Querida señora Ames:

Me ha alegrado volver a tener noticias tuyas. Y esto es un torbellino. Mis relaciones con esta ciudad son variadas e intrincadas. La principal razón por la que me gusta y que me empuja a quedarme es que no me recuerda en nada a ninguna ciudad pequeña norteamericana. Dos días en Boston eran dos días más de la cuenta. Era bonito, el tiempo estaba despejado y la gente que había en Dock Square y Fanueil Square estaba bien, pero en cuanto ibas hacia Pemberton Square, los Juzgados y Ashburton Place empezabas a encontrar rostros contritos y pálidos. Y, después de haber vivido con ellos varios años entre el odio y la indiferencia, me alegré de subir al barco. Y lo goberné yo mismo. Hacía muy buena noche y la travesía fue agradable, me gustó ver cómo el edificio de aduanas se iba haciendo cada vez más pequeño y más bajo. Aunque eso fue hace mucho tiempo.

Las últimas dos semanas, he estado trabajando como ayudante de un fotógrafo. Y *The New Republic* y *Story* me han comprado otros relatos así que he ganado un poco de dinero. Puede que en navidades consiga empleo en unos grandes almacenes.

Suyo, como siempre,
John

Estaba en casa de sus padres y es indicativo de su modestia, falsa o no, que no le dijera a Elizabeth que la segunda carta se había escrito en su vigésimo cuarto cumpleaños. Tenía que ir a Bolton Landing porque allí amarraban los barcos a Triuna. Iba a trabajar de marinero en Yaddo. La novela fue rechazada.

Spear Street, 60
Quincy, Massachusetts
25 de mayo de 1936

Querida Elizabeth:

Vinimos directos desde Saratoga y aquí he estado desde entonces, viviendo con mis padres, terminando la novela, bebiendo, jugando a los bolos y viendo a antiguos conocidos, y lo he pasado muy bien. Es una ciudad de unos sesenta mil habitantes, fundada a principios del siglo XVII. Prosperó con el cuero y el granito y se ha empobrecido luego con el cuero y el granito. Henry Adams pasaba los veranos en una casa que hay calle abajo. Todo el mundo tiene nombres antiguos. La iglesia Unitaria es muy bonita, Richardson construyó la Biblioteca Pública y en mitad de la plaza hay un rascacielos de catorce plantas, construido por Delcevere King cuya

mujer no quiere tener hijos porque dice que nadie debería llamarse Delcevere. Es la ciudad que conozco mejor y aunque no querría vivir aquí, siempre me gusta volver.

Mis planes siguen en el aire y dependen por completo del dinero. Lo único claro es que estaré en Bolton el uno de junio, y lo estoy deseando. La novela está terminada y enviada. Lo celebré yendo en coche a Orleans, donde me comí un pollo entero y bebí una botella de Borgoña en la playa. También fuimos a nadar y estuvimos jugando a pelearnos. Hacía unos años que no iba a Cape Cod y fue una experiencia agradable. Cruzar el canal en Sagamore o Bourne es como entrar en otro mundo y así será siempre para mí. Incluso los tejados de las gasolineras son distintos, las marismas de los alrededores de Barnstable son diferentes, las dunas parecían familiares y el mar estaba encrespado, blanco, poderoso, frío y con un olor muy fuerte. Si no llego a Nueva York no será una gran pérdida. En Simon and Schuster aún no habrán leído la novela y hablar con ellos es el único motivo verdadero que tengo para ir.

La veré en Bolton.
Suyo, como siempre,
John Cheever

Spear Street, 60
Quincy, Massachusetts
27 de mayo de 1936

Querida Elizabeth:

Mi padre no hace más que insistirme en que no olvide que un pitido significa una bordada por estribor, dos, por babor, tres un saludo y cuatro empopada. También he estado estudiando libros de mecánica marina.

Suyo, como siempre,
John Cheever

Yaddo, Saratoga Springs
Nueva York
16 de diciembre de 1936

Querido Malcolm:

Recibí el cheque y te estoy muy agradecido. Mi situación financiera ha sido peor estos dos

últimos meses que los dos últimos años. Me entristece. Espero poder devolvértelo dentro de una semana o así. He enviado un relato largo a *The Atlantic* y es posible que suene la flauta.

Entretanto, la novela sigue cubriéndose de polvo, lo cual me llena de amargura. A veces la saco de noche, la miro y me emociono, pero luego tengo que guardarla por la mañana y volver a mis relatos. He tenido que utilizar las notas que había tomado para una obra larga y convertirlas en relatos cortos, lo cual parece una destrucción absurda.

Aquí ya es invierno y hemos llegado a tener treinta pulgadas de nieve. Las lluvias derritieron la mayor parte y echaron a perder cualquier posibilidad de esquiar. Era un buen sitio para trabajar, pero pasado un mes se me encoge el corazón y me despierto por la mañana pensando en grandes imágenes como ejércitos, banderas y monumentos municipales...

Tuyo, como siempre,
John

Mi padre conoció a Josephine Herbst en Yaddo. La última vez que vi a Josie fue en la recepción que siguió a la boda de mi hermana con Robert Cowley, el hijo de Malcolm, en 1967. No me pareció una escritora distinguida, sino una mujer menuda con un poncho de color naranja, que fumaba mucho y no paraba de decir «¡Por el amor de Dios!». Josie nos había visitado a menudo cuando yo era niño, y de pequeño pasamos una temporada en su casa de Erwinna, Pennsylvania. Dicha propiedad fue un refugio rural para mi padre, luego para mi padre y mi madre y por fin para toda la familia. Era una de las escasas posesiones de Josie, pero tenía un sentido marxista de la responsabilidad de la propiedad y la compartía con otra gente, tanto si estaba allí como si no.

Siempre que la conocí, Josie estuvo soltera y sin hijos. De hecho, es posible que no pudiera tenerlos por culpa de un aborto que tuvo durante su relación con el dramaturgo Maxwell Anderson. Cualquiera habría pensado que no tenía por qué entender la peculiar sensibilidad de los jóvenes, pero no era así. Mi hermana Susan y yo discutíamos por todo, pero siempre compartimos nuestra unánime admiración por Josephine Herbst. Josie tenía la voz ronca y profunda, sin duda a causa de todos aquellos cigarrillos. Pasaba horas leyendo para nosotros, llenando una tarde lluviosa de vívidos colores y sucesos. Cualquiera que sea el significado moral de la bondad con los niños, y el Nuevo Testamento es muy explícito al respecto, Josie siempre fue encantadora con nosotros. Si Dios es un niño de tres años —y a Jesús a menudo se le describe como un niño— estoy seguro de que ella se sienta a su mano derecha. Aunque Josie era marxista y probablemente no quisiera tener nada que ver con Él.

Hasta que empecé a trabajar en este libro no leí la estupenda biografía *Josephine Herbst*, escrita en 1984 por Elinor Langer (Little, Brown), y no reparé en el variado talento de aquella mujer tan amable con los niños. Cuando leí de adolescente *Fiesta* mi padre me contó que Josie había sido amiga del autor, y que en una ocasión Hemingway la había llevado a ella y a otros en su barco durante un huracán. El mar se encrespó y todos los pasajeros se asustaron y rogaron a Hemingway que volviese a puerto. Cuando este se negó, Josie bajó y cogió el rifle que llevaba a bordo para matar a los tiburones. Subió a cubierta y apuntó al hombre que encarnó el valor masculino durante toda una generación. Le ordenó que pusiera rumbo a tierra de inmediato. Y así lo hizo. No sé si la historia es cierta, pero expresa parte de la admiración que mi padre tenía por su antigua amiga. Lo mismo puede decirse del valor demostrado por Josie como corresponsal durante la Guerra Civil española.

Josie era amable y afectuosa, pero también dura como el hierro. La amistad entre mi padre y Josie duró hasta su muerte en 1969, aunque hubo un período de varios años en el que no se hablaron ni escribieron. La culpa fue de un tipo llamado Delmore Schwartz.

Apartado de correos 1
Bolton, Nueva York
Lunes por la noche

Herbst:

He llevado el bote todo el verano. Ha estado muy bien. He bebido mucho whisky escocés, había paisajes muy bellos y muchas chicas guapas de sitios como William y Mary y Beaver y Syracuse y algo de esquí acuático. Luego desperté una mañana con resaca y sin un céntimo y Dios sabe cómo saldré de este lugar. Tengo un coche pero la dirección está rota.

Hace un viento del demonio, un frío del demonio, hay unos paisajes del demonio y siento una soledad del demonio, pero probablemente consiga trabajar algo. Tengo que repasar toda la novela, palabra por palabra. Aunque no consigo entender por qué tengo que vivir en los bosques o en islas, para escribir una novela sobre Bolton y Nueva York.

Tuyo, como siempre,
John

Yaddo
1 de febrero de 1937

Querida Elizabeth:

... Mis editores me han pagado por fin una pequeña suma y el jueves he vuelto al trabajo. Regresar ha sido muy agradable. Nada me apetece más que trabajar en el libro. Y no hay sitio mejor para hacerlo. El aire es agradable. El lugar es tranquilo. No se puede pedir más.

Antes de volver, pasé una semana en Nueva York y visité a unas cuantas personas a las que quería ver. Luego mi hermano se presentó en la ciudad el viernes por la mañana y cogimos el tren de las cuatro a Boston. Fue una semana muy ajetreada y llegué a la calle principal de Quincy el viernes por la noche, mientras la campana de hierro de la iglesia en la que rezaban John y John Quincy y Henry Adams daba las nueve.

... Mi padre tiene muy buena memoria y sus historias son emocionantes. Recuerda la fiebre tifoidea después de la Guerra Civil que dejó aún peor a un empobrecido y desilusionado Newburyport. Recuerda el delirio de su madre y su tía Juliana que se sentaban entre las chaquetas de mandarín y los cachivaches de marfil que había traído su marido de Oriente y hablaban con un «médium» indio. Su tío Ebenezer era abolicionista. Dirigía una fábrica de galletas de barco. Tras la declaración de guerra entre los estados, el gobierno le ofreció un contrato para fabricar galletas de barco para los soldados. Él rechazó la oferta porque pensaba

que sus galletas no eran lo bastante buenas para los soldados de la Unión. Un competidor llamado Pierce aceptó el contrato e hizo una fortuna con la que fundó toda una dinastía. El tío Ebenezer no se arrepintió. Tocaba la flauta. La Pierce Bakery se ha convertido en la National Biscuit Company mientras el viento aúlla en el molino harinero abandonado del tío Ebenezer.

Suyo, como siempre,
John

De nuevo en casa de sus padres en Quincy. Malcolm y Muriel vivían entonces, igual que ahora, en una casa en Sherman, Connecticut. Es interesante que mi padre dijese que no iba a escribir sobre su abuela. Honora Wapshot, aunque no esté basada concretamente en ningún individuo, sin duda tenía mucho en común con las mujeres de su familia, y fue el personaje central de sus dos primeras novelas.

Spear Street, 60
Quincy, Massachusetts
25 de mayo de 1937

Queridos Malcolm y Muriel:

El viaje fue muy agradable y vi un doble arco iris un poco al norte de Hartford. Ya van tres seguidos. La tormenta que había intentado evitar me siguió y me alcanzó en Hartford pero no fue tan mala y no se mojaron los cables. La región donde vivís parece preciosa desde la carretera. En los alrededores de Providence se vuelve muy llana y aunque cerca de aquí hay montañas no da esa impresión. En todas partes parece haber un cruce con cuatro direcciones que lleve a Hyannis y todo el mundo vende las reliquias de familia en la carretera. Me gusta, pero no querría vivir aquí y por más que me esfuerzo no consigo trabajar. Tengo la clara sensación de que esta parte del país no tiene nada que ver con el resto del mundo y estoy más interesado por el mundo que por mis abuelas. Estaría muy bien si quisiera escribir sobre mis abuelas, pero no es así.

Anoche vino un circo a la ciudad, pero no era muy bueno. Olía a mierda de elefante y a hierba aplastada, un olor que me resulta familiar, pero era un auténtico robo y cobraban una vez por entrar, otra por sentarse y otra más por quedarse. Había una joven en la banda de música a quien había visto antes en alguno de los espectáculos de los Sparks. Tal vez la hayáis visto. Es muy guapa a pesar de que solo tiene un ojo. Pero es muy guapa.

Vuestro, como siempre,
John

En 1938 consiguió un trabajo de escritor en la WPA. Cuando escribió esta carta, estaba viviendo en una pensión en Washington D.C. con el escritor Nathan Asch, el hijo del escritor Sholem Asch (m. 1957). El «viejo Ford» era un Modelo A, cuando crecí todavía hablaba con cariño de su fiabilidad y sencillez. Al parecer debía dinero a Yaddo.

Calle Veinte, 2308, NW
Washington, D.C.
Sábado por la mañana

Querida Elizabeth:

Llegué ayer por la mañana sin demasiadas dificultades tras los pasos de John Adams. Se me pinchó una rueda en Yonkers, se me irritó un ojo en Hyattsville y probablemente habría sido más inteligente y económico coger el tren. Pero no habría visto los paisajes ni la gente que he visto, y aunque nunca es exactamente un placer siempre es una vivencia ir traqueteando por una carretera desconocida en un viejo Ford sin demasiado dinero en el bolsillo por una región que no es la tuya...

Nathan me llevó ayer a hacer turismo y esta tarde espero conocer a algunas de las personas con quienes voy a trabajar. Nathan está de muy buen humor. Tengo la antigua habitación de Josie con un porche y un montón de árboles alrededor y parece un sitio bueno y barato para vivir. Espero poder ahorrar dinero para sufragarme una novela, no pido más.

Con cariño,
John

Calle Veinte, 2308
Washington, D.C.

Querida Elizabeth:

... La pensión donde vivo es un poco alcohólica para lo que suelen ser las pensiones, compartimos la mesa del comedor con dos secretarías de la embajada rusa, dos bibliotecarias, un tipo de la Comisión de Comercio, un funcionario y otro empleado de mi oficina. También hay una anciana que se sienta a la cabecera de la mesa y dice que los empleados de la WPA son unos vagos y unos inútiles; cada vez me cuesta un esfuerzo mayor pasarle los platos.

Uno de los rasgos distintivos de esta ciudad es la peculiar naturaleza y la rapidez con que circulan los cotilleos... En una sola noche puedes llegar a enterarte de que han encontrado un ratón en el Archivo Nacional, de que el secretario comercial de la embajada cubana ha sido

despedido de forma muy misteriosa, de que la mujer de George Abel va a tener un hijo de Drew Pearson, de que el gobierno de Sus Majestades ha pedido al embajador de Sus Majestades que utilice un coche menos llamativo que su Cord y de que el conde P_____ paga a la embajada italiana por el placer de sentarse ante un escritorio cuatro horas al día para recortar fotografías del periódico, etc. Hace unos días, la viuda de un general del Ejército Regular me llevó a un rincón y me dio una solución infalible para triunfar en Washington. «John L. Lewis tiene una hija —dijo—. Es más bien gordita y no demasiado guapa, pero si se da prisa tiene usted el éxito garantizado.»

No le he enviado el dinero de mi deuda porque me han surgido nuevas obligaciones. Voy a comprarle a mi padre una dentadura nueva. Ese hombre inagotable fue a nadar hace un mes. Le sorprendió una ola, que le derribó, se llevó sus dientes y los arrastró hasta las entrañas del Atlántico.

Con cariño,
John

WORK PROGRESS ADMINISTRATION
Edificio Walker-Johnson
New York Avenue, 1734, NW
Washington DC

Harry L. Hopkins
Administrador
Calle Veinte, 2308, NW
Jueves

Querida Jo:

... No sé si probar suerte otra vez con *Collier's* o no. Me inclino a pensar que no. Voy a esperar a que se publique este último relato y veremos que dicen los del cine, y si no dicen nada intentaré otra cosa. Quiero una casa en esa parte del país; una casa, una mujer, una botella de whisky y una oportunidad de trabajar. No aspiro a nada más.

Con cariño,
John

Calle Diecinueve, 1603, NW, hasta el día 1

Querida Jo:

Casi el único motivo de alegría han sido un par de días que he pasado a caballo. Ha resultado ser más barato que beber y uno conoce el país. Fui en coche hasta Maryland el sábado por la tarde y estuve cabalgando por el bosque de los alrededores hasta que oscureció. Fue muy agradable. Los puentes de madera resuenan de manera atronadora cuando pasas por encima a caballo. El trigo estaba recogido en balas, había una neblina sobre los campos, y las hayas han cambiado de color. Esto es Maryland, me dije, estás en Maryland, hijoputa, y vas a caballo...

Con cariño,
John

Trabajé en la corrección de las pruebas de la *New York City Guide* publicada por la WPA. Esta carta se escribió en papel con membrete del Hotel Chelsea en «la calle Veintitrés Oeste con la Séptima Avenida dirigido por Knott.» Al pie hay una nota que dice: «Plan de visitar la Feria Mundial de Nueva York de 1939». Por «barrio residencial de la Nación» se refería a Washington D.C.

Querida Jo:

... He estado pasando el rato poniendo en orden las frases escritas por un hatajo de vagos cabrones. El tiempo, por encima de lo que cada frase de la guía describe como un «cañón», parece bueno...

Nueva York me ha sentado bien después del barrio residencial de la Nación. Lo que más me gusta es la presencia de la orilla del río. Había varias regatas a mediodía y toda la parte oeste estaba sacudida por el viento. Los oficinistas no tienen acento sureño y la calle no está llena de funcionarios insolentes. Se puede ir a un bar y beber en domingo.

Con cariño,
John

De otra carta con el membrete del Hotel Chelsea

Querida Elizabeth:

Estoy trabajando día y noche para tener el ejemplar de Washington el día quince y no he visto

a nadie ni he hecho nada en una semana. Nathan estuvo en la ciudad en Año Nuevo, muy elegante; lo vi en un ático de la calle 57. Su trabajo parece que durará hasta julio y creo que tiene todo lo necesario para triunfar en Washington, si quiere... Cuando uno vive en el noreste de Washington es muy difícil recordar o imaginar la inseguridad. Cada vez que me encontraba a un mendigo por la calle, pensaba en por qué iba a querer alguien ganarse así la vida y por qué no trabajaban para el gobierno.

Con cariño,
John

La Eleanor de la que habla es Eleanor Clark, novelista, escritora de relatos y mujer de Robert Penn Warren. Mi padre la conoció en Yaddo el invierno de 1936. Eleanor y Josie eran amigas, pero su relación se enfrió y acabó enturbiándose a causa de sus diferencias políticas. Josie era estalinista y Eleanor era trotskista. Eleanor incluso fue a México y pasó un tiempo con Trotski. Los juicios de Moscú de 1936 hicieron difícil que una estalinista y una partidaria de Trotski se llevaran bien. Mi padre nunca aceptó del todo la pérdida de afecto entre sus dos amigas.

El Lago
Miércoles por la noche
[1939]

Querida Jo:

La noticia me ha deprimido un poco, la noticia, un viento que no para de aullar y que estremece toda la isla y un brusco cambio en todo el ambiente y el colorido de este lugar. Bolton Landing está vacío. «Si la señora Ormsby quiere —oí que le decía el carnicero del A&P a una mujer— le llevaré la carne a tiempo para la cena.» Apenas queda un bote en el lago. Ha hecho mucho frío. La luz es gris, el sol apenas calienta y cualquier tarde de estas espero ver una partida de indios bajar de las montañas para atacar a los británicos. No puedo creer que estemos en otoño y que estén trasladando a los heridos a París. El *Times* de esta mañana parece un ejemplar de 1917 que alguien hubiera sacado de la biblioteca.

Mi padre se ha tomado la crisis como trampolín de sus recuerdos del período posterior a la guerra civil. Estoy deseando tener noticias de mi hermano, Nueva Inglaterra es increíblemente lenta a la hora de reaccionar ante una guerra en Europa. Estoy trabajando, sin demasiado entusiasmo, aunque no puedo culpar a la guerra. Tengo muchas ganas de volver a Nueva York, para ver qué tal les sienta a las chicas el corsé Mainboucher y para hacer algunas gestiones para poder refugiarme allí en invierno...

El lado más frívolo de la vida es el esquí acuático. Poco después de dejar a Eleanor en el

autobús el lunes, llegó Comstock en su Gar-Wood y estuvimos esquiando hasta el anochecer. El Gar-Wood es mucho mejor que nuestro bote y navega muy bien cuando sales de la ola. También salta más al salir de la ola, al menos dos o tres pies. Y ahora que los Comstock se han ido, recorreremos las extensiones de agua abandonadas detrás de nuestro bote. Pero incluso, y odio decirlo, el esquí acuático puede llegar a ser condenadamente aburrido.

No saques la impresión de que el paisaje no es impresionante. De vez en cuando dejo la máquina de escribir y echo un vistazo al cielo y las montañas. Uf. No conocerías el lugar con el cambio producido por una semana de vientos del noreste y por la ausencia de turistas. ¿Cuándo te vas y adónde?, en cualquier caso te veré pronto.

Recuerdos a Eleanor.

Con cariño,

John

«Callejón sin salida» era el término que utilizaba Eleanor para describir el estilo realista en que escribía mi padre en esa época. Cuando le pregunté hace poco, me dijo que nunca estuvo de acuerdo con el primer compromiso de mi padre con el realismo en ficción, y que le había dicho que el «realismo frívolo» era un callejón sin salida. Loyd (Pete) Collins, otro escritor, era un antiguo amigo. Su primera novela, *Call Me Ishmael*, la publicó Dodd, Mead & Co. en 1935. Su segunda novela nunca llegó a publicarse. Su primera mujer fue Frances Lindley, que luego sería una de las editoras de mi padre en Harper's. Su segunda mujer, Lib Logan Collins, es artista y continúa siendo amiga de la familia.

Isla Triuna

Bolton

Nueva York

Domingo

Querida Jo:

... Ayer vi a Eleanor Clark. Estoy intentando obligarla a venir, sigue enferma y con urticaria. Está trabajando en un relato. Le pregunté dónde pensaba publicarlo, porque me pareció que tenía cierta importancia, y respondió que en la *Partisan Revue*, la *Southern Review* o en *New Letters*. Imaginarme esas tres hojas de papel alineadas en un estante de una librería con su profundo compromiso, su esnobismo injustificable y su falsa calma me alegra en mi rancio callejón sin salida.

Pete ha venido y pasa mucho tiempo pescando a la cacea convencido de que hay una trucha de tres kilos oculta en el fondo del lago. He ido con él y es agradable remar y esperar a que piquen, y ver atardecer; justo cuando anochece los demás botes de pesca dejan la orillas y se alejan como

moscas de un cubo de basura. Nos jugamos las copas a los dardos en el bar del pueblo. Fui a cenar a Yaddo una noche y descubrí que era una parte de mi vida de la que no tengo un puñetero recuerdo. No se me ocurre nada, salvo tal vez los juguetes con que jugué en mi infancia, que se haya vuelto tan ajeno como el vestíbulo, el olor a mohó de las alfombras, los pasos de algún compositor que baja las escaleras con sus zapatillas de tenis y el oscuro y armonioso tintineo del gong anunciando la cena por los silenciosos pasillos y bibliotecas e informando a treinta oídos ansiosos de que otro día ha terminado y ya se puede beber, ¡Ay, Dios!

John

Mucho más adelante escribió una carta a petición de Malcolm recordando los años treinta. Mi padre había hecho un viaje a pie por Alemania con su hermano, Fred. Bruce Bliven era el editor de *The New Republic*. Niles Spencer era pintor y compañero de francachelas. Mary es Mary Winternitz, la mujer con quien se casaría en 1941.

Querido Malcolm:

Estoy repasando mis notas de los años treinta y no veo mucho que pueda serme útil. El decenio apenas posee realidad como segmento de tiempo; ningún sabor o música en particular, poca cosa aparte de la oscuridad granulada de una guerra cada vez más próxima. Parece haber un atisbo de luz al principio del decenio, pero lo demás está oscuro. Pasé el verano del 31 con Fred en Alemania. Todo lo que vi apuntaba a la guerra, aunque nadie, y menos que nadie Bruce Bliven, se interesó sobre mis artículos sobre el Partido Nacional Socialista. En el 32 Kruger & Toll se declararon en bancarrota, mi padre perdió el poco dinero que le quedaba, el banco ejecutó la hipoteca sobre nuestra casa de Quincy y mi madre abrió una tienda de regalos y un restaurante en la granja de Hanover. No había sitio para mí, así que me trasladé a Nueva York.

Era pobre, pasé frío cuando lo hacía y en ocasiones hambre. Shorty Quirt dijo: «Algún día ganaré dinero y lo que haré será afeitarme cada mañana con una cuchilla nueva y ponerme calcetines limpios todos los días». En mis notas veo muchos apuntes de fiestas no muy bien organizadas en las que la conversación era más bien deprimente. «¿No cree que nuestra vida acabó a los veintiuno?», me preguntó un tipo. Walker Evans dijo: «Estoy convencido de que entraremos en guerra y me matarán». La moral de los tiempos. Los medios de control de la natalidad habían avanzado mucho y la ceremonia del aborto estaba de capa caída, aunque recuerdo haber ido a tomar una copa al Hotel Murray con C después de que abortara. Había una fiesta un tanto triste y me dio la impresión de ver pasar una página de la historia. Tengo una entrada sin fechar, probablemente del año 37, de una borracha en la calle 11 que gritaba a las 3

AM: «Soy los Estados Unidos de América. Soy los Estados Unidos de América». Por supuesto, el perfil de la ciudad era diferente, incluso en el village, todo tenía un aspecto distinto y cuando te asomabas a la ventana se oían fonógrafos y radios, un sonido suave, no los disparos de la televisión, y por supuesto no había antenas ni aires acondicionados. Tengo otra entrada sin fechar describiendo a una multitud arremolinada en torno a un Pierce Arrow de 1910 aparcado enfrente de Rikers. Niles Spencer, bastante borracho, está de pie en el estribo diciendo: «No se rían de este coche, no se atrevan a burlarse de este coche. En 1910 el mundo era un lugar mucho mejor de lo que han conocido jamás».

Mary pasó el verano del 36 haciendo campaña en Nueva Inglaterra con un grupo pacifista. «Cada vez que respiran —decía— se acercan más y más a una matanza organizada. Se enfrentan al reclutamiento obligatorio. Todo hombre, mujer y niño tendrá que ofrendar su trabajo, su vida y a sus allegados al monstruo de la guerra.» Hablaba desde las tarimas de las bandas de música las noches de verano. La gente era amable pero indiferente y se abanicaba con los panfletos.

También estuvo Washington, claro, pero mis notas hablan sobre todo de visitas al Estadio Griffith, fiestas, una camarera a la que metí mano, un paseo a caballo por Fort Belvoir (luciérnagas, etc.) y la personalidad del Presidente reflejada en esos tipos que fingían su acento en las fiestas. Antes de irme de Hanover estuve cavando en el huerto y planté un caballón de patatas. Era Memorial Day. Se oía la banda de música del pueblo. Pensé que nunca volvería para comer las patatas que había sembrado (no me gustan las patatas) y que en los años venideros la proximidad de la guerra teñiría la mayoría de mis impulsos; y de hecho así fue la mayor parte del tiempo desde que nos embarcamos en Antwerp en agosto del 31 hasta el día en que me alisté en el ejército.

Tuyo, como siempre,
John

GUERRA Y MATRIMONIO

Mi padre acababa de volver de Yaddo e iba a visitar a su agente, Maxim Lieber, cuando vio por primera vez a mi madre. Se encontraron en el ascensor del edificio donde tenía el despacho Lieber, en el 545 de la Quinta Avenida. Estaban en 1939. Mi padre contaba veintisiete años. Mi madre, veintiuno. Se había graduado en Sarah Lawrence en primavera y trabajaba en la oficina de Lieber. Mi padre decía que se quedó deslumbrado con su belleza y supo enseguida que quería casarse con ella.

Mi madre recuerda que mi padre llevaba un abrigo de tweed marrón y que las mangas le tapaban las manos.

—Jamás olvidaré ese abrigo. Lo usábamos como manta en las noches frías.

—¿Qué te pareció él?

—No gran cosa —dijo.

Los dos entraron en la oficina de Lieber, y ella se fue a trabajar, mientras él pasaba a un despacho para hablar con quienquiera que le atendiese en aquel entonces. Mi madre recuerda con claridad que Lieber no llevaba personalmente sus asuntos. Cuando salió del despacho, tenía que leer algo y se sentó a leerlo al lado de mi madre. Luego entabló conversación con ella.

—¿Y empezasteis a salir?

—Supongo que sí. En realidad lo único que recuerdo de esa época es el sabor del whisky escocés con soda.

—¿A qué sabía?

—Estaba muy bueno.

En esa época, mi madre vivía en una habitación amueblada en la calle 67. Tenía baño propio, pero no tenía cocina, y una vez le preparó a mi padre la cena allí. «Chuletas de cordero con guisantes. Cociné los guisantes en la cafetera de filtro.» Cuando no pudo permitirse pagar aquel cuarto, mi padre le ayudó a encontrar otro en Rhinelander Gardens y él mismo se mudó a otra habitación al fondo del pasillo.

—¿Era guapo? —pregunté—. Hay quien dice que era guapo.

—Era muy apuesto a su manera, aunque andaba un poco encorvado y era menudo. Muy menudo.

Tras dejar su empleo con Lieber, mi madre empezó a trabajar para una empresa que enseñaba escritura creativa por correspondencia. Luego aceptó un empleo en la editorial G. P. Putnam's Sons. Al principio trabajó de secretaria, pero no funcionó.

—Sé escribir a máquina, pero mi voz por teléfono suena horrible. Aún me ocurre, y además era indiscreta. La mujer de uno de los tipos para los que trabajaba llamó un día y me preguntó dónde estaba, y le respondí que había ido al banco porque tenía la cuenta en descubierto. No caí en que no debería habérselo dicho.

Mi madre se quedó en la editorial, aunque la trasladaron a un cuarto a trabajar con los manuscritos.

—Lo hacía muy bien, pero cometí un error terrible. Estaba revisando un libro de historia naval que hablaba de un almirante de la flota, pero faltaba una letra, no lo entendí bien y en lugar de escribir «almirante de la flota» escribí «almirante de la bota».

En esta carta no hay ninguna alusión a mi madre, aunque por aquel entonces ya había probado el whisky escocés. Peg Worthington era una mujer con quien mi padre había tenido un amorío en Yaddo antes de conocer a mi madre, y Marshall Best era uno de los editores de Viking. El Worden era un local de Saratoga que tenía un bar, al que alude a menudo en las cartas, y camas, a las que no alude casi nunca. Había ido a visitar a sus padres.

Spear Street, 67
Quincy, Massachusetts
26 de diciembre de 1939

Querida Elizabeth:

Ya estoy otra vez en lo que mi abuela llamaba la casa de la abundancia, olisqueando los aromas antagónicos del pato asado, el jabón de baño Yardley's y los cojines de esencia de abeto que reparten en Navidad las solteras. Mirándolo bien, han sido unas vacaciones emocionantes. Uno de mis compañeros de clase celebró una fiesta en Nochebuena y nos sentamos en la cocina de Norwell a beber ponche de huevo en trofeos de tenis hasta las dos. Había muchos de los alumnos con los que había estado en Thayer, varios llevaban monóculo e iban acompañados de sus mujeres embarazadas. Luego, al llegar aquí, di un paseo a caballo el lunes por las Blue Hills, cené con mi madre y mi padre y por la tarde volví a Norwell y me regalaron un montón de calcetines de punto, corbatas de lunares y guantes amarillos. La casa estaba llena de gente, corría el champán, había tres niños pequeños que no paraban de dar vueltas por la habitación, dedicados a romper el mecanismo de sus juguetes y a gritar a pleno pulmón, llegó un cable de Southampton, donde no hay electricidad, anunciando que la tía Dess (una de las tías sudafricanas) había llegado a salvo a Scythia (donde tampoco hay electricidad), los niños jugaron a las tiendas, a las casitas y a tomar el té; las mujeres jugaron al bridge; los hombres, a los dardos, todo el mundo estaba hasta las rodillas de papel de regalo y por la ventana se veía una luz en el cielo totalmente distinta de la de las calles de Nueva York. El terrateniente local se presentó con un cuenco de gelatina, los niños empezaron a destrozar los adornos del árbol, y al volver a casa la luna brillaba igual que el sol y había gente patinando en todos los estanques. Así recordamos al Príncipe de la Paz, esperemos que sea de Su agrado.

El 30 vuelvo a Nueva York para ver a Peg Worthington casarse con Marshall Best y embarcarse para Guatemala. Quieren ir a Yucatán, pero «Hay mucho descontento entre las clases bajas de Yucatán», según dijeron. El hecho de que haya podido trabajar más en tres días aquí que en tres semanas en Nueva York supongo que demuestra lo rápido que respondo a un ambiente rural, o al menos semirural, y no tengo prisa por volver a los mohosos interiores del Hotel Chelsea. Tal vez incluso vaya una semana al Worden. El trabajo que adelanté en la ciudad no sirve de nada, la cantidad de dinero que gasté es descabellada y ni siquiera conservo ningún recuerdo. Tengo mucho que aprender sobre la vida.

Con cariño,
John

Mi padre y mi madre se conocían bien cuando la carta siguiente se escribió en 1940. Ella se encontraba en un campamento familiar de verano en Bristol New Hampshire. El sitio se llama Treetops, y todavía vamos en verano. Él se alojaba en el apartamento de la poeta Muriel Rukeyser, en Greenwich Village.

Bank Street

Cariño:

El libro es un quebradero de cabeza. Lo empiezo y lo interrumpo unas seis veces al día, me insulto y me injurio, echo miradas lascivas a las novelas de la librería y escribo largas descripciones de mis dificultades. Ahora parece muy probable que no tenga nada que enviar. La idea sobre la que llevo dos años tomando notas es bastante pobre. Me parece mal empezar con algo de lo que no estoy totalmente seguro, y escribir sobre algo con lo que no estoy familiarizado. No me siento lo bastante implicado en una vivencia para convertirla en un relato constante y realista, y por lo visto no soy capaz de concebir una fantasía que dure más de noventa mil palabras. Sin embargo, las historias o narraciones convencionales parecen eliminar las cualidades de la vida moderna que me interesan. Da la impresión de que la precipitación es la debilidad más aparente de todo lo que intento. Tengo el escritorio cubierto de notas que dicen: «una historia realista poblada de personajes grotescos, una historia grotesca poblada de personajes familiares, etc. Bla, bla, bla.

La estudiante de viola, que continúa cenando de una bolsa de papel, está rascando el instrumento sin piedad. No ha mejorado mucho.

Besos,
John

Más

Es otro día y el trabajo va bastante bien. (Me he quedado sin sobres y he tenido que coger uno de Muriel.) He estado aporreando la máquina, lo cual es un buen indicio. Te veré la semana que viene. Si consigo rascar algún dinero, te telefonaré el martes por la noche.

Besos, besos,
John

El hombre que tocaba el boogie-woogie era William Shawn. H&M era Houghton Mifflin y el bosquejo era para una novela.

Bank Street

Cariño:

Fui... a cenar con los Best (tú estabas invitada y no pararon de preguntar por ti)... Un

hombrecillo encorvado de voz atiplada que tocaba el boogie-woogie al piano resultó ser el director editorial de *The New Yorker*. Jugamos a varios juegos. (Mi nombre empieza por S, etc.) Marshall escogió interpretar al capitán Simpson, el segundo marido de Wallis Warfield.

Espero trabajar de firme toda la semana y no ver a casi nadie. Voy a enviar un bosquejo a H&M (me gustaría escribir un libro sobre la gente a la que he conocido los cuatro últimos años) y un capítulo largo.

John

George Davis era en aquel entonces director de ficción en *Harper's Bazaar*. N. R. era *The New Republic*. Pete y Lib son Pete Collins y Lib Logan Collins.

Cariño:

No será este fin de semana, pero estoy seguro de que será la semana que viene. No quiero trasladarme hasta terminar lo de H&M, que me está causando algunas dificultades. Y sigo esperando el cheque. Davis me invitó a cenar anoche y me aseguró que lo envió hace diez días, así que debería llegarle pronto a Lieber. También me dijo que a Carleton Brown (que consiguió el trabajo en N. R. que quería yo) se lo han llevado anteayer al manicomio, así que voy a volver a solicitar el empleo.

Ayer hizo un día horrible, bochornoso y deprimente. El anciano del violín se instaló un buen rato ante mi puerta, luego la intérprete de viola tomó el relevo al otro lado de la calle y cuando terminó, empezó a ensayar el tipo de la corneta. Pete y Lib se pasaron por casa, no muy contentos, a última hora de la tarde, y luego por la noche Davis dijo que la gente que escribe para el *New Yorker* no sirve para otra cosa, etc.

En cambio hoy hace un día fresco y soleado, la viola y la corneta están en silencio, el violinista se ha ido y

Besos,
John

Mme. era Mademoiselle.

Cariño:

Fui a *New Republic* esta mañana después de escribirte, vi a Malcolm y concerté una cita con Bliven; pero era demasiado tarde. Le habían dado el trabajo de Brown a algún otro buitre. No obstante, Bliven se mostró interesado y amistoso y me dijo que el tipo al que han contratado es solo temporal, por lo que cabe la posibilidad de que me contraten en otoño. Por lo visto el trabajo está gafado. Brown no es el primero al que sacan de su despacho con los pies por delante.

Es tarde por la noche. He estado trabajando en el libro... Mañana volveré a ver a Malcolm. Se halla en situación de enterarse de trabajos que yo podría desempeñar y si continúo dándole la lata puede que se le ocurra alguna cosa. Trabajar por cuenta propia, aunque sea para revistas populares, no da suficiente dinero para casarse, y más me valdría conseguir algún empleo. Mme. me ha escrito hoy pidiéndome que les escriba un relato navideño. Ding-dong, ding-dong. Felices navidades a todos.

Besos, besos

John

Las ch eran chinchas. Fritz era su hermano Fred; Iris era la mujer de Fred.

Spear, 67

Quincy

Cariño:

Las ch han podido conmigo y la noche pasada acabé intentando dormir en la bañera con la ducha goteándome encima y las piernas llenas de picaduras. Aguanté hasta que empezó a hacerse de día y emprendí el camino hacia aquí. Tenía los ojos rojos y me encontraba muy mareado, pero el Hudson y la ciudad estaban preciosos a primera hora de la mañana. Paré en una gasolinera de New Haven y me quedé dormido sobre el volante, el encargado de la gasolinera me dejó dormir tres cuartos de hora. Supongo que el hecho de que estuviese tan soñoliento y deprimido hizo que regresar a Nueva Inglaterra me resultara más agradable y conmovedor que de costumbre. La región parecía la tierra prometida y sus gentes sencillas me parecieron encantadoras.

Después de cenar nos sentamos en el porche, olisqueando los olores del barrio residencial y manteniendo una de esas conversaciones erráticas que a veces parecen música. Una larga discusión sobre la pasta de arenques, el salmón ahumado, las noticias en los periódicos, los hoteles del lado oeste, lo que deberían comer los niños, las frases simpáticas, la peligrosidad del

escarabajo hércules, la subida de las acciones inmobiliarias, el color de las nubes, las telarañas del seto, el olor del mar, etc. Fritz e Iris también habían venido.

Aún estoy demasiado dormido para saber con exactitud cuáles son mis planes. Sobre todo estoy preocupado por la novela. George Davis me compró ayer un relato corto y me preguntó por qué no escribía para ellos uno largo de unas treinta mil palabras. Dios, me encantaría.

Con todo mi amor,
John

«Lobranao» era Gus Lobrano, un editor en *The New Yorker*. Lobrano se convirtió en director de ficción después de Katharine White. Porter era Katharine Anne Porter. Había sido amiga íntima de Josie Herbst, pero su amistad se enfrió, y mi padre a menudo aludió a ella en sus últimas cartas a Josie como un personaje ridículo; un personaje ridículo, exitoso e imponente, pero no por eso menos ridículo. Flannery Lewis era otro escritor. Nathan era Nathan Asch. Joan es la gobernanta de Yaddo

Yaddo
Miércoles

Cariño:

The New Yorker me ha rechazado un relato y eso hace que la mañana parezca calurosa, aburrida y agobiante. Ayer revisé y pasé a máquina los dos relatos de *Collier's* y supongo que consagraré el resto de la semana a Lobranao. Ayer por la tarde estuve trabajando una hora en el jardín y bajé a cenar sin probar un trago. Muy aburrido. La gente sigue intimidada por el ambiente de la casa y la vivencia de encontrarse de pronto con veinte completos desconocidos. La conversación de sobremesa consistió en gruñidos y chillidos. Alguien fue a la sala de música e interpretó *sacre du p*. Un autor teatral se sentó encima de una avispa que le picó en el trasero. Uno por uno subieron a sus habitaciones y se quedaron mano sobre mano con la puerta abierta. A las diez en punto, la casa estaba a oscuras. Es, claro, la calma que precede a la tormenta. Será una tormenta extraña, distinta de cualquiera que haya ocurrido fuera de estas puertas.

En el desayuno un tipo llamado Ekstrand fue a ver Porter y le preguntó: «¿A qué te dedicas? ¿Eres escritora o qué?». Porter, vestida de blanco y oliendo levemente a colonia, dijo: «Pues sí, escribo». «¿Y qué escribes?», preguntó Ekstrand con ojos rijosos. «Oh, no mucho, en realidad muy poco, casi nada», respondió Porter. «Me refiero a si escribes libros o qué», insistió Ekstrand con ojos rijosos. «He escrito dos libros», dijo Porter con dulzura. «¡Ah!», replicó Ekstrand. Porter es maravillosa y, aunque no es asunto mío, no se me ocurre un sitio mejor para sus

peculiares dotes de observación. Esos rostros sensibles y sombríos y esta casa tan fea, deberían ser su mundo.

Parece que va a llover. Los pájaros parlotean. Flannery es un tipo amable de ojos enrojecidos. Nathan y Carole van a alquilar un apartamento en Saratoga. Parecen felizmente casados, y eso es nuevo para Nathan. Ella es una buena chica. Acabo de oír a Joan dar la bienvenida a un recién llegado bajo mi ventana. Parece un poeta: gafas de concha, traje negro, camisa azul y corbata. Una araña que había tejido la tela en la leñera acaba de atrapar a una mosca.

Besos,
John

Yaddo
Jueves

Querida señorita Winternitz:

¿Por qué no me escribe, holgazana?

Katherine Anne P. no es tan maravillosa. Supongo que había depositado demasiadas expectativas en ella. La Porter, Joffe, Flannery y yo fuimos anoche al Worden y el estilo grandilocuente de la conversación fue una enorme decepción. Jimmy, el camarero del Worden, se ha ido y ha abierto un bar por su cuenta, así que nos trasladamos. La conversación de Porter empezó con Auden, George Davis, etc. Se desvió unos minutos para contar sus vivencias con los aviadores en la última guerra mundial, pero luego volvió a Auden, Davis, MacAlmon, Escott...

Flannery y yo dejamos a los demás en el bar de Jimmy y fuimos al local de Charly, que ahora se llama el Ambassador. «Es por la guerra —dijo Charly—, le hemos cambiado el nombre al lugar por la guerra.» Cree que escribo canciones, así que le presenté a Flannery diciendo que era compositor y le dije que acabábamos de terminar «The Ghost of Molly Malone». Le pareció un nombre precioso para una canción y me pidió que le avisáramos cuando se publicara para ponerla en la máquina tocadiscos. «Ahora tengo “Cuentos de los bosques de Viena” —dijo—. Estoy intentando acostumbrar al público a la buena música.» Luego bajó la voz y preguntó: «¿Alguna vez habéis visto una lesbiana cuando estuvisteis en Greenwich Village?». Le hicimos un bosquejo de la vida sexual en Greenwich Village. Se lo tragó todo sin preguntar y se quedó muy pensativo.

Y a ver si me escribes.

Besos,
John

Don Elder era un escritor y amigo íntimo de Katherine Anne Porter. Daniel Fuchs es un novelista, escritor de relatos y guionista a quien mi padre conocía y admiraba. Fuchs, Jean Stafford, Bill Maxwell y mi padre colaboraron en 1956 en una recopilación de relatos. Marion Greenwood era artista y amante de Josie.

Domingo noche

Cariño:

Ayer por la mañana Don Elder me llamó a gritos por la ventana diciendo que iba a ir en coche a Saratoga para llevar a Katherine-Anne a las carreras y que si quería apuntarme. No es que me mereciese unas vacaciones, pero acepté y nos fuimos por la mañana y volvimos anoche. Katherine y él fueron a las carreras y yo estuve por ahí saludando a todo el mundo, estrechando manos, sonriendo y tomando copas. Lo pasé de maravilla. Pasamos la tarde en el austero dormitorio de Katherine-Anne bebiendo bourbon. Todo el mundo en Yaddo ha estado acosando a la pobre mujer y ha sufrido una crisis nerviosa desde la última vez que la vi en Junio. Parecía escarmentada, demacrada, una persona mucho más auténtica y atractiva. Se sentó en el borde de la cama a las dos de la mañana sin maquillaje, con el rostro curtido y arrugado, hablando sobre la soledad y por un momento me pareció ver a una persona a través de su engreimiento y artificialidad. Salimos de Yaddo a eso de las dos. Elder se pasó el viaje durmiendo, y solo por conducir de vuelta ya valió la pena ir. Era una noche iluminada por la luna, olía de maravilla, no había tráfico y casi amanecía cuando llegamos a la alameda Henry Hudson y entramos en la ciudad; y la ciudad y el río me impresionan mucho a esas horas. Me fui a dormir a las siete y me levanté a mediodía. Me veo un poco pálido.

... Dan y Suzy Fuchs van a alquilar una casa en Saratoga para pasar el invierno. Es probable que la ciudad acabe siendo una colonia de artistas. Vi a Nathan y a Carole, que parecían muy contentos y habían vendido un relato a Red Book... Marion Greenwood se pasea por los pasillos y aborda a los huéspedes. Los bosques estaban abarrotados de autores teatrales melancólicos con gafas ahumadas.

Hace un día muy sofocante. Todo está pegajoso. Mañana veré a Malcolm para seguir discutiendo mis posibilidades de encontrar empleo. Tendremos una buena vida, cariño, una vida hermosa y maravillosa.

Besos,
John

N.Y. es *The New Yorker*.

Spear Street

Sábado

[Septiembre, de vuelta con sus padres]

Cariño:

Estamos a punto de ensillar los caballos para ir a dar un paseo por la pintoresca región donde todo tiene cien años de antigüedad, hasta la macedonia de frutas. Hace un tiempo precioso de septiembre y espero que siga haciéndolo en Nueva York cuando vuelva el martes. No he trabajado mucho, pero ayer pasé el día leyendo pasajes de la primera novela e intentando definir sus puntos débiles. Esta semana saldrá un relato en el N.Y., uno de los buenos.

Quincy es una ciudad con unos astilleros en plena expansión. Ayer conduje hasta Fore River y luego seguí por la orilla sur. La planta estaba a pleno rendimiento y es un espectáculo muy interesante. En la calle principal de Quincy Point han empezado a surgir los diversos establecimientos que siguen a una emigración de obreros (el burdel, la misión evangélica, el almacén de ultramarinos, etc.) Se ve a los obreros a primera hora de la noche cruzar el bulevar en ropa interior, admirando el océano, el precioso océano con sus islas y penínsulas.

Y luego a Leftenant Pissamire a comer bacalao y un trozo de Johnny Cake a la luz de las velas.

Besos, besos, besos,

John

La señora C. era su madre

Spear Street

Sábado

Cariño:

Hemos dado un paseo en coche por la pintoresca región y comido unas langostas en un porche que daba al océano. El océano estaba precioso: verde y verde claro en los bajos donde los botes de los pescadores, que tienen nombres de mujer, van costeando y recogiendo las trampas, mientras los tullidos se sientan en las playas y los rompeolas a contemplar el Atlántico con el

aire despistado de alguien a quien le están leyendo algo. Hacía mucho que no veía un tremedal cubierto de arbustos de arándanos amargos; o la luz iridiscente de esos pueblos y los edificios bajos de madera asentados en sus soleras, y los enormes coches que avanzan despacio por las calles estrechas y el olor del marisco. Me encanta; pero hasta que me parezca menos fantástico seguiré viviendo tierra adentro y lo amaré a distancia. Nos detuvimos en una subasta, pero me apresuré para no dar ocasión a la señora C.

La novela me preocupa constantemente. Lobrano volverá el diez y quiero tener algo para cuando vuelva; y también está lo del relato largo para Davis. No sé.

John

MLLe. es Mademoiselle. I. era Iris, y F. era Fred.

Domingo

Cariño:

El periódico dice que esta noche podría azotar la zona un huracán, así que estoy atrapado aquí, esperando a que empiece a aullar el viento y se apelonen las nubes fúnebres. Espero que no arrase Fire Island, donde va a pasar el fin de semana el personal de *The New Yorker*.

Anoche terminé el relato de Navidad para MLLe. y conduje a Norwell y pasé la tarde con I. y F. y un invitado suyo llamado Bullfinch que había bebido demasiados cócteles en la fiesta benéfica. Iris era la encargada del sorteo y ganó un buen suéter inglés y varias plantas. Todo el mundo en Norwell cree que hizo trampa y yo también.

Besos

John

Eleanor es Eleanor Clark

Calle Once, 114, Oeste [1941]

Martes

Querida Eleanor:

Mary y yo nos casaremos el veintidós. Mary va a conservar su empleo por razones evidentes,

así que tendremos que quedarnos en la ciudad hasta el otoño...

... Pasa a vernos cuando estés en la ciudad. El timbre no funciona, pero te resultará fácil forzar la puerta de entrada. Es el piso de arriba.

John

El doctor y la señora de Milton Charles Winternitz
anuncian la boda de su hija
Mary Watson
con
John William Cheever
el sábado veintidós de marzo
de mil novecientos cuarenta y uno
Prospect Street, doscientos diez
New Haven, Connecticut

El «salario» que pagaba *The New Yorker* era por un acuerdo de preferencia. Garantizaba unos centavos por palabra cuando la revista le compraba un relato, y le obligaba a ofrecer cualquier cosa que escribiera a *The New Yorker* antes de intentar venderlo en otra parte. Aunque Bill Maxwell afirma que a mi padre nunca le pagaron menos del precio máximo en ficción, su salario nunca superó los 1.000 dólares anuales.

Calle Ocho, 19, Este
Ciudad de Nueva York, Nueva York
3 de enero de 1942

Querido Malcolm:

No he perdido mucho tiempo desde que he descubierto que tienes un empleo en Washington para escribirte que me tengas presente si surge alguna oportunidad. Recuerdo haberte escrito cartas parecidas desde Saratoga Springs y Georgetown. *The New Yorker* sigue pagándome un salario, pero si no sale nada mejor, y a Mary no le importa, creo que intentaré alistarme.

Llevamos desde primavera esperando que Muriel y tú vengáis a visitarnos a este emparrado. Nathan estuvo en la ciudad hace una semana, hablando del precatalán. Pete Collins me escribe desde Fort Ethan Allen que pasó por Saratoga Springs hace poco, al volante de un 75.

Tuyo, como siempre,

John

New Haven era donde vivían los padres de mi madre.

Enero de 1942
Calle Ocho, 19, Este
Lunes

Querida Jo:

... Pete está recopilando información sobre el enemigo en Vermont. Lib sigue igual —la viuda nerviosa de militar—, un tipo de mujer que supongo que abundará con el paso del tiempo. La vida en casa de los Cheever es muy feliz, muy tranquila, y, para mí, totalmente vestigial. Puede que no haya guerra para nosotros, aunque las cajas de cerillas cada vez parecen más pequeñas. Espero ser aceptado pronto en el ejército —junto a cualquier otro con edad de afeitarse— y eso arroja una luz extraña sobre nuestra felicidad. Nos hemos apartado del grupo de bebedores, pero los demás parecen iguales. Jugamos al bádminton los martes por la noche y comemos en un restaurante los sábados, pero me siento como uno de esos enfermos mentales aprisionados por sus costumbres del pasado. Mary teme verse encarcelada en New Haven durante la prevista duración de lo que me parece una guerra catastrófica.

John

«El maravilloso padre de Mary», Milton Charles Winternitz, aparecerá en las cartas futuras como siempre le llamaron en vida: Winter, Gram y Guts. Era un hombre de logros extraordinarios. Ingresó en la universidad a los catorce años, y a los veintiuno ya estaba enseñando medicina. Fue decano de la Facultad de Medicina de Yale durante quince años y en todo ese tiempo mejoró sustancialmente la fama de dicha institución. Fue uno de los primeros judíos que desempeñó un cargo de importancia en Yale. Era muy exigente en la admisión de nuevos alumnos, y se le ha acusado de antisemitismo. Podía ser tan desagradable como brillante, y mi padre le admiraba por ambas cosas. Escribió un libro sobre el uso de gas venenoso en las guerras que continúa siendo hoy un libro de referencia. Era famoso en la familia por sus agudezas verbales. Una de las grandes técnicas que compartía con Polly, su segunda mujer (y la madrastra de mi madre) era decir algo hiriente cuando sabía que le estaban oyendo.

Una historia que le encantaba contar a mi padre era que, cuando fue decano, Gram había invitado a Treetops, la residencia de verano de la familia, a un joven médico que no pudo negarse. Gram le dio a entender que era de importancia profesional. El desdichado joven tuvo que pedir prestado un coche y pedir permiso para hacer un viaje que entonces duraba seis horas. Gram aduló a su invitado, e insistió en que fuese con su novia y se quedaran a pasar la noche. Cuando por fin los invitados encontraron la casa, que estaba en un camino sin asfaltar ni señalizar, salieron del coche y Binny, nada más verlos, dijo en voz lo bastante alta para que le oyeran: «Ay, Dios, han venido». Fue la primera andanada de un ataque que duró todo el fin de semana e incluyó todo tipo de desaires concebibles, entre ellos la ausencia de papel higiénico en la cabaña de los visitantes.

Una leyenda familiar cuenta que un hijo de Gram llevó a la chica con quien quería casarse a cenar a New Haven con su padre. Gram los oyó aproximarse por las escaleras y dijo, nuevamente en voz lo bastante alta para que le oyeran: «No sé qué es lo que habrá visto en ella. Hasta el más inútil de mis ayudantes podría fabricar algo más atractivo con un cuervo muerto y dos listones de madera». Sin embargo, Gram también podía ser extraordinariamente amable y generoso, y mi padre y él fueron muy amigos durante años.

La madre de mi madre —la primera mujer de Gram— murió joven. También era médico. Se llamaba Helen Watson, y era hija de Thomas Watson, el hombre que ayudó a Graham Bell a inventar el teléfono, y que acudió cuando Bell dijo: «Señor Watson, venga por favor, necesito su ayuda». Gram se casó con Polly tras la muerte de Helen. Polly era una vividora y había estado casada con Stephen Whitney, que era muy famoso en aquella época.

[Principios de 1942]
Calle Ocho, 19, Este
Lunes

Querida Jo:

No he escrito antes, porque he estado esperando que ocurriera algo. No ocurre nada. Pasé las pruebas médicas para entrar en el ejército. «¿Sufre usted convulsiones? —me preguntaron—. ¿Se orina en la cama?»

Pasamos una semana en New Haven y el maravilloso padre de Mary nos llevó a su laboratorio y nos mostró varios de sus experimentos (secretos) sobre la química del valor. Le gustaría reducir la personalidad a términos de sal y potasio, siendo como es un hombre que siempre se ha visto desbordado por las fuerzas misteriosas de su propio temperamento. En realidad, los experimentos son sobre la altura máxima a la que pueden volar los aviones y tratamientos de choque. El interno de New Haven cierra las cortinas cada noche, y la hermanastra de Mary está aprendiendo a hacer una tortilla... Quiero tanto a Mary que creo que saldremos de esta de un modo u otro, aunque no creo que podamos esquivar la situación. ¿De qué demonios va a escribir un hombre de unos veinte años en un momento así, y quién va a leerlo si pudiese escribir?

John

Querida Jo:

No he recibido más que un ominoso silencio de la junta de alistamiento las dos últimas semanas. La titánica ineficacia que parece a punto de engullir al mundo, tal vez empiece aquí. Unos cuantos conocidos míos han partido ya, armados con bobadas a lo Saint Exupéry. «No hay desesperación en la derrota... la vasta hermandad de la muerte, etc.» Lo único que sé de la guerra es lo que vi en las películas hace diez años, y todavía me lo creo: los gritos, la mano amputada en el alambre de espino y las ratas en las trincheras. La vieja guardia sigue murmurando de

Lafayette y Niles dijo anoche que iba a ir a África a conducir una ambulancia. Es como si hubieran perdido mucho al no haber participado en la última guerra.

INSTRUCCIÓN BÁSICA

El ejército reclutó a mi padre el 7 de mayo de 1942. Fue la primera temporada que pasó lejos de mi madre y de una máquina de escribir. Sufrió muchísimo por las dos cosas. No obstante, siguió escribiendo relatos y cartas a mano.

Su carrera en el ejército acabó siendo un éxito —lo transfirieron al Cuerpo de Señales, donde obtuvo el rango de sargento—, pero a la dureza física de la primera instrucción se unió la vergüenza de obtener unos resultados tan bajos en el test de inteligencia que le negaron la admisión en la Academia de Oficiales. Por ello siguió siendo soldado raso cuando la mayoría de sus amigos civiles tenían mayor rango. Eso le causó una gran amargura, estudió matemáticas para repetir el examen y aprobó. No obstante sus primeras cartas no ocultan la humillación que debió de sentir. A fin de cuentas, la incapacidad de demostrar sus conocimientos matemáticos tal vez le salvase la vida, pues su batallón original, en el que se habría quedado de haber sido ascendido, tuvo que enfrentarse a una encarnizada resistencia en el desembarco de Normandía. Según me contó la tasa de víctimas superaba el 150 por ciento, lo que significaba que «todos resultaban heridos y la mayoría morían». Lo cual puede ser otro indicio de su aproximación intuitiva a las matemáticas.

En su ficción hay más de una alusión a los bajos resultados en el test de inteligencia. En *Falconer*, el protagonista, Ezekiel Farragut, era profesor en la vida civil, «pero nunca obtuvo más de 119 y una vez sacó solo 101. En el ejército eso le había dejado al margen de los puestos de mando y le había salvado la vida».

La vida militar fue una fuente de material para la ficción, y hay temas e incidentes descritos por primera vez en estas cartas que aparecen una y otra vez en su obra y con el tiempo van cobrando profundidad y significado. Recuerdo cuando me hablaba de su sargento primero. Dicho oficial era extremadamente cruel y lo odiaban todos los hombres bajo su mando. Una vez se encontró en el pueblo con varios de ellos y uno le desafió a pelearse a puñetazos. Cuando lo derribó, el sargento se arrastró por el suelo y mordió al soldado en una pierna. El soldado miró a su oficial con desprecio. «Es usted un mierda», le dijo. La primera variación de esta pelea apareció en el relato publicado en *The New Yorker* y titulado «Sergeant Limeburner».

El sargento salió primero del local y cruzó la calle. Brown, Pluzynski y los demás hombres del pelotón le siguieron. En cuanto el sargento se detuvo y Brown le alcanzó, los hombres formaron un círculo en torno a ellos. El sargento empezó nerviosamente con un golpe de derecha y falló. Brown le golpeó con la izquierda y luego le propinó un derechazo en la mandíbula que se oyó en toda la calle. El sargento aterrizó sobre el trasero en el suelo y se llevó la mano a la mandíbula.

«Ha sido fácil», dijo Brown. El sargento se puso de rodillas, abrazó a Brown por las piernas y le clavó los dientes en la mano derecha. Brown gritó y le golpeó en el estómago. El sargento cayó de espaldas. «Es usted despreciable», dijo Brown.

Supongo que «un mierda» era demasiado fuerte para *The New Yorker* en 1943.

En *El escándalo de los Wapshot* hay una pelea parecida, entre Coverly Wapshot y Pete Murphy.

—Eh —dijo Murphy—. Está violando una propiedad privada. Estas son mis tierras. Fuera de aquí si no quiere que lo deje hecho un tullido. Le sacaré los ojos. Le romperé la nariz y le arrancaré las orejas.

Coverly le lanzó un derechazo y Murphy, un tipo corpulento y cobarde, al parecer, cayó al suelo. Coverly esperó un tanto perplejo. Entonces Murphy se puso a cuatro patas y le clavó los dientes en la espinilla.

Lo de «un mierda» sigue sin aparecer, pero los dientes se clavan en la pierna y no en la mano.

Muchas de las cartas que mi padre redactó en el ejército se escribieron a mano, y reproduzco en la página siguiente una de las más legibles. Su letra era muy difícil de leer. Recuerda lo que cuenta de la señorita Dent en su relato «El tren de las cinco cuarenta y ocho»: «Su letra le dio la impresión de que había sido víctima de algún conflicto interior —emocional— cuya violencia había roto la continuidad de las líneas que era capaz de trazar en el papel.»

[A mano]

Miércoles

Cariño:

Acabo de comprar una estilográfica nueva de dos dólares que según el encargado del economato escribe sola, así que no creo que sigas teniendo dificultades para leer mis cartas. Tenía varias de ocho dólares que dijo que escribirían mucho mejor, lo cual es sin duda cierto, pues es evidente que esta presenta algunos problemas. Hoy he visto a un tipo con una máquina de escribir. Iba de camino a la sala de ocio y estoy convencido de que era un escritor. Llevaba gafas, el uniforme de trabajo le sentaba fatal y tenía el culo muy gordo, ¿qué otra cosa podía ser?

Tras entrar en el ejército en Fort Dix, lo enviaron al campamento Croft, a las afueras de Spartanburg, en Carolina del Sur. «Estaremos aquí de ocho a trece semanas, haciendo un curso intensivo de infantería», escribió. Mi madre recuerda haberle visto de permiso. Dice que estaba muy delgado. Despertó en mitad de la noche y lo encontró contando nerviosamente los minutos en sueños. La figura central en la pesadilla que supuso para él la instrucción básica fue el sargento Durham, que sirvió de inspiración para el cuento sobre la pelea citado antes.

Dicho cuento empezaba así:

El indicio más inequívoco de que un soldado acaba de llegar a una unidad del Ejército Regular son las ganas que tiene de hablar de la severidad del sargento con el que hizo los primeros meses de instrucción. En cuanto una división absorbe a un grupo de hombres, se oyen estas historias en el economato, en las calles de la compañía y en los barracones. El siguiente relato trata de uno de esos sargentos, un hombre llamado William Limeburner.

Darling,

When I wrote last night I forgot to ask
you a favor which is will you send me a
large box of cookies - Assorted and tasty.
I've been eating so many cookies that belong
to other people that I feel guilty. Send
them parcel post. Registered mail is a
nuisance here.

You have enough money, haven't you
Darling? Do the New Yorker checks still
come through? This is lousy so I'd
better quit.

Love,

John

Cariño:

Cuando te escribí anoche olvidé pedirte un favor que es si puedes enviarme una caja grande de galletas. Variadas y sabrosas. He comido tantas galletas de otras personas que me siento culpable. Mándalas por paquete postal. El correo certificado es imprescindible.

Tienes dinero suficiente, ¿verdad, cariño? ¿Siguen llegando los cheques del *New Yorker*? Es la hora de comer así que mejor me voy.

Besos,
John

El ordenancista de la vida real aparece citado por primera vez en esta carta dirigida a mi madre.

[A mano]

Nuestro sargento es un hombre extraño e interesante. Creo que procede del interior de Tennessee o Mississippi, de familia trabajadora y poco sociable. No tiene amigos y está obsesionado con que su pelotón sea el mejor de la compañía. Es de temperamento histérico. Después de encerrarnos en los barracones, va al economato y se bebe varias cervezas. Luego vuelve y nos explica que nos ha encerrado por nuestro propio bien.

Lieber era Maxim Lieber, su agente

[A mano]

28 de mayo [1942]

Cariño:

Los alumnos del campamento de la Academia Militar Croft han escuchado hoy una conferencia sobre La Batalla de Inglaterra y luego han empezado los cursos de puntería, con algo llamado «Triangulación» que al soldado Cheever no se le ha dado demasiado bien. Mis ojos y mis pies hacen que empiece a sentirme viejo. Ayer fui muy consciente de mis treinta años. Veo tan mal que cuando apunto un arma tengo que tener los dos ojos abiertos.

Lieber me ha enviado hoy el relato y el domingo podré revisarlo. Escribiré las correcciones con mi indescifrable caligrafía y te las enviaré por correo para que lo pases a máquina y se lo envíes a Lieber.

Anoche los hombres estuvieron hablando, da la impresión de que casi todos se esfuerzan por seguir despiertos una hora después de que apaguen la luz para recordar la vida tan feliz que han tenido. Yo he adoptado la misma costumbre y me ha sorprendido descubrir que todos los presidiarios y los instaladores de aire acondicionado tenían recuerdos, aunque es lógico.

Besos,
John

[A mano]

Cariño:

... Atravesamos nubes de cinco gases venenosos sin nuestras máscaras. Se supone que tienen olores románticos como geranios o ajo, pero eso solo es cierto cuando están muy diluidos. Concentrados, huelen a demonios. Luego entramos en una cámara llena de gas, etc. etc. El curso lo impartía un menudo y vigoroso comandante que no dejaba de lanzarnos bombas de humo para comprobar cuánto tardábamos en ponernos las máscaras. Luego marchamos un par de kilómetros con las máscaras puestas. Rematamos la mañana con un ejercicio de órdenes de combate. Esta tarde hemos corrido y corrido y caído al suelo y corrido y maniqués con bayoneta y hacía un calor del demonio. El sargento no quedó contento con nuestra actuación y nos puso a trabajar después de cenar. Luego salimos, tomé una cerveza, me compré una estilográfica y aquí estoy.

... La estilográfica no lo solucionará todo, pero esta noche estoy demasiado cansado para intentarlo. Mañana mi caligrafía hará honor a mis profesores. Buenas noches, amor mío.

John

P. D.

También me las arreglé para conseguir unos sellos y te he enviado el relato. Dímelo cuando lo recibas. Además había una carta de Pete que parecía una carta de un sargento a un soldado raso.

Buenas noches de nuevo.

[A mano]

... Durham se puso a chillarnos a las 5.30 de la mañana. Sacamos las camas del barracón porque ha habido una plaga de piojos en los barracones. Luego marchamos lejísimos y nos internamos en los bosques donde pasamos la mañana excavando refugios bajo fuego simulado. A eso de las once y media amenazó lluvia así que volvimos a paso muy ligero, para recoger las camas antes de que se mojaran. Luego nos ordenaron correr y corrimos y corrimos y corrimos. Era de locos. El remate fue cuando a Meat Ball se le rompió la mochila. Después se le cayeron los pantalones. Llegamos justo cuando la lluvia empezaba a arreciar y metimos las camas sin que se mojaran demasiado.

[A mano]

Miércoles

Cariño:

Marchamos por el bosque y tapamos los agujeros que habíamos excavado ayer. Luego volvimos a hacer ejercicios de puntería con fusil y pasamos la tarde desmontando fusiles automáticos Browning y volviendo a montarlos. No es difícil. Se me olvidó poner el seguro de mi fusil, así que me castigaron con otra docena de hombres y pasamos media tarde fregando suelos.

Esta es una carta de la sala de ocio, distinta de las cartas de los barracones. El ruido en ambos sitios es similar, pero en la sala de ocio hay mesas en las que apoyarse y en los barracones hay que escribir con las hojas sobre las rodillas. Eso me hace concebir esperanzas sobre la legibilidad de mi caligrafía. Además intento escribir al compás de la música.

Buenas noches, amor mío,
John

Cariño:

La temperatura ha rondado los treinta y siete grados. Uno de los hombres se ha desmayado varias veces y cuando ayer se sintió mareado el cabo le dijo que se sentara a la sombra un rato. Lo hizo. La compañía partió sin él. Luego volvió a desmayarse. La noticia llegó a oídos del médico y Durham se puso hecho una furia. «¡Me da igual si os desmayáis —nos dijo esta mañana—, pero si vais a desmayaros, decídmelo antes! Podríais morir de una insolación y me echarían a mí la culpa.»

Buenas noches, amor mío,
John

[A mano]

Lunes

Cariño:

Siento y me sorprende que mis cartas tengan un tono tan melancólico. Creo que debe de ser la caligrafía. Cuando escribí sobre las cartas de la hora del almuerzo, me refería a *mis* horas del almuerzo. La palabra no era «torre» ni «tarde» sino «TORPE». Debe de ser mi caligrafía, porque no me siento solo ni deprimido y a veces tengo la sensación de que me gusta el ejército.

[A mano]

Campamento Croft
Campamento Croft, SC
28 de julio

Cariño:

Esta es otra carta escrita en los barracones sobre mis temblorosas rodillas. La radio del maquinista de primera clase —que es un gran snob— está tocando reflejos de Ziegfield Follies. La mitad de los hombres están aquí y hace mucho calor. Cookie, el desdentado y medio retrasado camarero del restaurante Childs de la calle Cincuenta y nueve, está hablando de las mujeres ricas y famosas a las que ha conocido. Cada día de paga va a Greenville. Le echan somníferos en la copa, le vacían los bolsillos y acaba en la cárcel. Siempre insiste en que quienes le robaron eran buenas personas.

Buenas noches, amor mío.

Eddie Newhouse es un novelista y escritor de relatos que fue amigo de mi padre durante toda su vida. Bill Maxwell fue el editor de mi padre en *The New Yorker* durante casi cuarenta años. Ross era Harold Ross, el fundador de *The New Yorker*. Me sorprendió descubrir que mi padre había intentado abandonar la infantería, porque siempre me había contado lo mucho que le había costado dejar el uniforme.

Es interesante destacar el seco rechazo de las cartas de mi abuelo. Han sobrevivido algunas cartas posteriores de Frederick Lincoln Cheever. Son cartas amables y seniles que no permiten hacerse una idea del hombre severo e implacable que aparece en relatos como «El pasatiempo nacional».

Spartansburg
Domingo

Cariño:

Ayer fue un día fácil. Nos pusimos muy nerviosos porque iban a pasar revista, pero el oficial no se presentó. El pase de revista implica cambiar el fusil de mano a mano, mirar hacia delante, abrir la recámara, etc. La idea de tener que hacer todo eso delante de un oficial causaba tal pánico a muchos que habría sido un terrible fracaso y podría haber minado la moral de los oficiales.

Me interesa saber cómo se las arregla Eddie con su nombramiento. Los oficiales aquí son muy severos y rectos. Empiezan el día poniendo a cuatrocientos hombres a hacer ejercicios

calisténicos, algo que no creo que llegue a aprender jamás y que tampoco me imagino haciendo a Eddie.

Mi padre ha empezado a escribirme y dice que también te ha escrito a ti. No te molestes en responderle, ni en abrir sus cartas a menos que te interesen.

Hoy he recibido carta de Gus y Bill. Han comprado uno de los cuentos que escribí en Treetops y también el que escribí el lunes antes de volver a Dix. Además, Ross ha escrito al coronel White a propósito de «Yanqui». No pueden hacer nada hasta que termine la instrucción básica; pero, Dios, rezo y espero que luego lo consigan. Dos meses pasan muy deprisa y tal vez pueda volver a N.Y. contigo. Entretanto, tienes que venir aquí un fin de semana si te da tiempo. Estoy al corriente de los pagos con *The New Yorker* y tal vez pueda seguir así, lo que servirá para pagar el viaje.

Besos,
John

Me conmueve mucho la intensidad y la pureza de la pasión que sentían mis padres el uno por el otro en esta época de sus vidas. No siempre fue así. Es una práctica habitual concluir los libros y las películas con una boda o una muerte. Se supone que los escritores se detienen ahí porque no saben lo que ocurre después de la muerte, y porque no quieren saber lo que pasa después de la boda. Cuando era mayor, a mi padre le gustaba decir que los votos del Sagrado Matrimonio eran una mentira descarada pero extremadamente útil.

Martes

Cariño:

Por supuesto no me refería a que hubiera olvidado nuestro matrimonio cuando dije que me sentía aislado. Nunca lo olvido y es lo más grande y hermoso que tengo y lo que me permite seguir adelante. A lo que me refería es a que cada vez estoy más impaciente por verte y te echo más de menos. La única vida que concibo es la vida contigo...

Besos,
John

[Escrito a mano]

Cariño:

Te incluyo un cuento. ¿Podrías imprimirlo y enviarlo a *The New Yorker* cuanto antes? Tal vez puedan darle forma y sacarle provecho. Lo he transcrito con mucho cuidado, como un niño idiota, sentado en el borde de mi camastro.

Besos, besos, besos, besos,
John

EJÉRCITO REGULAR

*Lo transfirieron del campamento Croft en Spartansburg,
Carolina del Sur al campamento Gordon,
en las afueras de Augusta, Georgia*

Campamento Gordon, Augusta, Georgia
Co. E. 22.º de Infantería
Domingo

Cariño:

Esta mañana me he levantado antes de que amaneciera para telefonearte, pero las salas de ocio estaban cerradas. Esperé en las escaleras hasta las ocho en punto, cuando llegó un tipo a abrirlas. Pero para entonces las líneas telefónicas estaban sobrecargadas y cuando conseguí línea debías de haberte ido a la playa.

Llegamos aquí el viernes. Por supuesto, discutimos todo el tiempo sobre el lugar al que nos llevaban. Íbamos en vagones de tren y nos dieron unos bocadillos para comer, así que supusimos que el viaje sería corto, y lo fue; pero tuvimos que esperar en vía muerta a que pasaran otros trenes, así que tardamos un día entero en llegar. Pasábamos de la emoción a la depresión. Cuando llegamos nos apretujamos unos contra otros como borregos, pero nos separaron enseguida y nos dividieron en tantos pelotones, compañías y regimientos que ninguno estamos en el mismo barracón. Después de ordenar las cosas, nos vimos en el economato, donde todo el mundo reconoció que echaba de menos el campamento Croft y al sargento Durham.

Miércoles

Cariño:

Esta es otra carta escrita a mediodía. Hoy he recibido una carta de un médico del Instituto Neurológico preguntándome por qué había dejado de escribir. Supongo que quería tener un nuevo paciente.

Bill Maxwell conoció a mi padre antes de la guerra. «Tu padre era muy joven entonces —debía de rondar los veinte años— y muy guapo. Vivía en Rhineland Gardens, y luego de pronto se casó.» Bill fue el editor de mi padre, su mentor y su amigo

en *The New Yorker* desde 1936 a 1976, y *El escándalo de los Wapshot*, publicado en 1964, está dedicado a W. M. El 16 de agosto de 1942, mi padre escribió a Bill desde el campamento Gordon, en Georgia. El relato, que no se incluye en *Los cuentos de John Cheever*, era casi con total seguridad «El problema N° 4». *The New Yorker* le pagó 250 dólares y lo publicó en el número del 17 de octubre de 1942.

Domingo

Querido Bill:

Me alegra mucho que te gustara el relato. Escribirlo fue muy divertido; tanto que paso mucho tiempo fantaseando con ideas literarias cuando debería estar persiguiendo un muñeco con una bayoneta. A veces tengo la sensación de que debería dejar de escribir y luego pienso: «y una mierda», como dicen aquí. El otro sábado por la noche, fue mi primera noche de sábado en el campamento Gordon y no estuvo mal. Lo de ir a beber al pueblo empezaba a volverse monótono. Hay un bar de un hotel que antes de que llegáramos era un hotel comercial y al que me gusta ir. También hay un hotel de vacaciones que no resistirá otros cuatro meses de trato militar. Las palmeras están marchitas, los techos agrietados y hundidos en varios sitios, y la mayoría de los muebles están rotos o han sido robados. Hay una austera cervecería llamada Heidelberg, donde bebemos cerveza y cantamos Die Lorelei, Mein Herz in Heidelberg, etc. También hay un local estilo pseudo-westchester llamado el León Rojo donde los domingos sirven cenas muy malas y tan patéticas como los ingleses comiendo guisantes de lata en Chandrapore. Y luego están los sitios para los soldados que nos siguen allí donde vamos y que desaparecen en cuanto nos marchamos: máquinas tocadiscos, cerveza por el suelo y la costumbre generalizada de echarle a uno somníferos en las copas y robarle la calderilla, y si no te gusta llamaremos a la policía militar.

Hoy es el primer día que tenemos algo parecido al clima del este. Hace frío, llueve y está nublado. Es igual que en el noreste y me alegra mucho. Me parece ver a mi padre dando golpecitos en el barómetro, metiendo los muebles del porche y cerrando las ventanas.

Un abrazo,
John

Gus Lobrano llevaba a menudo de pesca a mi padre a una cabaña que tenía en el lago Cranberry al norte de Nueva York. Y...q es *Yanqui*. Una vez más el sargento implacable. En «Sergeant Limeburner» no volvía al campamento después de que el soldado le vapuleara en el pueblo. Supongo que el verdadero sargento tenía más redaños que el de ficción.

Campamento Gordon, Georgia
Co. «E» 22.º Inf.

Querido Gus:

Me acuerdo de ti cada vez que tropiezo con el azimut de una brújula porque recuerdo que me contaste en el Lago Cranberry que tú hacías lo mismo porque te gustaba. Y cada vez que me acuerdo de ti, espero que no te hayas alistado en el Ejército o la Marina... Hoy me han ofrecido un puesto con cargo de cabo, pero era para hacer de secretario del capellán castrense y el capitán me lo ha ofrecido con gesto de desprecio, así que lo he rechazado. Voy a rechazar todos los puestos de oficina hasta que sepa algo de Y...q. Este es un campamento muy grande y parecen ofrecer puestos a todo el mundo, incluso a los que recogen más colillas de cigarrillo del suelo por las mañanas.

Hay una diferencia muy interesante entre un campo de instrucción y el ejército regular. Es como el Convento y el Mundo. Siempre se puede reconocer a los recién llegados al campamento de instrucción porque se despiertan en plena noche, sacan brillo a los zapatos, se afeitan, se visten, empaquetan el equipo de campaña y luego se sientan temblorosos en el borde del camastro. También empiezan todas las conversaciones con un relato sobre la brutalidad de su último sargento. Yo aún lo hago, pero solo llevo aquí tres semanas. Al principio parecía que habíamos derrotado a nuestro sargento en Croft. Lo habíamos empujado a la bebida hasta tal punto que no servía para nada. Uno de los soldados le propinó una buena paliza, pero al cabo de uno o dos días volvió con la cara cosida y unas gafas oscuras para taparse los ojos. Estaba lloviendo. Unas cuantas noches antes de irnos entró borracho en las letrinas y nos contó que su chica —la de Texas— había perdido dos dedos en un aserradero. La mañana del día que nos fuimos intentó que saliéramos de los barracones en quince segundos. Tras nueve o diez intentos, se convenció de que era una imposibilidad física y después de que varios hombres se hiciesen daño cayendo por las escaleras aumentó el tiempo a dieciocho segundos. Mi sargento aquí es un tipo amable y bebedor de cerveza... pero echo de menos a Durham.

[A mano]

Martes por la noche

Cariño:

Probablemente esto vaya seguido de un apresurado telegrama pidiendo dinero, pero creo que es posible que me den siete o tal vez diez días de permiso... Te telegrafiaré en cuanto salga del cuartel con un permiso en el bolsillo. La hora de llegada a Nueva York dependerá de las conexiones de los trenes. Probablemente será el sábado por la noche... ¡Ay, ay, ay!

Besos,
John

Mi hermana fue concebida durante este permiso.

Miércoles noche

Hola, cariño:

Ya estamos otra vez con las cartas y los esfuerzos por encontrar tiempo para escribirlas. Eres un cielo, qué gusto haber pasado siete días contigo, me pasé el viaje en tren pensando en la próxima vez. Tuve tiempo de sobra porque duró veinticuatro horas, así que lo pensé detenidamente. Tuvimos cuarenta minutos en Washington y Daly, Levine y yo fuimos a un bar a tomar una cerveza. Evidentemente, lo que se cuenta de las mujeres de Washington es cierto, porque el local estaba abarrotado de borrachas que se asustaban unas a otras con un ratón de plástico. Tuvimos la buena suerte de subir a un vagón que tenía roto el sistema de iluminación y estaba a oscuras por lo que dormí como un tronco desde Washington hasta no sé qué ciudad de Carolina donde volvimos a detenernos. Era la primera vez que iba de Florence a Augusta a la luz del día y pude ver bien la región que, una vez más, no era sino una diversidad de pobreza y suelos erosionados. Seguro que habrá quien considere estas ciudades su hogar, pensé cuando nos detuvimos en una sucia carretera con cuatro chamizos, una gasolinera y un par de cerdos que levantaban una polvareda en la calle principal. También hay ciénagas ponzoñosas, árboles secos cubiertos de musgo, gente con aspecto famélico y a lo largo de cientos de kilómetros casi todos los edificios tienen la misma forma y tamaño: casas de un solo piso y dos habitaciones con un porche destartado construido sobre un montón de rocas, para darle cierta altura. Tienen corrales de tierra o grava y lo único verde que se ve es una palmera de vez en cuando o un arbusto Dafne y no sé cómo pueden crecer allí.

Llegamos a Augusta a primera hora de la tarde, me afeité y me di una ducha en el local del YMCA y salí a quitarme de encima la impresión de la llegada. Por supuesto, no había soldados en el pueblo, las calles estaban abarrotadas de mujeres lo cual solo demuestra lo recluidas que las tienen en realidad... nos juntamos con malas compañías y acabamos bailando en el bar con un par de morenas no demasiado inteligentes. Me fui a dormir a las diez y desperté una mañana lluviosa sintiéndome muy deprimido. Pero me acostumbraré a este sitio en un par de días.

Con todo mi amor, vida mía
John

Mi padre conoció a E. E. Cummings en los años treinta y era un admirador apasionado de su escritura y su estilo «inmensamente personal».

[A mano]

8 de octubre del 42
Co. «E»
22.º de Infantería
Campamento Gordon, Georgia

Queridos Marion y Cummings:

No tiene mucho sentido que os escriba a mano, porque nadie ha podido descifrar mi letra. Hay una máquina de escribir en el campamento, pero no he podido utilizarla en las dos últimas semanas y cuando lo hago la gente se arremolina en torno a mí para ver cómo van apareciendo las palabras. Tengo mucho de lo que escribir y lo haré más tarde; pero estas líneas son para agradeceros vuestra carta, la hoja roja y los cinco dólares. Y muchas, muchas, gracias.

Este campamento tiene barracones de tabloncillos, con ventanas de cristales pequeños y chimeneas de ladrillo rojo y a veces me recuerda a Harvard. La vida no ha sido demasiado dura y por supuesto no hemos visto nada que se parezca a la guerra. Muchos hombres han ganado tanto peso que tienen el uniforme a punto de reventar y cuando vamos a hacer prácticas de tiro llevamos siempre fruta fresca debajo de la camisa.

El ejército me concedió un permiso y fui a Nueva York, claro, no creo haber sido nunca tan feliz. Qué ciudad tan preciosísima. Pero os escribiré para contaros todo lo demás cuando consiga una máquina de escribir.

Y otra vez gracias.

John

En esta ocasión tenía una máquina de escribir. *La habitación enorme* es el libro de Cummings sobre su vida en un campo de prisioneros de guerra francés durante la Primera Guerra Mundial. Era uno de los libros favoritos de mi padre.

Campamento Gordon
Augusta, Georgia

Queridos Cummings y Marion:

Por supuesto, hay gente leyendo por encima de mi hombro, así que tendré que saltarme los secretos militares y las expresiones de afecto. Me alegró muchísimo saber de vosotros. El ejército no está tan mal, y por lo que he visto en estos seis meses da la impresión de que los soldados norteamericanos estén muriendo más de amabilidad e indigestión que por culpa de los alemanes. Todo el mundo echa de menos su casa, claro, también hay privaciones sexuales y una incapacidad para entender por qué tenemos que pasar una parte de nuestras vidas en Georgia. Esta parte de Georgia, Cummings, es horrible. Las mujeres son flacas, muchas llevan gorro para protegerse del sol, los domingos no se venden bebidas alcohólicas y la erosión del suelo ha llegado a tales extremos que la región parece el inicio de un nuevo Parque Nacional de Yosemite; lechos de arcilla roja y amarilla, un clima monótono y nada de vegetación. Los rostros y los edificios son los rostros y los edificios que tan bien retrataron Walker Evans y Margaret Bourke-White; y cada vez que saludo con la mano a un aparcerero y a sus hijos descalzos desde mi vehículo blindado doy gracias a Dios de que no me hayan traído hasta aquí la curiosidad ni el servicio social.

Mis camaradas son estupendos. El pelotón está integrado casi por completo por sureños que creen en gente sin cabeza y se quitan las botas después del toque de retreta. En el campamento de instrucción había un tragafuegos llamado Smoko, un empleado del Chase National Bank, un camarero del Hotel Westbury, dos maîtres de club nocturno, el sumiller del Pierre, y cerca de una docena de trabajadores portuarios, instaladores de aire acondicionado y ascensoristas. También un judío muy triste que nunca había hecho nada en su vida. Absolutamente nada.

Pienso en *La habitación enorme* cada vez que tengo que montar guardia en la cárcel. Es una cárcel pulcra y limpia llena de muchachos sureños que se pasean por el patio como una jauría; pero no deja de ser una cárcel y están confinados en ella bajo la vigilancia de guardias armados, algunos desde hace más de dos años. Su delito suele ser la desertión. Pasan tres o cuatro meses fuera y luego vuelven una mañana a los barracones, se sientan en la cama, encienden un cigarrillo y dicen: «¿Qué hay de nuevo?». Por lo general, pasan una semana bajo arresto en el cuartel antes del consejo de guerra y luego no volvemos a verlos.

Aquí las cartas valen su peso en oro, si encontráis tiempo de volver a escribirme.

Con afecto,
John

A mi padre le gustaba hablar de Cummings y tenía muy buenos recuerdos de cuando tomaba el té con el poeta y con su mujer, Marion, en Patchin Place, en Greenwich Village. La misiva que Cummings le envió cuando estaba en el ejército llegó a

ser legendaria en mi familia, pero dejaré que sea mi padre quien lo cuente en una carta que envió a Marion en 1962, tras la muerte del poeta. Nótese que los cinco dólares se han convertido en diez.

Miércoles [5 de septiembre de 1962]

Querida Marion:

Me disgusta añadir una más a lo que debe de ser una insoportable cantidad de cartas, pero no puedo dejar pasar este día sin decirte lo mucho que quería a Cummings. Recuerdo, de su ilimitada bondad, una carta que me escribió cuando yo estaba en el ejército. Escribió: «Yo también he dormido con la bota de otro en la comisura de los labios». Incluyó una hoja seca de otoño y un billete de diez dólares. No soy particularmente piadoso, pero creo que era un ángel y espero que siga siéndolo. El mundo te agradecerá la parte que has tenido en ello.

Tuyo como siempre,
John

Campamento Gordon
Augusta, Georgia

Cariño:

Desde que hablé contigo por teléfono he descubierto que no nombran subteniente a nadie que ronde o supere los treinta años. Tienen que ser tenientes o nada. Creo que es así. Así que no cuentes con un ascenso para tu marido.

Besos,
John

Campamento Gordon
Augusta, Georgia

Cariño:

Esta noche es noche de paga y la ciudad parecerá Carson City. Anoche todo el mundo estaba sin un céntimo menos yo, los restaurantes estaban vacíos, y Augusta era como debía de ser antes de nuestra llegada. Fui al centro con un chico de la escuela de oficiales que suspendió cinco días antes de que lo ascendieran...

Tomamos una copa en un lugar llamado Tropical Spot, que es un antiguo banco convertido en

una imitación de un club nocturno neoyorquino, con mucho cuero de imitación y un número picante en camión cantando «Navidades blancas». También había algunas mujeres, muy borrachas que casualmente estaban en el baño cuando la cantante entró entre dos números, supongo que para empolvase la nariz. En cualquier caso, la cantante salió muy indignada, y al instante salieron las otras, también muy enfadadas, y empezaron a llamarse basura, furcia, etc., mientras los hombres las miraban y decían: «Yo no permitiría que me llamaran basura, ¿y tú?», intentando que se enzarzaran en una pelea, pero al final se fueron cada una por su lado sin pelearse y todo el mundo se quedó muy decepcionado.

Besos, amor mío,
John

La firma con una X parece haber sido una muestra de solidaridad burlona con sus camaradas analfabetos.

Lunes

Cariño:

Probablemente nos veamos antes de que te llegue esta carta; mais, ca put, como escribió e. e. cummings en su último jeroglífico, que incluso puso el acento circunflejo. Salí corriendo al acabar la guardia en la cárcel para ir al teléfono y luego me vine aquí. La cárcel es muy interesante, al menos desde fuera. Los prisioneros son los hombres más apuestos que he visto en el ejército. Tienen la mirada limpia y brillante, los dientes blancos, los uniformes de faena immaculados y descoloridos y el estigma del confinamiento les ha dado una chispa que no se encuentra en los soldados normales. Su vida no es fácil, supongo que debe de ser muy dura, pero cuando salen por la puerta, sonrín, tienen la cabeza alta y el guardia parece gris en comparación.

Mi misión consistía en llevar a dos hombres sentenciados a trabajos forzados a la pila de leña y vigilarlos con el fusil cargado mientras ellos cortaban astillas jocosamente, se daban codazos y hablaban de lo que harían cuando los pusieran en libertad. Solo se les permite una carta por semana. También se les registra cuidadosamente antes de cruzar la empalizada y al volver. En cuanto se alejan de la celda, se sientan, se quitan las botas y sacan una voluminosa correspondencia que los guardias más inocentes como yo echamos al correo en su nombre. Tanto el prisionero como el guardia serían castigados si se descubriese, pero no lo han descubiert. La mayoría de los prisioneros son sureños e incapaces de comprender la ley.

Lo de conseguir un trabajo de oficina no está resultando tan fácil como esperaba. Anoche Kenyon me llamó a su cuarto y me pidió que no lo aceptara, me prometió hacer todo lo posible

por mí si me quedaba en el pelotón. No es fácil desobedecer el consejo del sargento de tu pelotón. En cualquier caso, no me preocupa.

Nos vemos pronto, muñeca

X

El cuento al que alude se publicó en el ejemplar de *The New Yorker* del 21 de noviembre de 1942 con el título «El hombre que añoraba mucho Nueva York». Cobró 365 dólares por él. Le pregunté a mi madre si le había cambiado el título al pasarlo a máquina. Respondió que no lo recordaba aunque lo creía posible.

Lunes

Cariño:

He recibido carta de Gus, supongo que les ha gustado el cuento. ¿De dónde has sacado la idea de que se titulaba «El hombre solitario»? El título es «El hombre que añoraba mucho Nueva York», ¿te has inventado tú uno nuevo, o lo han cambiado en *The New Yorker*?

Hoy he ido de instrucción por primera vez con el pelotón y empecé a gritar: «Hombro derecho, AR, hombro izquierdo, AR; de frente, MARCHEN, etc.». Ha sido muy divertido. Eso es todo. Aquí un frío que pela, esta noche...

Besos,

John

Viernes

Cariño:

El paquete de Macy's llegó hoy, con el queso, las sardinas y demás, todo ha llegado bien y no es ninguna tontería. Me estoy alimentando de caramelos y la semana que viene el pescado me será muy útil.

El Día de Acción de Gracias estuvo muy nublado, parecido a como recuerdo los Días de Acción de Gracias en el este. Nadie parecía particularmente deprimido. Estuve trabajando aquí por la mañana y luego bebí un par de tragos en la sala de calderas antes de cenar. Nos pusimos en fila a la entrada del comedor como siempre y el sargento de cocina salió —obviamente preocupado de que pudiésemos ponernos quisquillosos— y nos pidió que pasáramos en silencio y ocupáramos nuestro sitio. Las mesas estaban cubiertas con sábanas y en el centro de cada una

había una bandeja con fruta y frutos secos, un plato de aceitunas, salsa de arándanos, etc. Lo primero que dijo el tipo que se sentó a mi lado fue: «Dios, ahora tardaremos tres semanas en tener sábanas limpias...». Uno de los cocineros balbució una oración que terminaba con la exclamación: «¡Por el amor de Dios!».

Besos, vida mía, John

La fotografía se la tomaron para la cubierta de su primer libro, una recopilación de relatos cortos titulada *Cómo viven algunas personas*, que Bennett Cerf, de Random House, publicó en marzo de 1943. Tom es el hermano de mi madre, y Elizabeth es su mujer.

14 de diciembre

Hola, cariño:

Tu amabilísimo padre me escribió una carta hoy y me ha enviado un regalo de Navidad consistente en un billete de diez dólares. Es todo un gesto por su parte. Si no se hace muy tarde iré a la ciudad y os enviaré la foto a ti y a Bennett Cerf...

Hoy ha llegado en el correo un delicioso pastel de especias de Josie, dentro de una caja de hojalata y con un montón de papel encerado que olía a Erwinna cuando la abrí. También ha llegado un paquete pequeño y pesado de Tom y Elizabeth con un «No abrir hasta, etc...» que es muy posible que respete. Todos los días hay madres que escriben a los mandos de la compañía cartas que empiezan: «Mi Randolph siempre ha pasado las navidades en casa. Nos reunimos toda la familia y bendeciría su nombre si pudiera darle a mi Randolph un permiso de cinco días». También he visto una carta hoy que decía: «Ve a ver al oficial de tu compañía y pídele un permiso de cinco días porque tengo un retraso de cinco meses y medio y más te vale volver y casarte conmigo, etc...». Por supuesto, esto es confidencial.

Cariño:

... Me siento idiota al ver cómo todo el mundo asciende a sargento y cabo, etc. mientras yo sigo de soldado raso. Creo que podré repetir el test de inteligencia esta semana para ingresar en la Academia de Oficiales y tal vez pueda salir de la clase de los retrasados. De lo contrario tendrás que contentarte con un retrasado.

Hace un par de semanas uno de los chicos sureños exclamó: «¡Dios!».

Los demás acudieron al instante. «Qué haces maldiciendo como uno del norte.» «Hablas como un puñetero yanqui», etc.

Lo decían en broma, pero fue la primera vez en que reparé en que utilizar el nombre de Dios en vano (o del Hijo o del Espíritu Santo) era una peculiaridad del norte. Supongo que lo es.

Me ordenaron ocuparme de la soldada: todos los hombres se presentaron en formación. Desfilaron por la sala de estar, uno por uno y escribieron sus nombres en el papel mientras la banda interpretaba en el patio «Sueño con unas navidades blancas» y al mismo tiempo que inspeccionaban los fusiles de la guardia montada. Ese acontecimiento —la rígida actitud militar de todos los implicados— y la música sentimental siempre me parece extraño y conmovedor. Veo ahora que he mezclado lo de la soldada con lo de la guardia montada, cuando nada tiene que ver una cosa con la otra. Estoy muy cansado, cariño, así que voy a dejarlo.

Besos,
John

Sería un ejercicio exhaustivo y no particularmente esclarecedor buscar dónde se refleja cada carta en la ficción. Lo interesante del último párrafo de la carta anterior es el hecho de que aparezca una y otra vez, aunque el estilo se vaya volviendo más hermoso y más complejo. Tal vez no haya más relación que el contraste de los villancicos con la reglamentación e incluso la miseria, pero cuando leí esta carta pensé de inmediato en esa terrible tarde de *Falconer*. Allí son presos y no soldados. Los han metido en la escuela de la cárcel para llenar formularios y hacerse una foto junto a un árbol de Navidad de plástico. Es un intento cínico de las autoridades de la cárcel por impedir que se amotinen, y acaban desgarrando los formularios y tirándolos por los aires. Pero, a medida que salen entre esa lluvia de formularios hechos pedazos, empiezan a cantar. Recuérdese que están en agosto y que saben lo que pretenden las autoridades, pero al alejarse del árbol de Navidad artificial empiezan a cantar «Noche de paz».

... El Cornudo se unió a él con una buena voz de bajo, y teniendo en cuenta la distancia que habían recorrido desde que entonaran villancicos de casa en casa, formaban un coro reducido y enérgico que le cantaba con entusiasmo a la Virgen. El viejo villancico y los pedacitos de papel que les caían en la cabeza y los hombros no trajeron consigo un recuerdo amargo de aquel día sofocante y lluvioso, sino imágenes alegres y desenfadadas de alguna travesura relacionada con una nevada.^[3]

Polly también era conocida como Binny.

Domingo

Cariño:

No puedes dejar de quererme de pronto porque no sea fotogénico. Cualquiera que no sea Robert Taylor quedaría horrible si lo sentaran en un taburete de piano en Augusta y le tomaran una fotografía, y puede que él también quedara horrible. Supongo que será mejor que llames a Cerf y le digas que no utilice la foto. No me importa ser feo, pero detestaría que todo el país me viera con sonrisa de bobo.

Tanto el paquete de Tom y Eliz como el de Polly estaban etiquetados «No abrir, etc.», pero no había sitio para todo en mi taquilla así que los abrí los dos. El suéter es precioso y también olía un poco a Polly que es algo que uno no encuentra en un campamento militar y ni siquiera en Georgia. En Georgia las mujeres utilizan un perfume muy parecido al insecticida. Dos cuchillos es el número exacto. Escribo en mi escritorio, me corto las uñas, quito grapas de los informes, corto pastel de frutas y afilo las piquetas de las tiendas con uno u otro de ellos. Escribiré a Tom y a Eliz, y a Polly.

Besos, mi amor,
John

Querido Bill:

Estamos en Nochebuena y tengo una resaca terrible. Todos los permisos han sido cancelados y solo el diez por ciento de los hombres podrán salir el fin de semana así que todo el mundo se queja. «Menudo sitio para pasar las navidades», nos decimos unos a otros mirando tristemente por la ventana...

Lo del libro de Dickens ha sido una idea estupenda, Bill, muchas gracias. No he leído *Los papeles de Pickwick*, y ahora que tengo tiempo estaba buscando algo que leer. La biblioteca de aquí no tiene más que novelas recientes y todas parecen haberlas escrito mujeres. Por alguna razón el departamento de prensa está lleno de una colección completa de boletines de alumnos: Harvard, Yale, Williams, Rutgers, etc. Los libros han resultado ser mucho mejores que las películas cuando uno se harta de los barracones.

Uno de los chicos sureños vino ayer a pedir un permiso de emergencia. Van a electrocutar a su hermano por asesinar a un funcionario federal y quería volver a casa para despedirse. Otro vino a propósito de una póliza de seguros. Se llama Calib Muse y sus hermanos se llaman Platón y Andy Jackson Muse y viven en Pioneer, Tennessee. Calib es flaco, desgarrado y tiene aspecto de solterón y cada vez que entra en los barracones, otro sureño llamado Bearden grita: «Aquí viene Calib Muse. Apesta como un macho cabrío. Beee, beee...».

Tootsie se refiere a mi hermana, que aún no había nacido.

31 de diciembre de 1942

Cariño:

Estamos en Nochevieja y, por primera vez en casi quince años, solo una cerveza corre por estas viejas venas. Algunos habían hablado de ir a la ciudad, pero no me apetecía y me fui a ver una película titulada *Sucedió una luna de miel* o algo por el estilo, con Ginger Rogers y Cary Grant, que insinuaba que la caída de Europa la planeó el personaje interpretado por un actor de segunda cuyo nombre no recuerdo y que estaba casado con Ginger Rogers.

He tenido que interrumpir la carta entre párrafos porque el guardia del barracón me ha estado hablando de sus negocios con las máquinas tragaperras. Tiene máquinas valoradas en 7.000 dólares en un garaje de Pittsburgh y ha pagado 3.000 en licencias, y ahora que las han declarado ilegales en Pennsylvania, su mujer le ha escrito: «No deberías haber invertido todo tu dinero en esas máquinas tragaperras. ¿Puedo comérmelas?».

Hoy la división entera hemos ido al bosque (cocineros, policía militar, oficinistas y todo) mientras nos disparaban con cuarenta ametralladoras y cuatro baterías de artillería de campaña, los cazas Mustang acribillaban el terreno que teníamos por delante, varios aeroplanos nos rociaban de gas lacrimógeno y los bombarderos soltaban bombas de doscientos kilos por todas partes. Los más impresionantes son los Mustang, que se abaten sobre el objetivo igual que un halcón o una gaviota, solo que mucho más rápido y de manera más mortífera. Empiezan a 3.500 pies y llegan a quince pies del objetivo. Precioso.

No te deseo un feliz Año Nuevo, pero sí que tú, Tootsie y yo podamos estar juntos el año que viene por estas fechas y no veo por qué no vamos a poder.

Besos,
John

Fred trabajaba para una empresa que fabricaba sábanas.

Campamento Gordon
Augusta, Georgia
Viernes noche

Hola, preciosa:

He oído que ha sido un importante día de campaña. El general Barton vino esta mañana y eso siempre saca a todo el mundo de sus casillas. Esta tarde hubo una caminata de diez kilómetros en la que no participé. Es la décima vez que los hombres hacen ese recorrido y como es lógico empiezan a conocer atajos entre los arbustos y otros trucos para ahorrarse esfuerzos. El caso es

que el comandante de la compañía sorprendió a todos los sinvergüenzas y los castigó a hacer el recorrido todas las noches de esta semana.

Recibí una malhumorada carta de Fred en la que decía que el gobierno acaba de comprar once millones de sábanas. No sabe cómo se las va arreglar Peperell para fabricar tantas sábanas con jornadas de 40 horas semanales. También hablaba de tu delicado estado y de lo buena chica que eres, igual que hacen mi padre y mi madre cada vez que escriben. Por supuesto que lo eres, y espero que no tengas muchas náuseas. No entiendo por qué tienes que dejar de fumar. Iris fumó durante todo el embarazo. No pudo beber mucho hacia el final, pero siguió bebiendo vino y cerveza.

Besos, amor mío,
John

Lunes

Cariño:

Aquí sigue haciendo tanto frío como cuando te escribí hace ocho o nueve horas. La gente que vive en cabañas, tanto blancos como negros, debe de pasarlo muy mal. Anoche leí un rato *El ángel que nos mira* y me pareció muy buena. Los pasajes perdidos me parecieron inofensivos y el resto es una cháchara ingeniosa que recuerda a una anticuada novela inglesa. Solo leí un par de capítulos. Esta noche intentaré escribir a Polly y a tu padre para darles las gracias por los regalos.

Eso es todo, mi vida.

Besos,
John

A mi padre le fascinaban los «chicos sureños» a los que conoció en el Ejército. Recuerdo que me contó que una vez había ido a la ducha y había visto que Calib se pintaba las uñas de los pies de color rosa intenso. «¿A qué es bonito?», le preguntó a mi padre sin reparar en el estricto código sexual que estaba violando. «Tootsie» era un apodo de mi hermana no nacida. Mi madre estaba buscando un apartamento más grande.

Lunes

Hola, preciosa:

Adiós a las armas [es] un libro estupendo, pero no dice nada de tener que pasar un año o dos en Carolina o Georgia. Y aquí no hay preciosas enfermeras inglesas. A veces el campamento,

cuando vuelves de una marcha, parece una ciudad italiana en la colina, por los pinos, la arena y los edificios blancos de tejados rojos. Pero no bebemos kummel en los hospitales, ni champán en los graneros o Strega en los cafés. Y supongo que tú tampoco, cariño. La revista *Time* dice que la carne de ternera está a dos dólares y medio en Nueva York. Si es cierto, espero que Tootsie y tú consigáis carne magra suficiente.

No sueño con apartamentos, pero sueño constantemente en el día en que acabe la guerra. Siempre es en el campo, y en el Este donde hay hierba, olmos y tú llevas un suéter... Pero la vida en el ejército, como cualquier otra, depende de tus propios recursos, así que espero volverme más hábil y aprovechar mejor la vida.

Besos de tu muy deprimido marido, cariño.

John

Cheever era y es un nombre poco habitual. La familia de mi madre vivía en New Haven.

Miércoles por la noche

Cariño:

... Ahora está al mando el teniente Alcorn. No es un rebelde, lo cual ya es algo. Tiene la voz agradable y la nariz respingona con una verruga. Anda con la cabeza echada hacia atrás, como si tuviera roto el arco de la planta de los pies. Me esfuerzo en apreciar a estos hombres imaginando la ropa que llevaban cuando eran civiles. Es una grave limitación por mi parte, claro, pero vestidos de caqui, con un fusil ametrallador al hombro y un casco parecido a un hervidor de agua en la cabeza a veces uno quisiera saber qué demonios eran antes. En seis meses un teniente puede desarrollar el temperamento de una Prima Donna, unos modales teatrales, un paso exagerado y un toque de úlcera gástrica, tres lujos que no podría permitirse en la vida civil...

A mediodía llegó una carta de Josie... y una carta de Mary Ann Cheever desde Springfield, Illinois, que escribe: «Tengo 19 años y trabajo para el Estado. Tengo 4 hermanas mayores, 1 hermano mayor & 1 hermano pequeño. ¿Qué edad tienes tú? ¿Estoy siendo impertinente?». Vio mi nombre en *Collier's* y quiere saber si es mi verdadero nombre.

... Recibir carta tuya todos los días de la semana, y a veces dos al día, me alegra muchísimo. Si los domingos te resultan deprimentes, podrías ir de excursión a New Haven de vez en cuando. Ojalá pudiera estar contigo los domingos. Y los lunes. Había una noticia en el *Atlanta Constitution* sobre una pareja que mantuvo vivo su amor durante treinta años gracias al servicio postal de Estados Unidos.

Besos, mi vida,
John

La historia de una compañía entera castigada por un robo es tan frecuente en la literatura que en sí misma constituye un buen argumento a favor de la existencia de un orden predeterminado en el universo. Le sucedió a la compañía de mi padre en Augusta. La desdicha de Herman Nelson sirvió probablemente de inspiración para un relato publicado en agosto de 1943 en *The New Yorker* y titulado «El barco invisible». Nelson se convierte en Algot Larssen, que pierde sesenta dólares. El robo de ficción fue de menos de los sesenta y seis dólares y calderilla de la vida real, y demuestra —a quienes necesiten pruebas— que la ficción no tiene por qué exagerar para ser eficaz. Es cierto que el criminal del cuento es detenido y castigado, mientras que el ladrón en la vida real no llega a ser identificado, pero eso es una cuestión totalmente distinta.

Jueves

Cariño:

Anteanoche alguien robó dinero a Herman Nelson y la compañía está castigada de forma indefinida. Herman Nelson es un buen tipo de Dakota del Norte que se licencia hoy. No han podido encontrar al ladrón, claro, todo el mundo está bajo sospecha y el pobre y bueno de Herman tiene que volver a Dakota del Norte sin un céntimo. La compañía «I» está confinada por un brote de paperas y el teniente Alcorn nos llevó a la sala de ocio y dijo que el robo era peor que las paperas y que nadie saldría sin notificación previa.

El castigo puede significar que no podré escribirte, aunque tal vez el capitán nos lo levante esta noche o mañana.

Todo mi amor, preciosa,
John

Geoffrey era otro nombre que mi padre utilizaba para referirse a mi hermana no nacida.

Viernes noche

Hola, preciosa:

Alcorn nos levantó el castigo anoche. No han descubierto al ladrón y supongo que el asunto quedará olvidado en un par de días. Nelson era muy buen tipo y su litera estaba al lado de la mía. Tenía treinta y ocho años y cultivaba trigo en Dakota del Norte, por eso lo han licenciado. Llevaba un tiempo ahorrando y se las había arreglado para reunir sesenta y seis dólares y un poco de calderilla, que es lo que se llevó el ladrón. Recaudamos veinticinco en una colecta y

supongo que con eso se las arreglará para ir tirando. Están licenciando a todos los hombres de más de treinta y ocho años y reemplazándolos con chicos de dieciocho o diecinueve años.

Hoy he recibido una carta de Noel Hemendinger a quien acaban de ascender. Enseñará derecho a otros oficiales. A Nat Goldstein también lo han ascendido y está en Little Rock quejándose del precio de los uniformes. Son todas las noticias del departamento de ascensos, aunque Seabiscuit está intentando que lo nombren oficial de la lavandería. Los hombres que se alistan son tan buenos como siempre. La otra noche uno de ellos, llamado Hardwick, me enseñó una carta escrita por una de sus novias. Era una obra maestra de mala ortografía. Él le había enviado su foto a otra chica y esta le pedía que le enviase también una a ella y le preguntaba por qué la había olvidado. «¿Es que no recuerdas lo que me hiciste —preguntaba— en el suelo al lado de la estufa aquella noche en casa del tío Joe? ¿Es que no eras sincero?»

Espero que encuentres ropa bonita para ti y para Geoffrey. Supongo que algo tendrán en Saks o en Mary Lewis. ¿Podrías enviarme el libro sobre cómo mejorar fácilmente tu índice de inteligencia?

Te quiero, cariño, ojalá pudiese estar contigo.

John

Martes por la noche

Hola, preciosa:

Últimamente he ido a comer al Service Club y ahora ando mal de dinero. ¿Podrías mandarme un poco por envío postal? Da igual si es un cheque o un giro. Aunque es mejor un cheque, porque es más fácil cobrarlo, ahora que podemos endosárselo al capitán Brill. El capitán Leeb me llamó hace una hora y dijo que mañana o pasado daría las órdenes para convertirme en el director del periódico del regimiento. Hace tanto tiempo que me lo han prometido que no estoy demasiado entusiasmado. Linn Streeter hará las tiras cómicas y debería ser un buen periódico. También significa que tendré tiempo para estudiar divisiones y fracciones, cosa que ahora no puedo hacer. He hojeado el libro de matemáticas y es estupendo, muchas gracias por enviármelo, cariño. Ojalá estuviese contigo y pudiera hablarte de integrales, periódicos del regimiento, capitanes de Servicios Especiales y fracciones equivocadas.

Besos, cariño

John

Cariño:

Uno de los integrantes de la banda de música salía con una chica que ha resultado tener meningitis, así que nos hemos quedado sin banda de música y no tendremos instrucción de órdenes de combate por la mañana, ni desfilarémos cuando suene el toque de retreta por las tardes, ni tendremos que montar guardia hasta que la banda pase la cuarentena...

Mañana por la mañana a las ocho treinta tenemos revista y el miércoles otra vez. Tanto pulir y sacar brillo les suelta la lengua a los hombres y la versión más probable parece ser que el general (Yuju) Lear está por los alrededores y vaya a pasar a inspeccionar el campamento. Se supone que es muy quisquilloso y como es natural los oficiales se avergonzarían si encontrase algo sucio. Un rumor que circuló ayer sacó a relucir una faceta característica del ejército. Hay varios hombres que eran mineros de carbón en Pennsylvania y se pasan el día diciendo que preferirían estar en la mina más peligrosa trabajando por muy poco dinero antes que seguir en el ejército. Ayer corrió el rumor de que iban a apartarlos del servicio y a devolverlos a las minas. Los mineros se acobardaron. Es fácil darse cuenta de que solo volverían a las minas bajo una gran presión, y que la vida en el ejército debe de resultar alegre y despreocupada comparada con el túnel de una mina.

Besos, mi valerosa donante de sangre. Este soldado raso se habría desmayado.

John

Miércoles

Hola, cariño:

Que me concedieran un pase de fin de semana estaba descartado porque tengo que practicar mi puntería el viernes y el sábado, otra vez en preparación para el campo de tiro. Será la tercera vez que lo intento. Ya tenemos los clichés del gran periódico y mañana lo enviaremos a mimeografiar, lo graparemos y empezaremos a preparar el próximo ejemplar. Streeter y yo lo hemos pasado bien con este, mientras escribíamos una parodia del *Inquiring Reporter*, el periódico de la División. Te adjuntaré un ejemplar. No sé cómo se lo tomará el comandante, pero estoy seguro de que a los hombres les gustará. Esta noche fui al cine y vi a Ann Southern interpretando a una gran violinista. Espero que me esperes y no te vayas con un elegante compositor y un presumido crítico musical como hacía Ann Southern en cuanto Melvyn Douglas se iba a Lisboa. Dios, menuda bobada.

Buenas noches, mi amor,

John

El DD es el *Double Deucer*, el periódico del regimiento en el que colaboraban Linn Streeter y mi padre.

Jueves

Hola, preciosa:

Esta mañana fui a la sala de ocio a eso de las siete. Estábamos a cero grados y la calefacción estaba apagada, así que intenté encender la caldera. No lo conseguí. Luego llegó O'Keefe y volvimos a intentarlo sin éxito. Después llegó el teniente Jackson con ese aire tan decidido que los mandos aprenden en la Academia de Oficiales y dijo: «La encenderemos de la forma correcta». Y así lo hicimos. La caldera se encendió y el edificio empezó a caldearse, así que entré en mi despacho, que está en la parte trasera y empecé a preparar los clichés del DD de esta semana. Goldie y Streeter llegaron a eso de las diez. Entonces oímos al teniente Jackson que gritaba: «Abandonad inmediatamente el edificio». Cogí la máquina de escribir con el cliché y salí por la puerta de atrás, que por suerte estaba abierta. El humo y las llamas nos siguieron y en menos de veinte minutos el noventa por ciento del edificio había desaparecido. Hay varios comités que llevan todo el día reunidos, pero como la caldera se regula de manera automática no van a culpar a nadie. Por lo visto había algún cortocircuito en el sistema eléctrico.

Fue un fuego en toda regla con camiones de bomberos, chorros de agua, y chimeneas derrumbadas, el general y unos diez coroneles. El pobre capitán Leeb, que estaba al mando del edificio, probablemente sea investigado. El hombre tiene muy mala suerte. El otoño pasado organizó una competición de natación y uno de los soldados se ahogó. Ahora su despacho es una ruina humeante. Pudimos sacar todas las cosas y mañana sacaremos un número especial del DD dedicado al incendio.

Sábado

Cariño:

Eres un amor con Tootsie y tus galletas de higo, ojalá encuentres un sitio bonito donde instalarte. Tus cartas son muy dulces y me alegran mucho.

Anoche fui a la ciudad con O'Keefe y cenamos en una cafetería sureña. El lugar estaba muy limpio y bien iluminado, al lado de la ventana había una anciana que interpretaba al órgano una música más bien melancólica. Llevaba un pañuelo en la cabeza y pendientes de oro. La comida era buena —más o menos como en un restaurante autoservicio— y después de llenar la bandeja una pulcra camarera te la quita de las manos y te la lleva a la mesa para ahorrarte el apuro de ser

visto con una bandeja en las manos. Todas las mesas tienen una lamparilla eléctrica y cuando uno quiere un poco de ketchup u otra taza de té basta con encenderla y las pulcras camareras acuden a atenderte. Lo cual demuestra que esta parte del país está tan acostumbrada a que el trabajo lo hagan los esclavos que han tenido que modificar el funcionamiento de la cafetería.

Te envío tres ejemplares del DD y también uno de *Yvy Leaf*, que es la criatura de O'Keefe. El único ejemplar que he podido encontrar del primer número tiene la portada impresa al revés. Cogimos ejemplares del tercer número que se publicó un día después del incendio, los amontonamos y les pasamos un soplete por los bordes para que pareciera que los habíamos salvado en el último momento. Los daños del segundo número son auténticos.

Besos, mi vida

John

La prosaica alusión a la «falsificación de mi declaración de impuestos» me impresionó, no por su falta de honradez, sino por su ingenuidad. Mi padre fue pobre muchas veces, pero rara vez fue tacaño. Debía de ser el único hombre de Westchester que siempre pagaba el precio indicado en el cartel al comprar un coche. Ir de compras le ponía nervioso y jamás regateaba. En una ocasión fue a una joyería a buscar un regalo para mi madre. Señaló una pulsera en una vitrina. El empleado la abrió y sacó la pulsera equivocada. Mi padre, avergonzado por la incompetencia del hombre, asintió con la cabeza y pagó el precio de la pulsera que había al lado de la que él quería. El empleado quiso hacerle una rebaja, pero mi padre no le dio ocasión.

[Febrero de 1943]

Cariño:

En cierto modo me alegro de que *The New Yorker* haya enviado el certificado, porque me servirá para la falsificación de mi declaración de impuestos. Me limitaré a añadir el salario del ejercito, haré algunas deducciones y ya está. Estoy casi seguro de que *Collier's* no enviará un certificado. Ya es demasiado tarde. Tal vez pase esta noche por personal y le pida a Jaffee que me arregle los papeles, le encanta hacer la declaración de la gente y se le dan muy bien las deducciones.

He pasado la mañana apuntando por miras de fusil y esta tarde hemos ido a disparar el lanzagranadas. Luego me salté el toque de retreta, me di una ducha, comí una barra de caramelo y ahora me siento estupendamente. No obstante, por nada del mundo te enviaría el tiempo que hace hoy en Georgia. Desde este mediodía está soplando una tormenta de polvo. El polvo se mete y se cuele por todas partes. Incluso con las puertas y las ventanas cerradas se cuele en los barracones y el comedor, se mete en los ojos y en los dientes. Esta tarde apenas se veían las dianas y las siluetas aparecían y desaparecían entre nubes de polvo. Todo lo cual me recordaba las escenas bíblicas que presenciábamos a veces en el campo de tiro en Croft cuando se

levantaba polvo y de pronto aparecían más de cien hombres tambaleándose a la sombra de la torre del oficial del campo.

Besos, mi amor, y buenas noches

John

Random House publicó *Cómo viven algunas personas* la primavera de 1943. Aquella primera recopilación de relatos llamó la atención de un oficial que lo sacó de la infantería y lo trasladó al Cuerpo de Señales.

Domingo

Hola, preciosa:

No me fio de los rumores, pero nos han dicho que podemos escribir a nuestras familias para decirles que en abril nos trasladarán a Fort Dix y que no vamos a ir a Europa. No me sorprendería si acabáramos en Wyoming, pero cruzo los dedos por si acaso.

He distribuido el libro entre algunos oficiales. Tengo que regalarle un ejemplar al coronel y anoche vendí el mío a mi amigo enterrador de Croft. Bebimos unas cervezas y estuvo en plena forma. Me contó cómo habían plantado a Samuel Untermyer. «Plantado» es la palabra que utiliza él. También pronuncia la palabra mausoleo, como linóleo y dice que los ricos que tienen tumbas en Woodlawn son los menos fiables. Si no se les vigila, se roban las azaleas unos a otros o cambian los bancos de sitio. Habla con mucha familiaridad de los Vanderbilt, los Morgan y Tex Rickard, todos ellos enterrados, claro. Y no resulta nada macabro. Le gustaba su trabajo porque apenas notó cambios durante la gran Depresión.

Y ahora tengo que ponerme a escribir un relato, mi vida. Aquí hace buen día, cálido y agradable. Me alegró ver los cuentos en un libro porque me dan una idea de lo mucho que me falta por aprender y de lo que no debo hacer.

Besos

John

Domingo [marzo de 1943]

Hola, preciosa:

El viernes Streeter y yo llegamos con un transporte de municiones. El campamento estaba

desierto, los barracones olían a cerrado y las cucarachas campaban a sus anchas. Era una bonita tarde de primavera, triste, cálida y despejada, y me sentí como si llegara por primera vez...

... Dale a Tootsie un achuchoncito de mi parte, con todo mi amor, cariño.

John

Leí la reseña de Rose Feld y está claro que el libro no le ha impresionado mucho. La reseña no está mal, pero no tiene ni idea de lo que escribo.

La reseña de Rose Feld apareció en *Book Review* del 14 de marzo de 1943 y decía:

En tanto en cuanto en el mundo de la literatura cualquier material —esbozo, artículo, noticia periodística o ficción— se considera un relato, el libro de John Cheever *Cómo viven algunas personas*, puede llamarse una recopilación de relatos. Pero en el sentido convencional, solo unas cuantas de las treinta obras que constituyen el volumen cumplen con los requisitos ordinarios del relato breve de ficción. Lo demás son momentos o sensaciones captadas en la vida de sus personajes, retratadas con agudeza, pero inconcluyentes.

Martes [marzo de 1943]

Hola cariño:

Hace poco que se han cruzado en mi camino dos personajes de los bajos fondos que tal vez te interesen. Uno de ellos apareció hoy, un tipo llamado _____, un antiguo presentador de un club de Flatbush, a quien acaban de absolver de los cargos de proxenetismo con mujeres jóvenes en Augusta. Tiene la moralidad de un gato callejero y me gustaría saber por qué no le han considerado culpable...

Estuvo hablándome de Fort Sill, Oklahoma, donde había pasado una temporada con su unidad. Le pregunté si no era una ciudad pequeña. «No, no —dijo muy serio—. Dios, ni mucho menos. ¡Si hasta tenía callejones!» Me narró con todo lujo de detalles la aventura que había tenido en Fort Sill con una bailarina de claqué. Estaba casada con un saxofonista de la banda de música, pero «como soy cómico, creía que sería más feliz conmigo, porque un cómico es muy divertido y un saxofonista tiene que trabajar toda la noche. La llamo “Lorito” porque tiene la nariz muy grande y no es una puta. Lo juro por Dios, es mi tipo de mujer». Me contó la historia hasta el momento culminante en que el marido _____ sale de la casa diciendo: «Por favor, vete de aquí, has destrozado mi matrimonio».

El segundo elemento es un hombre llamado _____, el instructor de judo y lucha libre del regimiento. Estuvo con nosotros de maniobras y tuve ocasión de fijarme en él. Llama a todo el

mundo «pollo». «Antes trabajaba para los prestamistas de Nueva York, pollo —me dijo—. Conozco a mucha gente, pollo. Conozco a los peces gordos.» Es muy musculoso, muy perezoso y muy vanidoso. Se levanta por las mañanas y se atusa como una mujer, antes trabajaba en las ferias disfrazado de la Maravilla Enmascarada y peleando con los palurdos por una bolsa de dinero. Tiene la nariz rota y creo que es muy fuerte. En cualquier caso, es incapaz de entender las cosas más elementales y siempre tiene el aire perplejo de los sordos o los idiotas. Una vez trabajó de guardaespaldas en Nueva York y, gracias a sus contactos con los habituales de los bares, un tercio de sus frases se parecen a los de una camarera de Schrafft's: «Quisiera otra taza de café, por favor», dice, doblando el dedo meñique. De ese dialecto pasa al escueto nivel retórico adquirido en Augusta. Y de ahí al lenguaje rudo y obsceno aprendido en el East Side donde se crió. Y eso es todo en lo que se refiere a los bajos fondos.

Mañana voy a hacer el curso con fuego real de ametralladora. Habían dejado mi nombre educadamente al margen en las listas, así que fui a ver al ordenanza y me presenté voluntario. Dollard me miró como si hubiese perdido la cabeza. «Esto sí que no lo había visto nunca», dijo. Ya veremos qué tal se me da.

John

Random House imprimió 2.750 ejemplares de *Cómo viven algunas personas* y vendió poco menos de 2.000.

[Marzo de 1943]

Hola, preciosa:

No fui a la ciudad para enviarte flores por tu cumpleaños y creo que Churchill exagera cuando dice que costará otros dos años ganar la guerra. Intentaré escribir otro cuento antes de irme de aquí, si lo consigo quiero que te compres alguna cosa: un buen reloj, o algo útil y valioso. Las reseñas del libro no me han preocupado lo más mínimo. Espero, eso sí, que no perjudiquen las ventas.

Adiós, mi amor, y buenas noches,

John

Viernes por la noche

Hola, cariño:

Hoy me han llegado los recortes y creo que el del *Times* es muy divertido. Pero, a fin de cuentas —y aunque yo no les caiga simpático— los críticos parecen gente muy seria y diligente, deseosos de ayudar a un joven y triste escritor a ir por el buen camino y a salvaguardar la inversión de sus lectores. No sé si te dije que se supone que va a salir una reseña entusiasta en el *Saturday Review*. Bueno, en todo caso, Cerf dijo que se publicaría.

Buenas noches, mi amor,
John

Miércoles

Hola, preciosa:

... Esta tarde nos hemos metido en agujeros y luego nos han pasado tanques por encima. Es algo de lo que hacía mucho que había oído hablar y en lo que nunca había creído, pero funcionó. Supongo que quienquiera que fuese el primero debió de ponerse muy nervioso, pero los tanques habían pasado por encima de tanta gente antes de llegar donde yo estaba que no me impresionaron gran cosa. Luego salimos y estuvimos arrastrándonos bajo fuego de ametralladora. Lo único malo fue el cansancio de tener que arrastrarse, pero a mí se me da bien, así que no me importó.

Campamento Gordon [Mayo de 1943]
Augusta, Georgia
Jueves

Hola, preciosa:

Esta es una carta *post-reveille*; está empezando a amanecer y aún no estoy del todo despierto. Has sido un encanto al hacer un dibujo del apartamento, parece muy bonito. Ojalá estuviese allí para cavar en el jardín, pintar la valla, poner las estanterías y demás; tal vez pueda hacerlo si me conceden un pase de tres días. Me temo que he olvidado tu cumpleaños, cariño; aunque si lo hubiese recordado no habría podido enviarte más que una postal. Hoy terminamos la instrucción y pasaremos el resto del tiempo preparando el viaje; y si alguien no me descubre y me pone a limpiar cristales acabaré el cuento dentro de unos días y podrás comprarte un regalo de cumpleaños. También necesito un poco de dinero para el viaje así que tal vez te telegrafeé esta tarde pidiéndote diez dólares.

Al coronel parece habersele ocurrido la idea de ascenderme a cabo, pero me temo que mi ascenso podría depender de mi traslado a la Compañía de Intendencia que es una unidad horrible.

Ayer repetí el test de inteligencia y pasé al grupo dos, que son los que pasan a la Academia de Oficiales. No entiendo por qué me suspendieron la primera vez. Es un examen muy sencillo y si se tienen conocimientos básicos de matemáticas es posible sacar una puntuación muy alta. Sigo sin saber matemáticas a pesar de todos los libros que me has enviado. Me quedaré con Servicios Especiales hasta que vayamos a Dix y veré qué puntuación hay allí, y luego si continuamos con la instrucción volveré al campo e intentaré destacar.

Viernes

Hola, preciosa:

Los Rangers, como probablemente sepas, equivalen a los comandos y hay un curso intensivo de Ranger de dos semanas para un oficial y un sargento de cada compañía. Es bastante duro. Luego está el curso descafeinado que dura solo dos días. Fuimos al bosque la mañana del viernes e hicimos prácticas para aprender a disparar con el fusil apoyando la cadera contra dianas que aparecían por sorpresa en las trincheras.

Luego nos dio una charla un oficial recién ascendido del cuerpo de ingenieros sobre las propiedades de determinados explosivos. Era muy inteligente y no paraba de lanzarnos paquetes de TNT y dinamita, dos explosivos que no explotan sin detonador. Nos enseñó a hacer un cráter con quince kilos de dinamita. Había varios cráteres cerca del lugar escogido y algunos soldados curiosos nos metimos en el más cercano a la carga. Se oyó una gran explosión, y no recibimos ninguna sacudida porque estábamos por debajo de la carga. Luego el cielo se puso negro y empezó a caer una tonelada de tierra sobre los hombros y la cabeza. Solo duró un minuto, pero me parecieron cinco y tuve la incómoda e impotente sensación de que me estaban enterrando vivo... Cuando oscureció marchamos por el bosque y disparamos en la oscuridad contra varios sonidos, para que nos percatáramos de lo exactos o inexactos que eran nuestros sentidos del oído y de la orientación en la oscuridad. Luego volvimos al vivac y a la cama. No dormimos mucho, pero nos permitieron encender fuego e hizo una noche templada y con infinidad de estrellas.

Luego, por la mañana, hicimos un ejercicio de demolición... Nos dieron un cartucho de dinamita, un detonador y un temporizador a cada cuatro hombres. Fabricamos bombas de mano y luego el tipo que sostenía el cartucho de dinamita encendido, y que estaba deseando librarse de él, tenía que pasárselo a su mejor amigo. Un tipo de nuestro grupo a quien no había visto antes, y al que probablemente no vuelva a ver, me pasó el cartucho encendido. Luego nos dijeron que se lo diésemos a quien tuviésemos al lado, pero, claro, para entonces no había nadie a menos de doscientos metros, así que tuve que perseguir a un oficinista del cuartel donde está el primer batallón mostrándole el cartucho de dinamita. Por fin se lo puse entre las manos. «No pertenezco

a tu escuadrón —repetía sin parar—, ni siquiera estoy en tu batallón.» Pero tuvo que cogerlo y luego llegó la orden de lanzar las bombas de mano, cosa que hizo y todos salieron corriendo y acabaron cubiertos de tierra.

Luego hicimos un ejercicio de colocación de minas, también dirigido por los ingenieros, que fue muy aburrido. Todo el mundo se quedó dormido, pues no se empleaban explosivos. Después atacamos una posición y nos sometieron a un leve ataque con gas mostaza que, como sabes, huele a ajo. Para entonces estaba tan cansado y hambriento que el gas me recordó a la cena, mis jugos gástricos empezaron a funcionar y se me despertó el apetito. Por fin volvimos a casa muy sucios y cansados...

Nos vamos a Dix. La orden se ha hecho oficial hoy. Nos iremos a mediados de abril y quién sabe, tal vez pueda ir a verte dentro de un par de semanas.

Besos, mi vida,
John

De vuelta en Fort Dix

[A mano]

Cariño

Acabo de comprar una estilográfica de 25 dólares y la estoy estrenando. Ayer estuvimos cargando sacos de avena de 75 kilos hasta la una de la mañana. Me levanté a las 4.30 para montar guardia en la cocina y terminamos a las ocho de la noche. Acabo de darme una ducha y de beber una cerveza y me siento en paz con el mundo. Hace una tarde tranquila y despejada y esto parece un destacamento militar. Hay muchos hombres solos sentados en las vallas con la mirada perdida y alguien está tocando «My Melancholy Baby» en un piano desafinado...

Besos,
John

GUERRA DE PELÍCULA

Desde Fort Dix enviaron a mi padre al Cuerpo de Señales en Astoria, Queen. Allí se dedicó a montar películas para explicar a los soldados por qué debían lavarse los dientes y cómo manejar un martillo. Entre aquellos con quienes trabajó y de cuya compañía disfrutó estaban John Weaver, Irwin Shaw, Don Ettlinger, Leonard Field, E. J. Kahn, Jr., y William Saroyan. Esta carta se escribió desde el apartamento al que se había trasladado mi madre en Chelsea. Después del traslado a Astoria, mi padre vio a mi madre tan a menudo que las cartas se hicieron menos frecuentes hasta 1945, cuando se fue a Los Ángeles y el Pacífico.

Calle Veintidós, 329, Oeste
Ciudad de Nueva York, Nueva York
9 de agosto de 1943

Querida Jo:

El 31 de julio a eso de las tres de la mañana, Mary tuvo una hija de cuatro kilos llamada Susan Liley Cheever. Fue un parto muy largo, pero por lo visto es normal en las madres primerizas y Winter, su padre, dijo que, con la excepción de los niños ilegítimos, nunca había visto un embarazo y un parto tan normales. Le está dando pecho y tiene más leche de la que necesita el bebé. Está muy orgullosa de sí misma y emite gruñidos de osa si alguien se acerca al bebé. Mañana saldrá del hospital.

Cuatro kilos no es exactamente una niñita delicada y tanto mejor porque parece capaz de digerir cualquier cosa, de dormir en cualquier parte y es probable que muy pronto pueda mantenerse a sí misma. Tiene la carita blanca y fina para ser un bebé de pocos días, los ojos de color azul claro, el cabello claro y es tan grande que ya no le valen la ropita y los gorritos tejidos por sus cariñosos parientes. Mary se ha portado estupendamente. Disfrutó del embarazo — aunque solo ganó diez kilos—, no le importó el parto y ahora está encantada con la crianza. Gracias a Dios, pude estar presente cuando ocurrió. La actitud mental supone una gran diferencia. Había una mujer en la misma habitación cuyo marido está en África. Y no lo pasó nada bien.

Mi situación sigue siendo un misterio. No me importa lo que ocurra cuando Mary pueda volver a valerse por sí misma. Y no cuento con quedarme mucho tiempo, aunque ya llevo aquí casi tres meses. Mi venerable división —«la división más fuerte, ruda y belicosa del mundo»— sigue estacionada al sur de Nueva Jersey y está a punto de empezar el cuarto año de instrucción prebélica.

Besos de los tres,
John

Pete era Pete Collins. Elizabeth era Elizabeth Ames

Viernes

Querida Jo:

Pete ha vuelto de un viaje a Inglaterra. Esta vez sus anécdotas bélicas fueron casi todas culinarias. Viajó en un barco holandés y se pasaron todo el tiempo bebiendo ginebra holandesa y comiendo platos de las Antillas Holandesas. En una ocasión fue a pescar y pescó un tiburón, pero echa de menos la trucha moteada de Beaver Kill. Ayer recibí una carta plácida y triste de Elizabeth en la que me decía que necesita unas vacaciones y que, después de veinte arduos años, la casa necesita reformas... Si hay algo en mi memoria que podría llamarse prebélico eso es Yaddo. Las fuentes, las tarteras del almuerzo, el espejo turbio al final de las escaleras.

... Hay mucha animación en Chelsea porque dos prostitutas negras se han mudado a una casa en la misma calle que nosotros y las prostitutas blancas están en pie de guerra... y Eddie Newhouse todavía no es alcalde.

Susan ha crecido mucho desde la última vez que la viste, ahora tiene un único diente muy afilado y pasa el tiempo musitando para sus adentros y de vez en cuando hablándonos a nosotros. Sabe decir «biberón» (bibi), «pastel», «pelota», «adiós» y según Mary otras muchas cosas más. Le encanta Chelsea, sobre todo la verdulería donde conoce a un montón de gente. Mary se la llevará a New Hampshire en julio.

Abrazos,
John

De Chelsea mis padres se mudaron a una casa en la calle 92 que compartían con otras dos familias. Fue allí donde mi padre se inspiró para las *Town House Stories*. Luego volvieron a reescribirse en forma de obra de teatro y se representaron brevemente en Boston y en Nueva York.

Calle Noventa y dos, 8, Este
El día antes de la reelección de Roosevelt

Querida Jo:

No estoy en Europa. Estoy aquí. Esta es la historia de mi viaje al extranjero: en primavera, como sabes, se acordó mi traslado a la productora Yank y mi envío a Francia pocas semanas después de la invasión. Luego, como había otros que me reclamaban, el coronel decidió que no podía dejarme marchar. Es un antiguo presidente de la Paramount y decidió que la Yank era la RKO o la 20th Fox y no quiso permitir que le robaran a uno de sus guionistas. Así que, unos días antes de que me fuese, anuló la orden de traslado y amargó mis cariñosas despedidas. No obstante me aseguró que me enviaría a Europa en mejores circunstancias, así que a finales de julio volví a prepararme para el viaje. Se canceló. Luego hubo una tercera ocasión. Después, una cuarta. Ahora me han vacunado para todo excepto para la peste bubónica y llevo ya cuatro meses esperando a que me ordenen abandonar el país en cualquier momento. Sigo esperando.

Como es natural, Mary está un poco cansada. Pensó que tendría que vivir sin mí y decidió compartir casa con otras dos familias. Ahora estamos hartos de tanta gente. Ven a visitarnos. Tenemos una biblioteca, un salón para desayunar, ocho váteres con agua corriente, y nuestro número de teléfono es Atwater 9-6118. Cuando nos telefonees espera un buen rato porque el teléfono está en nuestro dormitorio y puede que Mary se encuentre, por ejemplo, en la biblioteca o en el salón haciendo punto de cruz y tarda unos veinte minutos en subir a nuestro cuarto. Espero verte pronto.

Besos de Susan y Mary,
John

Pasó un tiempo en Los Ángeles y luego siguió hasta el Pacífico, después volvió a Los Ángeles y a Nueva York. Estas pocas cartas son de California y de las islas del Pacífico.

Miércoles

Hola, cariño:

Hoy he comido en un restaurante de la cadena Brown Derbies con Carl Foreman. Se parece a uno de la cadena Howard Johnson, con la diferencia de que tiene forma de gigantesco sombrero Derby y no de casa colonial. Carl comió algo llamado sandwich Montecristo. Consiste en tres rebanadas de pan tostado y fiambre de pavo, todo cubierto de azúcar en polvo y cortado en tres trozos como un tricornio. Se come con cuchillo y tenedor. Y eso es todo lo que tengo que contarte hoy de Hollywood.

Martes

Hola, preciosa:

Los retrasos continúan y no tengo muchas novedades que contarte. He terminado de leer *Adam Bede*, estoy a mitad de *El molino del Floss* y tal vez pueda terminar *Romola* y *Silas* antes de marcharme. George Eliot es una buena elección para este tipo de viaje y estoy disfrutando con sus novelas. Lo único que se ha quedado anticuado de ellas son las mujeres piadosas y sufridas que aparecen en la mayor parte de las novelas inglesas de la época y que dieron lugar a la piadosa Esther Summerson de *Casa desolada*. Los motivos que impulsan la conducta de sus heroínas parece muy simplista —aunque supongo que debe de ser un reflejo de la situación de las mujeres en el siglo XIX— y por lo que he visto en Hardy las categorías freudianas que todos damos por descontadas quedan tan lejos en el futuro como la electricidad. Lo cual equivale a decir que seguiré machacando las teclas de una máquina de escribir por muy hueca que tenga la cabeza.

Del tiempo sí puedo hablarte porque está siendo espléndido. El sol calienta, se está fresco a la sombra, no hay una nube en el cielo y, por la tarde, los atardeceres son más intensos y azules que los del Este. Aquí la vida en los barracones no es tan ruidosa, alcohólica y violenta como en Georgia, pero hay muchos tipos peculiares. Anoche un par de inútiles estaban hablando de las insatisfacciones del ejército y encadenaban tantos tópicos que casi podías prever lo que iban a decir. Uno era un mexicano a quien no le gustaba el ejército porque en él no dan comida mexicana, estaba muy amargado y pensaba que acabaría muriéndose de hambre si no le echaban unos pimientos en los huevos deshidratados. El otro era un texano que quería ver algo de acción. «Si me dejaran ser un soldado, no me importaría», repetía una y otra vez. Es la cantinela que repiten siempre todos los inútiles.

Echo de menos tener noticias tuyas y no hago más que releer una antigua carta en la que me cuentas que ibas de paseo con Sue por la Quinta Avenida en Semana Santa. Pero continúo sin tener dirección.

Besos,
John

23 de abril

Algún lugar de las Filipinas

Hola, preciosa:

Esas cuestionables fotografías que os hizo Sonami a Sue y a ti hace un año me están alegrando la vida. Sé que ninguna de las dos os parecéis a las de las fotos, pero me paso el rato mirándolas.

Aquí hace mucho calor. Al menos hace un tiempo sofocante. Para desayunar nos han dado pavo en salsa, ensalada de col, guisantes, pudín de pan y algunas bebidas frías. Esta mañana ha entrado en la tienda un nativo vendiendo plátanos. Un mono que había sentado en mi litera le mordió. El nativo pensó que era mío y me lo reprochó. No estoy loco, pero ya ves que nuestra vida aquí no es demasiado sencilla.

Esto es todo, cariño, buenas noches

John

2 de mayo de 1945

Hola, preciosa:

Por fin te he comprado un sombrero de recolector de arroz que espero que te pongas en la parte de atrás del Plaza el día de mi regreso; un día que llevo planeando mucho tiempo.

En esta parte del mundo se puede comprar un mono como mascota, o una paloma con las alas cortadas para llevarla en la mano. La paloma cuesta un paquete de cigarrillos. Puedes comprar un trozo de carne que lleva colgada al sol un día entero, o un pez seco lo bastante apestoso para atufar a toda una manzana de pisos. Puedes cambiar dinero japonés en la calle. Puedes comprar un *lei* de florecitas blancas para llevarlo al cuello y apreciar los olores del lejano oriente, o comprar un frasco de Chanel n.º 5 con el sello roto por 75 dólares. Se pueden comprar machetes filipinos, tela de cáñamo, gallos, alcohol de quemar, conchas marinas, sellos conmemorativos, piñas y un cucurucho de helado tan grande como una pelota de ping-pong por veinticinco centavos.

En cualquier ciudad lo bastante grande como para tener una cúpula, hay una plaza abarrotada de puestos donde se venden rosarios, devocionarios, juguetes, comida caliente y baratijas diversas. Las ancianas venden cirios y ciegos de ojos blancos se arrodillan con el rosario en una mano y extienden la otra mendigando centavos. Las dos puertas centrales de la iglesia están abiertas y la animada vida de la plaza llega hasta la mitad de la nave. Sería como Italia, de no ser por el dulce y moribundo aroma de Oriente.

Está de regreso en los Estados Unidos. Mi madre había ido a visitar a Josie.

Miércoles

Hola, cariño:

Ahora debes de encontrarte en Bucks y espero que estés tomando el sol, salchichas holandesas de Pennsylvania y baños en el arroyo. Ojalá pudiera ir contigo. El famoso sol de California no sale hasta las cuatro de la tarde y nunca dejo el despacho antes de que empiece a ponerse. Cuando regresé de las islas tenía un bronceado del Pacífico, pero el rostro que afeitó ahora por las mañanas está pálido y con los ojos enrojecidos.

He estado trabajando en la película por el día, y las noches y los domingos los dedico al relato, pero una cosa entorpece a la otra y avanzo muy despacio. Salgo tres noches por semana, pero no ocurre gran cosa, ya te contaré mi maravillosa vida nocturna cuando vuelva. Una noche fui a cenar a Chasen's, que se parece al 21. Nos costó un poco encontrar mesa así que pregunté por el señor Chasen y le dije que era amigo de Harold Ross y puso el local entero a mi disposición. «Todo lo que tengo se lo debo a Harold Ross», afirmó. Fue la mejor comida que he probado aquí y el edificio parece recién construido.

Eso es todo, preciosa.

Besos,

John

Martes

Hola, preciosa:

Empiezo a estar lo bastante acostumbrado a Hollywood para tener la sensación de que cualquier observación crítica equivale a una grosería, pero sí puedo darte algún detalle. El domingo vi a una mujer muy delgada de mediana edad y a su hija de unos cinco años. Le habían rizado el cabello rubio en forma de tirabuzones y la madre llevaba debajo del brazo el guardarropa de la niña, varios tutús, un traje de noche de lentejuelas y unas medias. Una noche fuimos a cenar al Roosevelt. El camarero me puso delante un cóctel de cangrejo, señaló el cubierto que había a la izquierda del plato y dijo: «Use el tenedor».

Besos,

John

De vuelta en Nueva York, esperando a que lo licenciaran.

Sábado [1945]

Querida Josie:

Los dos queríamos haberte escrito antes para agradecerte el envío de los libros, y Susie para darte las gracias por su muñeca, pero la vida parece haber alcanzado un punto en el que escribir cualquier cosa, aunque sean relatos cortos para el *New Yorker*, se ha convertido en una proeza. Creo que en parte se debe a mi puesto en el ejército, el puesto en cuestión se está desintegrando con la misma larga y mortífera agonía de una agencia gubernamental que ha dejado de tener su función. Los hombres de la junta de excedentes vienen a diario para anotar los números de nuestros escritorios y aunque seguimos produciendo las películas sabemos que todo lo que hacemos acabará quemado o perdido. No creo que pase de Acción de Gracias.

Los libros son una maravilla y muy decorativos... Desde que te vimos la última vez hemos pasado un fin de semana en la comarca cercana a Nyack; en un lugar propiedad de unos liberales ricos llamados Mayer. Hay una piscina al fondo del jardín y un ejemplar de *New Masses* sobre la espineta; nuestra anfitriona nos contó una larga historia sobre una colonia de tasa única en la que ella y su marido habían invertido un verano cerca de Amherst. El discípulo de George que dirigía la colonia resultó ser cruel con los animales. Según nos dijo, un día apaleó un caballo hasta matarlo y ahí terminó su interés por la tasa única

Ayer un niño en el parque intentó quitarle a Susie el cochecito de muñecas y ella le mordió.

Besos,
John

La carta siguiente la escribió mi madre. La incluyo porque permite vislumbrar su distinta personalidad y da una descripción del apartamento de la calle 59 en el que vivimos hasta la primavera de 1951. La saga de la casa de la ciudad nunca se cantó con acompañamiento de lira, pero sí se interpretó en los escenarios.

Señora de John Cheever
22 de julio de 1945

Queridísima Jo:

Estupendas noticias (por fin): tenemos un apartamento, y muy bonito, y nos mudaremos esta misma semana. Ahora lo están pintando y arreglando. Hay que bajar seis escalones para llegar al cuarto de estar y Sue tiene su propia habitación, pintada de amarillo, y su propio baño. No le va a

gustar, claro, cuando vea que no puede seguirnos a todas partes ni ayudarnos en todo, pero creo que a nosotros sí. Lo hemos encontrado por pura suerte cuando estábamos al borde de la desesperación. Casi desde el momento en que volvimos de Erwinna todo empezó a ir mal y a estropearse. En la casa reinan el desorden, la histeria y los bichos. Aunque no intentaré describírtelo porque nos deprimiríamos y además es una saga que merece ser cantada con acompañamiento de lira. Nuestra nueva dirección es calle Cincuenta y nueve, 400, Este.

Si no hubiese sido por los diez días maravillosos que pasamos en tu casa dudo que lo hubiese resistido, me avergüenza no haberte escrito y espero que no te hayas molestado. ¿Recibiste el libro y los cigarrillos? Ahora los cigarrillos son mucho más fáciles de conseguir...

Probablemente vayamos a New Hampshire dos semanas después de la mudanza, cuando John consiga el permiso que tantas veces le han prometido. Muchos besos de parte de los dos,

Mary

LICENCIADO, 21 DE NOVIEMBRE DE 1945

Jueves

Querida Jo:

Dejé el ejército a las tres treinta del martes. Tocarón música de órgano, pronunciaron un sensato discurso sobre nuestras responsabilidades como civiles y ciudadanos y nos dejaron en libertad. Todo el mundo salió corriendo y gritando de la capilla como si fuese el último día de colegio, y ya está. Eso en Fort Monmouth, Nueva Jersey. Teniendo en cuenta lo cómoda que ha sido mi vida en el ejército y lo lúgubres que siguen siendo las noticias en el *Times*, es una maravillosa sensación de libertad no estar bajo jurisdicción militar.

Nueva York no es gran cosa estos días. Al menos a mí no me lo parece. Bebemos muchos martinis, pero la gente es la misma de siempre y todo el mundo conoce los chistes de los demás. De noche leo tu ejemplar de *Diez días que conmovieron* etcétera y es muy entretenido.

Un fuerte abrazo,

John

Josie había estado casada con un miembro del Partido Comunista de Estados Unidos que —según el libro de Elinor Langer *Josephine Herbst*— tuvo una relación con Whittaker Chambers. De hecho, el libro explica de manera muy convincente que John Herrmann, el marido de Josie, presentó a Chambers a Alger Hiss en un restaurante chino cerca de Dupont Circle en 1934. Mi padre estaba tan poco metido en política como pueda estarlo un hombre de letras. En los años treinta un escritor apolítico era una anomalía. Siempre decía que de veinteañero había aparecido en *The New Masses* como la última voz de una burguesía decadente. En cualquier caso, no resistía la tentación de meterse con Josie por sus creencias.

Viernes [enero de 1946]

Querida Josie:

La muñeca llegó hoy y Susie está encantada. Además la muñeca completa la estructura social que hemos estado construyendo en su cuarto. Tiene una muñeca negra, una muñeca obrera, una muñeca de trapo (lumpen), una buena cantidad de muñecas de clase media y la del vestido de seda y el pelo ondulado completa el cuadro.

Espero que tu propia visión sea tan amplia como la de Susie o al menos mejor que la mía. Salí del ejército en noviembre y lo que he escrito desde entonces cabría en una cáscara de nuez. Hollywood ha estado picoteando de la serie de *Town House*, pero aún no se ha concretado nada y

es posible que no llegue a concretarse. Quiero empezar un libro, pero antes tengo que terminar tres cuentos y Dios sabe cuándo lo lograré.

La semana pasada estuvimos hablando de política con Bill Maxwell que afirmó que los controles del gobierno sobre la espiral inflacionaria habían fracasado porque las rosas cuestan quince dólares la docena. Mucha gente bastante conservadora (y la inflación ha vuelto bastante conservadora a mucha gente) habla sin parar del comunismo; pero yo voy a dedicarme a alguna forma de culto solar.

John

En 1946 Eleanor Clark publicó *The Bitter Box* (Doubleday). Carson es Carson McCullers. Bowen es Elizabeth Bowen.

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Martes

Querida Jo:

He leído el libro de Eleanor y si fuese urgente te lo enviaría por correo, pero puedes recogerlo en mayo y no creo que te haga falta hasta entonces. (Aunque si necesitas cualquiera de los libros que adornan nuestras estanterías, envíame una tarjeta y te lo mando volando.) *The Bitter B*x* me ha parecido muy malo. Para empezar, mis simpatías están con los enemigos de Eleanor y no con sus amigos. El personaje principal es uno de esos tópicos venerables, el prudente solitario con oclusión intestinal y una madre dominante que vive solo en una habitación amueblada y no manifiesta interés por nadie. Recuerdo lo que dijo Eleanor de que el realismo era un «callejón sin salida», pero no se me ocurre un callejón tan tortuoso y sin salida como el que ocupa ella. Eleanor me es simpática y admiro la devoción que siente por su trabajo, la admiro mucho, pero yo juego en otra liga.

...También he leído la colección de relatos de Bowen y puede describir una peonia, una habitación vacía o un cambio de luz mejor que nadie, vivo o muerto; no obstante, uno no para de tropezar con frases como esta: «Inclinó la cabeza hacia las flores, no tanto para oír su observación, como para capturar el instante» y es como si el lenguaje dominara la trama. Y después de quemarme las cejas con libros tan buenos, mañana me voy a Yaddo. Mi excusa es recuperar un manuscrito que dejé allí; mis razones son salir de la ciudad un día y tomar una copa en el Worden. Me quedaré en el Worden la noche del miércoles y volveré el jueves; daré recuerdos tuyos a los melancólicos abetos y los amargos lagos, al busto de Bruto y a la colección

completa de *Punch*, al techo dorado de la recepción, a las camas de hierro y a Carson y Katherine Anne.

Un fuerte abrazo,

John

Edmund Wilson y Mary McCarthy habían estado casados y se habían divorciado.

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Ciudad de Nueva York, Nueva York

19 de marzo de 1946

Querida Jo:

Tenemos una falsa primavera dos días de cada semana y es maravilloso. Hace mucho calor y las mujeres con abrigo de piel y zapatos de tacón se tambalean por la Quinta Avenida, y luego vuelve a hacer frío. Susie cree que tiene un león en su habitación y Mary quiere muebles nuevos en la suya... Los de Houghton Mifflin ofrecieron una fiesta a Carson MacMullers en el Saint Regis a la que no fui invitado. Edmund Wilson ha publicado una dudosa colección de relatos breves y en uno de ellos hay una larga descripción de una copulación carnal que habría causado un daño irreparable a la copulación carnal si no hubiese sido tan profunda. Mary McCarthy se presentó en Nueva York para comprobar si aparecía en el cuento. «Y bien, ¿es reconocible la cara? —preguntó al editor—. ¿Podría reconocer la cara de esa mujer?» «No, señora Wilson —respondió—, no reconocería su cara, pero reconocería su vulva en cualquier parte.»

Perdóname y dinos dónde estás.

John

La familia estaba planeando visitar la casa en Pennsylvania. Por lo visto Josie también era amable con los hijos de Hemingway. Eddie es Eddie Newhouse.

Querida Josie:

Siento decir que Susie no hace más que hablar de las vacaciones de primavera y repetir que va a pasar contigo todas las noches con los indios, pescando truchas y tortugas y ranas y andando

con paso felino sobre las hojas muertas para sorprender a su presa y a los indios hostiles. No ha olvidado ni una palabra de lo que le dijiste y me temo que tendrás que pasar un par de noches sin dormir. No es como los niños de los Hemingway.

... Los últimos diez o veinte años muchos escritores han hecho un esfuerzo por mezclarse con la clase media, vivir como empleados de banca y disimular cualquier signo exterior de desorden; una estrategia espléndida, en mi opinión, siempre que se trate de un acto de espionaje concebido para estar en la mejor posición y observar las costumbres de sus enemigos naturales, no obstante creo que Eddie se ha tomado en serio el disfraz y ha olvidado cuáles eran sus razones cuando empezó a hablar de Groton y a llevar ropa cara. Este invierno Eddie cruzó la habitación una noche para decirme que los Saltanstall eran la única familia de Estados Unidos que podía utilizar legítimamente una corona nobiliaria.

Tengo resaca, y me he dejado las cejas cazando ciervos, ven a vernos.

John

Esta carta se escribió en Treetops. La madrastra de mi madre, Polly, era una mujer con mucha clase. Mi madre recuerda haber llegado con ella en tren a Franklin, New Hampshire. El grupo familiar iba de camino a Treetops. Estaba nevando mucho y alguien recordó que las reservas de ginebra en la casa de verano eran escasas. La licorería de Franklin estaba cerrada. Mi madre llevaba un niño pequeño en brazos, no recuerda si era yo o Susan. Polly le quitó el bebé de los brazos y fue a la casa que había detrás de la licorería. Aporreó la puerta hasta que le abrieron. Polly dijo que quería comprar. El dueño de la tienda respondió que la licorería estaba cerrada y que abrirla iba contra la ley. En ese momento, Polly sostuvo al bebé contra la luz. «Tengo un niño pequeño», dijo en un tono que debió de sonar entre imperioso y agraviado. El hombre le vendió una botella de ginebra.

Don y Katrina son Don y Katrina Ettlinger. Don Ettlinger es un escritor con quien mi padre trabajó en el Cuerpo de Señales.

[Agosto del 46]

Jueves

Querida Josie:

Susie tuvo una modesta y bonita fiesta de cumpleaños. La cocinera hizo un pastel glaseado y Polly lo decoró con flores de azúcar. Susie apagó las velas y se comió las flores. La hermana inestable de Mary se comió la mayor parte del pastel y eso me puso tan nervioso que bebí demasiados old fashioned. Le regalaron una carretilla, un rastrillo, un cubo y una pala, una muñeca, una silla plegable para asistir a funerales y mítines políticos, tres trajes de noche y dos vestidos.

Como sabes, llegamos aquí el 18 de junio y mi intención era quedarme entre tres semanas y un mes. Después volví a Nueva York el 15 de julio. Me emborraché en un par de bares para celebrar

mi vuelta y luego Don y Katrina, que acababan de casarse en Colorado Springs, llegaron a la ciudad camino de Berna (Suiza), donde van a vivir. Hacía calor y bebimos ginebra y champán en el Plaza. Una noche, después de una fiesta, bajé dando tumbos a Grand Central y cogí un tren de regreso. La decisión todavía me preocupa un poco —paso mucho tiempo describiendo atardeceres y flores silvestres—, pero me gusta el campo, me siento bien en el campo y qué demonios.

De vez en cuando me acuerdo de Triuna. Trabajo desde las nueve a la una cuando engullo un enorme almuerzo y luego corto y acarreo leña, preparo un helado y a última hora de la tarde voy a nadar, cosa que me encanta. Luego vamos a casa de Polly, bebemos martinis y admiramos la vista y después de cenar volvemos aquí, tomamos café y admiramos el atardecer. El campo es precioso. Casi todo el campo lo es, claro, pero esto es Nueva Inglaterra, los pastos son pedregosos, las montañas, leoninas, los lugareños, venales y taciturnos, los atardeceres, rojos y por las tardes se oyen a orillas del lago las voces valientes e inocentes de los niños pequeños cantando alguna canción sobre los días tan maravillosos que están pasando en el campamento Wonk-a-tonk.

El reparto de personajes es variado y colorido. El granjero es comunista y me presta ejemplares de un periódico llamado *Action* que se imprime en Norwalk, Ohio. La hija pequeña de la cocinera es enfermiza y de labios finos y reparte panfletos religiosos. La hermana de Mary está como un cencerro. El padre de Mary nos da conferencias sobre la química del temperamento y la madrastra de Mary recuerda la noche en que estaba bailando el Castle Walk con Hamilton Fish y tropezó y se fracturó el cráneo. Bebemos en agradable compañía y deberías ver a la abuela de Susie, después de su sexto martini cantando: «En la granja de MacDonald ia, ia oh...».

Como es natural no he podido leer mucho. He leído los primeros capítulos de la novela de Eudora Welty y he parado donde alguien rompe una farola. Me parece una novelista muy menor. Le presté mi ejemplar del libro de Wilson a Irwin Shaw, cuyo egotismo es tan inmenso que unos días más tarde se ofreció a prestármelo él a mí. No volveré a verlo. Y, no obstante, es de esos libros tan poco apreciados que después de terminarlo uno no puede mirar una máquina de escribir en una semana. Ni me molestó en leer las reseñas. Son una mierda y lo sé. Las ventas de los derechos teatrales de *Town House* me han supuesto hasta el momento ciento setenta y tres dólares, pero un borracho de la costa oeste llamado H_____ M_____ está adaptando los relatos al escenario. No sé si alguna vez terminará la obra o no, pero parece buena persona. Mary y Susie están morenas, felices y muy guapas y Susie empezará a ir al colegio en otoño.

John

Los Ettlinger vivían en Sutton Place. Acababan de marcharse a Europa. Freddy era el hijo soltero de Polly de su primer matrimonio. Adoraba a su madre y vendía antigüedades.

Treetops
Bristol, New Hampshire
17 de agosto

Queridos Don y Katrina:

Cuando me despedí de vosotros... no pensé que lo conseguiríais. Luego cogí el lápiz dorado y pensé: Han enviado regalos a todo el mundo y se han escondido en Sutton Place. Nos encantó recibir vuestra carta desde París, aunque no entiendo cómo pudisteis llegar en aquel estado. Y me encantó el lápiz aunque no lo voy a utilizar para la novela; lo usaré para subrayar los menús en Sardi's. Susie habla mucho de París, donde viaja en todos sus barcos y vehículos imaginarios.

Fuimos una semana a Massachusetts... Aunque no creo que eso os impresione después de sobrevolar el Atlántico. Susie almorzó en el Ritz en Boston y volvimos aquí con Freddy en el coche más absurdo que he visto en mi vida. Las ventanillas suben y bajan por algún tipo de mecanismo, los asientos se reclinan con algún tipo de mecanismo, la capota, naturalmente, se pliega con algún tipo de mecanismo, el motor se supone que alcanza los ciento ochenta kilómetros por hora y hay un aparato que echa chorritos de agua sobre el parabrisas, exactamente igual que Versalles, pero en pequeño.

Lo que me ha ocupado más tiempo las dos últimas semanas es una familia de mapaches que se ha instalado en el bosque justo detrás del gallinero. Se comen el maíz y son capaces de devorar cinco o seis mazorcas en una noche. Empecé a darles caza cuando encontré un viejo rifle en el sótano, lo limpié junto al fuego una noche mientras me bebía mi ponche y hacía una sorprendente exhibición de puntería ante el hijo de la cocinera. Luego salí un día al oscurecer, pero apenas veía nada y solo le acerté a unas mazorcas. Seguí así varias noches hasta que un lugareño me sugirió que probase a poner trampas. Así que compré cuatro trampas. La primera vez que las puse llovió, los muelles se oxidaron y los mapaches dejaron huellas de barro en la placa donde se pone el cebo. Después las limé y las dejé tan finas que si las coloco antes del atardecer atrapan gorriones. Tampoco ha funcionado, así que he ido al pueblo a comprar otras cuatro trampas. El señor Follansbee, el dueño de la ferretería me dijo que colgara espejitos encima de las trampas. «Así llamará su atención.» Ignoro si estaba tomándome el pelo o no; pero tengo mis espejitos, mis cordeles y volveré a probar suerte.

Abrazos,
John

Frank, o Fronk, hoy es obispo de Chicago.

Tree Tops
19 de agosto

Queridos Don y Katrina:

Os he escrito antes, pero olvidé enviar la carta *par avion* y probablemente no la recibáis antes de Navidad. Tampoco es que fuese gran cosa. Sobre todo hablaba de mapaches... El lápiz dorado es estupendo y lo llevo al pueblo siempre que voy para deslumbrar a todos con él.

... Polly fue a una boda en Madison y luego a la isla de Mason. Volvió con su nieto pequeño que tiene ocho años y el guardarropa estilo Brooks Brothers más fantástico que he visto en mi vida. Se presenta a comer con chaquetas cruzadas, pajaritas torcidas y zapatos de gamuza. Sus modales son una tosca imitación de Katherine Hepburn en *Historias de Filadelfia*. «Vayamos a nadar después de comer», exclama todo ojos azules y pelo cortado a cepillo. Me pongo tan nervioso que le llamo Fronk en vez de Frank, que es como se llama, y le digo cosas como «Discúlpame».

Sopla mucho viento, las hojas empiezan a cambiar de color, el lago parece negro, los campos están cubiertos de flores amarillas y cuando recibáis la carta que no os envié *par avion* sabréis la guerra que me dieron los mapaches.

Besos,
John

Los Ettlinger continuaban su viaje por el extranjero; Juan-les-Pins está en la costa de Francia. La novela era uno más de tantos intentos.

Cincuenta y nueve, 400, Este
9 de septiembre [1946]

Queridos Don y Katrina:

Hoy es una de esas mañanas nubladas en las que todo huele a desagüe y el aire parece un fieltro sucio y gris... el coste de la vida ha aumentado casi un treinta por ciento desde junio y qué tal fueron las cosas en Juan Les Pins.

Hemos tenido un verano maravilloso. Justo con el toque de violencia necesario para que las cosas no fuesen aburridas. Por fin atrapé un mapache y cacé un puercoespín y la furgoneta Studebaker de 1928 estalló en llamas una tarde cuando conducía por el pueblo de Bristol. Antes de que nos fuésemos tuvimos un tiempo maravilloso y Polly se dedicó a ir por los bosques con un hacha cortando hojas secas para sus arreglos florales. Después, empezó a hacer mucho frío al oscurecer, el viento del este arrancaba las hojas amarillas, el humo de la leña olía de maravilla, los martinis estaban buenísimos y los baños eran fríos y vigorizantes.

Susie fue la que mejor lo pasó. El servicio preparaba un picnic todos los jueves y domingos y se llevaban a Susie. Luego la cocinera se marchó una semana antes que nosotros y Marie, la vieja criada de 72 años se quedó a su cuidado. Hacían una pareja muy graciosa. Se tomaban la una a la otra muy en serio, se llamaban «querida» y otras bobadas empalagosas y daban un paseo todas las tardes, después de comer junto al fuego unos huevos hervidos. Yo las veía salir de excursión, cogidas de la mano, cada cual más temerosa del frío y la oscuridad, y llamándose «querida». Para esas juergas Marie se ponía su mejor vestido negro y Susie su traje de noche, sus zapatos de tacón, las perlas y el bolso de Marie y un jersey viejo que arrastraba por la hierba seca. Salían poco antes de anochecer y el viento arremolinaba las hojas muertas en torno a sus piececitos, recorrían casi tres kilómetros por el bosque cada noche, y cuando se marchaban las oíamos preguntar cómo se encontraban. «¿Vas lo bastante abrigada, querida?», etcétera.

La novela fue bien hasta el final, pero me temo que no estará terminada en primavera. H_____ M_____ envió el primer acto de la adaptación que estaba haciendo de *Town House*. Era muy chabacano y estaba lleno de chistes graciosos. Hart le había telefoneado y le había dicho que no le gustaba y M_____ dijo que Hart estaba loco, que la obra sería divertidísima y que Carol iba a tener un aborto en el segundo acto. M_____ ya no trabaja en la empresa y Hart está intentando conseguir a Paul Osborn. Una de las peores cosas del primer acto de M era la influencia de Hollywood. Todos los personajes parecían sacados de una mala película. Había una mujer decoradora de interiores que vestía de negro, bebía como un cosaco y hacía chistes agrios y muy graciosos. También había un fanático del fútbol y ancianos acompañados de jovencitas duras y chistosas.

Es una imagen lúgubre, pero desde donde estoy sentado veo, igual que el invierno pasado, las interminables comitivas fúnebres que cruzan el puente de Queensboro en dirección a los enormes cementerios de Long Island. Estoy convencido de que las cosas mejorarán cuando salga el sol y termine la huelga de camioneros y uno de estos días os escribiré una alegre nota sobre la Quinta Avenida bajo el sol otoñal.

Abrazos,
John

John Cheever
Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Ciudad de Nueva York
2 de octubre

Queridos Don y Katrina:

Vuestra carta llegó una negra y húmeda mañana y llenó nuestro triste apartamento con el leve y precioso sonido de los cencerros de las vacas, el crujido del hielo, los últimos tangos alemanes y la risa de la juventud. Primero leí la carta yo, luego la leyó Mary y luego la asistenta. Me cuesta escribir sobre las fotografías, la de vosotros dos bailando en Juan Les Pins me conmovió mucho. Susie casi tuvo un ataque de nervios intentando ver algo por encima de nuestros hombros, así que le hemos prestado la fotografía en la que estáis en el bar de la playa para que le sirva de marcapáginas en su libro de Mamá Oca. Todos coincidimos en que es la mejor carta que hemos recibido. No hago más que decirle a Mary que deberíamos ir a Albany o alguna otra parte para poder animar mi correspondencia con algún paisaje y un poco de interés histórico; pero no quiere ir a Albany. Ha decidido que tiene temperamento de exiliada y que solo es cuestión de tiempo que dejemos estas ásperas latitudes.

Susie lleva dos semanas asistiendo a la escuela Walt Whitman. Sube todas las mañanas a una furgoneta con mucho aplomo. Mary la observa en camión desde el piso noveno y yo voy y vengo por la acera frotándome las manos. Enviar a un niño a la guardería es como enviar la ropa interior a la junta de salud pública. Cuando vuelve por las tardes, la acorralamos como un par de agentes de la Gestapo y tratamos de sonsacarle información. «¿Qué has comido? ¿Qué has hecho? ¿Dónde has ido? ¿Dormiste la siesta?» No ha respondido a ninguna de nuestras preguntas y por lo que sabemos podría estar pasando el tiempo en un circo de pulgas. Entretanto Mary está aprendiendo a hacer punto.

La ciudad está más o menos como siempre. La tarde del domingo fui al zoo de Central Park. El follaje tenía un color apagado e incoloro como un paisaje industrial, los senderos estaban abarrotados, los leones rugían, los globos explotaban y vi a una mujer muy elegante sonarse la nariz con los guantes blancos. Los hoteles están llenos hasta primavera, no hay jabón ni carne en los mercados, el coste de la vida ha subido tanto que la gente como nosotros cena albóndigas de pescado en lata, y hace suficiente frío para ponerse el visón. De noche leo la *Divina comedia* y los discursos de Franklin Roosevelt.

Quizá sea saber que estáis en Suiza lo que me hace pensar continuamente en los primeros

años veinte y en las cosas que decía la gente de París sobre Estados Unidos, pero en los últimos años la afectación del dinero ha borrado casi todo lo demás. Incluso entre nuestros amigos hay gente que se pasa la tarde hablando de dinero: cuánto pagaron los Y por su apartamento, cuánto le costó a P su abrigo de piel, si las perlas de J son reales, etcétera. Hace seis años habría sido inconcebible.

Aún confío en tener terminado el primer borrador de la novela a finales de noviembre. Me gusta el argumento pero sigo preguntándome: «¿Hay algún personaje en este libro a quien uno querría conocer?». Luego me digo: «¿Hay algún personaje en este libro a quien uno no evitaría si pudiese? Me preocupa. Me gusta la gente y el color del cielo, pero eso no describe mi trabajo.

Besos de Sue, Mary y John

Mi padre se ponía el traje por la mañana y bajaba en el ascensor con los hombres que iban al trabajo, pero no se apeaba en el primer piso. Seguía hasta el sótano e iba al cuarto de la criada al que alude más abajo. Una vez allí se quitaba el traje, lo colgaba y escribía en ropa interior. De ese modo cubría las apariencias y se ahorra la factura de la tintorería. Binny era otro nombre para Polly.

[Recibida el 6 de noviembre de 1946]

John Cheever
Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Ciudad de Nueva York
Domingo

Queridos Polly y Winter:

... Nuestro único problema ha sido el enfrentamiento de Susie con la escuela Walt Whitman. Después de pagar los quinientos dólares, estoy decidido a que asista a la escuela aunque haya que arrastrarla hasta la calle Setenta y nueve. Una vez allí lo pasa estupendamente, pero ha decidido que no quiere dejar el nido por las mañanas. Hemos descubierto que si no la presionamos a la hora de la partida, todo va bien, de modo que mientras la vestimos —entre las siete y las ocho— nuestra preocupación por no afectar más que dulzura y felicidad hace que esa hora sea la más penosa del día. No dejamos de sonreír ni alzamos la voz hasta haberla metido en el taxi.

Excepto una vez que fuimos al ballet creo que no hemos salido en un mes. Mary está estudiando las presidencias de Madison y Jefferson y yo paso la mayor parte del día en el sótano, en el cuarto de la criada, intentando escribir una novela. La madre de Katrina, la señora Wallingford, vino a tomar un cóctel el otro día y nos trajo unas fotos de la boda que Mary aceptó

con terrible maldad, pensando en el día en que podría enseñárselas a Binney. La señora Wallingford estaba de su acostumbrado malhumor. «Mis huesos empiezan a ablandarse —nos dijo—, y he ido a un par de médicos sin que ellos lo supieran, es decir, sin que el uno supiera que había ido a ver al otro. ¡Pues bien los dos me dijeron que tengo la presión sanguínea más baja, y el pulso más bajo y todo más bajo que ninguna otra persona a la que hubiesen reconocido! A ninguna otra persona viva, claro está.»

Esperamos veros pronto.
Abrazos, como siempre,
John

24 de febrero [1947]

Querida Josie:

... Estamos igual que nos dejaste, bastante cómodos, un poco aburridos y casi siempre achispados. Susie preguntó mucho por ti en vacaciones porque se le metió en la cabeza la idea descabellada de que eras el marido de la Virgen María. Cuando la gente le preguntaba quiénes eran las figuras de la Natividad decía: «Esa es la Virgen María, ese es Jesús y ese otro es Josie Herbst.»

Hará cosa de un mes Mary aceptó un empleo de profesora de inglés en Sarah Lawrence dos días por semana, así que va a Bronxville los martes y los viernes y vuelve con un maletín lleno de redacciones escritas por jovencitas llamadas Nooky y Pussy; aunque esos apodos no servirán para darte una pista de sobre qué tratan las redacciones. Por lo demás, todo sigue igual. De vez en cuando consigo dinero para trabajar tres o cuatro días en la novela; pero el coste de esta vida maravillosa es descabellado. El mes pasado fuimos a pasar una semana esquiendo con los Shaw en Vermont y lo pasamos de maravilla bebiendo martinis y jugando al parchís. Tengo buenos recuerdos.

Abrazos,
John

John Weaver es un escritor a quien mi padre conoció en el Cuerpo de Señales. Cuando mi padre iba a trabajar a Hollywood a menudo se alojaba en casa de John y su mujer, Harriet. Leonard Field, otro amigo del Cuerpo de Señales, montó *Virginia Reel*, de John y Harriet Weaver el 13 de abril de 1947.

24 de febrero [1947]

Querido John:

Estamos muy emocionados por tu obra de teatro y me da envidia saber que tendrás terminado el libro en primavera. Me da envidia y me alegra. Mi libro no estará para la fecha límite de abril y si no lo envió entonces no lo publicarán hasta 1950. He vuelto a trabajar en él hará cosa de un mes, pero tres semanas después pasé por varios apuros económicos y he vuelto a los relatos breves. Me apetece tanto escribir relatos como follarme a un pollo.

John

2 de abril

Queridos Pete y Lib:

... Los Weaver volvieron a toda prisa de California hace más o menos un mes porque un grupo experimental de teatro va a montar la obra de John. Es un buen grupo y todos los productores, agentes y demás van a ver sus obras por si es rentable llevarlas al cine o pensando en los montajes comerciales de otoño, así que John y Harriet están muy animados. John también ha terminado el primer borrador de su novela, como ves los Weaver están en plena forma.

Nuestros amigos los Ettliger se van de Nueva York el viernes para ir a Spring Valley (cerca de Nyack) donde le han alquilado una casa a Waldo Pierce. Katrina volverá a Nueva York en julio para tener el niño, pero por lo demás están decididos a quedarse en el campo. Nuestros amigos los Shaw se han mudado a un lugar llamado El Rancho Yucca Loma que está en el sur de California; y creo que la última fiesta a la que fuimos fue la fiesta de despedida de Irwin. El padre de Irwin estuvo en casa, es un anciano vigoroso y encantador que se dedicaba al negocio de las mercerías y nos habló de la maravillosa orquesta familiar que tenían. Irwin tocaba la corneta. Fue una de esas fiestas en las que todos los asistentes creen ser famosos. Allan Dunn se acercó a Stella Adler y le dijo: «Eres una extrovertida». Luego se volvió hacia Bill Maxwell y añadió: «Utiliza las manos. Si utilizas las manos, estás salvado». Hablé con Mary Petty, la mujer de Dunn, y puede que tenga un corazón de oro, pero su tez no puede estar más pálida. Madge Evans se miró en el espejo y dijo con cierta amargura: «Parezco diez años más vieja que cuando llegué». Se marchó justo después. La invitación era de las nueve hasta las doce, y a las doce la mayoría de la gente cogió sus abrigos, besó a los Shaw y se marcharon a pesar de que seguía circulando mucho whisky y champán. Yo quería quedarme hasta vaciar las botellas, pero Mary dijo que no. Las cosas han cambiado.

La hermanastra de Mary, la señora de Joseph Hotchkiss (de soltera Hanna Eugenia Lawrence

Whitney) tuvo ayer un niño al que han llamado Noah Webster Hotchkiss. El pequeño Noah tiene dos primos. Uno es Dudley Lang Whitney y el otro se llama Whitney Tracey Griswold, creo que exageran un poco y que bueno está lo bueno. Nuestra relación con los Ettliger se ha enfriado considerablemente desde que Mary les sugirió que llamaran a su hijo Max o Rubin. Susan Liley Cheever está bien y su maestra del colegio nos envió una notita diciendo que Sue les divierte mucho con sus fascinantes anécdotas. Imagino de qué tratan. Mary está bien, o al menos tan bien como se pueda estar en Sarah Lawrence, y os manda muchos besos. Espero veros pronto.

John

Susan aún no había cumplido los cuatro años.

John Cheever
Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Ciudad de Nueva York
6 de junio [1947]

Querida Josie:

Susie solo piensa en zapatos de treinta dólares y abrigos de visón. Tiene los gustos e inclinaciones de una camarera de Child's y sería feliz como una perdiz si pudiera ponerse un collar de perlas falsas por la mañana y pasarse el día llevando a la gente a sus mesas. Mary ha disfrutado dando clase y por lo visto quiere dedicarse a eso profesionalmente. Yo continúo escribiendo cuentos con una mano y la novela con la otra para pagar las redencillas del pelo de Susie y mi ginebra.

... Escribenos a New Hampshire para que cuando abramos el buzón no lo encontremos siempre vacío.

Abrazos, John

[Sellada el 7 de junio de 1947, 6.30 PM]

John Cheever
Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Ciudad de Nueva York
6 de junio

Queridos Pete y Lib:

Tenemos pocas novedades, excepto la varicela. Sue ha estado dos semanas en cuarentena y otras dos enferma. Luego, dos semanas después, enfermé yo. Estuve y estoy cubierto de pústulas de pies a cabeza y parezco el libertino de Hogarth en Bedlam. Ya no estoy enfermo, pero no puedo salir a la calle hasta que se me caigan las costras de la cara. Tenemos intención de ir a New Haven el viernes y a New Hampshire el sábado y si no mejor pronto tendré que ir con un velo en el tren.

Eso es todo. Nuestra dirección en New Hampshire es: Tree Tops, Bristol, escribidnos cuando tengáis tiempo.

Abrazos, John

El destinatario de esta carta era John Weaver

[17 de julio de 1947]

Jueves

Querido John:

He tenido muchos problemas. La señora Fitch French, que nos hace la colada, tiene un gato viejo y lisiado que quiere regalarle a Susie. Susie quiere el gato. Yo no quiero que se lo dé, así que el domingo compré tres conejos; uno para Susie y los otros dos para Irene y Jackie, las hijas de la cocinera. Me costaron cuatro dólares. Llevé los conejos a casa. Los metí en un antiguo corral para patos donde pensé que estarían cómodos. Irene salió a mear al corral. Se sentó en un avispero. Las avispas esperaron hasta que se puso de pie, lo cual es típico de New Hampshire, y luego nos atacaron con saña. No pudimos volver al corral hasta que anocheció. Luego trasladé a los conejos desde el corral de los patos a un corral para pavos donde había menos avispas. La noche siguiente cuando Susie fue al corral a dar de comer a su conejito lo encontró muerto. Chilló. Lloró. Estuvo inconsolable. Enterré al conejo en el jardín mientras el jardinero repetía que era una pérdida de tiempo y que debería echar al conejo al bosque para que se lo comieran las mofetas. Es comunista y está tan endurecido contra el sentimentalismo burgués que ni siquiera le ha puesto nombre a su caballo. Luego fui al corral de los patos a investigar las causa de la muerte del conejito y encontré matarratas que había echado «Guts» Winternitz, mi suegro. Era un veneno fabricado por la rama de Guerra Química del Ejército de Estados Unidos, presumiblemente para echárselo a los rusos. Todos los conejos habían probado el veneno, pero solo murió uno. ¿Consideras que puede ser una amenaza para la seguridad nacional? ¿Opinas

que deberíamos reorganizar la guerra química...? Se habla mucho de llenar el hueco dejado en la vida de Susie con el gato tullido de la señora Fitch French.

Abrazos, John

Maxwell Perkins era el editor de Josie en Scribner's. Robert Linscott era el editor de mi padre en Random House, y una persona que acabaría inspirándole una profunda antipatía.

Tree Tops,
Bristol, New Hampshire [1947]
Martes

Querida Josie:

Nos acordamos de ti cuanto leímos en el periódico lo de la muerte de Perkins. Es una pésima noticia, pero da la impresión de que Perkins debía de tener alguien en la oficina en quien hubiese pensado para continuar su labor. Escribenos unas líneas cuando vayas a Scribner's y averigües cuál es la situación. Aún quedan varios tipos interesantes. Bob Linscott en Random House es uno de ellos.

John

Fred trabajaba para una empresa que fabricaba sábanas. Max Gordon y George Kaufman estaban trabajando en la adaptación de los relatos de *Town House*.

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Domingo

Querida Polly:

Mi hermano va a venir el miércoles y aprovecharé para pedirle las sábanas. No tienes por qué sentirte incómoda. A él le resulta muy fácil conseguirlas y si no puedo pedirle unas sábanas a mi único hermano, ¿a quién voy a pedirselas?

Estoy deslumbrado por los escenarios. Paso las tardes disfrutando del aire acondicionado del Lyceum Theatre con Max Gordon y George Kaufman y diciendo «No, muchísimas gracias» a cientos de mujeres de cabello pelirrojo. Sin duda, he perdido el tiempo esforzándome en escribir relatos.

Abrazos,
John

The New Yorker había rechazado el relato. Maxim Lieber había sido el agente de mi padre. Russell Lynes era el editor de *Harper's*.

18 de mayo [1947]

Querida Josie:

Harper's Magazine ha comprado «Vega», el cuento que te enseñé, y la semana pasada fui una tarde a conocer a los editores. Hacía años que no pisaba la redacción de una revista que no fuese la del *New Yorker*, la sala de espera era lúgubre y no tenía ventanas, había estanterías talladas y murales y un *tableau* literario en un rincón que supongo que debe de ser tan familiar como debían de serlo hace un siglo las esculturas Rogers en las ventanas de las granjas. Había una editora nerviosa y decidida que se pasaba los dedos por el cabello fino y decía: «Bueno, nuestra impresión es que si insistiera menos en la historia de amor y se centrara en el propio problema... etcétera». Había un autor con su mejor traje, y también estaba Maxim Lieber en persona fumando una pipa. Conocí a Russell Lyne y le dije que me habías hablado de él porque eres la única persona que lo ha hecho. No dejó de responder al teléfono y decir: «Me encantaría, ¿cinco? Me encantaría, ¿nueve?». Después de tantos años me recuerda a una escena sacada de una obra de teatro. Mientras esperaba el ascensor llegó un editor sujetando a un autor del brazo. «Bueno, muchas gracias por habernos dejado echarle un vistazo a su obra», dijo el editor. «Muchas gracias a ustedes por haberla leído con tanta atención», respondió el autor, aunque se notaba que estaba muy decepcionado. Bajé con él. Llevaba puesto su mejor traje. Cuando salió a la calle 33 se notaba que no sabía adónde ir. Los autores nunca saben dónde ir cuando salen de los despachos de los editores. Yo fui a la calle 34 y me tomé una copa.

Tanto Mary como Sue están deseando sacarte de tu casa y espero que el 29 te venga bien.

John

[Sellada el 2 de octubre de 1947, 2 AM]

John Cheever
Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Ciudad de Nueva York

Queridos Pete y Lib:

He trabajado bastante y con esfuerzo y un poco de suerte debería terminar la famosa novela cuando caigan las primeras nieves. Josie estuvo aquí una noche. Tal vez sepáis que lo ha pasado mal con su libro. Lo acabó a principios de verano, se lo entregó a toda prisa a Max Perkins, que se lo llevó a casa y cayó fulminado. No obstante, parece contenta con su sucesor y Scribners lo publicará este mes.

John

Tuvo que ingresar en el Sindicato de Autores para cobrar por el montaje de los relatos de *Town House*. Mi madre asegura que nunca tuvo una chaqueta Norfolk. Dice que no se la habría puesto ni muerto.

16 de diciembre de 1947

Querido John:

La semana pasada me llené de manuscritos los bolsillos de mi chaqueta Norfolk y fui al Hotel Algonquin a almorzar con Ross, Dorothy Parker, el duque de Windsor y otros. A mitad de almuerzo se presentó en el comedor un hatajo de matones malencarados. «Debe de haber habido un incendio en Sardi's», dijo Ross; y tenía razón. Han tenido que cerrarlo una semana y como es natural eso ha causado muchos inconvenientes a mucha gente, entre ellos a mí porque Mary va a apuntarme al Sindicato de Autores en Navidad.

[Enviada el 17 de diciembre de 1947 PM]

John Cheever
Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Ciudad de Nueva York

Queridos Pete y Lib:

Da la impresión de que no tengamos mucha vida social, pero fuimos a una fiesta en Tarrytown en la que Mary habló con John Rockefeller sobre la plaga de los olmos y yo charlé con una señora llamada Henderson sobre la lamentable falta de preparación médica de los misioneros birmanos. Tengo la impresión de que la señora Henderson quería hablar del asunto con el señor Rockefeller, pero no pudo porque Mary lo acaparó con lo de los olmos. La semana pasada Josie se pasó por aquí. Nathan está viviendo en el valle de Napa, de donde vienen las uvas, y según nos dijo está escribiendo una novela muy interesante. La exposición de tapices del Metropolitan es preciosa.

Abrazos,
John

Miércoles [febrero de 1948]

Queridos Polly y Winter:

Sue fue a Brearley a hacer los exámenes orales. Fue muy modosita, duchada, peinada y con su vestido de punto de Tree Tops. Mary la dejó, pasó a recogerla unas horas más tarde y cuando volvieron la sometimos a un interrogatorio. Sue parece convencida de haberlo hecho bien; pero nosotros no estamos tan seguros. «Me pidieron —dijo— que dibujara con un lápiz cómo un niño pequeño podría ir de su casa a la escuela sin cruzar la calle, ¡pero era muy fácil porque lo único que tenía que hacer el niño era saltar por encima de la calle!» No sé por qué, pero no parece la respuesta correcta.

Abrazos,
John

La señorita Hemingway era una amiga de Polly que debía de tener contactos en el colegio Brearley. Mi madre estaba embarazada de mí. Los calzones son unos pantalones cortos que se ponían sobre los pañales de tela.

[23 de marzo de 1948]

Queridos Polly y Winter:

Dios bendiga a la señorita Hemingway y Dios os bendiga a todos. El sábado por la mañana aceptaron a Sue en el colegio Brearley y el whisky llegó el sábado por la tarde... La aceptación en Brearley llegó tras un mes de impaciente espera. Y no solo han aceptado a Sue sino que nos han escrito una carta encantadora sobre la independencia de Sue y su extraordinaria madurez. Dichos términos deben de referirse a la señorita Hemingway pues es evidente que no pueden describir a nuestra regordeta y descarriada hija... Celebramos nuestro aniversario bebiendo un poco de whisky antes de la cena y yéndonos a dormir a las diez. El whisky es delicioso y sabe — como dijo Mary— igual que sabía antes de Pearl Harbor.

Elizabeth, la mujer de Tom, ha escrito a Mary varias cartas muy amables y nos ha enviado por correo unos calzones para el bebé. En cuanto nos dimos la vuelta, Sue se los puso a su osito de peluche, pero se los quitamos y los colocamos con la creciente colección de botas y mantas que aguardan al recién nacido. Sue sigue pensando que es la reina de Egipto, pero los domingos

desciende un rato de su trono para ir conmigo a Central Park y subir al tiovivo. Le gustan los caballos voladores tanto como a mí, y nada deleita tanto una inteligencia infantil como la música de un tiovivo un día de primavera...

Abrazos,
John

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Viernes [abril de 1948]

Queridos Polly y Winter:

... Mary va a ir hoy al médico. Incluso Sue se está impacientando y dice que si el bebé no viene pronto, ya no lo quiere...

Ayer a mediodía sonó el timbre de la puerta y me encontré a un anciano caballero de rostro rubicundo y cabello blanco en el vestíbulo. Dijo que se llamaba James Cheever y que era de Princeton, Massachusetts, y que siempre que visitaba una ciudad nueva iba a ver a los otros Cheever para ver cómo eran. Pareció decepcionado por mi aspecto. Dijo que había Cheevers negros en Augusta, pero no creo que eso le preocupara tanto como los Cheever católicos irlandeses que había encontrado en Saint Louis. Dijo llamarse Norman, cosa que encantó a Mary puesto que el nombre es evidentemente una corrupción de «Chevres», la palabra normanda para «cabra».

Abrazos,
John

Cincuenta y nueve, 400, Este
18 de mayo

Queridos Pete y Lib:

El 4 de mayo, el día de su cumpleaños, Mary pasó la tarde buscando albornoces y por la noche fue a Harkness y dio a luz a un hijo de tres kilos y medio a quien puse el nombre de Benjamin Hale Cheever. Como es natural nos ha alegrado mucho a ambos. Nos parece guapo, inteligente, nervudo y fuerte; y lo cierto es que no se parece en nada a Sue. Sue está en New Haven y todavía no lo ha visto, pero mañana iré a buscarla. Mary salió del hospital el sábado acompañada por una

enfermera que cuesta ochenta y cuatro dólares a la semana y casi los vale, teniendo en cuenta nuestra experiencia anterior, así que bien está.

Abrazos,
John

Trygve Lie era el secretario general de Naciones Unidas

Viernes [1948]

Querida Josie:

Quería haberte escrito antes sobre el artículo de *Partisan Review* que me ha gustado mucho y sobre Mary... el artículo, a diferencia de la mayoría de lo que se publica en *Partisan Review* está escrito por alguien con experiencia y ambición creativas. Ojalá escribieras otros parecidos. Dios sabe que es una revista única, pero parece tener el efecto de oxidar los resortes que constituyen la única excusa de su existencia. Número tras número no he leído más que críticas repulsivas y desazonadoras. Quien ama y ambiciona la literatura debería escribir para ellos. Es como si estuviesen sentados en los escalones de una casa de putas.

El 4 de mayo, el día de su cumpleaños, Mary fue a Harkness y una hora después de llegar tuvo un niño. Se llama Benjamin Hale Cheever, que es lo más imaginativo que se me ocurrió. Tiene un platillo de plata con su nombre grabado con letra de lápida y los Ettlinger le han regalado su primera edición de *Madame Bovary*. Es un niño guapo, de ojos oscuros y muy vivaz, muy distinto de Susie incluso ahora. Mary se ha recuperado bien y esta vez tenemos una buena enfermera. El día antes de que se marchara la enfermera, Mary tuvo una complicación en los pechos y ha estado una semana en cama. No obstante, ayer bañó a Ben y hoy también lo hará, y si descansa debería recuperarse del todo en otra semana. Está loca por Ben y le habla como si fuese Trygve Lie. Él está bien.

John

Justo al volver de Treetops.

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este

19 de septiembre [1948]

Queridos Polly y Winter:

... Nueva York estaba húmeda y encapotada cuando llegamos el miércoles por la mañana y así terminó uno de los mejores veranos de los que hemos disfrutado, y no podríamos agradecerlos lo suficiente vuestra generosidad y paciencia.

Mary nunca ha estado tan bien ni tan descansada. Está feliz con el apartamento y encantada con la asistenta. Tiene un uniforme gris con un delantal que está deseando usar y si cualquiera de los dos pasáis a vernos os quedaremos muy agradecidos. Lleva unas gafas muy raras y no es una gran cocinera, pero a mediodía todos nos apiñamos en el salón, tocamos una campanita y ella nos trae una bandeja de sandwiches de jamón y deja tras de sí una espesa mezcla de pachuli y Nuit D'Amour. Los tres días que lleva con nosotros ha sido voluntariosa y amable. Como es natural, todos somos tan educados que es un quebradero de cabeza y ya nadie va descalzo por casa.

Abrazos,

John

Mary Wickes figuraba en el reparto de la adaptación de los relatos de *Town House*.

Viernes

Querida Josie:

Mary y yo fuimos a Boston desde New Hampshire, nos alojamos en el Ritz y cogimos una buena cogorza. En el montaje de Boston la obra es una bobada sentimental y relativamente simpática y, con la familia de Mary y la mía en la platea y un montón de antiguas sirvientas y señoras de la limpieza en el primer y el segundo piso, tuvo mucho éxito. Max Gordon bailó con Kay Brown en el vestíbulo y dijo que iban a vendérsela a la industria del cine por un millón de dólares. Luego George Kaufman empezó a sacarle punta e hizo tantos chistes que parecían sacados de un libro. Estaba tan convencido de que iba a ser un éxito que no escuchaba a nadie. Cada vez que le decía algo, respondía que me fuese a escribir un cuento. Los decorados eran estupendos y había una actriz maravillosa —Mary Wickes— interpretando el papel de Esther, y en general Mary y yo lo pasamos bien. Gané cincuenta y cuatro dólares y a Max Gordon y a sus amigos les costó cien mil dólares. Me gustaría repetir cada año, pero Max asegura que no puede permitírselo.

Aquí todo sigue igual. Ben es un niño estupendo, plácido y alegre, y Sue está estudiando carpintería en el colegio Brearley y tenemos la esperanza de apuntarla al sindicato dentro de un

año. No estoy trabajando en la novela porque no tengo dinero. En cualquier caso he avanzado mucho y si sigo así podré pagar las facturas en Navidad y escribir un capítulo o dos.

Abrazos,
John

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Domingo [septiembre de 1948]

Queridos Polly y Winter:

Ayer por la tarde Sue fue a una fiesta de cumpleaños con su vestido de punto azul marino, parecía una princesa francesa; una princesa regordeta, pero una princesa *au fond*. Ha estado a dieta desde que llegamos a Nueva York y no ha probado ni un solo pastel, golosina, galleta o trozo de pan blanco en todo ese tiempo, pero ayer, cuando fui a recogerla, tenía glaseado en los oídos, trozos de caramelo en la boca y al salir de la fiesta llevaba en la mano varias cestas y paquetes llenos de dulces así que temo que nuestros arduos esfuerzos hayan sido en vano.

La obra echó el cierre el sábado por la noche, pero no nos extrañó. No sé a quién culpar, como no sea a mí mismo, pero es un consuelo pensar que ni uno solo de los setenta y cinco mil dólares era nuestro. Lo siento por Mary Wickes, a quien le cuesta encontrar un buen papel, y de vez en cuando siento lástima por mí mismo por tener tan buenas ideas para malgastar el dinero, pero es un negocio especulativo y me alegra que nuestras especulaciones se redujesen a una mera ensoñación. Lo pasamos muy bien en Boston y me gustaría escribir una obra este invierno para poder estrenar otra vez en septiembre. Lo sorprendente es que Gordon y Kaufman, que son perros viejos en el mundo del espectáculo, estaban tan seguros de sí mismos que invirtieron su propio dinero. No fue tan bien como esperaban y en cierto modo me alegro de que el teatro discrimine tanto.

Abrazos,
John

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Día de las elecciones [noviembre de 1948]

Queridos Polly y Winter:

... El ambiente social de Brearley a veces me inquieta. Hace unos días llevé a Sue al colegio y

al entrar oí a un niño del jardín de infancia que le estaba diciendo al otro: «Mi padre fue a Harvard y mi dos hermanos también».

Pero a Sue le encanta el colegio y parecen conseguir milagros de calma y paciencia. Hace poco se fabricó un disfraz con un delantal sucio, una bufanda rota, varios metros de bramante y dos alas de cartón. Tarda veinte minutos en ponerse semejante atuendo... Pues bien, esta mañana quiso llevarse el puñetero disfraz al colegio. Intenté disuadirla, le ofrecí sobornos, pero no cedió y se lo llevó metido en una bolsa de plástico. A mediodía salió del taxi con el delantal roto, la bufanda sucia y las alas atadas a la oronda barriga, pero su autoestima estaba intacta y no sé cómo lo hicieron los profesores.

Abrazos,
John

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este

Queridos Polly y Winter:

... Mary fue a Brearley la semana pasada a comprobar qué tal le iba a Susie y todo es aplicación y parabienes. Por lo visto una de las cosas que el dinero puede comprar es una buena educación primaria. En su grupo no hay niños problemáticos —o eso dice la maestra— y las clases son alegres y divertidas. Un domingo antes de Navidad Sue va a ser un ángel en el altar de Santo Tomás, con auténticas alas episcopales de la Iglesia Alta. Espero que no cuenten con que les paguemos donando una vidriera, aunque me consta que así es...

Abrazos,
Johh

Polly y Winter habían dado a mis padres los regalos a los que alude más abajo.

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Miércoles

Querida Polly:

Después de acostar a los niños, colocamos los libros en los estantes, Mary se envolvió en el chal chino y se puso a bailar mientras yo buscaba Cranmer, Charles Edward Stuart y Lutero en la Enciclopedia. Luego Mary inspeccionó la mantelería, que es preciosa, y empezó a planificar una

cena estupenda en la que habrá tanta gente como servilletas. Mientras se entretenía con eso yo estuve viendo las ilustraciones de *Historia del mundo antiguo*. Es un libro maravilloso con una prosa decorosa e ilustrada y unas ilustraciones centradas en la lujuria y las matanzas. Mientras el texto trata airoosamente de los avances en el gobierno constitucional las ilustraciones interpretan la historia como una serie de mujeres desnudas y de pecho abundante que huyen de godos lascivos y hunos calenturientos. Es mi libro de historia favorito.

Abrazos,
John

Mi padre había ido a pescar truchas con Gus Lobrano en su cabaña del lago Cranberry.

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Nueva York, 22, NY
29 de mayo [1949]

Queridos Polly y Winter:

Mary y Sue se van mañana a pasar tres días en Pennsylvania, tal como acordamos cuando estuve en el lago Cranberry. Me quedaré en casa para cuidar de Benjamin, aunque he contratado canguros por la mañana y por las tardes y tal vez contrate alguna por las noches. Benjamin ha llegado a un punto en el que no queda nada en la casa que pueda romper, tirar al suelo, desgarrar o comer y aunque todavía no sabe andar lo intenta con rapidez y sigilo.

El colegio de Sue cerró el jueves y fuimos a B. a la función de fin de curso. La clase de Sue cantó: «Oíd, las esquilas movidas por la brisa... etcétera». Luego estuvieron dando saltitos por el escenario y recibieron un aplauso atronador. Había muchos hermanos pequeños entre el público que no hacían más que abuchear a los intérpretes. La mayoría de la música y las danzas que siguieron fueron tan sencillas como pintorescas, el vestuario era de fabricación casera y era fascinante observar a las niñas y reparar en la cruel desigualdad con que se distribuyen entre el bello sexo los dones de la gracia y la felicidad. Por cada tres niñas graciosas y bien formadas había una niña gorda con dientes de caballo que sudaba y jadeaba harta de que la comparasen con sus guapas compañeras. Lo único que me preocupó de la ceremonia era que se podía identificar a los alumnos con beca con los ojos cerrados. Sencillamente no parecen iguales. Después de la ceremonia los padres pasaron al vestíbulo para saludarse unos a otros y nunca he visto mujeres más fatigadas y mejor peinadas, ni más rancios licenciados en Harvard, ni más abuelas imperiosas con bastón, ni menos joyas, ni menos perfume, ni un ambiente más intenso de

gente acomodada. Era como un funeral en Framingham. Temo que tendremos que cambiar de estilo. La pobre Sue no podrá adaptarse a este tipo de cosas si sigo comiendo la mantequilla de cacahuete directamente del bote.

Abrazos,
John

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
13 de octubre [1949]

Queridos Polly y Winter:

Susie dejó de chuparse el pulgar en cuanto regresamos a Nueva York y exigió el perrito que le habíamos prometido. La llevé en tren a Westbury, que es donde viven los perros ricos, y vimos una camada de caniches marrones. Escogimos una hembra llamada Caprice, un nombre muy apropiado teniendo en cuenta el precio, y una semana después nos la llevaron en una furgoneta. Cinco minutos más tarde a Sue se le hincharon los ojos y empezó a toser, estornudar y moquear. El médico nos aconsejó librarnos de Caprice y la tarde siguiente Mary llevó a Susie a la heladería de la esquina a tomar un refresco y un helado mientras yo llevaba a Caprice de vuelta a Westbury. La despedida, claro, fue ruidosa y estuvo bañada en llanto, pero sigue sin chuparse el pulgar y no parece que tenga el corazón destrozado.

Abrazos,
John

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
[Noviembre de 1949]

Querida Josie:

Nos gustaría mucho que vinieras a cenar el Día de Acción de Gracias. Si te decides a venir podemos instalarte, sin demasiadas comodidades, en una de las camas en el cuarto de Susie o, aún mejor, reservarte una lujosa habitación de hotel, una oferta que hago humildemente pero que sabes que no te haría si no pudiera permitírmela. La asistente se quedará a lavar los platos para que podamos beber chartreuse y fumar puros.

Hay otro escritor en el edificio. Llevo seis meses observándole. A menudo lo veo en el ascensor. Sale a las cuatro en punto de la tarde con las marcas de la almohada en la mejilla, los ojos enrojecidos después de una siestecita y cargado de libros de la biblioteca que ha hojeado, no

porque le gusten, sino porque quiere saber qué porquería lee la gente estos días. Una vez al mes se presenta en el vestíbulo con un maletín bajo el brazo, obviamente camino de *Collier's* o *Cosmopolitan* para discutir una idea para un artículo sobre la falta de higiene en los restaurantes o la cuestión del aborto. Como muchos otros escritores, no está muy seguro de su lugar en el tiempo y viste como un estudiante de secundaria con una chaqueta de tweed con coderas de cuero y pantalones de franela gris, arrugados después de dormir la siesta. Ayer, cuando bajaba en el ascensor con muchas mujeres elegantes, subió el escritor. Llevaba *María y el egipcio* debajo del brazo, tenía roja la mejilla izquierda, los ojos enrojecidos y la bragueta abierta. No se lo dije y el único motivo por el que te cuento esto es para ilustrar lo profundos que son hoy los cismas en el mundillo literario y lo poco que un escritor está dispuesto a decirle a otro.

Un fuerte abrazo,
John

Josie había escrito esta nota sobre la carta que viene a continuación: «De Cheever después de mi carta contándole que los de Scribners habían telefonado alarmados para averiguar si yo seguía con vida. Coffee les había telefonado diciéndoles que había sabido por Peggy Cowley que había muerto en París». Katherine Anne era Katherine Anne Porter, la antigua y no muy buena amiga de Josie. Frederick Lewis Allen era en aquel entonces editor en *Harper's*.

10 de diciembre de 1949
Sábado

Querida Josie:

Por lo que he oído, quien ha muerto es Katherine Ann. Y no en París, sino en Pottsville, Pasadena, donde contrajo una intoxicación alimenticia cuando se dirigía hacia el este para asistir a una cena ofrecida por Sommerset Maugham en honor de Glenway Wescott, ambos fallecidos. Irwin Shaw dijo que alguien le había dicho que Leonard Erlich había muerto, pero Mary lo vio en el dentista unos días después, más muerto que vivo, desde luego, ¿aunque quiénes somos nosotros para juzgarlo? Leonard le dijo que Irwin había muerto. El dueño de la licorería dijo que su mujer le había dicho que había oído decir a un locutor por la radio que el alcalde O'Dwyer estaba muerto y hace poco tuvimos a una canguro que llegó muy triste un día y nos dijo que Frank Sinatra había muerto. Peggy Cowley es veterana en esto y siempre le digo a la gente que ha muerto. Me contó que Bob Coates estaba muerto. Por otro lado Fulton Lewis dice que Franklin Roosevelt, Lenin, Ivar Kruger, Stavisky y Kautsky están vivos. Tu editor es más amable que el mío. La última vez que fui a Random House Bob Linscott me acompañó a la puerta,

retorciéndose las manos y con los ojos encendidos por el brillo de una póliza de seguros, me dijo: «Hagas lo que hagas, John, no te ahorques».

... ¿Recuerdas un cuento mío titulado «Vega»? *Harper's* lo publicó este mes con una notita diciendo que la historia les interesaba porque trataba de gente que vivía al margen de la sociedad y porque su trama política era inconsecuente; hicieron todo, en suma, menos incluir una nota al pie diciendo que el cuento se había publicado por error. En lo que a mí respecta, Frederick Lewis está muerto.

Abrazos,
John

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Sábado [1949]

Querido Winter:

... Ben cada día está más colorado, grande y cabezota. Durante un día o dos aprendió a mover la mano para despedirse cuando se lo pedían, pero Mary forzó las cosas al enseñarle a decir palmas palmitas demasiado pronto y ahora cuando le pides que diga adiós mueve los brazos por el aire, se mea encima y se da golpecitos en la barriga. Sue sigue como siempre, unos días alegre y otros enfadada.

Abrazos,
John

William Faulkner ganó el Premio Nobel de Literatura en 1949. Hemingway no lo ganó hasta 1954.

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Lunes [1949]

Querida Josie:

El domingo por la noche soñé con una carta que Hemingway podía haber escrito al *New York Times*. La carta decía así: «Me parece bien que le hayan dado el Premio Nobel a Bill Faulkner. Creo que los jueces han estado acertados. El Premio Nobel es como ese zurrón que dan en Verona al tirador que caza más patos un día despejado. Hay otra clase de disparos, pero no tienen premio. Por ejemplo, los que se hacen en los Abruzos en primavera, o los disparos subacuáticos,

o el disparo que se hace por encima del hombro mirando en un espejo de bolsillo para abatir a un oso grizzly. Thomas Hardy y Herman Melville disparaban así, pero nunca ganaron ningún premio. Me parece bien que le hayan concedido el Premio Nobel a Bill Faulkner antes de morir».

No es muy cómodo, pero siempre que quieras dormir en nuestro sofá, serás bien recibida... Susie fue al ballet el sábado y desde entonces se ha pasado el día intentado hacer *entrechats*. No hace más que caerse mientras intenta esbozar la sonrisa estúpida de una bailarina. Ben está acatarrado y tiene la voz ronca y profunda, pero se recuperará.

Abrazos,
John

Ross era Harold Ross. Gibbs llegaría a ser el escritor y editor de *The New Yorker* Wolcott Gibbs. La fiesta era para celebrar el veinticinco aniversario de *The New Yorker*.

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
6 de marzo

Queridos Polly y Winter:

La fiesta del *New Yorker* ha tenido poca repercusión. La dirección del hotel envió una nota a Ross afirmando que nunca habían visto una muchedumbre tan bien educada. Gibbs dijo: «La fiesta demostró una cosa: que las damas literarias nunca mueren. Bailé dos veces con Harriet Beecher Stowe».

Abrazos,
John

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
22 de marzo

Queridos Polly y Winter:

Os informo de la fiesta del *New Yorker* ahora que mis recuerdos están más o menos frescos. Mary se puso un vestido negro corto y guantes blancos largos e iba muy elegante y distinguida. Yo me puse un smoking corto sin guantes y pensé que iba muy distinguido. A las diez menos cuarto llegamos al Ritz donde una barrera de secretarías y hombres de paisano escrutaban a los invitados. En la confusión yo logré entrar, pero Mary se quedó fuera y estuvo a punto de irse a

casa muy ofendida en compañía de Colburn Gilman, que estaba intentando colarse sin éxito. Al final, Mary y yo nos encontramos y subimos por las escaleras. La dirección del hotel insistió a Ross para que alquilase tanto el Salón Oval como el salón de baile porque, según dijeron, a un veinticinco aniversario asiste mucha gente mayor y la gente mayor necesita sentarse. El alcalde tenía que asistir y no llegaba y Ross se puso nervioso. Había apostado a E. B. White, a John McNulty y a Phil Hamburger en las escaleras para recibir a su Excelencia cuando llegara, pero los del comité de recepción estaban un poco achispados y acabaron impacientándose y cuando por fin llegó el alcalde ya se habían ido. Hubo una cena no demasiado organizada a la una y a las dos la dirección empezó a apagar y encender las luces del Salón Oval, pero eso solo sirvió para abrir el apetito de placeres de los invitados. A las tres y media, Mary, unos cuantos más y yo fuimos con Irwin a casa de los Shaw a saludar a Marion, que lleva cinco meses en cama. Estuvo muy amable, teniendo en cuenta la hora que era. Luego decidimos volver al Ritz, pero los astutos empleados del Ritz habían bloqueado las puertas del salón de baile con unas palmeras metidas en macetas y tuvimos que volver a casa. Nos desvestimos unos minutos antes de que despertaran los niños y he pasado la mañana en el tióvivo de Central Park con Susie y Ben. Ellos han disfrutado más que yo.

Hoy Mary y Sue están en Greenwich y mañana Ben ingresará en el hospital para la operación.

Mi único recuerdo de esta operación es que durante muchos años no quise entrar en un supermercado. La razón era que los empleados de los supermercados llevaban chaquetas blancas y yo pensaba que eran médicos que querían hacerme daño.

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Ciudad de Nueva York
24 de marzo

Queridos Polly y Winter:

La botella de la Maison llegó un poco antes del atardecer igual que en todos nuestros aniversarios, y sirvió para recordarnos que estábamos de celebración. Fuisteis muy amables al acordaros y os enviamos nuestro más sincero agradecimiento. Hemos estado bebiendo un whisky que según creo se fabrica en un sótano de Bloomingdale y ha sido un cambio maravilloso. También animó a Mary y le ayudó a olvidar una hora la Gran Operación.

Nos dijeron que llevásemos a Ben a las nueve menos veinte de ayer, y así lo hicimos... cuando por fin un médico intentó reconocerlo a las diez en punto, se produjo una discusión terrible. «Bueno, de todos modos va a ser traumático —dijo—, déjenmelo a mí.» «Ni hablar», respondió la madre. Y lo tumbó con sus propias manos en la mesa de operaciones. Nos lo devolvieron una

hora más tarde, envuelto en una venda elástica que solo dejaba ver un ojo enrojecido y suspicaz. Nos lo trajimos a casa a primera hora de la tarde y el resto del día fue objeto de llorosa compasión y lástima contenida. No obstante, por la noche se le cayó el vendaje y dejó solo un pequeño apósito sobre la cicatriz, y ha estado de un humor estupendo desde entonces. Creo que mañana le quitarán el apósito y no quedará cicatriz. Es decir, no quedara cicatriz en su cara, pero si en nuestro bolsillo.

Abrazos, John

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Martes

Queridos Polly y Winter:

... Las vacaciones de Semana Santa han transcurrido bien. Susie y Ben se despertaron a las cinco. Susie encerró a Ben en el dormitorio y empezó a buscar comida en el comedor. Yo solté a Ben, que bajó y se comió dos huevos duros con la cáscara. A Sue le regalaron un precioso vestido púrpura que se puso enseguida. A Ben le dieron un vestido de sarga azul y una gorra con visera que se niega a ponerse. Todavía no hemos conseguido probárselo.

Abrazos,
John

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
19 de abril

Querida Josie:

... Hace unas noches nos invitaron a ver a Bennet Cerf en un programa de radio que está buscando patrocinadores. Nos invitaron, creo, porque piensan que mi risa es contagiosa. Fue espantoso y la mitad del público se marchó a mitad de programa. Añooro los tiempos en que los editores se quedaban en casa por la noche y fumaban pipas de espuma de mar.

John

Una variante de la cocinera de Treetops a la que se alude más abajo aparece en «Adiós, hermano mío».

La cocinera que teníamos aquel año era una polaca llamada Anna Ostrovick, contratada exclusivamente para el verano. Era excelente: una mujer grande, gorda, cordial, diligente, que se tomaba su trabajo muy en serio. Le gustaba cocinar, y que la gente apreciara y comiera los alimentos que preparaba, y siempre que la veíamos insistía en que comiéramos. Hacía bollos calientes, croissants y brioche dos o tres veces por semana para desayunar y los traía ella misma al comedor diciendo: «¡Coman, coman, coman!». Cuando la doncella devolvía los platos sucios a la antecocina, a veces oíamos decir a Anna, que estaba allí esperando: «¡Excelente! Comen». Daba de comer al que recogía la basura, al lechero y al jardinero. «¡Coma!», les decía. Los jueves por la tarde iba al cine con la doncella, pero no disfrutaba con las películas, porque los actores estaban demasiado delgados. Se pasaba hora y media en la sala a oscuras aguardando ansiosamente a que apareciese alguien con aspecto de disfrutar comiendo. Para Anna, Bette Davis no pasaba de ser una mujer con aspecto de no comer bien. «¡Están todos tan flacos!», decía al salir del cine. Por las noches, después de habernos atiborrado y de fregar las cazuelas y las sartenes, recogía las sobras y salía fuera para alimentar a la creación. Aquel año teníamos unos cuantos pollos, y aunque para entonces ya estaban todos descansando en sus perchas, les arrojaba los alimentos en el comedero y exhortaba a las aves dormidas para que comieran. También alimentaba a los pájaros cantores del jardín, y a las ardillas del patio trasero. Su presencia en el límite del jardín y su voz apremiante —oíamos perfectamente su «Comed, comed, comed»— estaban ya, como la salva de cañón en el club náutico y la luz del faro Heron, ligadas a aquel momento del día. «Comed, comed, comed», le oíamos decir a Anna. «Comed, comed...». Y ya se había hecho de noche.^[4]

Tree Tops,
Bristol, New Hampshire
18 de julio de 1950

Querida Josie:

A finales de mes iremos a Martha's Vineyard y te escribiremos en cuanto nos hayamos instalado con la esperanza de que vayas a visitarnos. No sé desde cuándo estamos aquí, pero parece que haya sido una semana. Susie está morena, gordita y feliz y por la noche juega al slapjack con Marie de Grasse, la vieja criada. Ben está moreno y rechoncho y Mary está morena. He intentado trabajar todos los días desde que llegamos, pero he sufrido muchas interrupciones. La bomba se ha roto tres veces y ayer se secaron los pozos. Son problemas menores, pero lo cierto es que prefiero ayudar al fontanero que escribir.

El estalinismo del jardinero se ha acrecentado con la guerra y hace propaganda a favor de los norcoreanos... Marie de Grasse oculta los cigarrillos en la lavadora y duerme con un hacha debajo de la almohada. La cocinera es una polaca chiflada a la que le gustan los animales. Por la noche, cuando termina de fregar los platos unta una barra de mantequilla y va a alimentar a las ardillas, los puercoespines, los pájaros y los peces. «Comed, comed, comed», les grita. Mary lee a Dreiser en un cuarto oscuro y yo vuelo cometas.

Muchos abrazos,
John

Martha's Vineyard

Granja Seven Gates
Vineyard Haven, Massachusetts
Domingo [1950]

Querida Josie:

Hace más o menos una semana que llegamos. La casa tiene una nevera muy grande con un compartimento especial para mantener blanda la mantequilla, y agua fría y caliente en los cuatro (4) cuartos de baño y todo es más lujoso de lo que estamos acostumbrados, y también se nota en el alquiler... tenemos disponibles dos habitaciones para los criados, y si no te gusta dormir en la habitación de los criados meteré en ella a Susie y te dejaré a ti su cuarto...

Ojalá pudieras hacerte una idea de cómo es esto. El lugar se fundó más o menos en la misma época que Yaddo, supongo, y pienso en Yaddo cada vez que huelo a mierda de ratón, pero ahí termina cualquier parecido. Hay cuatro kilómetros de playa y mucho terreno en el que se ocultan unas ocho o diez casas. Hay todo tipo de gente. Hay un abogado irlandés de Washington, grandullón y rubicundo, llamado Shay. Su mujer lee a Stendhal. Todo el mundo lee a Stendhal. Hay un tipo muy amable llamado Dreier que vive con su mujer y pasó dieciséis años en Black Mountain. Hay una mujer muy guapa y animosa llamada Margot Morrow que parece consolarse y entristecerse al mismo tiempo por el hecho de tener siempre un par de pensamientos a sus pies. No obstante, nuestra casa está muy apartada, las playas son largas y solitarias y he podido trabajar todos los días de ocho a cinco, intentando dar con una historia comercial.

Mary te envía recuerdos y espera que puedas venir a vernos.

Abrazos,
John

La casa de Scarborough, en Nueva York, era pequeña pero no un garaje. Nunca lo había sido, de hecho tenía garaje propio.

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
Ciudad de Nueva York
28 de enero de 1951

Querido Malcolm:

Muchas gracias por el artículo que enviaste a los Guggenheim. Fue muy generoso por tu parte. No soy muy optimista respecto a lo de conseguir una beca. Después de haberte pedido referencias, comprendí que no tenía una posibilidad entre un millón y que no debería haberte pedido a ti ni a nadie que contarais con algo tan improbable. Te agradezco mucho tu apoyo...

En primavera Mary y yo nos mudaremos a un garaje en Westchester. Mucha gente de

Westchester vive en garajes. El nuestro está en Scarborough. Una vez nos mudemos al garaje supongo quedaremos incomunicados así que cuento con veros a ti y a Muriel antes del traslado.

Abrazos,
John

Consiguió una beca de 2.000 dólares para escribir relatos más largos.

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
30 de marzo de 1951

Querido Malcolm:

He recibido la carta de los Guggenheim esta mañana. Estoy encantado. Parece destacar la calidad de mis cuentos y no ha habido un momento en mi vida en que me hiciese más falta. Mi más sincero agradecimiento.

En mayo nos mudamos a Scarborough y espero que vengáis a visitarnos, si no podemos ir nosotros a Sherman.

Recuerdos a Muriel.

Abrazos,
John

Katharine White era la editora de ficción de *The New Yorker*. Compró los dos primeros relatos que mi padre vendió a dicha revista. Ella y Polly asistieron en Boston al colegio de la señorita Windsor, que había estado en Beacon Street. Los Vanderlip eran los dueños de la urbanización de Scarborough, Nueva York, donde mi familia alquiló una casa cuando nos fuimos de la calle 59.

Calle Cincuenta y nueve, 400, Este
30 de abril [1951]

Queridos Polly y Winter:

El viernes comí con la famosa Katharine Angell White, que dijo que su nombre de soltera se pronunciaba Sergent y que su cuñada es «en parte Windsor». Aseguró haber formado parte de la última promoción que salió de Beacon Street. El sábado fuimos a Scarborough y fuimos de picnic a uno de los jardines que compartiremos con la señora Vanderlip. Mary parece contenta

con la idea de que nos mudemos y pronto averiguaremos cómo es la vida en un barrio residencial.

Abrazos,
John

EN EL BARRIO RESIDENCIAL

El 28 de mayo de 1951 la familia se mudó de la calle 59 a una casita en la urbanización de Frank A. Vanderlip en Scarborough, Nueva York. La casa la había ocupado previamente el amigo y colega de mi padre E. J. Kahn Jr. Estaba detrás del alto muro de ladrillo que rodeaba toda la urbanización. A través de la tapia oíamos el ruido de los camiones de la Autopista 9, que hacían temblar los platos, y a veces agrietaban el yeso de las paredes, pero en el interior del muro nuestro mundo estaba ordenado con mucha sensatez y dinero. Crecí disfrutando de jugar al aire libre y pensando que la naturaleza era una serie de senderos empavesados con pizarra y bordeados de enormes arbustos de rododendros. Aparte de la magnífica piscina había muchos jardines y una granja. En la urbanización había también una escuela que había diseñado y construido Vanderlip para educar a los niños. Susan, Fred y yo asistimos a la Scarborough Country Day School. El edificio principal tenía un auditorio edificado según el modelo del Pequeño Teatro de Londres. Las inscripciones que había en los dinteles decían: «La vida es para servir» y «Los modales hacen al hombre». La urbanización de Frank A. Vanderlip se ha convertido en los edificios de apartamentos Beechwood.

Yo tenía tres años cuando nos mudamos al campo en Westchester. La leyenda familiar sostiene que un día en que estaba jugando en el patio delante de la casa pasó por la Autopista 9 el desfile del Memorial Day, y entré corriendo gritando «¡Que vienen los indios!»

Cincuenta y nueve, 400, Este
[22 de mayo de 1951]

Querida señora Josie:

Nos mudamos el 28, dentro de una semana contando ayer. Supongo que me domina la irrealidad. Tenemos a un amable empleado de mudanzas húngaro que no hace más que preguntar: «¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro?». Contamos con que vengas a visitarnos.

Hace unas cuantas noches vimos a Eleanor Clark y era imposible parecer más romana. Lo digo a modo de cumplido. Habló con mucho cariño de ti y preguntó cómo podía ponerse en contacto contigo. Tiene el pelo rubio y cano, sus rasgos parecen más imponentes que nunca y se mueve con una especie de elegancia lenta y precristiana. Me gusta mucho Eleanor, o al menos me gusta lo poco que sé de ella...

John

Scarborough, Nueva York
8 de junio

Querida Josie:

Ya estamos aquí y más vale que vengas a vernos. Vacié la cuenta corriente el día que llegamos

y justo en ese momento se llenó la piscina. La piscina tiene un pretil de mármol italiano traslúcido y brillante como láminas de azúcar. Los árboles son hermosos y gigantescos y de vez en cuando un enorme rebaño de ovejas corre por el parque asustando a Benjamin. Tengo un cuarto luminoso y silencioso donde trabajar y Mary está encantada con su salita de estar. Se queda en un rincón y finge haber llegado allí por casualidad. No hemos olvidado nuestros orígenes y desde la mesa del comedor tenemos una vista privilegiada del cubo de la basura de la señora Vanderlip. Es una buena casa y si consigo establecer una rutina moderada creo que podré trabajar aquí mejor que en Nueva York. No está lejos de la ciudad. A menos de una hora en tren y menos aún en coche. Estamos deseando verte, así que te dejaré elegir la fecha. Si no tomas la iniciativa, intentaremos obligarte. Hay una habitación muy bonita donde puedes pasar la noche, y tenemos comida y bebida en abundancia. Nuestro número de teléfono es Briarcliffe 6-0075.

La semana pasada vimos a Katharine Anne en una fiesta. Estaba en un sofá hablando con una condesa a quien le describía, con suma fragilidad, las mínimas condiciones para que la vida le resulte soportable. «Tengo que vivir —decía— en una capital. Roma, Berlín, París, Nueva York...» Mary se unió a la conversación y preguntó: «¿Y qué hay de los cuatro años que pasaste en Los Ángeles?». Y se acabó.

Abrazos,
John

El West al que alude aquí era el escritor Nathanael West. Ignoro si a Josie le conmovió el halago de mi padre, pero es interesante resaltar que siempre encontraba el momento de expresar su admiración por las dotes para el género epistolar de casi todos sus corresponsales. Hay cartas a Don Ettlinger en las que le dice lo bien que se le da escribir cartas. Cartas a Phil Boyer sobre la brillantez de sus cartas. Cartas a John Weaver en las que le asegura que la gente le quitaba sus cartas de las manos para leerlas en público. Incluso se conservan cartas a mi abuelo Milton Charles Winternitz alabándole sus escritos en algo llamado *The Bulletin*, un compendio de noticias familiares que enviaba regularmente por correo. Sin duda muchos de los corresponsales de mi padre eran escritores soberbios, pero el talento de mi padre para la admiración debió de exceder en algunos casos el de aquellos a quienes alababa. *Nothing Is Sacred* fue la primera novela de Josie, publicada por Coward-McCann en 1928.

[1951]

Querida Josie:

Hace poco hablé con un tipo llamado Bob MacGregor de *New Directions* que me contó que, al repasar la correspondencia de West, había descubierto que tus cartas destacaban sobre todas las demás y quería saber de ti. Aseguró que leería *Nothing Is Sacred* con vistas a reeditarla y que le gustaría saber si estarías interesada en editar algunos de los escritos de West. «No pagamos nada

—dijo—, aunque supongo que se refería a que pagan poco. Algo deben de pagar. Si no has tenido noticias tuyas y estás interesada le escribiré para darle tus señas.

Aquí todo sigue muy tranquilo y sin novedades. El viernes entregué en Random House cien páginas de la novela y ahora espero nervioso a que suene el teléfono; aunque lo más probable es que no llegue a sonar y si llaman la conversación no me cogerá de sorpresa porque la he ensayado a conciencia. «Hay una parte que nos ha gustado», dirán, o, «Nos gusta el modo en que ha manejado el material, pero no nos gusta el material», o, «Uno de nuestros editores se llevó el manuscrito a su casa de Westport y se lo dejó olvidado en el tren», o, «ojalá pudiera escribir un poco más como James Jones». Creo que el material es excepcional, pero mi opinión se basa en el hecho que no se parece a nada que haya publicado Random House en los últimos dos años. En cualquier caso, me gusta.

Todos te envían besos,
John

Josie me había enviado una tarjeta de san Valentín y unos monos de juguete. Cuando le preguntaban por la obra en prosa de otros escritores competentes, mi padre acostumbraba responder que «escribir no es un deporte de competición». Pero sabía ser malvado a la hora de competir. Es probable que lo fuese particularmente en 1952 por «la época tan lúgubre» que estaba atravesando él mismo con su novela. Nathan Asch era un viejo amigo, y mi padre ni siquiera había visto el libro que los editores habían rechazado con tanta frialdad.

[Febrero de 1952]

Querida Josie:

A Benjamin le encantó su tarjeta de san Valentín y estará encantado de ser tu pareja. No tiene otras amistades femeninas, aunque más vale que sepas que sigue creyéndose Billy el Niño. Los monos le encantaron e iniciaron una larga serie de preguntas. ¿Los monos viven en barriles? ¿Los monos muerden? ¿Los monos hacen caca en el suelo? ¿Los monos le dan alergia a Susie? ¿Puedo ser amigo de un mono? ¿Por qué no puedo ser amigo de un mono? Mary tuvo una vez un mono en Sarah Lawrence y la carga de responder a todas esas preguntas ha recaído sobre ella. He ahí la recompensa de una educación clásica.

Siento que Nathan esté atravesando una época tan lúgubre y espero que sus libros sean buenos y los editores unos idiotas, aunque no puedo dejar de tener la sensación de que es posible que ocurra al revés. He pasado tan poco tiempo en California que cuando la gente se va a vivir allí parece desaparecer no ya de mi vida sino del alcance de mi imaginación: no logro imaginar a nadie comiendo en California o camino de la parada del autobús. Pobre Nathan. Recuerdo

cuando me dijo en Washington: «¡Me bulle todo en la cabeza! ¡Menudo libro voy a escribir!». Y, a propósito, Josie, sé amable con tus ilusos colegas. Pienso a menudo en ellos. A todos les llega un mes, a veces un año, en que creen que por fin han dado con la más pura fuente de inspiración. ¡Qué raptos! ¡Qué transportes! Con los ojos enrojecidos y los pantalones desabrochados salen de noche o del armario de los abrigos convencidos de que tienen el mundo en sus manos. Poco importa en realidad que los manuscritos que dejan tras ellos no sean más que un motivo de amargura y humillación para sus descendientes.

Hablando de Hemingway, hay un pintor en el vecindario (Reggie Rowe) que está haciendo una exposición de paisajes cubanos que el viejo alabó exageradamente. «La luz en Cuba — empieza— es la luz del Sudán, aunque por su latitud Cuba se encuentre al sur de Karachi, en la India». Y así sigue.

Abrazos,
John

Mis padres tenían palomas torcaces. Dos de dichas palomas aparecieron con mi padre en la portada de *Time* en 1964. Habían convencido a Josie de que se llevara uno de sus pájaros. Los Philip Boyer eran unos amigos que vivían en Westchester y tenían diversos animales, entre ellos palomas, perros labrador y un par de tucanes.

[Abril de 1952]

Querida Josie:

Creo que te conviene conseguir una hembra para tu palomo. Puede que parezca feliz, pero como bien sabes, ignora lo que se está perdiendo. Los Boyer tienen una paloma joven y en cuanto haga algo significativo, como poner un huevo o limpiar el comedero te escribiré por si te gusta. Nuestro palomo tuvo muchos problemas de adaptación cuando le metimos la hembra en la jaula. Se pasó dos días zureando e hinchando el pecho y ella parecía cada vez más harta. Tenía los ojos vidriosos, las plumas perdieron el brillo y se negó a comer o a beber. Luego —zas— puso un huevo. Y luego —zas— puso otro. Mary los dejó sobre el forro de un sombrero viejo y unos días más tarde la paloma se sentó encima. Al principio el macho le pasaba por encima, pero ahora le lleva cosas de comer y la alimenta con el pico. Parecen muy felices.

Cuando te hablamos del relato no fue con la idea de que cambiaras, ni de que debieras cambiar nada, el único motivo por el que contuvimos nuestro entusiasmo fue porque hoy los amigos y los escritores se dedican a darse tantas palmaditas en la espalda que todo el mundo parece andar a

ciegas. Si todos nos comportásemos como Glenway Wescott y Katherine Anne, sabe Dios dónde estaríamos.

El pobre Ben tiene diarrea y ha perdido mucho peso, pero antes de enfermar fue a la escuela todas las mañanas y da la impresión de haber encajado muy bien en el mundo. Los Boyer organizaron una búsqueda de huevos de Pascua y Ben empezó sustituyendo todos los que encontraba por uno de los que llevaba en la cesta. Alguien le aconsejó dejarse de sentimentalismos y al final acabó ganando el premio.

Si aún tienes hora con el dentista dentro de dos días, llámanos y vuelve a vernos.

Abrazos,
John

A Random House no le gustó el libro de mi padre, y fue una época difícil para él desde el punto de vista profesional. Llevaba más de veinte años intentando escribir una novela. Una entrada de su diario dice: «Sigo sin tener noticias de Linscott. Lo cual indica su falta de entusiasmo, y si lo que les he enviado es malo, es que he cometido varios errores graves. Mis ojos se equivocan, mi corazón se equivoca, y me he equivocado al escuchar llover todos estos años...».

Otra entrada de esa misma época expresaba su decepción y su sorpresa: «Sentado en el sillón del dentista he vuelto a pensar que soy como un preso que intenta escapar de la cárcel por la ruta equivocada. Pese a saber que la puerta está abierta, continuó cavando un túnel con una cucharilla. ¡Ojalá tuviese algún pequeño éxito!

Los Warren estaban en Grosseto, en Italia. Se alojaban en una enorme fortaleza de piedra llamada La Rocca, que alquilamos el verano de 1957, cuando estuvimos en Italia. En el edificio principal de la Urbanización Vanderlip se impartían clases de baile.

Scarborough, Nueva York
3 de julio [1952]

Querida Eleanor:

Cuando fuimos a la ciudad a despedirnos, me pareció que Red Warren estaba inquieto, aunque tal vez fuese culpa mía. Normalmente lo es... Pienso en ti en Grosseto con mucha envidia. Nunca había tenido tantas ganas de sacudirme el polvo de Westchester de los zapatos. Incluso los niños parecen afectados. El último día de colegio Susie se levantó y dijo: «En otoño voy a ir en barco a Europa y me matricularé en el colegio». Su maestra nos llamó para decirnos que, en su opinión, deberíamos llevar a Susie al extranjero el año que viene porque se ha adaptado muy bien a este vecindario. «Susie tiene raíces aquí y no es tímida ni retraída», dijo mirándome con suspicacia. Una de las desventajas de este estilo de vida es que se supone que todo el mundo

tiene que tener raíces. Ben tiene raíces. Susie tiene raíces. La gente no hace más que preguntarme: «¿Cómo te sientes, ahora que has echado raíces?». A menudo me acuerdo de ti mientras juego al minigolf en el Wee Bonney Brae en la antigua carretera de Boston bajo un intenso resplandor de luces antiinsectos. Un tipo compra natillas heladas —27 sabores— para los cuatro. Calle abajo, cerca de los depósitos de tren de Harmon, se puede comer rollitos de primavera chinos de la señora Kronberg mientras uno ve *Quo Vadis*. No hago más que escribir un cuento que empieza: «Vivimos seis meses en Westchester». Creo que nos quedaremos años.

Dios sabe que esto queda muy lejos de Grosseto y que no hay mucho que contar. Beechwood sigue siendo raro, pero eso es evidente. El viejo perro de aguas de la señora Vanderlip, Baby, come en la mesa donde antes comía Herbert Hoover, y la cocinera y el secretario tienen tales discusiones que las oímos desde la cocina. La última clase de baile de Beechwood es el sábado, pero aún no he ido a verlas porque quién quiere ver a un montón de viejos bailando la samba. Yo, supongo, aunque me parece triste, e incluso los árboles de Marlborough Road me empujan a apartarme de lo grotesco y a mirar hacia la luz y el campo de béisbol. Después de un año de observarlos, me sorprende descubrir cuántos de nuestros vecinos son precisamente lo que parecen. Por supuesto, si uno mira bien —y yo lo hago— puede encontrar a una borracha tumbada en la terraza, pero no parece que tenga demasiada importancia. Una noche calurosa estuve paseando por las calles en sombra y vi por una ventana a un hombre en mangas de camisa que ensayaba un discurso para una reunión de negocios ante su mujer que estaba haciendo calceta. A menudo echo de menos las ventanas de Nueva York donde crecen las dedaleras y las mujeres planchan en ropa interior. He ido a montar a caballo y resulta que hay kilómetros y kilómetros de caminos en los alrededores y esa parte, el campo y los baños, ha sido estupenda.

Mary envía recuerdos. Susie le ha contado a la criada que tiene una amiga que vive en un castillo en Italia. En nuestro mapa, Grosseto está marcado con una iglesia, un jabalí, una liebre y una gaviota.

Abrazos,
John

El lugar de veraneo de New Hampshire desde donde se escribió esta carta tenía una casa de piedra en la que vivían mis abuelos y una serie de cabañas de madera más pequeñas sin cocina y con nombres de árboles de hoja perenne: Pino, Tejo, Ciprés, Abeto. La cabaña que servía de dormitorio para los niños mayores se llamaba Arbustos; la lavandería Haya. El edificio principal, que tenía una cocina y un comedor se llamaba Manzana. No sé por qué me refiero a estos sitios en pasado, puesto que Treetops aún existe, y algunos descendientes de mi abuelo siguen pasando allí los veranos. En 1952, Susan estaba pasando su primer verano fuera de casa en un campamento.

Treetops

Querido Bill:

Por supuesto me alegró y sorprendió que te gustara el relato. Al venir aquí en coche el miércoles me pareció que todos los arces y casas antiguas me recordaban el modo tan diferente en que debería haberlo escrito. «Tendría que haber sido más largo», decía una vieja casona en Windsor Lock, «debería haber sido más discursivo», decían todos los árboles de Deerfield...

... La Casa de Piedra sigue oliendo de maravilla a geranios, chimeneas, etcétera. Estamos en una cabaña en la que no nos habíamos alojado nunca antes: leña, nidos de avispa en los aleros, libros que nunca han interesado a nadie, una litografía del castillo de Windsor...

Este año la cocinera es una anciana llamada Anna. Es demasiado vieja para trabajar. La camarera es una chica de campo llamada Alice que tenía un terrier de Boston llamado Bittey Baby atado a la pata de una silla de la cocina y lo cogía en su regazo entre plato y plato. Mascaba chicle, servía la mesa sin quitarse las horquillas del pelo, abría las vainas de guisantes con los dientes y dimitió la última noche al atardecer después de una discusión. Tenemos diversas noticias de Susie —la mayoría tristes—, pero creo que sobrevivirá. Es muy difícil trabajar aquí..., muy difícil incluso pensar en trabajar pues el aire parece suave, limpio y despejado. La próxima semana quiero dar un largo paseo, ir a visitar a Susie y volver a Nueva York.

Abrazos,
John

Famoso por ser poco amante de los gatos, mi padre quería tranquilizar a los Maxwell, que eran muy aficionados a dichos felinos, sobre lo bien que estaban tratando a Goldfarb. Mi hermana, Susan, afirma que no hubo segunda visita al campamento Kaora, ni «verdes crecen las espadañas», ni Justine Eliot. Mi padre debe de haber inventado toda la escena y haberla añadido a beneficio de Bill y él mismo.

Tree Tops [1952]
Miércoles

Querido Bill:

Mientras escribo, Goldfarb —que ha perdido el collar con el cascabel— está revolcándose y desperezándose sobre la alfombra que tengo a mis pies. Por si te consuela, desde que nos lo entregaron en la Sociedad Protectora de Animales no ha conocido un momento de incomodidad, como no sea el día en que le pillé la cola con la puerta. Ha sido feliz en Scarborough y aunque el aire de la montaña lo tuvo uno o dos días adormilado se ha adaptado muy deprisa. Vive de una

dieta de rollizos ratones de campo, juega con un viejo gato callejero que vive en un granero abandonado y Susie lo echa apasionadamente de menos. Si hay algo oscuro en la vida de Goldfarb desde que dejó la Sociedad Protectora de Animales, es que no ha hecho nada por merecerla.

En cuanto a Susie, nos escribió varias cartas tristes y emotivas diciendo que se moría de añoranza. Luego recibimos otras cartas contradictorias de su tutor y de la directora insistiendo en que se había convertido en una alegre kaioriana. El viernes fuimos en coche a verla. Su sonrisa era amplia y forzada. No paraba de cogerme la mano y decir: «Estoy participando en todo, papá». No paraba de chillar. «Sé quitarme la ropa bajo el agua y nadar doscientos metros, canto en el coro y participo en todos los juegos.» La vimos nadar, llenar un cojín de hierbas aromáticas, remar en un bote, jugar al hockey y disfrutar con un juego de pelota en el que fue la única participante entusiasta (varios jugadores se escondieron debajo de la cabaña) y el último miembro del equipo en retirarse cuando empezó a llover. «Programa de lluvia» gritó el tutor, haciendo sonar el silbato. «¡Bailes tradicionales!», gritó Susie y entró corriendo en la cabaña para ensayar las danzas de Virginia. Luego fuimos con ella bajo la lluvia hasta el picadero donde la vimos montar al paso, al trote y a medio galope. La profesora de hípica me llamó a un lado para decirme que Susie no estaba concentrada; y la verdad era que parecía exhausta. Cuando bajó del caballo le dije que nos íbamos. «Quedaos solo un minuto —suspiró—, por favor, solo un minuto.» Le respondí que llegaríamos tarde a cenar y que teníamos que parar en Plymouth a recoger los zapatos de la cocinera. Y Mary también. «Tenemos que recoger los zapatos de la cocinera, cariño», le dijo. Estábamos en un camino de tierra, despidiéndonos y hablando de los zapatos de la cocinera. Luego Susie me llamó y di media vuelta. No estaba llorando, pero tenía los ojos llenos de lágrimas. «Entiendes que echo de menos nuestra casa, cada minuto del día, ¿verdad, papá?», dijo. Le respondí que sí. Se marchó y nos alejamos muy despacio, para ver adónde iba. Se internó en el bosque. «Es demasiado pequeña para querer ocultarles a sus padres que está llorando», dijo Mary. Me sentí muy culpable porque el campamento me había parecido tan desolado e impersonal como un campamento militar, la comida era insípida, los juegos aburridos y muchos de los niños solitarios. El sábado Susie iba a participar en una obra de teatro y volvimos a verla. Nos sonrió desde el escenario, cantó «Verdes crecen las espadañas» con el coro, nos dio un beso y se marchó con una niña llamada Justine Eliot. Nunca la he visto tan feliz.

Aquí no estamos nadie más que Polly, Mary, Winter y yo, así que me quedaré hasta el viernes cuando empiezan a llegar los Griswold. No trabajo demasiado. El paisaje ha acabado ocupando mi imaginación y cuando señalo las montañas a los desconocidos me doy cuenta de que ven algo distinto. Son dos sitios: la región verde donde querrían jubilarse los viejos graduados de Dartmouth que están en el negocio de las mantas para dedicarse a cultivar manzanas y criar vacas o pollos —no están muy seguros—, y llevar una vida sencilla agitada por el viento de la

montaña e iluminada por las fogatas. Es la sutileza del paisaje la que hace que los fabricantes de tarjetas postales pinten nieve en las cumbres donde nunca la hay. Luego están las tristes ruinas del pueblo de Cheever que está un poco al norte de aquí, y las vistas desde la terraza que son ante todo tristes. El toldo está roto así que esas noches en que la luz parece de octubre a las seis y de febrero a las nueve oímos un aleteo cuando nos sentamos junto al fuego a jugar al Scrabble...

John

Scarborough
4 de noviembre

Querida Eleanor:

Después de un verano maravilloso, Westchester parece gris. Nos acabábamos de instalar este otoño, cuando nos vimos implicados en una de esas trifulcas que reflejan tan bien la vacuidad intelectual de mis amigos y vecinos. Un intrigante del pueblo de al lado, a quien no conozco de nada, le dijo a alguien que me había mudado aquí en busca de material para una crónica difamatoria de la familia Vanderlip. Eso terminó convirtiéndose en un bulo según el cual estaba escribiendo un libro en el que implicaba al difunto F. A. Vanderlip en el escándalo petrolífero de Teapot Dome. La familia se puso muy nerviosa. Telefonaron para pedir informes sobre mí, se enviaron cartas y copias de las cartas de aquí para allá, y al final me pusieron al corriente de todo. Exigí disculpas y nadie se disculpó, pero las cosas parecen haber vuelto a su curso. La señora Vanderlip está enseñando a Susie a bailar el Lindy Hop. Susie va a Beechwood y los dos se empujan y corren por la biblioteca; pero no voy a escribir un libro sobre eso.

Sueño con la oficina de aduanas de Génova, pero entiendo que un hombre cuyos hijos pierden los zapatos con tanta frecuencia como los míos no viaje demasiado. Nos encantaría verte, y si tienes ocasión de venir a cenar nos darías una alegría. Recuerdos a Red.

Abrazos,
John

Desanimado por la recepción de su novela, mi padre pensó en publicar un segundo libro de cuentos.

Scarborough, Nueva York
29 de diciembre [1952]

Querido Malcolm:

Escribo para pedirte un favor. De los relatos que he publicado desde que acabó la guerra hay catorce que me parecen legibles. Cerf no quiere publicarlos (ni siquiera después de que un editor inglés le haya ofrecido compartir los gastos de edición). Funk y Wagnals, que están intentando desesperadamente crear un catálogo, los van a sacar en febrero. Me gustaría saber qué opinión te merecen y quisiera saber si tendrías tiempo de echarles un vistazo a las galeradas. Me parece sumamente probable que no estés interesado en leerlas y no me sorprendería ni me ofendería si así fuese. Los relatos son todos sobre eso que llamabas Carapálidas y todos se publicaron en *The New Yorker*. Creo que no están mal, pero no soy quién para decirlo.

Abrazos,
John

Las galeradas citadas eran las de *La monstruosa radio y otros relatos*. La nota de disculpa es interesante porque posteriormente mi padre consideraría «Adiós, hermano mío» uno de sus mejores cuentos. Puede que fuese debido a la madurez. Aunque también es muy posible que llegara a gustarle por las muchas preguntas que le hizo Malcolm sobre él. A menudo leía «La muerte de Justina» cuando le pedían que diera alguna conferencia, y le gustaba contarle al público que *The New Yorker* lo había rechazado. «Les pareció un relato histórico», decía antes de leérselo a los rotarios, la Cámara de Comercio, la Universidad de Ishkabibble, o cualquier otra institución que le hubiese invitado a hablar. Rob es el hijo de Malcolm, y se casó con mi hermana en 1967.

Scarborough, 8 de febrero [1953]

Querido Malcolm:

Muchas gracias por leer las galeradas, y por la nota que enviaste al editor. Todas tus observaciones me resultaron útiles y Dios sabe que estoy necesitado de ayuda y consejo. Y que no es fácil encontrarlos. Te habría escrito antes, pero hemos estado en cama —los cuatro— con gripe y hoy es el primer día que me levanto. Mary y los niños siguen malos y nuestros convencionales vecinos siguen viniendo a traernos natillas.

Otro amigo que también leyó las galeradas opinó más o menos lo mismo que tú de *Adiós, hermano mío* y eso me inquieta: o tal vez sea un buen punto en el que centrar mis inquietudes. Al escribir relatos cortos he intentado trabajar a varios niveles, lo cual, a fin de cuentas, puede parecer una travesura ociosa. La historia del hermano, en lo que a la trama se refiere, era la historia de un hombre. No había ningún hermano, no había ningún Lawrence. (En el cuento terminado no dice más que unas frases y la mayor parte de sus opiniones las pone en su boca el narrador.) He intentado enterrar esa trama bajo varias otras de modo que el cuento tuviese capas

como una cebolla sin cocer. Tenía la esperanza de que las mujeres —ébano y oro— saliendo del mar despejaran cualquier ambigüedad. Por lo visto, no lo he conseguido, y lo que me preocupa es que por lo visto no he fracasado en la ejecución, sino en el tono.

El pasado abril habíamos planeado pasar un año en el extranjero, pero no pude reunir dinero para los billetes. Volveré a intentarlo este otoño. Apenas pasa un día sin que la avería del calentador del agua o un cobrador de la Consolidated Edison no den al traste con mis ambiciones literarias, pero el calentador y el cobrador no dejan de ser reales y parece prudente incluirlos en nuestros planes. En realidad aún no me he hartado de vivir en un barrio residencial... Antes de irnos de Westchester me gustaría sentirme saturado y tener la sensación de haber perdido algo y de haberme llevado algo de aquí...

La semana pasada vi las pruebas de los cuentos y tenían mejor aspecto, o al menos eso me pareció. Parecen estar un paso más allá de la revista. De vez en cuando la prosa no acaba de sonar bien y Mary, que no ve con buenos ojos todo este asunto, señaló un fragmento un tanto exagerado sobre una tormenta; sin embargo, no hago más que decirle que siempre conviene tener cosas así de fondo. Aunque siempre parezco perderme las Grandes Cosas y las Grandes Formas; las echo en falta incluso en esta carta. Casi siempre se me escapan y como no puedo despegar del suelo mi único recurso, a veces, es meterme bajo tierra. Creo que podría escribir varios relatos largos titulados «La cámara de los horrores» y estoy convencido de que podría dominar los recursos de la piel de gallina, el olor a cuerno quemado y el rostro en la ventana, aunque por otro lado parece que ha habido demasiados buenos momentos en mi vida para adoptar ese estilo.

Muchas gracias por haber leído los cuentos y por habérselos recomendado al editor. Me gustaría mucho leer lo que está escribiendo Rob. Recuerdos a Muriel, Mary os envía besos a los dos.

Abrazos,
John

«La monstruosa radio» y otros relatos tenía 237 páginas, eran catorce cuentos y costaba 3, 5 dólares. Arthur Mizener escribió en el ejemplar del 25 de mayo de 1953 de *The New Republic*: «El señor Cheever no es un escritor de mucho talento, pero los relatos del libro están muy bien contruidos y repletos de manierismos muy bien captados. Congreve, que al menos por un tiempo podría haber tenido mucho éxito en *The New Yorker*, observó una vez que escogía una moraleja y luego escribía una fábula acorde para ella... El mayor defecto de los cuentos del señor Cheever es que todos parecen haber sido escritos así».

Scarborough
Jueves

Querido Malcolm:

Los de Funk y Wagnalls han utilizado los elogios que hiciste de los cuentos en un par de anuncios. Han quedado muy bien y no sé si te lo he agradecido lo suficiente. Al final las críticas no han sido tan malas: simplemente no las ha habido.

Me gustó mucho tu artículo de *Harper's*. Pareces ser uno de los pocos críticos, sino el único, capaz de ver las grietas en el techo y conservar una opinión afectuosa sobre el bienestar de la literatura. Los demás parecen dedicados a echarla abajo.

Pienso mucho en tu consejo de ir al extranjero y si puedo intentaré llevarme a la familia en otoño. Tal vez esté perdiendo el tiempo escribiendo diatribas contra esos vecinos tan inofensivos. El hecho de que ninguno pensara que valía la pena reseñar la colección de relatos me ha confirmado la importancia de escribir una novela, pero sigo teniendo sentimientos enfrentados. No logro desprenderme de la sensación de que dicha forma está finiquitada, aunque a lo mejor lo consigo.

Mary os envía besos y recuerdos para Muriel y agradece tus palabras tanto como yo.

Abrazos,
John

Mis padres se habían hecho amigos de Phil y Mimi Boyer, que vivían en una casa en Teatown Road, en Ossining. Los Boyer tenían un estanque para patinar en invierno, una copiosa provisión de alcohol y muchos perros de gran tamaño. Criaban perros labrador, y en 1952 hicimos nuestro primer intento de adoptar un perro desde el desafortunado caniche, Caprice. El perro era una hembra llamada Cassie, por Casiopea, la reina negra, la mujer de Cefeo y madre de Andrómeda. Todos adorábamos a Cassie. No le daba alergia a mi hermana, pero hacía todo tipo de diabluras. Mi padre tenía mucha fe en la inteligencia de los perros labrador. Una vez dijo que cuando muriese esperaba ser juzgado por un tribunal formado por ellos. Si así fue, estoy seguro de que salió bien librado.

Una de las travesuras más disparatadas de Cassie ocurrió cuando toda la familia fuimos de excursión a nadar a Nantucket. Nos quitamos la ropa, la dejamos en una duna y pasamos el día nadando y cogiendo almejas. Cuando volvimos a la duna por la tarde solo encontramos un zapato. Había sido obra de Cassie. Mi padre tuvo que volver a casa desnudo, y volver con ropa para todos.

Al llegar a la madurez Cassie dejó de ser un perro para convertirse en un «antiguo perro». Se decía que era una viuda que pasaba por circunstancias apuradas. Se suponía que era la fundadora de la rama de la Asociación Canina de Apoyo al senador Goldwater de Westchester. Se decía que era un antiguo miembro de la nobleza rusa y que poseía una vasta fortuna en rublos. Cassie fue la primera de los antiguos perros. Mi padre hablaba con todos ellos, y sospecho que ellos le respondían. Unas navidades mi hermana compró un magnetófono y grabó una serie de relatos y poemas, entre ellos uno que decía así:

Pascua es mala época para los perros
la Navidad aún es peor.
Cubren de muérdago las paredes
pero nadie besa a su mascota.

Pascua es mala época para los perros
la Navidad aún es peor.
Nos dejan la comida en la nieve
y se nos mojan y enfrían las patas.

La siguiente carta se suponía que se la había escrito Cassie a Phil y Mimi Boyer. Los Boyer seguían teniendo a la madre de Cassie.

1954

treetops, bristol, new hampshire

queridos tía mimi y tío philip:

he venido en el asiento trasero de ese dodge viejo y destartalado que tienen los cheever y que resulta tan caluroso y desagradable para una labrador que es bisnieta de un campeón y tampoco es muy seguro porque el viejo llevaba bebiendo desde el amanecer, se dedicó a vaciar el armario de las bebidas para no tentar a los ladrones etcétera, y le vi personalmente vaciar una botella de ginebra, además el viaje fue muy incómodo y no entraré en detalles sobre lo mucho que sufrí por mis problemas de vejiga. llegamos en plena noche a massachusetts, donde pude aliviarme, pero mis dificultades no habían terminado ni mucho menos. por la mañana volvimos a emprender el camino hacia el norte, y a las 10 a.m., o incluso antes, el viejo, su mujer y los niños empezaron a discutir sobre dónde se detendrían para atiborrarse de comida. por supuesto, a mí me traía sin cuidado porque no me dan de comer, pero no pude dormir porque hacía calor y había demasiado ruido y tantas voces me produjeron dolor de cabeza. el viejo quería parar en un restaurante chino, aunque como imaginaréis no quería parar por el chopsuey ni ningún otro plato, sino porque sabía que en ese restaurante hay un bar donde sirven martinis, que no son digamos tan fáciles de encontrar en new hampshire como en new jersey. ella quería parar en un sitio a comer langosta y por los gritos y lamentos que soltó el viejo supuse que no tenía bar. los dos niños estaban decididos a ir a un sitio llamado horrible johnson, donde tampoco lo había, y el viejo no hacía más que repetir a los niños lo deliciosa que es la comida china, aunque se notaba que no estaba pensando en el chopsuey. el caso es que entramos en un sitio gélido, que olía a ginebra regentado por unos antipáticos extranjeros... el dueño me miró y dijo lo siento, no se *pelmiten pelos*. como es lógico, la familia se indignó y ya imaginareis cómo salió él con el martini prácticamente en la mano. luego fuimos a un sitio llamado la posada marston, donde tampoco admitían perros, y lo mismo ocurrió en la copa de bronce y en la taberna de la peluca, hasta que tuvieron la sensatez de parar en el restaurante de la estación de ferrocarril donde me acogieron con los brazos abiertos

y donde ellos parecían encajar a las mil maravillas. todos comieron almejas y como no tienen muy buenas formas en la mesa conseguí suficiente alimento para no morir de hambre. en fin, ahora estoy en las montañas y disfruto de los filetes de carne de caballo, las fogatas y los baños. dadle un beso a mi madre.

guau, guau
cassie

Según Emmy y Bill Maxwell, la alfombra que aparece más abajo era una alfombra corriente que les prestaron durante cinco años. Tenían muchos gatos así que la mandaron limpiar antes de devolverla. Niles Spencer era un pintor que acostumbraba a beber con mi padre.

Scarborough
Martes [1954]

Querido Bill:

El cuento de la alfombra fue así: Salimos de aquí a las seis (para oír a Leonard Rose), dejamos a los niños en manos de una anciana viuda llamada señora Coutances que vive convencida de que el día menos pensado la violarán. A las seis y media —eso me ha contado Susie—, sonó el timbre y se armó la marimorena. La señora Coutances ordenó a Ben que echara las cortinas. A Susie que subiera la radio y ella se ocultó en el armario. El pobre repartidor gritó diciendo que había ido a entregar una alfombra. Su voz —según Susie— sonaba muy áspera y es posible que estuviera borracho, lo cual solo contribuyó a aumentar el pánico general. Siguió llamando al timbre y se celebró una reunión en el armario. El resultado fue que enviaron a Ben a la puerta principal a gritar «Entregue la alfombra a la señora Vanderlip». Así lo hizo en repetidas ocasiones, aunque sin resultados. Después de conferenciar por segunda vez, Susie fue a la puerta y le pidió que se identificara. El pobre hombre gritó los apellidos Maxwell y Cheever varias veces y luego deslizó por debajo de la puerta el mapa que le habías dibujado. Susie se conformó con eso y el hombre pudo entregar la alfombra, aunque la señora Coutances se quedó en el armario y seguía muy intranquila cuando la llevé a su casa a medianoche.

La alfombra está en tan buen estado de conservación que ha despertado mi tendencia natural a sentirme culpable. Recuerdo con claridad que los bordes se levantaban y la gente tropezaba con ellos y ahora están planos; y las antiguas quemaduras de cigarrillo que le hizo Niles Spencer el primer año de nuestro matrimonio (Mary lloró cuando se marchó) parecen limpias y purificadas. Nunca he visto mejorar así una alfombra y estamos felices y agradecidos.

Abrazos,
John

Había ido a visitar a su madre a Quincy.

Scarborough
Viernes

Querido Bill:

Muchas gracias por el cheque. Me llegó cuando estaba más vivo que muerto, pero cansado. Mi partida se produjo durante la peor tormenta que recuerdo. Cuando llevé los platos al coche el huracán había clavado ya los dientes en el sur de Nueva Inglaterra. «No puedes irte ahora —dijo mi madre—. Estamos en alerta.» Las luces temblaron y hubo un apagón. Un enorme cartel metálico que anunciaba la gasolina Jenney salió volando por el aire como una cometa. «Debo irme», respondí. «Te matarás», insistió ella. «Tengo que irme», repetí. «Vuelve», dijo. En ese momento el viento arrancó el arce de delante de la Iglesia Congregacional. «Adiós», dije.

Ahora hay mucha expectación. El miércoles me llamaron de la Universidad de Iowa preguntando si estaría dispuesto a dar clases este año. Respondí que sí. Me pareció sensato salir de Westchester, aunque sea en la dirección equivocada. Ahora hay un silencio absoluto por parte de la Universidad de Iowa. Cuento con recibir una carta el lunes diciendo que le han dado el empleo a Winifred Grapeshot, a quien avalan su experiencia docente y sus numerosas publicaciones sobre la teoría de la belleza. Voy a escribir un cuento sobre un escritor de relatos que conduce un Dodge de 1950 en pleno huracán y a quien ofrecen por error un trabajo de profesor de escritura creativa en Iowa.

Abrazos,
John

Scarborough
Martes

Querido Bill:

Estoy bien, aunque no estoy siendo muy prolífico. Pero ya se me ocurrirá algo. Nunca he sabido cómo cultivar esas rosas. Últimamente me he levantado temprano y he ido y he vuelto a pie a Ossining, pero el miércoles me quedé en cama hasta tarde, bebí medio litro de bourbon y

trabajé de un tirón el jueves. Espero que no tenga nada que ver con la degeneración de los tejidos.

Abrazos,
John

Scarborough
Viernes

Querida Josie:

Me llamaron de la Universidad de Iowa para preguntarme si quería ir a dar clases. A mi aceptación siguió un embarazoso silencio, y luego llegó una nota diciendo que le habían dado el trabajo a otro. Mary cree que la Universidad llamó al *New Yorker* para pedirles el teléfono de Jean Stafford, y que les dieron el mío por error, estamos esperando a que caigan las hojas.

John

Scarborough
Miércoles

Querido Bill:

Cualquier falta de gusto en el relato que te adjunto, cualquier torpeza de pensamiento y estilo, las faltas de ortografía y el papel amarillento pueden atribuirse a la fucsia. La espolvoreo dos veces al día con una densa mezcla de jabón Pear y sulfato de nicotina. Me paso horas mirándola esperando el parto de la mosca blanca. El único resultado hasta el momento es que me he contagiado yo también. Al menos me rasco mucho más que antes.

El lunes por la noche, mientras le sacaba brillo a los zapatos, encontré una carta tuya en la caja donde guardamos el betún y los cepillos. Era de hace tres años y me decías que aprendiese a ser menos apasionado. Lo haré; lo haré.

John

«Tu villa» se refería al libro de Eleanor *Rome and a Villa*. Él había ingresado en la Iglesia Episcopaliana.

Wauwinet
Nantucket Island
Massachusetts
24 de junio [1955]

Querida Eleanor:

... Siento mucho que no puedas venir y me consuelo pensando que el año que viene alquilaremos la casa toda la temporada y así podrás visitarnos con Red y los dos niños. No se me ocurre ningún otro sitio que me guste más. Incluso hoy que hace un día lluvioso y hay goteras en el tejado y Ben no para de llorar y Susie está preparando galletas y organizando un desastre en la cocina, me parece estupendo. Las playas las mejores del cabo. Están desiertas y para llegar solo tenemos que pasar por delante del patio donde tendemos la ropa. Hemos encontrado una charca que está llena de cangrejos azules, piedras de color cereza, conchas blancas y ostras. Por las noches leo las obras de Henry Cheever. El pobre Henry pensaba que la Polinesia era un reto para nuestra piedad y veía en su imaginación filas y filas de mujeres bronceadas disfrazadas de Madre Hubbard con la insignia de la Liga Antialcohólica prendida del delantal.

No recibo la *Kenyon Review* y no tengo sus señas, si pudieras enviarme un ejemplar te lo agradecería mucho. Te lo devolveré como nuevo y me apetece mucho leer cualquiera de tus libros. Por cierto, leí el libro de Yourcenar y me pareció una birria. Luego volví a tu villa y me pareció llena de vitalidad e inteligencia.

En cuanto a la felicidad, creo que sé en parte a lo que te refieres, tras pasar gran parte de mi vida como una extraña mezcla de hombre y cucaracha he descubierto, no hace mucho, que la cucaracha se ha ido y de vez en cuando sigo sorprendiéndome de lo mucho que me cuesta disfrutar. Me sorprende que no le ocurra a todo el mundo lo mismo. No puedo decir como tú que ese es nuestro destino, y por eso me he vuelto comulgante. No hago más que repetirle al párroco que si he vuelto a ingresar en la iglesia no es a causa de mis fatigas y pesares, sino porque soy feliz; pero mueve la cabeza. Los clérigos son lacrimosos por naturaleza. La cucaracha regresa de vez en cuando y desespero y me estremezco al contemplar mi vida, aunque no por mucho tiempo.

Mary lamenta también que no puedas venir. Es un sitio nuevo, claro, pero en él podemos ver faros desde las ventanas y oír las olas casi todo el tiempo... Iré a Nueva York en agosto y telefonaré para saber si tienes un hijo o una hija. Y quiero la *Kenyon Review*. Todos te mandan recuerdos.

John

El *Topaze* es el barco capitaneado por Leander, el padre de *Crónica de los Wapshot*. En la *Crónica* la cadena del timón se rompía y el barco se iba a pique. La novela no se publicó hasta 1957, aunque los esbozos de algunos capítulos habían aparecido en *The New Yorker*. «El ladrón de Shady Hill» se publicó en el ejemplar de *The New Yorker* del 14 de abril de 1956.

Wauwinet,
Jueves [21 de julio de 1955]

Querido Bill:

Te incluyo el primer «Ladrón»; y muchas gracias por los cheques. Para celebrarlo llevé a Mary de excursión en barco. También me sirvió para investigar, pues el barco era tan poco marinero como el *Topaze*. Estuve paseando por cubierta, pensando en el naufragio y justo en mitad del estrecho, se rompió el puñetero timón. Montaron uno de emergencia, pero el marinero que lo puso estaba tan asustado que se le notaban los latidos del corazón por debajo de la camisa, y me senté a beber una cerveza para pensar en el rescate del *Topaze*...

Espero que el cuento no te dé muchos problemas. Quería que fuese animado y a veces me lo parece, aunque otras me parece aburrido y creo que en parte se debe a los sonidos monótonos que emito cuando he bebido.

Abrazos,
John

Otra carta de Cassie, el perro labrador negro.

Ouida era el seudónimo de Louise de la Ramée entre cuyos libros se cuentan *Under Two Flags* (1867) y *The Nassarenes* (1897).

julio de 1955
wauwinet
nantucket island, massachusetts

queridos tía mimi y tío philip:

ya está aquí otra vez el verano y los perros nos ponemos a escribir cartas, he pensado que os gustaría saber si estaba vivo o muerto. a primera hora del miércoles él me puso patas arriba sin mucha ceremonia para ver si estaba en celo y luego salimos a toda prisa por delante del county trust co, y de la agencia de recogida de calzado viejo. fue la misma gaita de siempre: «no saques

la cabeza por la ventana, cassie; no ladres a la señora, cassie; sé una perrita buena, etcétera», cenamos con una anciana en quincy y luego condujimos hasta un agujero en el bosque donde metió a toda la familia en un motel para ahorrarse unos dólares. eran varias habitaciones a lo largo de un porche y en plena noche se equivocó de puerta y entró en una donde habían ido a pasar el rato un representante de joyería y una camarera de la tienda de rosquillas. habrían podido tomarlo por un detective privado de no ser porque solo llevaba puesto el reloj de pulsera, el caso es que se armó una buena.

por la mañana, cogimos el vapor, que no es muy cómodo para los perros. se pasó todo el viaje mirando desde detrás del periódico y por debajo del ala del sombrero por si veía a algún conocido. luego llegamos a este pueblo anticuado y pintoresco donde intentó pagar con un cheque sin fondos. la única razón por la que ha venido a nantucket es porque cree que nadie se enterará si le rechazan un cheque. luego vinimos a este lugar llamado wauwinet donde pude aliviarme por primera vez en 36 horas. y aquí estamos.

por la mañana todo el mundo sale a buscar almejas y por la tarde todos van a buscar ostras. al anochecer todos van a pescar y él se queda en su habitación fingiendo ser oída. ella se siente sola y le encantaría que vinierais a verla. el teléfono solo ha sonado una vez y era el lechero. cuando llega el cartero, ella le recibe con una jarra de limonada y un plato de galletas, pero está harto de rosquillas. he recibido numerosas críticas por rescatar a niños desconocidos e intentar subir a bordo de barcos ajenos, pero les encanta verme saltar entre las olas y volver con un trozo de madera entre los dientes y una sonrisa estúpida. qué gritos dan. dadle recuerdos a mi madre. siempre la tengo presente en mi pensamiento.

vuestra afectuosa y obediente
cassie

Jingo era el perro labrador de los Boyer con quien habían pensado cruzar a Cassie.

Wauwinet
Miércoles 1955

Queridos Phil y Mimi:

Sentimos mucho que no podáis venir. Se está muy bien aquí, pero el viaje es largo y caro y el verano ya casi ha concluido. Mary está empezando a lavar las colchas y a quitar la arena de los armarios...

Las noticias caninas son que Cassie está en celo. Persigue a todos los perros que ve por la playa. Creo que hemos conseguido reservársela a Jingo. Ha sido difícil. Esta casa no tiene sótano y varios perros se han venido a vivir debajo de la cocina. Como se me haya olvidado tapar algún agujero, estamos perdidos...

A esas alturas ya era un autor reconocido de *The New Yorker* (en total publicaría 120 cuentos en dicha revista). Jack Kahn era y sigue siendo un escritor del *New Yorker*, y supongo que todo el mundo sabe quién es William Shawn. Esta es parte de una carta a John Weaver.

Querido John:

...William Shawn, el editor número uno vino la semana pasada a comer con los Kahn. Jack telefoneó y me ordenó que fuese a saludar al jefe. Me puse mis mejores pantalones y cuando la conversación decayó, Jack sugirió que jugásemos un poco al rugby. Shawn estaba en mi equipo y en el tercer tiempo le lancé un pase. Intentó atraparlo, resbaló y cayó con tanto estrépito como una bandeja llena de platos. No sé si habrá salido ya del hospital y no me he atrevido a telefonar para averiguarlo.

La siguiente carta se escribió desde una habitación de hospital. Los Maxwell tienen una casa de campo en Yorktown.

Habitación 204

Miércoles

Querido Bill:

Me cuidas mejor que nadie; y te habría llamado el sábado cuando me ingresaron, pero imaginarte escribiendo una novela en Yorktown y editando una revista en la calle Cuarenta y tres, viajando en trenes a deshoras, cuidando de una niña resfriada y albergando bajo tu ala a una multitud de hombres, mujeres y niños inestables, harapientos y descarriados de todas las nacionalidades hizo que mi destino me pareciera mucho más leve que el tuyo y dejé en paz el teléfono. Ya estoy mejor y probablemente vuelva a casa mañana. Insinuaron que podía ser tuberculosis y creo que el médico compartía conmigo la sensación de que me convertiría en el vivo retrato de Robert Louis Stevenson, tendría mejores modales en la mesa y una presencia social más elegante, pero la mancha en mi pulmón desapareció y creo que en el fondo le decepcionó no transformar a un patán en un intelectual tuberculoso.

Ninguna anciana abandonada por todos en un hospicio habría agradecido más tus rosas que yo. Las olisqueo, las huelo y resoplo ruidosamente sobre cada flor igual que un terrier. Es un perfume que me gusta y me desconcierta. No creo que su esencia sea la nostalgia —no es el tarro de mermelada de la abuela— sino la posibilidad de que alguien muy bello aparezca en escena. Así es como huelen esta mañana. Son las únicas flores que tengo a excepción de un par de orquídeas... Una de las enfermeras dijo: «Dios, mira las arisemas». Le expliqué que eran orquídeas. «Bueno —respondió—, no sé cómo las llamarán ahora, pero cuando era niña íbamos de paseo al bosque a buscarlas y las llamábamos arisemas.»

Hoy van a hacerme unas radiografías y si la mancha ha desaparecido volveré a casa y probablemente vaya a Yaddo a intentar terminar los cuentos que me traen de cabeza desde hace un mes. Me siento muy culpable por aislarme de la confusión de la casa, pero si encuentro una habitación libre iré un par de semanas. Te llamaré hoy y espero poder verte antes de irme.

Abrazos,
John

Yaddo
Saratoga Springs
Viernes

Querido Bill:

... Este lugar es excelente para trabajar —no conozco un sitio igual, deberías probarlo algún día—, pero no hay mucha conversación. Desayuno solo a las ocho y trabajo hasta la una cuando mordisqueo un sándwich de mi tartera y bebo un termo de té. Lo de comer solo en un dormitorio resulta un poco indecoroso. Se siente uno como si hubiese robado la comida. Luego escribo hasta las cuatro cuando me pongo los esquís y paseo por el césped de la entrada admirando el cielo y todos los días veo un enorme zorro rojo que me parece un buen presagio. Después me retiro a mi cuarto, me meto en el armario, lleno de whisky el vaso del cepillo de dientes y me lo bebo de un trago golpeándome con las perchas. Repito la operación y bajo a cenar bastante borracho. Hay otros tres escritores, los tres llevan botines de piel vuelta y ninguno habla. Me paso la cena charlando con ellos y luego me retiro a mi cuarto a seguir con mis lecturas —*Nostromo*, por ejemplo—, pero a eso de las nueve y media empiezo a hablar en voz alta. Me cuento a mí mismo historias de mi interesante infancia, recuerdo mis amores de hace treinta años, describo a mi trágica tía Florence y me río al recordar cuando el tío Ralph le pegó fuego al sofá. Mi imaginación va de aquí para allá como si fuese idiota, pero no puedo evitarlo. Me acuesto a las diez...

La hija de Bill se llama Kate.

Scarborough

Martes

Querido Bill:

Mary —que escucha a hurtadillas— dice que cuando te pedí tu opinión lo hice en el tono más melifluido que jamás había oído y que deberías haberme enviado a freír espárragos, pero lo había pasado bien escribiendo el cuento y llevaba todo el día alrededor del teléfono pensando en una excusa para llamarte como: ¿Ha mejorado el resfriado de Kate?, o ¿te interesaría invertir conmigo en el cultivo de rosas de invernadero? Cualquier cosa que no tuviese que ver con el cuento, claro. Necesitaría cobrar dinero de la televisión y, si el cuento no gusta, tampoco pasa nada y ya estamos otra vez: vuelvo a sonar melifluido.

Abrazos

«El autobús a Saint James» se publicó en *The New Yorker* en el número del 14 de enero de 1956

Scarborough

Miércoles

Querido Bill:

Te escribo con la máquina de escribir de Mary, en la bandeja de Mary y en cama —no en el lecho del dolor—, aunque el Día de Acción de gracias fui al hospital a que me reinjertaran los cuartos traseros. Ya está hecho. El anciano que pasó a afeitarme al atardecer me contó que cuando era niño el río se helaba. La médico que pasó a aliviar mi vejiga al amanecer era una alemana de mediana edad con mucho rímel y sombra de ojos. El cirujano que me operó se presentó casi sin instrumental. «¿Dónde están mis bisturís?», exclamó. Pasé una mala noche y medio día malo y luego mejoré. Ayer por la mañana había tanta cola para ir al baño que llamé a Mary y le dije que me trajera a casa. Volveré al médico el jueves y, en cuanto pueda volver a sentarme en una silla, te llamaré. Me gustaría ir en autobús.

Que me pagues tanto a cambio de tan poco trabajo me parece injusto, aunque tal vez pueda

compensarte con algún cuento interesante. Estoy muy agradecido. Pero hoy parezco incapaz de escribir una carta.

Abrazos,
John

Cowley llevaba un tiempo animando a mi padre a viajar a Europa.

Scarborough
Todos los Santos

Querido Malcolm:

... Paré en Quincy a ver a mi madre —cuyo vigor sigue intacto a los 82 años— y por primera vez en mi vida la vi tal como es. Volver a una casa en la que todos los muebles estaban hasta hace poco empapados de sufrimiento y dormir en aquellas habitaciones sin soñar con ciénagas, fuego del infierno y olor a cuerno quemado me produce una gran alegría.

... He llegado a estar de acuerdo contigo sobre la relativa inanidad de Westchester. Cuando llegamos me encantó que me invitaran a tantas fiestas (siempre me ha dado miedo que me dejen de lado) ... me encantó estar en una comunidad tan rica, poderosa y desinhibida. Pero al parecer calculé mal su poder. Y por lo visto me equivoqué al pensar que por ser ricos y dar una impresión de intemporalidad ... su deterioro es considerable. Y debí de confundir esa pétrea irritabilidad con poesía y verdad. Formo parte de la defensa civil y hace unos días tuvimos una reunión en la capilla de la iglesia para hablar del Desastre. Estaban todos: el magnate de las mantas de rayón, el vicepresidente de la compañía de seguros, etc. La capilla huele como los cuartos de una vieja pensión. El sol otoñal se cuele por las vidrieras del cordero de Dios. Así que nos sentamos entre el mal olor y la luz coloreada a hablar del fin del mundo, pero lo que más me sorprendió fue la absoluta trivialidad, la falta de verdadero temor y tensión entre los presentes y que lo único que ocupara mi pensamiento fuese la idea de ir a jugar al rugby y de que no había nada de malo en ello. Lo que quiero decir es que todo parece viciado de cierto pesimismo. Parecemos haber pasado al menos una fase de angustia. No me refiero a las estúpidas alegrías de gente como William Barrett y Anthony West que parecen convencidos de que la literatura debería volver a fundarse para describir su cómoda y particular felicidad conyugal; y no subestimo el peligroso conformismo de aquí. Es como ver la misma imagen con una nueva proporción. Da la impresión de que hayamos alcanzado la mayoría de edad al llegar a los

cuarenta. Todas las cartas que recibo de amigos —a veces de gente a la que llevo sin ver diez años— hablan de lo que hacen para intentar desembarazarse de su tristeza.

La primavera pasada me escribiste que mis cuentos deben mejorar. A veces me despierto a las tres o las cuatro de la mañana diciendo: «Mejor, MEJOR», pero creo que están mejorando. Siempre he querido verter determinada luz sobre mis personajes y ahora parezco capaz de conseguirlo; y tengo tantas bolsas, cajas, cajones de fruta y baúles lleno de descripciones de angustia física y espiritual que siempre puedo recurrir a ellos para no parecer demasiado alegre.

Espero que algún día pases por la carretera 9, dos millas al norte de Tarrytown donde vivimos. Recuerdos a Muriel, Mary os envía besos a los dos.

Abrazos,
John

Scarborough

Querida Josie:

... Mi madre murió el miércoles. Es lo que quería; y aunque temió muchas cosas en vida —las multitudes, el encierro, las aguas profundas— dio la impresión de enfrentarse a la muerte sin ningún temor. Luego, ayer por la tarde, murió Gus Lobrano. Era un hombre excelente y auténtico, me enseñó a pescar y le echaré de menos. Parezco haberlo asimilado, aunque si es así no sé por qué me siento como si me hubiesen golpeado con un bate de beisbol. El martes iré a Yaddo a pasar tres días. Si ocurre algo interesante te lo diré.

Abrazos,
John

DINERO DE LAS PELÍCULAS

A principios de 1956 Dore Schary, de la MGM, compró los derechos cinematográficos de «El ladrón de Shady Hill» por 40.000 dólares. *The New Yorker* había pagado 2.075 dólares por el cuento, que se publicó en el número del 14 de abril de 1956. Henry Lewis era el contacto de mi padre en la Costa Oeste. La película nunca llegó a rodarse. Las dos cartas siguientes están dirigidas a John Weaver.

Scarborough

Jueves [3 de mayo de 1956]

Querido John:

Ha sido estupendo y maravilloso recibir esta mañana tu telegrama, que ha sido la primera nota de realidad de todo el proceso. Mary no se cree que hayan adquirido el cuento por tanto dinero y sigue comprando carne barata como lengua y filetes de tapa. Dice que ya se sabe cómo son en Hollywood. Susie parece creerme pero lo único que le interesa es saber quién va a salir en la película. El perro parece creerme pero tiene ocho cachorros que viven en este cuartito en el que se supone que tengo que trabajar y que ya son lo bastante grandes para deshacerme los cordones de los zapatos y mordisquearme los tobillos. La razón por la que se lo conté al perro fue que cuando llamó Henry Lewis solo estábamos en casa Ben, el perro y yo. Mary y Susie habían ido a ver una película titulada *The Little Kidnappers*. No me parece bien hablarle de dinero a un niño de la edad de Ben, así que solo me quedaba el perro. Después, Ben me pidió que le leyera un episodio de Winnie the Pooh así que le leí el capítulo titulado «Cómo Piglet conoció a un Heffalump»... A continuación fui abajo y me bebí medio litro de whisky... Luego llegó Mary, recibió la noticia con suspicacia y subió a acostarse. Me enfadé tanto que bebí más whisky y me senté malhumorado en el sofá pensando en que con ese dinero podría tener un sinfín de prostitutas satisfaciendo hasta el último de mis deseos. Gracias a tu telegrama, todos nos sentimos mejor.

No podría haber llegado en mejor momento. Me parece ver el final del libro. No tengo ningún cuento entre manos y no hay nada que se interponga. Ahora podré acabarlo y tal vez en otoño podamos ir a pasar un año al extranjero. De todos modos, Mary dice que no está dispuesta a viajar al extranjero si está embarazada, como es muy probable y, como digo, sigue comprando filetes de tapa.

Abrazos,

John

[7 de mayo de 1956]

Querido John:

Tu carta fue de gran ayuda y esta noche tendremos rosbif para cenar, aunque creo que tiene intención de aprovecharlo para otras tres comidas. He comprado una batidora eléctrica y una botella de Jack Daniels, y los niños tienen natillas congeladas de postre. Es posible que vayamos a Roma en otoño... Pero lo más importante para mí es acabar este libro titulado *Crónica de los Wapshot*. He puesto tantos huevos que no estoy seguro de que no pueda caérseme otro.

Abrazos,
John

Michael Bessie conoció a mi padre en una fiesta. Poco después, mi padre le escribió que Random House había pagado 2.400 dólares por una novela de Cheever, pero que esa relación estaba agotada. «Estos huesos viejos están en venta», escribió mi padre en una carta que parece haberse extraviado o trasapelado. Seguía diciendo que mucha gente pensaba que nunca escribiría una novela, y que podían estar en lo cierto, pero que si alguna vez la escribía, cualquiera podría comprar el contrato a Random House por 2.400 dólares. «Le telefoneé —recuerda Bessie— y le dije: “¿Adónde envió el cheque?”»

Michael Bessie se convirtió en el editor de la todavía incompleta *Crónica de los Wapshot* con una condición: que nunca le preguntase qué tal iba el libro. Mi padre llevaba años encontrándose con Bennett Cerf en fiestas y presentaciones de libros, y cada vez que eso sucedía, notaba que Cerf repasaba torpemente sus archivos mentales. «¡Ah, usted es Cheever! —decía—. ¿Qué tal va esa novela?» Así que Bessie juró no hacer lo mismo, y reconoce que no siempre le resultó fácil pensar en otra cosa que decir. Pero nunca sacó a relucir el libro a menos que lo hiciese antes su futuro autor.

Según Bessie, cuando por fin se publicó, no requirió ningún cambio, aunque recuerda que le pidió que modificara una cosa. *Crónica de los Wapshot* había sido aceptada por el Club del Libro del Mes, lo que contribuyó mucho a su éxito. El club quería que se borrara una palabra. Cuando Moses Wapshot se casaba con la hermosa Melissa Scaddon, el interés de ella por el sexo declinaba bruscamente. La escena en cuestión empezaba cuando él la seguía hasta el dormitorio. Una vez más, ella lo desanimaba desarreglándose el pelo y dándose un baño muy largo.

Entonces, ella abrió la puerta y salió, pero no desnuda, sino con un camisón cerrado y suelto y pasándose un trozo de seda dental por entre los dientes.

—¡Oh, Melissa! —dijo él.

—Dudo que me quieras —dijo ella con la voz tenue y desapasionada de una solterona, que le recordó cosas tenues como el humo y el polvo—. A veces pienso que no me quieres en absoluto y, desde luego, te importa demasiado el sexo, oh, demasiado...

—Pero yo te quiero —dijo él, esperanzado.

—Hay hombres que se traen trabajo de la oficina a casa —dijo ella—. La mayoría de los hombres lo hacen. La mayoría de los hombres que yo conozco. —Su voz parecía secarse mientras él la escuchaba, perder sus notas más profundas a medida que sus sentimientos se estrechaban—. Y la mayoría de los hombres de negocios tienen que viajar mucho. Pasan mucho tiempo lejos de sus mujeres. Tiene otros desahogos además del sexo. Al menos, la mayoría de los hombres sanos. Juegan al squash.

—Yo juego al squash.
—Nunca has jugado al squash desde que yo te conozco.
—Pues antes jugaba.
—Desde luego —dijo ella—, si es absolutamente necesario para ti hacerme el amor, lo haremos, pero creo que deberías comprender que no es algo tan crucial.
—Con tanto hablar has conseguido ahorrarte un polvo —dijo el fríamente.[5]

El Club del Libro del Mes quería saber si era imprescindible que usara la palabra «polvo». El cuento en el que se inspiraba esta parte de la novela se había publicado en *The New Yorker* sin la palabra en cuestión. Aparte de la probabilidad de un aumento de las ventas, el acuerdo con el club incluía una considerable cantidad de dinero. Pero mi padre se mostró inflexible. *The New Yorker* le había apoyado y publicado sus relatos desde que tenía veinte años, y haría casi cualquier cosa por *The New Yorker*. Pero este era su libro y esa era la palabra adecuada. Bessie aceptó, y volvió a la mesa de negociaciones. Tuvo éxito y así fue como los miembros del Club del Libro del Mes vieron publicada por primera vez en su vida la palabra «polvo».

Cuando Bill Maxwell leyó el manuscrito terminado, envió a mi padre un telegrama que decía solo: «BIEN RUGIDO, LEÓN». Si le preguntaban por qué alguien que había escrito cuentos tan buenos había esperado tanto para escribir una novela, mi padre respondía que no había querido publicarlo en vida de su madre. Es posible que la muerte de mi abuela en 1956 le diera la libertad necesaria para acabar el libro, pero también es cierto que había enviado una versión anterior a Random House en 1952, cuando su madre gozaba de una salud espléndida, y que había escrito y enviado otras novelas a lo largo de toda su vida profesional. No obstante, la explicación caló por algún motivo y la prensa la repitió a menudo. De hecho, se recibió con tanto entusiasmo que al menos en una ocasión se dijo que había retrasado la publicación de su primera novela hasta después de la muerte de su padre. Frederick Lincoln Cheever murió en 1946, diez años antes de la publicación de la *Crónica*, pero siempre vale la pena dar bombo a una buena mentira.

En verano de 1956 la familia alquiló en Friendship, Maine, la casa de Arthur Spear, un antiguo amigo.

Friendship, Maine
26 de junio

Querida Eleanor:

He firmado el contrato con la MGM así que supongo que cobraré el dinero. Creo que puedo permitirme pagar hasta 175 dólares por un apartamento. Me parece que partiremos en octubre... Me hace mucha ilusión veros en Roma y me alegra decir que he terminado una novela. O al menos eso parece. En todo caso, no es un cuento. Pesa mucho más y sale más caro enviarla por correo.

... Esto —Friendship— es un pueblo de pescadores de langostas con algunos bostonianos. La costa es preciosa, pero nuestros vecinos echan la basura al mar. «Somos tan pocos...», dicen. Tendremos nuestro barco de vela el fin de semana y todo debería ir bien. Estaré aquí hasta primeros de agosto cuando lo mejor será enviarme el correo a *The New Yorker*, calle Cuarenta y tres, 25, Oeste, A la Atención de... etcétera.

Parece dárseme bastante bien describir animales de compañía extraviados y bailes aburridos, pero el dinero caído del cielo, el libro y la idea de veros en Roma superan todas mis dotes. ¡Eureka!

Abrazos,
John

Friendship, Maine
26 de junio

Querida Josie:

Hará cosa de un mes te escribí una larga y estúpida carta instaurando una fundación y anunciando mi propósito de enviarte un cheque (pequeño), rompí la carta y te envió ahora el cheque que deberías gastar en ginebra, zapatos, rosales o cualquier otra cosa.

El jueves acabé el libro y vinimos aquí el viernes... Le he alquilado esta casa (The Spruces) a un amigo —un miembro del cuerpo de bomberos— y el cuadro lo forman un pueblo de pescadores de langostas con un pequeño cabo, donde nos encontramos, y los parientes de tres o cuatro familias de Nueva Inglaterra. La costa, como recordarás, es preciosa y cuando hace buen tiempo parece la cima del mundo; aunque el tiempo es caprichoso. Nos encantaría verte aquí y si vuelas a Rockland, puedo ir a recogerte, no obstante debo advertirte de que la casa está llena de niños, y no solo los míos. A veces yo mismo desearía estar en algún sitio más tranquilo.

Abrazos,
John

Otra carta de nuestra perra labrador negra, Cassie, a la gente que la crió. Su hijo era uno de los cachorros de Cassie. Lo llamaron Ezekiel, por Ezekiel Cheever, el primer Cheever del país. Zeke se quedó con los Boyer cuando fuimos a Italia. Luego, se lo regalamos. Era un perro precioso, y a Phil llegaron a ofrecerle 2.000 dólares por él. Un busto de su cabeza todavía está en la biblioteca de la casa de mis padres en Ossining. A Zeke lo atropelló y lo mató un coche cuando volvía a casa después de posar para el escultor.

friendship maine
10 de julio de 1956

queridos tío philip y tía mimi:

aquí los baños son una gozada para los perros. pero el agua está demasiado fría para las personas. hacemos excursiones en coche, pero sobre todo a la tienda de licores de rockland donde mi hijo le levantó las faldas a una chica del ejército de salvación, deberías haber visto cómo tocaba el tambor. el viejo cree que va a quedarse a vivir en italia y se ha comprado varios discos de gramófono de esos que garantizan que hablarás italiano como un nativo al cabo de 3

minutos. se sienta al lado del gramófono con la botella de ginebra y el gramófono dice che cosa desidera y él dice un po di pane, per favore. aún no sabe pedir whisky o ginebra. ella es muy paciente, aunque tampoco puede hacer gran cosa.

mi hijo se ha comido 3 pares de zapatos, 2 suéteres, 1 monedero, unos mitones y 1 murciélago, y ha escondido tres zapatos, un par de gafas y un pasador de timón. le estoy enseñando a huir con el cubo de achicar mientras el viejo está ocupado en el barco.

vuestra afectuosa y amorosa sobrina
cassie

Mi padre tenía cuarenta y cuatro años cuando se publicó *La crónica*. Llevaba trabajando en una u otra novela desde los dieciocho. Cuando estaba en la facultad, memoricé las últimas frases del libro y al leerlas aún me parece oír su voz.

Leander, un suicida, había dejado una nota en la edición de las obras de Shakespeare de la familia.

... «Consejos a mis hijos —decía—. No poner nunca whisky en botella de agua caliente al cruzar fronteras de países o estados secos. La goma estropeará el sabor. No hacer nunca el amor con los pantalones puestos. Después de whisky, cerveza, se sube a la cabeza. Al revés, nada que temer. No tomar nunca manzanas, melocotones, peras, etcétera, bebiendo whisky, excepto en comidas largas estilo francés que terminan con fruta. Otras viandas tienen efectos mitigantes. No dormir nunca a la luz de la luna. Comprobado por los científicos que induce a la locura. Si la cabecera de la cama está junto a la ventana, en las noches claras correr las cortinas antes de acostarse. No sostener nunca un puro en ángulo recto con los dedos. Muy paleta. Sostener en diagonal. Quitar la vitola o no, como se prefiera. No llevar nunca corbata roja. En las fiestas tener siempre bebidas ligeras para las señoras. El efecto de las fuertes en el sexo débil es a veces desastroso. Bañarse en agua fría todas las mañanas. Desagradable, pero estimulante. También reduce las callosidades. Cortarse el pelo una vez por semana. Llevar traje oscuro después de las seis de la tarde. Tomar un plato fresco para desayunar, si es posible. Evitar arrodillarse en los suelos de piedra de iglesias no caldeadas. La humedad eclesiástica produce canas prematuras. El miedo tiene el sabor de un cuchillo herrumbroso, no dejarlo entrar en casa. El valor tiene el sabor de la sangre. Erguir la espalda. Admirar el mundo. Gozar del amor de una mujer dulce. Confiar en el Señor.»^[6]

Friendship, Maine
26 de julio

Querido Malcolm:

... La razón por la que no te he escrito es que estaba en las etapas finales de una novela que creo haber terminado. Como imaginarás ha sido todo un triunfo para mí. He hecho tantos pactos con el diablo para completarla que cuando escribí la última página me di un baño, me puse ropa interior limpia y fui al médico para ver si me faltaba algo o había algo dañado.

Estaremos aquí arriba —o aquí abajo— cerca de un mes y creo que pasaré parte de agosto en un hotel de Nueva York. Te llamaré entonces y a lo mejor puedo veros a ti y a Muriel. Aún no he enviado el libro a los editores y todo depende de su reacción. El año pasado Random House me

dijo que saldara mis deudas y me fuese y Harper compró mi contrato a un precio rebajado. Si se quedan el libro creo que en otoño iremos a pasar un año en Europa.

Abrazos,
John

Friendship, Maine
Jueves [1956]

Querido Bill:

Espero que este lugar despliegue todas sus posibilidades. Las casas de verano que alquilamos se llenan al instante de niños que no son nuestros. Debe de ser por la comida. Primero se cuelan en el jardín y preguntan si pueden utilizar la hamaca y los muebles del porche. Piden un vaso de agua (con mucha educación) y se sientan en el sofá. Luego dicen que a sus madres (que siempre se han ido a Portland) no les importaría si se quedasen a comer. Luego invaden los dormitorios y se ponen a jugar, que es lo que están haciendo ahora. Hay mucha niebla y asomarse a la ventana es como mirar una piedra. El martes hizo un día precioso, nunca había visto una luz crepuscular como esa.

Abrazos,
John

Por «los Wapshot» se refería al manuscrito de la novela. Los de Harper tenían que devolvérselo con comentarios. Cass Canfield era el superior de Michael Bessie en Harper.

Friendship
Sábado [1956]

Querido Bill:

Este lugar continúa sin desplegar sus posibilidades, tal vez sea porque paso demasiado tiempo yendo y viniendo a la oficina de correos esperando que lleguen los Wapshot. Me siento mal y paso mucho tiempo esperando el martini de mediodía y el whisky de las cinco y me escribo a mí mismo, en el dormitorio de invitados, cartas de felicitación por el libro (¡deslumbrante!) y cartas de desánimo. (El señor Canfield se ha ido a Illinois con Adlai Stevenson pero ha dejado dicho que te tomes esto como experiencia, lo dejes atrás y empieces de nuevo.) La costa es preciosa,

salpicada de islas con abetos, aunque desde la casa no se ve ninguna. Ayer, llevé a Mary y a Ben de merienda a una de las islas en un bote de remo y lo pasamos de maravilla. Por la noche asamos almejas de forma ceremonial. Los hombres fuimos a la isla a las tres para colocar las piedras, encender el fuego y beber cerveza. A las seis llevaron a las damas en una lancha y —la isla desierta, el crepitar del fuego y la llegada del bote cargado de mujeres— fue una imagen digna de ver; aunque tardamos horas en cocinar las almejas y las langostas, no comimos hasta después de las diez y todo el mundo se emborrachó, incluida una señora muy gruesa de Boothbay que tenía un caniche y no dejaba de decir: «Llámame Sis». Me emborraché como una cuba y me caí al mar varias veces.

Sería una falsedad afirmar que esta es una de esas comunidades en las que la gente se sienta a beber martinis en el jardín los domingos por la mañana, pero solo lo sería en parte. Lo cierto es que en el césped tenemos una mesita con una sombrilla roja y dos sillas de lona rosa, en una pone «Jefe» y en la otra «Reina». Además hay un asta donde ondea un estandarte con el nombre de la casa THE SPRUCES. Te interesarían las chimeneas de la comunidad. La nuestra la construyó un griego tuerto que adoptó el nombre de Murphy... una broma local. Está hecha de piedras grises con forma de huevo que Murphy recogió en las islas en una barcaza. Las piedras asoman y rodean un reloj francés que hay sobre la repisa de cemento. Encima del reloj hay un ratón de goma. Arthur Little, que vive al otro lado de la calle, es un párroco jubilado y su chimenea está hecha con piedras que le regalaron sus feligreses. Hay piedras de Yosemite, piedras del valle del Jordán, piedras de Grecia y piedras de San Francisco. La chimenea de los Pratt, un poco más arriba, está hecha de piedras y hierros de las mazmorras de la cárcel de Old Bailey. El abuelo Pratt estuvo en Inglaterra cuando remodelaron la prisión y se le ocurrió que las piedras quedarían muy bien en su salón. Sus descendientes parecen deprimidos. Las casas del pueblo están ribeteadas de encaje blanco de madera, todas son muy sencillas y están muy separadas unas de otras y, si te pones de espaldas al mar, parece un pueblo en mitad de una pradera. Las mujeres empujan cochecitos de bebé arriba y abajo por la calle Mayor. Hay ropa tendida por todas partes. Los campos están llenos de altramuces, pero no hay una sola rosa en el pueblo. Las lilas están empezando a brotar y los capullos de peonía son tan verdes y grandes como avellanas. Los tulipanes siguen en flor. Cuando le deseé buenos días a la señora que vive enfrente me respondió: «En Friendship no decimos buenos días, decimos “¡Hola!”». Una vez al día entra en nuestra casa gritando «¡Yuju, yuju, yuju, etc.!»». La gente es muy amable, pero creo que no les interesa nada que no tenga que ver con Boston o Newton. He visto un libro: Sloan Wilson. «Antes estábamos suscritos a *Life* —me dijo Quincy Wales, un día que hablábamos de literatura —, pero me di cuenta de que no la leía.»

La única ventaja de todo esto, claro, es que así estoy tranquilo y feliz cuando me siento ante la

máquina de escribir. Espero poder salir al sol y dejar de contarme cuentos un día o dos. Tengo el dinero de Hollywood en la maleta y creo que me iré a Roma. Una chica del instituto viene a ayudar a Mary los martes y pienso, como siempre, en ir a Nueva York y descansar en un hotel. Creo que me sentiré mejor cuando lleguen los Wapshot.

Abrazos,
John

En su diario anotó: «Me gustaría escribir un cuento, pero no se me ocurre ninguno. Y creo que me quedaré sin dinero antes de que nos vayamos. Cuando haya pagado los pasajes, un coche, las maletas y los impuestos, no nos quedará mucho.

EN EL EXTRANJERO

Cruzamos el Atlántico en un trasatlántico italiano llamado *Conte Biancamano*

Conte Biancamano

30 de octubre

Querida Josie:

... Salimos del puerto de Nueva York para una travesía de seis días con botellas de medicinas y cestas de von voyage volando de aquí para allá. Después de siete días en el mar llegamos a Portugal... A mediodía del domingo arribamos a Barcelona y llevamos a los niños al zoo. Solo subieron a bordo tres personas, pero vinieron cientos a vernos y nos saludaron y gritaron como si fuésemos sus únicos hijos. Cannes al amanecer del día siguiente —mucho frío y nieve en las montañas— y a las cinco de la tarde Génova, donde desembarcamos para cenar... la última semana esto parecía el tranvía, la gente embarcaba y desembarcaba, lloraba, reía y en cada escala una multitud de visitantes subía a bordo, admiraba las obras de arte del salón y utilizaba los lavabos.

Se me olvida constantemente que no soy el primero en hacer este viaje desde el inicio de los tiempos, pero creo que deberías venir mientras puedas.

Abrazos,

John

Yo tenía ocho años cuando subimos a bordo, e ignoraba por completo la creciente fama de mi padre. En uno de los bares del barco conocí a una joven que me compró ginger ales. Cuando supo mi nombre —y es posible que ya lo supiera, lo cual explicaría los ginger ales—, quiso saber si mi padre era «John Cheever, el escritor». Respondí que creía que no.

—¿Vende relatos a *The New Yorker*?

No estaba seguro. Aunque tenía una máquina de escribir. Eso sí.

—Bueno —dijo—. Cheever es un nombre poco frecuente, si tiene una máquina de escribir y vive en Nueva York, tiene que ser John Cheever «el famoso escritor».

—¡Oh, no! —respondí—. No puede ser.

Mientras estuvimos en Italia, Phil Boyer envió sus cartas a la familia firmadas por nuestro perro labrador negro Ezekiel.

Via del Plebiscito, 107, Roma. 17/11/56

Queridos Phil y Mimi:

Desde luego Zeke sabe escribir. Desde Mark Twain no creo que se haya alzado una estrella semejante en el firmamento literario. Los niños leyeron la carta y estuvieron media hora riéndose a carcajadas hasta que se les saltaron las lágrimas, y se pasaron la noche gritando: «Queremos a Zeke, queremos a Zeke». Por la mañana, Susie bajó con la carta a uno de los salones de la pensión —muchos cuadros malos y un servicio de té que nadie ha usado nunca— y la leyó para sus adentros riéndose tan alto que el dueño le preguntó qué le ocurría. «Es una carta de nuestro perro pequeño», dijo Susie y nos mudamos esa misma tarde.

Estamos en el Piano Nobile del Palazzo Doria —el ala del siglo XVII— y todo se construyó para gigantes. Solo hay una silla en el salón en la que puedo sentarme y tocar el suelo con los pies y dos en las que los pies ni siquiera me cuelgan. A veces parece una broma, a veces un terrible error y a veces bello. A Mary le gusta, claro; se despereza sobre las enormes sillas y puede que esté pensando en escribir su autobiografía. Es mediodía del sábado y os echo de menos a todos. Iré al armario de las escobas —lejos de los Papas y cardenales que cuelgan de las paredes— y echaré un trago de ginebra romana.

Abrazos,
John

Francia, Inglaterra e Israel estaban en guerra con Egipto por el Canal de Suez. La revolución húngara estaba siendo aplastada por los tanques y las tropas soviéticas. Se refiere a la Academia Americana de Roma.

Via del Plebiscito, 107
Roma, Italia
24 de noviembre

Querida Josie:

Por fin nos hemos instalado en Roma, así que escíbeme y cuéntame tus novedades. Nos han pasado tantas cosas en el viaje que aún no acabo de encontrarles sentido. Puedo escribir sobre asuntos concretos como las rosas, la guerra, la ginebra, las galernas en el Atlántico, el sexo, las sillas musicales, las ruinas y demás, pero cualquier cosa más general queda fuera de mi alcance. Pienso mucho en la guerra cuando llueve y de noche, y por supuesto para los romanos Hungría queda muy cerca. Muchos de los periódicos han publicado mapas mostrando cómo Rusia podría barrer Europa en un mes y la evacuación, la ocupación y el encarcelamiento resultan tan

familiares para la mayoría de la gente que aunque su preocupación pueda parecer histérica, también es profunda y natural. Los periódicos son pesimistas y tremebundos; la gente guapa y alegre; tal vez debería haber escrito sobre rosas.

En el Foro, las rosas aún están en flor y queda un rosal florido en la ladera entre Santa María Aracoeli y las escalinatas del Campidoglio. No obstante, son las últimas; estamos en otoño y hace frío, llueve y el cielo está tan nublado como los cielos de Nueva York en diciembre. Aquí hay una nutrida colonia americana dividida en dos partes: Academia y no Academia. En ambos grupos hay gente estupenda y algunos inútiles, y me he vuelto muy intolerante con los inútiles. Nos ha costado tanto dinero venir e instalarnos aquí que cuando oigo a un imbécil contar una anécdota sobre el verano pasado en Cape Cod me siento como si me hubiesen vendido un billete al lugar equivocado y me enfado mucho. De todos modos intentaré relajarme, y mientras tanto cuéntame tus novedades.

Abrazos,
John

La Rocca es una fortaleza de piedra en Port'Ercole

Via del Plebiscito, 107
24 de noviembre

Querido Bill:

Estaba decidido a no escribirte una carta hasta haber completado un cuento, pero ahora lo hago de todos modos, las tensiones de mi vida no han sido muy productivas... Te echo de menos. Echo de menos tu persona y tu consejo. Me gustó mucho recibir tu carta y leerla, como hacen todos los americanos en el Corso. Aquí todos los americanos llevan boina y leen el correo por la calle.

No hay nadie a quien prefiera escribir antes que a ti y aún así me cuesta escribir una carta decente. En cuanto a los hechos: Ben tiene un amigo llamado Ronald Aung Din. Creo que a los Aung Din les cae bien Ben por su color. Son birmanos y no hacen más que pellizcarle y darle palmaditas. Ben celebró con ellos la cena de Acción de Gracias: arroz, pescado crudo, coñac y vino. Le encantó. Los demás comimos bocadillos de salami en la cocina y Susie se echó a llorar... Luego decidí comprar un pavo, y todos se alegraron. Ayer volví a Grosseto con los Warren bajo la lluvia, junto a los muros de Tarquinia, pero por un paisaje inhóspito. Todo

cambió cuando llegamos a la península sobre la que se alza la Rocca. Era precioso y más parecido a lo que creo haber venido a ver. Una anciana nos cocinó un poco de carne en una parrilla y nos contó la visita del rey Faruk a Port'Ercole. El primer orinal en el que se sentó se aplastó bajo su peso. Luego buscaron orinales en el pueblo. Consiguieron y probaron muchos, pero ninguno resultó adecuado. Por fin los del pueblo llevaron hasta el hotel del rey un enorme caldero de hierro para cocer pescado, blasonado con el escudo de armas real. Risas y lágrimas. Estuve paseando alrededor de la Rocca. Los fantasmas parecían más reales que los del Foro. Toques de trompeta, cambio de la guardia, los gritos de las putas en Mi-careme, etc. Luego subimos a La Stella, otra fortaleza y volvimos a Roma bajo la lluvia y el granizo.

Besos a Emmy y a tus hijas, espero que hayas podido descansar.

Abrazos,
John

Via del Plebiscito, 107
Roma, etc.
25 de noviembre

Querido Malcolm:

Nos hemos instalado en el frío del Mediterráneo, que es tan desagradable como me habías advertido. Cuando luce el sol es espléndido, pero cuando está nublado el cielo está tan gris como el cielo sobre el Grand Concourse y el viento sopla como Riverside Drive. Toso y estornudo por la Sacra Via...

En Harper me han dicho que las galeradas de libro saldrán la semana que viene y les he pedido que te envíen un juego. Si te gusta me alegraré mucho y si no estoy seguro de que tendrás buenas razones y en cualquier caso te quedaré muy agradecido. Me gustaba cuando lo terminé, pero de eso hace mucho tiempo.

Este viaje a Roma ha sido lo mejor que hemos hecho nunca, aunque resulta caro. Los niños añoraban su casa, pero ya se les ha pasado. Susie estudia en un convento donde la hacen trabajar muchísimo y Ben va a una especie de colegio internacional donde se relaciona sobre todo con birmanos. Se habla mucho de la guerra y hay evacuados del Cairo y refugiados de Budapest en la ciudad, aunque mi dominio del italiano es tan escaso que apenas entiendo lo que pasa.

Besos a Muriel.

Abrazos,
John

Queridos Phil y Mimi:

Nada nos alegra tanto como tener noticias vuestras y de Zeke y en esta ocasión nadie aulló... Continúo preparándome el desayuno en ropa interior en este Palacio de Justicia o Biblioteca Pública Embrujada y por la noche la combinación de calles mal iluminadas y ginebra romana me produce una extraña sensación. La ginebra es horrible. La fabrican en Turín. La ciudad parece mercurial y aunque al sol es preciosa con todas las fuentes cabrilleando, bajo la lluvia parece sacada de una película antigua: capital europea antes de la guerra. Todo el mundo lleva un paraguas mojado, hay multitudes angustiadas en torno a los quioscos de periódicos, las antesalas del consulado están abarrotadas de evacuados egipcios en busca de noticias o del correo, y el ambiente de preocupación y melancolía no puede ser más denso. Luego sale el sol y todo parece ir bien.

Este sitio no sirve para recibir visitas porque no se oye a nadie o a lo sumo se oye su eco. Por las mañanas finjo trabajar y por las tardes visito ruinas. El castillo de Sant Angelo es mi favorito, aunque también me gusta el Foro, que está muy cerca de aquí. Es una buena época para hacer turismo porque debemos de ser los últimos turistas que quedan. De vez en cuando se topa uno con un grupo de decididos alemanes, pero son infrecuentes y parecen otoñales y un poco tristes como el graznido de los gansos. Las galerías de arte están vacías y tan oscuras que es posible andar un kilómetro sin verte la sombra del pie.

Abrazos,
John

Barbara Frietchie era un ratón blanco que yo tenía. Sabía trepar por una cadena y una vez actuó en un circo muy avanzado en Connecticut. También apareció —con un trozo de queso— en un sombrero y me sirvió para ganar el segundo premio en el concurso de sombreros celebrado en el barco en el que hicimos la travesía del Atlántico. Se llamaba así por el personaje que se enfrenta a Stonewall Jackson en el poema de John Greenleaf Whittier que lleva su nombre. Se asoma a una ventana cuando desfilan las tropas confederadas y ondea la bandera de la Unión.

Fusilad, si queréis, a esta anciana de cabellos grises,
pero no deshonréis la bandera de vuestro país, dijo

Hasta varios años después mi padre no me contó que le había dado tanta vergüenza que pudieran sorprenderlo cavando una tumba con una cucharilla en los jardines de la Villa Borghese que había tirado el diminuto ataúd de Barbara al cubo de la basura.

2 de diciembre [1956]
Via del Plebiscito, 107

Querida Josie:

Aún me resulta más fácil escribir cartas que cualquier otra cosa; así que te contesto un minuto después de que tu preciosa carta se me haya escurrido de entre los dedos. Los niños están bien y nunca había disfrutado tanto de ellos. Susie resulta muy útil para pasar aduanas. Se ofrece a abrir una de sus maletas y cuando la encuentran llena de zapatos viejos, ropa sucia, conchas marinas y trozos de porcelana rota, nos dejan pasar todo lo demás. Las dos primeras semanas estuvimos en una *pensione* con todas las famosas incomodidades de dichos lugares y Mary y yo salíamos casi todas las noches. He leído tantos libros malos en los que aparecen niños que viven en una *pensione* romana y cuyos padres entran cada noche al comedor para despedirse con un beso, que pensé que se entristecerían. Ni mucho menos. Apenas levantaron la vista de los espagueti. Luego llegó el día en que Barbara Frietchie estiró la pata tras una triunfal travesía (el capitán la hizo subir al puente) y una espectacular entrada en Nápoles. Mary compró violetas en la Piazza di Spagna, metimos a Barbara en una caja de caramelos y me encargaron enterrarla en los jardines de la Villa Borghese, pero el suelo estaba muy duro y ahora descansa en un lugar más sórdido. Luego los niños lloraron y lloraron y dijeron que querían volver a casa, pero desde entonces están mejor. Susie va a un convento donde tiene que hacer reverencias, rezar y trabajar mucho y lo lleva con mucha dignidad. Ben sube virilmente a su autobús escolar en la Piazza Venezia. Siempre que las cosas se han complicado —y los viajes, como sabes, tienen sus abismos— ellos se han portado muy bien. Todo esto lo digo para subrayar el hecho de que tiendo a subestimar la capacidad de resistencia de la gente.

Estoy deseando saber tu opinión sobre el libro, aunque no sé cuándo lo recibirás. En marzo, supongo, aunque no estoy seguro de la fecha de publicación. El verano pasado se ofrecieron a mandarme todas las galeras que quisiera, pero en cuanto crucé el Atlántico se volvieron atrás. Intentaré que te envíen un juego. Yo no las he visto. No hay editor tan feliz como un editor con su autor al otro lado del mar.

Abrazos,
John

diciembre de 1956 e incluía obras de Bill Maxwell, Danny Fuchs y Jean Stafford además de las de mi padre. Ofrecieron a J.D. Salinger formar parte del libro, pero declinó y propuso en su lugar a Bill.

Via del Plebiscito, 107

Roma

7 de diciembre [1956]

Querido Bill:

... Creo que la sala es tan grande como cualquiera de las del Century Club. Nuestro dormitorio también es enorme con un techo precioso, pero nada más. Hay un largo vestíbulo detrás de la sala y un gigantesco salón de recepciones con una escalera y un espejo. Las habitaciones de los niños son pequeñas y hay un laberinto de pasillos oscuros que conducen a la cocina. No hemos tenido a nadie que nos ayude, lo que significa que Mary o yo barremos la sala, abrimos la puerta al lechero, hacemos las camas y cocinamos comidas raquílicas en la cocina mal iluminada. No obstante, ayer llegó una criada y ahora está levantando bíblicas nubes de polvo en mitad de la sala. El italiano de Mary es espléndido —tanto que puede ocultarme secretos. Voy a estudiar a un sitio llamado La Societa Nazionale Dante Alighieri. La profesora es una mujer gruesa de cabello gris con un traje de chaqueta, un broche enorme y coja de una pierna. A mitad de clase siempre acaba cubierta de polvo de tiza. Cuando quiere pedir silencio no para de decir: «¡Chis!».

A Mary le encanta el *palazzo* y no siente añoranza por las mañanas. Los sentimientos que me inspira a mí el lugar siguen siendo muy confusos. Su vastedad e incomodidades desafían cualquier descripción humorística. La gente se queda impresionada al entrar —cosa que me gusta — aunque no suelo darme cuenta. En una carta que recibí ayer de Filadelfia una señora —una desconocida— me decía que *Time* había incluido mis relatos, espero no haber perjudicado a los demás. Fui a pie a la Piazza Esedra y compré un ejemplar, pero debieron de salir en otro número, así que no llegaré a saberlo. La ciudad es tornadiza. Ayer soplabla viento de las montañas, había una niebla desagradable y nada me habría gustado más que hacer las maletas y volverme a casa. Hoy ha salido el sol y está preciosa. Parece que estemos en mayo y tenemos abiertas todas las ventanas. Debería acabar un cuento en uno o dos días, así que me voy a trabajar.

Abrazos,

John

Esta carta se la escribió a Mary Dirks. John y Mary Dirks son antiguos amigos de la familia. El padre de John creó la tira cómica «The Katzenjammer Kids» y John la continuó hasta que la suprimieron. John también es escultor y era una de las

personas con quienes mi padre comía a menudo. El grupo se hacía llamar el Club de los Viernes. Mary Dirks y mi madre impartieron clases en el Briarcliff College.

Via del Plebiscito, 107

Roma

17 de diciembre

Querida Mary:

Tu preciosa carta nos alegró a todos, tal como se supone que deben hacer las cartas. Por lo general estamos bastante contentos, pero esto es muy distinto de Scarborough, así que intentaré contarte lo poco que sé de la vida social en la antigua Roma. Para empezar, hay muchísima y no estoy seguro de su calidad, y es posible que sea de esos pesimistas que no sirven para comentar nada, pero lo intentaré. Ayer, por ejemplo. Ciertas personas a las que llamaré los Snodgrass dieron una fiesta de Navidad en un palacio del siglo xv que llamaré el Palazzo Snodgrass. Los Snodgrass son de Chicago y están forrados. La fiesta era para padres y niños. El ratón de Ben tenía que actuar así que lo llevé temprano. Viven al volver la esquina de nuestro palazzo y para llegar hay que pasar por las ruinas de un templo. Hasta aquí el colorido. En cualquier caso, llegamos a las cuatro y encontramos a la anfitriona y a sus mejores amigas ensayando los versos de un espectáculo de la commedia dell'arte con marionetas venecianas. Esos palazzi son indescriptibles. Todos los salones tienen un kilómetro de largo y pinturas en el techo. Para beber había un ponche de champán flojo. Tal y como me indicó la anfitriona, los mayordomos italianos no ofrecen las bebidas. Tiene que servirse uno mismo del cuenco. Luego llegó un pianista contratado y se puso a tocar música de cóctel. Es igual en Roma que en la calle Cincuenta. Me aseguré un sitio cerca del cuenco y empezaron a llegar los demás invitados. A todos los niños les dieron un gorro de piel y un cucurucho de helado. Casi todas las señoras eran divorciadas. Este año los vestidos son muy ceñidos y la elasticidad de las fajas de una sala habría tenido la fuerza de una explosión atómica. Si alguien hubiese tirado mil dólares al suelo, ni una sola señora habría podido agacharse a recogerlos. A las seis empezó la commedia... en italiano, claro. Luego actuó el ratón de Ben y el telón se cerró dando tirones —como todos los telones en los espectáculos de marionetas— y volvió a abrirse para mostrar una escena nevada con un ángel y todos nos pusimos de pie y cantamos «Noche de Paz» y «Navidad, Navidad» de modo muy triste y alocado: todas las trémulas voces norteamericanas se alzaron bajo las vigas doradas entonando «Navidad, Navidad». Unas cuantas divorciadas lloraron. Luego se encendieron las luces y empezó la fiesta, por así decirlo, pero me aburrí y me volví a casa. Paré en una panadería a comprar *cornetti* para el desayuno. El panadero sacó uno de los ratones de Ben de la jaula y asustó a su mujer. Era una mujer muy gorda —a quien en realidad no le dio ningún miedo—

pero fingió chillar y esconderse detrás del mostrador, lo cual divirtió a todos y atrajo a varios viandantes a la tienda. He ahí, con sus más y sus menos, una típica noche en los alrededores de la vía del Plebiscito.

Muy feliz Año Nuevo. Nos gustaría estar en casa de los Boyer, dadles muchos recuerdos y acordaros de nosotros cuando den las campanadas.

John

Peter y Ebbie Blume eran amigos de los Cowley y los Cheever. Peter es pintor.

Vía del Plebiscito, 107

7 de enero

Querido Malcolm:

Te estoy muy agradecido por la generosidad de tus cartas. Había muchas preguntas sin respuesta en el libro y la razón es que soy un idiota testarudo. Las preguntas se plantearon con mucha educación, pero me negué a responderlas con la sensación de que por una vez estaba a mi aire y no tenía por qué cambiar ni explicar nada... Melissa es demasiado joven para tener veintisiete años y tal vez llegue a tiempo de corregirlo en las pruebas. Disfruté escribiendo el libro y no sabes lo mucho que me alegra que a ti te gustase leerlo. Ha sido un arduo esfuerzo y siempre me has ofrecido tu ayuda y tu interés.

Vemos mucho a los Blume, que son más amables y animados que ninguna otra persona que haya conocido. Hablamos mucho de la posibilidad de que vengas a vernos con Muriel. Te gustaría y podrías hacer mucho por animar la academia...

Esto es un palacio enorme, lleno de corrientes de aire y muy bonito con una larga sala y un techo dorado, pero me siento incapaz de describirte Roma o el palacio. Después de pasar tanto tiempo en un mundo en el que un partido de rugby o un simple cotilleo eran el máximo suceso del día me encuentro desbordado por los acontecimientos de los dos últimos meses. Al volver de clase esta mañana (estudio italiano en una fundación para extranjeros) llegué a la Piazza que hay enfrente del Panteón que estaba llena de luz, gente y agua y luego me colé por un pasaje, frío como el hielo, donde había un descomunal pie de mármol —los restos de un coloso— y un intenso aroma a pan caliente. Ayer fue Capodanno con elefantes en la Piazza Venezia y después de darle a Susie un beso de buenas noches me asomé a su ventana y vi a la Principessa Doria en el patio, estrechando la mano a la gente en compañía de una procesión de monjas holandesas. La

principessa era antifascista y pasó la ocupación escondida en un sótano del Trastevere. Es una larga historia, pero muy distinta de las largas historias de Scarborough.

Besos a Muriel. Mary está muy tranquila y nada la preocupa. Los niños están bien.

Abrazos,
John

Via del Plebiscito, 107
25 de febrero

Querido Bill:

¿Qué tal una anécdota sobre el dominio de los idiomas que tiene Irwin Shaw? Me la contó una joven romana que había tomado una copa con él en el Excelsior antes de ir a cenar. Al salir del hotel Irwin se detuvo ante el mostrador y pidió en italiano su correo. Empleó tal jergonza que la joven se ofreció a servirle de intérprete pero él respondió que no era necesario. La institutriz de su hijo, explicó, era italiana y él hablaba con gran fluidez. Entregaron a Irwin su correo —un grueso fajo de cartas— y los dos salieron al coche con chófer que Irwin utiliza cuando está en Roma. «Le pediré al chófer que me guarde el correo», explicó e inició otro ataque contra la *bella lingua*. «*Si, si* —respondió el chófer cuando Irwin terminó—, *si signore*.» Luego, mientras Irwin subía encantado al asiento de atrás el chófer fue calle abajo y echó las cartas de Irwin al buzón.

He tenido noticias de Irwin, que me ha invitado muy amablemente a Klosters, pero no puedo dejar a Mary ahora. Primero el médico dijo que tenía toxemia; luego un edema. Después, la puso a dieta de espinacas —solo espinacas— y unas píldoras... Ahora parece estar mejor, pero está a punto de dar a luz y no puedo marcharme. Fui a Nápoles a despedirme de los Warren y también llevé a Susie a pasar un fin de semana en Florencia, pero ahora no me iré a ninguna parte hasta que nazca el bebé. El Banco del Ministerio de Finanzas interpretó ayer la Séptima de Beethoven en el Foro. Pensé que eso adelantaría el parto, pero no. Ni tampoco los extractos de *Lucia de Lamermoor* que siguieron después.

Lo único que me preocupa es el trabajo, pero imagina que empezase a trabajar estupendamente, ¿qué ocurriría? Nunca podríamos volver a casa. Susie acabaría bebiendo ginebra en Port Said y yo moriría en Rapallo. No trabajo tanto como debería, sobre todo porque el techo está demasiado lejos de mi cabeza. Mis pensamientos o bien suben y se golpean contra las molduras doradas o se desploman desde lo alto, nunca parecen estabilizarse. Como dicen los inválidos, es como volver a aprender a andar. Después de todo, nunca antes había tenido que describir nada como un obispo cayéndose por las escaleras en Asís en plena tormenta. Y además están el bebé, el libro y

mis esfuerzos por dominar el italiano; aunque creo que sobre todo es el libro. Apenas he escrito nada desde que lo terminé y me sentiré mucho mejor cuando sea agua pasada.

Abrazos,
John

Via del Plebiscito, 107
Roma
26 de febrero

Querido Malcolm:

Mary todavía no ha tenido *il* bebé y seguimos esperando. Nacerá en cualquier momento y no sabes lo que daría a cambio de que se abstuviera de subir a los tranvías romanos. Y lo mismo les ocurre a los conductores de tranvía. Pero lo está pasando bien y no ha tocado una sartén desde diciembre.

He pedido a Harper que te envíen un ejemplar encuadernado. Han hecho un buen trabajo en todos los sentidos. Mi ejemplar llegó ayer y, ahora que lo he visto impreso, tengo la sensación de haber terminado con él. Y ya iba siendo hora. Lo acabé hace siete meses y desde entonces apenas he hecho otra cosa que sentarme en el váter y recibir felicitaciones imaginarias.

Recuerdos a Muriel, Mary os envía besos a los dos, os escribiré en cuanto nazca *il* bebé. Sería estupendo que vinieseis a vernos.

Abrazos,
John

Via del Plebiscito, 107
22 de marzo

Querido Bill:

Federico es el nombre con el que lo hemos registrado como ciudadano romano en los libros de la Comune di Roma. Queríamos llamarle Frederick, pero por supuesto aquí el alfabeto no incluye la letra K y desistí al cabo de una o dos horas. Cheever es imposible y tengo que deletrearlo cada vez *Che aca a ancora a vue a ire*. En las oficinas de la Comune, que gestionan los asuntos de dos millones de personas, no hay una máquina de escribir ni un archivador. Parece sacado de Gogol. Hay miles y miles de funcionarios con sellos y trapos sucios que se pasan el día escribiendo. Los registros se guardan en libros gigantescos o en legajos atados con un cordel. Ese sistema tan

encantador no funciona. Me ha costado cuatro días registrar al pobre Federico... pero es un niño muy guapo con la cabeza bien formada y casi no da trabajo.

Mary pasó en el paritorio una media hora. Las monjas con sus hábitos blancos y sus voces amables fueron muy serviciales. Su habitación tenía un balcón con vistas a la Villa Sciarra (ruiseñores y pavos reales) tras la cual se alza la ciudad dorada o de color calabaza, dependiendo de la luz. Todo salió mucho más barato de lo que habría costado en Estados Unidos. Hace tanto tiempo que no teníamos un bebé en casa que había olvidado lo divertido que es. Parece muy limpio, por lo general huele bien y parecen gustarle los techos. Los niños lo adoran y empujan su cochecito, aunque a veces el pobre Ben parece intuir un terrible cambio en el aire y aquí no tiene su gran consuelo: el campo.

Debería estar trabajando, pero me paso el día esperando las reseñas. Y no solo las espero, sino que las escribo. Las he escrito todas, incluso la del *Albany Times*. Si el *New Yorker* llega a publicar alguna, ¿podría enviarme Tom un recorte? Pero estas tonterías se pasarán pronto. Creo que compraré un coche y le alquilaré a Eleanor la Rocca para el verano... Irwin estuvo aquí el tiempo suficiente para recoger un Alpha R y dar una fiesta. Ahora iré a comprarle un regalo a Mary y a estudiar mis verbos irregulares. También te enviaré una placa de puerta romana.

Abrazos,
John

En 1957 escribió un párrafo en su diario sobre las pinturas de una villa en Caparola. Sus conjeturas sobre lo que debían de haber sentido los artistas sobre su trabajo dicen mucho sobre lo que sentía sobre el suyo: «El cuadro, como casi todos los de la villa, se distingue por su encanto y su exuberancia. Había tanto que pintar —una labor inagotable— y cuánto debieron de disfrutar retratándose a sí mismos, a sus mujeres y amantes y a sus hijos como santos, apóstoles y miembros de las cortes de Francia y España. Debió de ser divertidísimo».

Saul Bellow acababa de tener un hijo llamado Adam. Adam también es escritor.

Via del Plebiscito, 107
Roma
28 de marzo [1957]

Querido Saul:

Mike Bessie me envió tu carta y me alegra mucho que leyeras el libro y te gustase; me alegra y lo agradezco. Buena Conducta tiene razón. Te dan el premio por ser el hombre con más talento y que ha demostrado mejor comportamiento al explorarlo.

Y enhorabuena por tu hijo. Nosotros tuvimos uno más o menos a la vez y es posible que,

cuando crezcan, puedan unir sus fuerzas. Bellow & Cheever. Un establo. Una compañía naviera. Una licorería. Nada de antologías.

Con mi sincero agradecimiento,

John

Cuando mi padre recibió la carta de Saul, escribió en su diario:

Ha llegado un ejemplar del libro y también una generosa carta de SB y estoy aturdido o al menos molesto —sobre todo por miedo a caer en el pecado del orgullo; me cuesta ser humilde. Pero si el libro es bueno ha sido por pura suerte y no tiene sentido pensar que es producto del trabajo, la dedicación esforzada, etcétera, etc. Aunque, mareado de emoción, salí a comprar cigarrillos y la chica guapa de la cafetería, un auténtico bombón, me miró con desinterés, así que estoy destrozado y vuelvo a ser el mismo...

La operación a que alude era la circuncisión de Fred. Mientras estuvo en Italia, a mi padre le costó escribir relatos.

Martes [1957]

Querido Bill:

He comprado una cinta nueva para la máquina de escribir, pero la parte derecha de la máquina parece a punto de romperse; no obstante, igual que la operación de Fred, tendrá que esperar a que volvamos a casa. Sé que no acabo de adaptarme a Italia, pero como mejor percibo la naturaleza de mi fracaso es en compañía de mi amigo Ned Chandler, es un (investigador) Fullbright, que vive en una *pensione* y a quien acabo de inventar. Por decirlo con crudeza Ned es un moralista —puro— y malgasta el tiempo en Italia intentando husmear la naturaleza moral de las cosas. Lo veo a menudo y conozco muchos de sus defectos, pero esta tarde me referiré solo a su amistad con Maitland Rush, a quien conocen casi todos los miembros de la colonia de habla inglesa en Roma. Maitland es millonario, lo cual no es raro en Italia. Hay un montón desde Florencia a la península de Sorrento... la mayoría hijos de hombres emprendedores, originales y hechos a sí mismos. No han conseguido estar a la altura de las expectativas exigentes y en ocasiones ridículas de sus padres y se han retirado a Italia a escribir, pintar, coleccionar muebles y gastar su dinero. Si preguntases a qué se dedicaba Maitland —cosa que casi nadie pregunta en Roma— te responderían que era violinista. Nunca actuaba en público. No le hacía falta, decía la gente. Todo el mundo sabía que era un violinista muy aplicado. Iba a su estudio cada mañana a las nueve y no se le podía molestar hasta las cinco, cuando volvía a su palacio a tomar el té. Ni siquiera se le podía molestar en caso de emergencia, como cuando su hijo se cayó por las escaleras y se partió el cuello. Vivía con sus hijos y su amable, aunque obesa, mujer en las quince o veinte

habitaciones de un espléndido palacio. Estudiaba tanto que su vida social era muy limitada. Nunca salía a comer y solo salía a cenar una o dos veces por semana, pues demasiadas actividades interferían con su música. No obstante, el pobre Ned había empezado a cuestionar aquellos hechos tan sencillos. Qué clase de instrumentista, preguntaba, se niega a actuar en público. Qué clase de hombre dedica diez o veinte años de su vida a perfeccionar una técnica de violín que nadie había oído nunca. Ned debería haberle dejado en paz. Maitland tenía un cocinero excelente y vinos no menos excelentes y a Ned le gustaba ir a cenar a su casa, aunque le irritaba que Maitland mandara llamar al cocinero al final de la cena y se quejara en italiano de la sal de la sopa. Pero debería haber fijado solo en eso su irritabilidad y haber dejado en paz la carrera de su anfitrión. No era asunto suyo.

El caso es que se había planteado la duda —debió de plantearla alguien más cercano a Maitland que Ned— y Maitland decidió dar un recital en su palacio. Envío cien invitaciones, alquiló ochenta sillas doradas, y cuando Ned llegó aquella noche vio que había quince o veinte personas sentadas en las primeras filas aunque era ya tarde. El gran salón, iluminado con cientos de velas, los famosos frescos del techo (Alejandro domando a Bucéfalo) y la enorme cantidad de rosas solo sirvieron para aumentar la preocupación y las sospechas de Ned. Pronto aparecieron Maitland y el pianista —con corbata blanca— y el concierto empezó. Fue terrible. Cualquiera de nosotros se habría limitado a callar, admirar las pinturas del techo y esperar pacientemente a que sirvieran las bebidas y el refrigerio. Ned no. Sufrió cada minuto como un animal en un cepo. Se movió en la silla como si él fuese el violín que estaban rascando. El sudor le caía por la frente. Se me ha dormido la nalga, pensó, el esmoquin me aprieta en la entrepierna, es una noche única de mi vida y se me paga con un sufrimiento horrible. Miró torvamente a su anfitrión pensando en el fraude de aquella vida consagrada a estudiar violín y en cómo debía de haber pasado veinte años en su estudio durmiendo siestas, leyendo novelas de detectives y matando moscas. Maitland no sabía tocar —él mismo era consciente y llegado un momento se encogió de hombros e hizo una mueca—, pero el pianista le ordenó que siguiera y lo intentó. Su problema era difícil. Sin talento ni entusiasmo, y con un millón de dólares para gastar, había intentado dar a su vida cierto orden y disciplina y probablemente no fuese culpa suya que hubiese dado un nombre tan pretencioso a su ociosidad. Cuando terminó la pieza y llegó el intermedio, Ned tenía la ropa tan empapada de sudor que le resultaba incómodo moverse. Miró a la gente que había en los asientos y tuvo la sensación de estar rodeado de homosexuales —no de esos de ojos caídos— sino de jóvenes frívolos que se pusieron a hablar de cocina y a planear una excursión al campo para coger flores silvestres del jardín de la casa donde vivían todos. Cuando Ned les habló, empezaron a alabar la música —qué cosa tan divina— con una descarada falta de sinceridad que no parecía costarles el menor esfuerzo. Ned fue al cuenco del ponche que resultó estar lleno de Frascati aguado con sabor a zumo de zanahorias. Acababa de probarlo cuando vio acercarse a su anfitriona y dio un

respingo. Tumbó una silla, chocó con un desconocido y sin disculparse, despedirse, ni demostrar buenos modales (y olvidándose de recoger el sombrero) salió corriendo a la calle. Si se hubiese quedado habría comprobado que el refrigerio era excelente y el vino también, pero en lugar de eso se dedicó a deambular por Roma enfadado y hambriento. Ya ves qué idiota está hecho y espero verlo pronto yo también.

Abrazos,
John

Vittoria y Iole eran dos criadas. Se refiere a Archibald MacLeish, el poeta. Los Doria eran los dueños del edificio donde estaba el apartamento que alquilamos.

Via del Plebiscito, 107
28 de marzo

Querida Eleanor:

No te he respondido *al presto* porque quería decidirme sobre la Rocca, tal como acabo de hacer. Nos encantaría; por favor dime si es demasiado complicado o si he tardado demasiado en decidirme, en cuyo caso no hay más que hablar.

Lo que ocurrió antes de que naciera el bebé fue que el jueves y el viernes Mary parecía muy rara y despistada y reconoció cosas como que no había pagado a la modista que hizo el abrigo de Susie. Luego el sábado empezaron los dolores, pero se negó a llamar al médico e invitó a Ronald Ang-dingh a venir a jugar con Ben. Los dolores continuaron y a mediodía llamé al médico a pesar de sus protestas y él insistió en que la llevásemos al hospital para examinarla. Eso fue a las cuatro. Fue arrastrando los pies todo el camino, se negó a llevar una maleta y le dijo a Vittoria que volvería a cenar. La dejé en el hospital, donde confesó que no había pagado su falda de cuadros escoceses, y llevé a Ronald a su casa. Vive lejísimos. Cuando regresé al hospital, Mary estaba sola en la habitación con muchos dolores, pero apenas llevaba allí un minuto o dos cuando una monja se la llevó y volvió quince o veinte minutos después para decirme que había tenido un hijo. Luego llegaron los Blume con whisky y cigarrillos. Es un niño muy guapo. Al menos eso me parece. Cuando Iole lo vio por primera vez gritó: *Il Duce, Il Duce*. Ahora lo coge en brazos y cacarea *Piccolo, piccolo, piccolo Mussolini*.

Aquí hace calor y las calles huelen igual que el mar. Los *fratti* se han quitado los calcetines y llevan las sandalias con el pie descalzo... He visto al Papa en su Sedia Gestatoris y también he

tomado el té con los Doria. Hay un ruiseñor que vive en un canalón (o en un árbol) del Palazzo Venezia y se pasa la noche cantando... Y luego hubo una noche en la que los MacLeish olvidaron la llave de su Portoni en Caetani, y les dije que iría a por el Secura para que les abriese la puerta. Borracho y parlotteando un batiburrillo de italiano llevé a los pobres McLeish de aquí para allá un par de horas. Por fin escaparon en un taxi a la Academia donde parecen haber encontrado una cama... Me alegro de que te gustase el comienzo del libro y espero que te guste el final. Todos os envían recuerdos y os echamos de menos.

Abrazos,
John

Helen Puner es una vecina y amiga de la familia. Acababa de leer *Crónica de los Wapshot* y había escrito para decir que le había gustado.

Via del Plebiscito, 107
29 de marzo

Querida Helen:

Eres muy amable y no sabes lo mucho que te lo agradezco. Borra esa repugnante sonrisa de tu cara, me ha dicho Mary en cuanto he acabado de leer tu carta, pero ahora he salido a la galería y estoy sonriendo y sonriendo en privado y riéndome y carcajeándome. Creo que he tenido mucha suerte con las reseñas y espero que se venda bien. Esta mañana voy a ir a comprar un coche; o al menos voy a intentarlo. Luego intentaré conducirlo, pues el tráfico aquí es literalmente homicida. Nada más llegar, cuando los Fiat te arrancan los botones de la chaqueta piensas «Sí, bueno, pero no matan a nadie». Luego ves a una anciana volteada por una Vespa y rodando por la Piazza Rotonda como un barril de cerveza y ya no estás tan seguro. Después te enseñan las estadísticas, ves que en un año hay más atropellos que muertos en los combates de gladiadores y mientras recorres el corso empiezas a formarte juicios morales sobre la vida en Roma.

Mary está bien y lo que empezó siendo Frederick es ahora Federico, un niño muy bueno que también está muy bien, pero hoy hace un día frío y nublado, las wisterias están en flor y echo de menos mi país, y los niños también. La única información que tengo hoy es sobre la princesa Doria. Es encantadora, vaporosa, ingeniosa y la última de un linaje que empezó con Numa Pompilius, pero no soporta a los hombres. En la torre ha anidado un búho (encima de una familia de Filadelfia) que se pasa la noche ululando una canción sobre el final de la familia. Traen duques y condes de Inglaterra para sacarla a bailar, pero a ella no le gustan. Dan ganas de

proponerle ir al psicoanalista, hasta que uno repara en que una princesa no puede tumbarse en un diván. Así que, como dice Ben, todos tenemos nuestros problemas.

Abrazos,
John

Mi padre vendió solo un cuento a *The New Yorker* el año que pasamos fuera. Tal vez fuese porque había terminado la *Crónica*, pero también es posible que fuera que el ambiente le resultara extraño.

Via del Plebiscito
Roma
14 de junio [1957]

Querido Malcolm:

El colegio de Ben cierra hoy y se supone que tenemos que partir a primera hora hacia la Rocca, sin embargo Mary no hace más que retrasar el momento. Además tengo que conseguir un pasaporte para Federico, y la gestión tardará otros diez días. Embarcamos el dos de septiembre, pero los meses en el campo pasarán muy deprisa como ocurre siempre y Mary ya ha empezado a intentar posponer la fecha de partida. Dice que sería mucho más fácil para ella hacer las maletas en primavera, pero yo estoy deseando volver a casa. Se acaba perdiendo el contacto. Los exiliados que llevan aquí tres y cinco años se sientan por ahí hablando de lo horribles que son los Estados Unidos. Afirman que solo se come comida congelada y que todo el mundo tiene una televisión en el salón. Que tiene que ir a hacer la compra uno mismo, etc. Dios sabe que echaremos de menos a las criadas. Se ocupan de todo menos de afeitarme y atarme los zapatos. Me ayudan a ponerme el abrigo y antes de que lo perdiera me cepillaban el sombrero. Pero me cuesta mucho trabajar y creo que me habría sido más fácil si nos hubiésemos instalado en el campo. Hemos pasado los fines de semana en Anticoli y en cuanto llego allí mi cabeza bulle de ideas, sin embargo, cuando volvemos a Roma es como si las tapara el ruido de los tranvías. Tal vez me vaya mejor cuando lleguemos a la Rocca.

Abrazos,
John

La Rocca es una enorme fortaleza de piedra que da al Mediterráneo en la hoy elegante comunidad italiana de Port'Ercole. Ahora la han restaurado, pero cuando nos alojamos en ella era una ruina magnífica. Las mazmorras estaban cubiertas de latas

oxidadas y zapatos viejos. Incluso había algunos huesos, aunque no estaba claro que fuesen humanos. Compartíamos el patio principal con una cabra que estaba perdiendo el pelo, un par de pollos y una veintena de gatos famélicos. El váter no tenía cisterna y usábamos un cubo de agua. Mi padre ofreció una descripción y algunos sentimientos sobre un lugar que se parece mucho a La Rocca al inicio del cuento «La edad de oro», que se publicó en *The New Yorker* en septiembre de 1959.

La idea de los castillos que nos hemos formado en la infancia es inalterable, entonces ¿por qué tratamos de modificarla? ¿Para qué señalar que en el patio de un auténtico castillo crecen cardos y que un nido de culebras verdes guarda el umbral del desvencijado salón del trono? He aquí la torre del homenaje, el puente levadizo, las almenas y los torreones que conquistamos con nuestros soldados más valientes mientras estábamos postrados en cama por la varicela. El primer castillo fue inglés, y este otro fue construido por el rey de España durante la ocupación de la Toscana, pero el sentimiento de la supremacía imaginativa —el prestigioso señorío de la nobleza— es el mismo. Nada es insignificante en este tema. Resulta emocionante tomar un martini sobre las almenas, emocionante bañarse en la fuente, emocionante incluso bajar la escalera, de regreso al pueblo después de la cena, y comprar una caja de cerillas.[7]

Cuando leí la carta siguiente me sorprendió descubrir que mi padre había intentado despedir a Iole Felici, la cocinera. Iole había ido a Roma a trabajar para nosotros. Soltera y sin hijos, se enamoró perdidamente de mi hermano Fred. Todavía le gusta contarnos que Fred prefería la comida que ella le preparaba a la leche materna. Iole vino con nosotros a los Estados Unidos en otoño de 1957 y ha seguido siendo una fuerza activa en todas nuestras vidas.

Se supone que mi padre intentó despedirla antes de que fuésemos a la Rocca porque Eleanor Clark le había advertido de que Ernesta, la mujer que dirigía el lugar, acabaría discutiendo con ella. Y así fue, se odiaban a muerte. La Signorina era la dueña del castillo.

La Rocca
Porto Ercole
(pr di Grosseto)
Seis de julio (creo)

Querido Bill:

Llegamos el viernes, presumiblemente para pasar el verano. (Me he hecho un corte con una hoz en la mano derecha y escribo peor que nunca), el lunes volví a Roma a por el resto del equipaje (juguetes mecánicos y trajes de fiesta) y volveré el lunes que viene para ocuparme de algunos asuntos, ojalá me esté esperando una carta tuya). Despedimos a la cocinera, pero aun así se vino con nosotros y ahora tenemos tres criadas (Ernesta, Iole y Vittoria) y unas instalaciones muy precarias para lavarnos e ir al cuarto de baño. Desde el punto de vista higiénico están a la par con las de las regiones más oscuras de la India, pero el mar es de un intenso color púrpura y la ginebra es maravillosamente curativa, creo. Continúo con La Bella Lingua y ahora recibiré clases de La Signorina. Eleanor nos había contado a todos su desdichado amor por un Príncipe de la Iglesia pero nunca me había dicho que la anciana señora medía solo un metro de estatura, tenía ojos de ratón y era tan avara que cena un mendrugo de pan. Todo florece con este calor: los chicos, las chicas, los higos, las palmeras y los excéntricos y cuando bombardearon Porto Ercole y la gente corrió a refugiarse tras las murallas, la anciana señora se plantó ante el puente levadizo

e intentó cobrarles el acceso. Se nota que el castillo es renacentista porque en los puntos más vulnerables —los lugares por donde se suponía que los turcos intentarían tomarlo por asalto— hay hermosos detalles arquitectónicos. Ojalá la playa estuviese más limpia, aunque supongo que si lo estuviera habría normas sobre los trajes de baño y la gente empezaría a preocuparse por la modestia, la virtud, la impotencia, la indigestión y el estreñimiento y el mar dejaría de ser de color púrpura. Se preocupan por su hígado. Como todo el mundo.

Hace mucho calor, entre las doce y las cinco esto parece África y todo el mundo duerme la siesta. Incluso los asnos dejan de rebuznar. Pero a partir de las cinco es precioso y el sol se levanta a las cuatro. Igual que Federico. Iole sigue intentando capturar pajarillos en la mampostería para hacerlos guisados, aunque los pájaros siempre se le escapan. Eleanor me asegura que Iole y Ernesta acabarán peleándose, pero qué más da...

Auguri,
John

La Rocca
Porto Ercole
Pridi Grosseto
Sábado

Querido Bill:

La gente es muy guapa, y creo que sigue siéndolo porque hay muy pocos *stranieri*. Quiere ser guapa y no creo que eso siga siendo posible en el mundo moderno. Nunca he visto una mezcla tan llamativa de vanidad y absoluta inocencia. Los muchachos llevan bañadores de colores llamativos, las jóvenes se tapan con mucha modestia y se cogen de la mano y juegan a un juego que nuestros niños llaman Tapar el hueco y que parece tan antiguo como el mar. Me siento en una roca a observarles con mi bañador largo de Brooks Brothers, que lleva un bañador debajo del bañador para evitar cualquier sugerencia embarazosa. Pensé en comprarme algo más deportivo, pero todos pusieron el grito en el cielo —sobre todo Iole y Susie, que gritaron más que nadie. Mi bañador no solo es ancho, sino que cuando buceo se llena de aire como un globo. Pero la gente de aquí no tiene la misma complexión que los norteamericanos, tal como se vio hace unos días cuando un apuesto norteamericano paseaba por la playa. Daba la impresión de que fuese un error.

John

John Becker era un escritor y editor de revistas.

Via del Plebiscito, 107

Lunes

Querido Bill:

Tengo que idear otra manera de escribirte: gráficos, acuarelas o códigos. Una de las primeras cosas que escribí en mi diario al llegar aquí fue: deja de intentar escribir cartas coherentes a Bill, pero aún sigo intentándolo. En mi observatorio de la Rocca, en la terraza de los Becker en Anticoli, en un palco en la ópera, en la bañera bebiendo martinis, en la villa en Caparolla, en el Fiat, en las numerosas rocas musgosas del Lazio, aquí en la silla del trono, en la playa de Porto Ercole, en la cama a las tres de la mañana (después de que me despierte un ruiseñor que, por lo visto, vive en una tubería del Palazzo Venezia), en autobuses, trenes, góndolas e iglesias, pienso: ahora le escribiré a Bill una carta coherente. Pero nunca lo conseguiré. Está a la par con lo que ocurre con mi diario y las rosas, por ejemplo, un asunto del que no he hablado, necesitaría un libro entero.

Lo que pasa es que los Becker nos han prestado su villa los fines de semana y las rosas crecen en el balcón del dormitorio. Lo alternamos con la Rocca que es silvestre y precioso. A un amiga le robaron seiscientos dólares y el pasaporte en el vestíbulo del Excelsior y la cocinera, Iole, dice que se morirá si la separan de Federico. Me encanta Federico... Ben celebró aquí su fiesta de cumpleaños. Mañana por la noche iré a ver *Otello* por segunda vez. Y, tras haber planeado escribir una carta sobre algo, concluyo como siempre enviándote...

Abrazos, John

Palazzo Doria

Via del Plebiscito, 107

10 de agosto

Querido Bill:

El cambio de las señas se debe a una explosión producida ayer en la Rocca. Las cosas con Ernesta, la cocinera de Eleanor, estaban un poco tensas desde que volvimos de Siena... En cualquier caso el siroco empezó a soplar el miércoles. Mary y yo fuimos a nadar el jueves, aunque era peligroso, porque habían visto un tiburón junto a la barra arenosa. El viernes por la mañana el farero invitó a los niños a coger higos de una higuera que hay cerca del faro. Cuando Ernesta los vio empezó a gritar. Iole estaba en la terraza con Federico. Era su *festa*, cumplía

cinco meses y llevaba su camiseta blanca, sus pantalones rojos, calcetines altos, zapatos de gamuza y una gorra con una visera y un barboquejo *per fare il polo*. Ernesta les quitó los higos a los niños y Iole gritó *vada al'inferno, strega. Vada al'diavolo*, gritó Ernesta. Luego se dijeron muchas cosas que no pude entender y Ernesta se puso histérica y se plantó entre los cardos y los zapatos viejos del *cortile* y empezó a dar patadas con el pie derecho y a gritar *kakakakaka*. Bajé para intervenir y lo mismo hizo Mary, que estaba pintando una acuarela en la vieja torre. Luego se nos unió Fosco, el marido de Ernesta, que se puso a rebuznar como un asno y una hora después llevé a la familia a Orbetello y los metí en un tren a Roma. Susie y yo volvimos a la Rocca a por las maletas. Pagué a Ernesta el salario de un mes, le dije que no quería volver a verla jamás y volvimos por la via Aurelia, supongo que por última vez este año. Iole se había llevado todo de la cocina de la Rocca —sal, pimienta, azúcar, etc.— y a las ocho en punto teníamos sobre la mesa una cena excelente. Hizo que me sintiera como en casa.

Abrazos,

John

DE VUELTA EN AMÉRICA

El otoño de 1957 regresamos a Scarborough.

Scarborough

22

Querida Josie:

Me alegró mucho tener noticias tuyas y no te he respondido antes porque nuestra casa está tan llena de hombres, mujeres y niños —y también perros—, que no he podido encontrar una mesa libre donde poner la máquina de escribir. Te escribo desde un despacho de Ossining, que no acaba de ser de mi agrado. A principios de septiembre nos embarcamos en Nápoles y nos trajimos con nosotros a Iole. Es estupenda y todos continuamos hablando italiano y comiendo pasta y no echamos de menos Italia. Excepto Susie que, después de pasar el año quejándose de Italia ahora tiene la mirada llena de añoranza y dice que ojalá estuviese en el convento.

Pero lo cierto es que estoy encantado de estar en casa. Me gusta el otoño aquí. Me gusta poder entender lo que oigo y tengo la esperanza de volver a trabajar. Al menos aquí mis esperanzas son más vigorosas que en Italia, donde no hice nada. Quiero volver —igual que Susie— pero no hasta tener suficiente obra a mis espaldas. No he hecho nada que valga la pena desde que terminé el libro. Fui a Yaddo un par de semanas y descubrí que era mucho más fácil trabajar sin un perro en el regazo y un bebé en los brazos, pero parezco haberme acostumbrado a esas distracciones y sin ellas me siento perdido.

Abrazos,

John

Mi padre fue elegido para formar parte del National Institute of Arts and Letters en 1957. «Ah, tururú, tururú / tururú tú / somos chicos de instituto como tú / Oh, no somos pesados / ni somos plastas / somos eruditos y con eso basta.» Poco después de su elección empezó a recitar eso a sus hijos, pero nos advirtió que no repitiéramos los versos en público. Su irreverencia tenía límites. Uno de sus primeros actos como miembro fue nombrar a Saul Bellow. Felicia Geffen tenía el título de secretaria ejecutiva del National Institute of Arts and Letters y de la American Academy of Arts and Letters, cuyos miembros se elegían entre los del Instituto. También gozaba de la admiración de mi padre.

Scarborough, Nueva York
9 de octubre de 1957

Querida señorita Geffen:

Muchas gracias por haber sido tan paciente con la candidatura de Saul Bellow. En Roma los únicos miembros del Instituto éramos el señor Ciardi, Peter Blume y yo cuando presentamos la candidatura. El señor Blume nunca había leído una novela del señor Bellow y por tanto declinó secundar su candidatura. Eso explica que nos faltara una firma. No incluí una recomendación cuando le escribí porque pensé que algún otro habría propuesto al señor Bellow. Espero que la que incluyo ahora le parezca apropiada.

Atentamente,
John Cheever

[Adjunto]

John Cheever

La primera novela publicada por Saul Bellow, HOMBRE EN SUSPENSO, apareció en 1944. Muchos críticos respetables la consideraron la carta de presentación de un escritor muy original. En sus siguientes novelas —LA VÍCTIMA y LAS AVENTURAS DE AUGIE MARCH— el señor Bellow ha desarrollado sus considerables dotes con tal energía y osadía que hoy es el escritor más original de los Estados Unidos. Nadie ha hecho tanto para mostrar, de manera creativa, la versatilidad de la vida y la lengua en este país.

Escribió esta carta dirigida a John Weaver en marzo de 1958. El premio era por *Crónica de los Wapshot*. Al leerla supuse que se había inventado lo de los jueces. Ignoro si tenía tres amigos, pero los jueces de narrativa del National Book Award de ese año fueron Van Wyck Brooks, Albert Guérard, Elisabeth Ann McMurray Johnson, William Maxwell y Francis Steegmuller. Tanto Bill como Francis eran buenos amigos suyos. Clifton Fadiman es el crítico y escritor. Robert Penn Warren ganó el premio de poesía por *Promises: Poems 1954-1956* y Katherine Drinker Bowen ganó el premio de ensayo por una biografía de sir Edward Coke titulada *The Lion and the Throne*. Randall Jarrell, el conferenciante invitado, era asesor de poesía de la Biblioteca del Congreso. El chimpancé era J. Fred Muggs. Apareció regularmente en el show de Dave Garroway. Según John Weaver, Jean Stratton Potter es Gene Stratton Potter, el popular escritor entre cuyas obras se cuentan *A Girl of the Limberlost* y *Birds of the Bible*.

Scarborough
Sábado

Querido John:

Te daré algunos consejos, por si alguna vez quieres ganar el National Book Award. En primer lugar necesitas tener al menos tres amigos entre los jueces y luego unos nervios bien templados, una vejiga resistente y cantidades ingentes de bourbon. El lunes grabé, cómo lo llaman, seis cintas. Entrás en uno de esos agobiantes estudios donde hay un hombre de ojillos pequeños y voz profunda, una mesita, dos sillas plegables, un piano y un contrabajo. Luego el ingeniero de sonido aparece detrás de una mampara de vidrio y te habla de sus problemas de estómago. Siempre lo hacen. Después te hacen una señal, la lengua se te hincha hasta adquirir dos veces su tamaño normal y el hombre de los ojillos te pregunta con voz tonante qué opinas de los lectores norteamericanos. Después de pasar por eso seis veces acabé tan cansado que no pude pegar ojo y el martes por la mañana eché un trago de bourbon a eso de las diez y media. Luego Mary me confesó que se había comprado un vestido nuevo que costaba cien dólares. Aseguró que era más barato comprar un vestido nuevo para llevar sin sombrero que comprar un sombrero para llevar con el otro vestido nuevo. Fuimos en coche a Nueva York y nos dirigimos al Salón B del Entresuelo C del hotel Commodore, donde había mucha gente tras unos cordones de terciopelo... Después Clifton Fadiman anunció que iba a darnos una placa y mil dólares, pero solo nos dio la placa. Luego nos la quitaron. Acto seguido, volvió a dárnosla y volvieron a quitárnosla. A continuación, fingimos firmar libros... y Fadiman volvió a darnos la placa y a quitárnosla. Después fui al cuarto de baño. Luego, fuimos al piso de abajo donde había aún más gente. La entrada costaba diez dólares. Fadiman le dio la placa y un cheque a Red Warren. Después Red pronunció un discurso de diez minutos sobre el poema como estructura y la estructura como poema y se sentó en una silla que tenía un cartel que decía: GANADOR DE POESÍA. A continuación, Katherine Bowen pronunció un discurso, pero no lo escuché por miedo a olvidar el mío. Después pronuncié mi discurso y me senté en una silla que decía GANADOR DE NARRATIVA y Randall Jarell, que parecía recién afeitado, soltó un largo discurso que en esencia se reducía a decir que Bennet Cerf es un mierda, que el Pacífico Sur es una mierda y que quienes ven *La pregunta de sesenta y cuatro mil dólares* son unos chupapollas. Así siguió por espacio de cuarenta y cuatro minutos y la gente de Random House se pasó el rato carraspeando. A continuación quitaron unos biombos y apareció uno de esos bares montados sobre unos trípodes y cubiertos con una sábana, con unos doscientos vasos de cóctel con dos cubitos de hielo y una cucharada de whisky... Luego fuimos a Toots Shors donde había uno de esos bufets que organizan para los preestrenos cinematográficos. Salmón ahumado, judías estofadas y un pavo viejo. Todos los editores se emborracharon y cantaron Down by The Old Millstream. Luego volvimos al hotel, donde encontré a unos amigos bebiéndose mi bourbon. Así siguieron hasta las dos. Luego, de madrugada, fui al estudio de Dave Garroway, que en realidad es un escaparate en la calle cincuenta y dos y fuera había unas cuatrocientas mujeres dando vueltas con pancartas que

decían: HOLA, MAMÁ. DORIS. ENVÍA DINERO. GLADYS. AYUDA. IDA. Me pidieron que esperara en una habitación pintada de color verde en la que había un chimpancé bebiendo café, un hombre con una barba muy larga y una mujer que ensayaba una canción vestida a la usanza árabe. Me contó que la canción era acerca de cómo las diminutas gotas de lluvia pueden llenar un pozo muy grande. Luego se fue, cantó la canción y me dijeron que había llegado mi turno, pero hicieron falta dos forzudos para abrirme paso hasta el estudio y todo el mundo en la calle gritó: Es Gary Moore. Me senté a una mesa cubierta con un tapete verde y pasé quince minutos temblando como un cuenco lleno de grasa de pollo. Después llevé a Mary a casa. Mary me quitó el cheque y Ben colgó la placa en su cabaña del bosque, que está hecha con dos cajas de embalar, así que tal vez no sea más rico, pero sin duda estoy muchísimo más nervioso.

Abrazos,
Jean Stratton Porter

Scarborough
17 de marzo

Querida Josie:

Como sabrás, después de mucho trabajar, el martes nos dieron mil dólares a Red y a mí. El momento decisivo fue el miércoles por la mañana cuando, en plena resaca, desayuné con un chimpancé.

Todos están bien, aunque a Mary se le ha metido en la cabeza comprar una casa y está pesadísima. No puedo atarme con una enorme hipoteca en este momento. Mary ha estado recaudando dinero para la Biblioteca de Briarcliff y al parecer mis vecinos ricos (dedicados todos ellos al negocio de la publicidad) creen estar a la altura de Milton. Sentados en los sillones de cuero de sus mansiones de diecisiete habitaciones dicen: «¡Oh, si yo tuviera tanto tiempo libre como su marido, ya habría escrito muchas novelas».

El bebé es precioso. Anda, habla italiano y baila igual que hacía Ben. Tiene muy buen humor. Todo el mundo te envía recuerdos.

Abrazos,
John

Crows Nest [1958]

Wauwinet
Nantucket Island, Massachusetts
Jueves

Querido Bill:

Te escribo con la Olivetti de Mary, y no estoy acostumbrado a las teclas. Tu casa es más grande que la nuestra. Nuestra casa es muy pequeña y Susie tiene una invitada llamada Pinni. Se tumban en la cama por las mañanas y se ríen y dicen *vraiment* y piensan nombres para la cabaña como «Y ahora ¿qué?»^[8] Su habitación está separada de la sala del trono de la casa por una pared muy fina e ir al baño es como sentarse en un orinal en mitad del discurso de inicio de curso del Vassar College. Resulta desconcertante. Pinni tenía pensado marcharse en el avión de la mañana, pero el cielo se está nublando y cada vez está más oscuro.

Paseo a diario por la playa pensando sobre todo en tonterías... También leo libros para el comité de becas y ¿qué hace ese tipo a las doce de mediodía? Se sirve un vaso de ginebra. ¿Qué tiene en la mano? Una novela muy sensible de un joven que quiere ir a Roma. ¿Y cómo va un viejo borracho a juzgar los méritos de una novela sensible? Es imposible. ¡Qué mundo cruel en el que el destino de los jóvenes depende de esas manos temblorosas! ¿Qué hace ahora el viejo? Se sirve otro vaso de ginebra.

Abrazos,
John

John Foster Dulles fue secretario de Estado con Eisenhower. Escribió que «la capacidad de llegar al límite sin entrar en guerra es el arte necesario...». Elizabeth Ames era la directora de Yaddo, y firmaba sus notas E.A.

Scarborough
Miércoles

Querida Josie:

Sid Perelman tampoco me habla, pero creo que es porque se ha vuelto más previsor y nervioso que nunca. Tiene problemas. Y tú parece que no vas mal servida... Tengo la impresión de que el mundo está desintegrándose, aunque tal vez sea solo un reflejo de lo que le ocurre a mi cordura. Creo que tiene que ver con la bomba. Pero cómo va nadie que haya observado el cielo a negar que ha cambiado en los últimos seis meses; y no para bien. Ayer, a eso de las cuatro de la tarde, tuve la sensación de que Dulles se había equivocado de botón. Una verdosa luz ultraterrena se

extendía desde el oeste. El cielo era de color arenque, con nubes plumosas y cúmulos parduzcos. O me estoy volviendo loco o algo ha ido mal ahí arriba, y no me refiero a mi azotea.

Los niños mayores se han ido de campamento. Recibimos cartas muy divertidas de Ben y ninguna de Susan, a quien enviamos por error a un campamento judío. Federico está con nosotros y con su niñera italiana, que no quiere volver a Italia jamás. Ha sido muy interesante ver cómo iba cambiando de opinión. Al principio no le gustaba nada e hizo algunas observaciones muy interesantes, pero la comodidad del agua caliente, la electricidad y una radio libre de impuestos han acabado por conquistarla... Di un paseo con Saul Bellow después de la reunión de la corporación de Yaddo y me habló con afecto de ti en Chicago... Elizabeth sigue en su salsa. Dorothy Parker está en Yaddo y supongo que ya estará recibiendo notitas diciendo: «Por favor, no eche las pieles de plátano en la papelería. E. A.». «Por favor, intente devolver la tartera de la comida con más puntualidad. E. A.» «Por favor, no toque el arpa judía antes de las cuatro y media. Hay otros estudios cerca. E. A.»

A pesar de que tengo la impresión de estar casi en el fin del mundo, al menos puedo trabajar y en otoño saldrá una colección de cuentos. La novela, a pesar de los buenos augurios, no recaudó dinero suficiente para mantener al estilo antiguo a una familia de cinco personas, y que me cuelguen si sé otra manera de financiarla. Por alguna razón, estoy harto de los cuentos. No me cuesta mucho escribirlos, pero tengo la sensación de quedarme corto. Lo que menos escribo estos días son cartas. Es como si hubiese dejado de gustarme. Tal vez sea por esa luz verdosa al otro lado de la ventana.

Llevamos a Ben a su campamento y nos paramos a ver a los padres de Mary que continúan, mediada ya la setentena, su excéntrica historia de amor. «Me despierta a las dos de la mañana — me contó él— para decirme que nota un hormigueo en el pie izquierdo. Luego me despierta a las tres de la mañana para decirme que se le ha pasado el hormigueo del pie izquierdo. ¿Qué se puede hacer con una imbécil así?» «¿Ya vuelve a estar hecho polvo? —preguntó ella—. Si vuelve a estar hecho polvo me tomaré otra copa.» Y así día y noche. Y ahora voy a ir a la ciudad a comprar un contador Geiger y ropa interior de plomo.

Abrazos,

J

[10 de octubre de 1958]

Scarborough

Viernes

Querida Josie:

... Corría el rumor de que David Selznick estaba decidido a que yo escribiera el guión de *Suave es la noche*. No tenía más que sentarme al lado del teléfono y aceptar con elegancia su invitación a comer. Me pasé dos semanas y media al lado del teléfono, pero el único que llamó fue un chinito para invitar a Ben a su fiesta de cumpleaños. Creo que el encargo se lo ha llevado Ben Hecht. Ojalá.

Iole, la supuesta niñera italiana, se fue a Italia hace dos semanas y vuelvo a usar delantal después de casi dos años. El bebé es maravilloso, pero no le gusta como suena el inglés. Es evidente. Nuestra noble lengua le chirría en los oídos... llora al oírla. Es un niño muy inquieto y resulta muy divertido sacarlo de paseo y explicarle todo, igual que hice con los otros a su edad: la inutilidad de un estilo de prosa fluido, los problemas del sexo, la resbaladiza grandeza de Virginia Woolf. Hace muy buen tiempo, es la mejor época en este valle.

John

Se refiere a Edward Teller, el padre de la bomba de hidrógeno.

[Diciembre de 1958]

Querida Josie:

Estamos todos bien. El sábado Mary canta *La Creación* con una pandilla de electricistas, fontaneros, empleados de estación de servicio y camareras. Se divierte mucho. No sabe nada de música, pero tiene un enérgico vibrato. Di una conferencia en Princeton a un grupo de jóvenes con ropa tan cara o elegante que me sentí como un repartidor de periódicos o algún pilluelo de las calles y creo que la única impresión que sacaron en claro fue que yo no usaba ligas para los calcetines. Vi a O'Hara y a Carlos Baker y al volver a casa en tren oí una voz muy nasal y cultivada a mi espalda que hablaba de las diminutas ciudades que hay cerca de Toulouse. Era Mary MaCarthy. Me deslomo escribiendo cuentos para tener el verano despejado, pero parece que no es así.

Iole ha regresado de Italia y el pobre crío ha vuelto a hacerse un lío con los idiomas. Estaba empezando a hablar un poco de inglés, pero ahora todo se ha ido al garete. Tenemos jacintos, violetas rusas, ranúnculos y miles de pájaros cantores, sobre todo cardenales, pero los días se nublan temprano y siguen así hasta el atardecer, creo que la culpa la tienen Dulles y Teller. El niño acaba de descubrir que si echas un palo al río desde un lado del puente aparece por el otro lado y paso horas felices haciendo solo eso con él.

Abrazos,
John

Iba a enviar a John Weaver ejemplares de *El ladrón de Shady Hill* (Harper & Row)

[8 de diciembre de 1958]
Scarborough
Lunes

Querido John:

Los libros salieron para allá el lunes, convenientemente dedicados, siento haber tardado tanto pero no he estado en la ciudad desde la última vez que te vi. Nadie me había invitado a ir y estaba convencido de que si me quedaba en casa podría hacer alguna cosa. Lo único que conseguí fue pescar un puñetero resfriado. Es el primero que he tenido en varios años y me ha parecido muy interesante, aunque el amor que Mary siente por mí no parece incluir mis enfermedades. Parece dominada por algún recuerdo de raza de los hombres primitivos que, en cuanto empezaban a moquear, se quitaban la ropa, se tumbaban en la nieve y se quedaban allí para que se los comieran los cuervos.

Abrazos,
John

«Clementina» se publicó en *The New Yorker* el 7 de mayo de 1960. El Fred al que alude es el hermano de mi padre. Fred había ayudado a mi padre cuando eran jóvenes y mi padre ayudó a Fred cuando fueron mayores.

Scarborough
Viernes

Querido Bill:

No hago más que repetirme que tengo que enviarte el contrato, pero siempre acabo olvidándolo encima de mi escritorio. Quería agradecerte el cheque que me ha salvado la vida. Fred ha encontrado trabajo y creo que a partir de ahora le irán mejor las cosas. No hago más que observar a Iole con la esperanza de que me inspire un final para «Clementina», pero parece estar retrocediendo, no a su pasado en Roma, sino a su vida en Capronica. El lunes, cuando estalló la

tormenta, quiso encender un fuego. Cogió un hacha, cortó un hato de ramas de abeto para la chimenea, encendió un periódico en el fogón de la cocina y corrió por el comedor con su magnífica antorcha, estuvo a punto de antorcharse (si es que existe esa palabra) a sí misma y a todos nosotros, trasladando el fuego de un sitio a otro como hacía en Capronica. Luego el niño volcó su plato de *pasta* sobre la mesa y ella la tiró encima de la alfombra. «No soy ningún barón —le dije—, pero me molesta un poco que eche la comida en la alfombra.» «No se preocupe, *signore* —respondió—. Es para que se la coma el perro.» Luego fue a la cocina y rompió unos cuantos platos. La señora Stone (no tiene nada que ver) me dijo: «Tengo una historia maravillosa que contarle. Puede escribirla para el *New Yorker* y comprarle a Mary un abrigo de visón en Pascua. La vieja señora Fullerton tiene una cabeza reducida sobre la repisa de la chimenea, le pedí que me hablara de ella y me respondió: “Querida, me alegra tanto que lo haya visto. Me parece guapísimo y en todos estos años es usted la primera persona que me pregunta por él”. ¿No le parece sencillamente maravilloso?».

Abrazos,
John

Querido Bill:

Me alegra mucho que creas que *Clementina* tiene arreglo. Me animó mucho. Creo que a lo que te envió le falta algo —la familia no acaba de estar bien— pero es como si lo hubiese escrito al límite de mis fuerzas y estoy deseando quitármelo de encima.

Ayer le di a Susie los cuentos de Salinger y dijo: «¿Por qué escribe como Jane Austen?». Demos un paseo, vayamos a comer o hagamos alguna cosa.

Abrazos,
John

Cassie fue nuestro primer perro labrador. Picci era el hipocorístico de mi hermano Fred. «El libro» era la novela de Bill Maxwell *The Château*. Bluebell era otro labrador de los Boyer, que pasó una temporada con los Maxwell.

Surfside [1959]
Nantucket Island, Massachusetts
Sábado

Querido Bill:

Han arreglado Providence, pero el largo viaje desde Greenwich hasta las fronteras de Rhode Island es una afronta a la dignidad humana. Era un día luminoso y salvo dos puentes no hay una sombra en la carretera y ¿quién puede ver el color del cielo conduciendo a noventa kilómetros por hora? Pasamos la noche en un extraño motel en Hyannis. El asiento del váter, los vasos y los cajones del escritorio estaban precintados para nuestra protección sanitaria, y cuando abrías las ventanas de cristal esmerilado veías la parte de atrás de un restaurante y una hilera de cubos de basura. El mobiliario no era de ninguna época ni inspiración reconocibles y estoy convencido de que si uno mirase la mesa del tocador el tiempo suficiente acabaría perdiendo la razón. La *padrona* llevaba el pelo rubio teñido e insistió en que Cassie durmiera en el coche. Por la mañana, cruzamos por el Siasconset, que parece hecho de cartón y estaba abarrotado de gente como nosotros, dispuesta a ir a las islas en junio aunque se las hubiese tragado el océano. La huelga termina hoy y se espera que el primer vapor salga a mediodía. Me recibirán mujeres con vestidos pasados de moda, aunque sopla noreste en el brezal y arranca octavas de notas agudas en los rincones de la cabaña y no es un tiempo muy apropiado para las faldas con miriñaques. El tiempo no ha sido malo y nos hemos dedicado a exponernos meticulosa, concienzuda y a veces furtivamente al sol con la esperanza de convertir lo blanco en oro, curarnos de nuestras imperfecciones y volvernos irresistiblemente atractivos.

No tenemos coche y no voy a traerlo. Ben y yo vamos al pueblo en bicicleta dos y hasta tres veces al día. Disfrutamos mucho y nos sentimos fuertes y saludables. Tengo un asiento pequeño para Picci, pero le gusta fingir que es un pájaro, mueve los brazos como un loco y hemos sufrido dos caídas terribles que me han causado un moratón en la nuca y un pulgar torcido. No he podido trabajar mucho porque tengo que ir y venir al pueblo en bicicleta. Es un plan estupendo.

Espero que estés más descansado y que hayas solucionado las dificultades con el libro. Estoy deseando leerlo. Por qué será que cuando los editores mueren dejan fortunas millonarias, mientras que nuestros queridos niños tienen que limpiar nuestras bañeras, que es justo lo que está haciendo Susie en Wauwinet. El verano pasado limpió la bañera de la duquesa de Talleyrand. Estaba cubierta de manchas. Recuerdos a Bluebell.

Abrazos,
John

Nantucket
Sábado noche

Querido Bill:

Llegada a la cabaña de verano. Es la cabaña de los Yates-Shepard en Surfside, un sitio donde no había estado antes. El señor Yates le dio la casa a Betty como regalo de boda y aún perdura en el ambiente la idea de la boda y el regalo. Se casarían en Trinity —la iglesia Episcopaliana del pueblo— y celebrarían el banquete en el Club Náutico. Dios sabe cuándo se divorciaron, pero sensación de fracaso se nota en todas las habitaciones, aunque oculten el motivo. No hay el menor indicio de que haya habido nunca un hombre en este sitio. ¿En qué habitaciones se produjo la discusión? ¿Qué hora era cuando él hizo la maleta y se marchó? Ella pinta acuarelas y su infantilismo se nota en los cuadros que cuelgan de las paredes. Las formas de hombres y mujeres desnudos, los paisajes y las ballenas están contenidas en la rotundidad de la caligrafía de una jovencita. Quisiera saber si él dijo algo sobre sus dotes como pintora. ¿Le acusaría ella de haberla cargado de hijos y de haber frustrado su carrera? Intuyo con pasión la presencia de él. Por algún motivo creo que debía de admirar sus dotes como pintora. Percibo su presencia en la sala de atrás, un joven delgado y apuesto, más pálido que el resto de la familia porque acaba de llegar de Nueva York. Van a pescar juntos, se abrazan, pero no consiguen superar la cruda evidencia de que son incompatibles. Creo que él no se ha vuelto a casar y que vive con su hermana en un apartamento con jardín en Hastings y que ella va a pintar atardeceres y tormentas marinas con la misma caligrafía que usa cuando nos envía invitaciones y condolencias. No se ven regalos de boda: ni lámparas aparatosas, ni platos italianos, ni enormes bandejas. ¿Crees que su padre sería maquinista de ferrocarril o su madre instructora de gimnasia en Iowa? ¿Qué otra explicación podría tener la ausencia de regalos de boda? Hay, claro, una colección de conchas marinas, más ambiciosa de lo habitual. Las conchas están pegadas a un tablero pulcramente etiquetadas y cuelgan de la pared como si fuesen cuadros. El pobre Henry parece haber sido el que ha tenido menos éxito. La mayoría de sus conchas se han despegado, su letra es horrible y me parece oírles preguntar: «¿Es que no sabes hacerlo mejor, Henry? Me compadezco del pobre Henry, me identifico con él, sentado en el suelo con una colección de conchas despegadas que han perdido el brillo. «No derrames la cola, ¿quieres, Henry?», preguntan, pero en cuanto se marchen lo haré.

Abrazos,
John

Surfside
Viernes

Querido Bill:

Cuentas, por supuesto, con mucho más que con mi indulgencia, tienes mi admiración y mi

afecto. El libro me pareció una tarea imposible —sobre todo cuando tu padre agonizaba— y me supuso un gran placer verte esquivar todos los cambios y obstáculos. Lo único que te faltó fue un incendio. Creo que debe de haber alguna conexión entre escribir de un tirón y las glándulas que aumentan nuestra valentía. Temo mucho menos a los ladrones cuando estoy ocupado. Me alegra saber que Bluebell ha encontrado quien la quiera. Dile que Ezekiel, su apuesto hermano, se ha cruzado con Bridie, la perra de color dorado que Phil compró en Escocia. Ezekiel es el más loco y bonito de todos. Es de corazón blando como la mantequilla y tiene el porte de un león. Cuando Bridie estuvo en celo Ezekiel siguió jugando al béisbol y persiguiendo mariposas. Todos nos sentimos muy avergonzados. Entonces trajeron a Jingles, el padre, para que cortejara a Bridie. Ezekiel observó con sorpresa lo que hacía. El amor con Jingles no llegó a consumarse y le dieron otra oportunidad a Ezekiel. Entonces hizo lo que tenía que hacer con mucha fuerza y dulzura y todos nos sentimos mejor.

Abrazos,
John

La íntima amistad de mi padre con su suegro había terminado, y se negó a visitar al anciano en su lecho de muerte.

[Septiembre 1959]
Scarborough
Martes

Querida Josie:

Estamos todos bien excepto el padre de Mary que lleva un mes en plena agonía. Eso significa que Mary ha tenido que salir corriendo a New Hampshire cada vez que los médicos han anunciado que se moría. Luego se recupera para sorpresa de todos, vergüenza de otros y enfado de unos pocos, y Mary vuelve conmigo; pero entretanto estoy haciendo muchas labores domésticas y paso la mayor parte del tiempo con Federico, que es sensacional, pero tan tratable como una cucaracha. Tiro la toalla a eso de las tres o tres y media, lo instalo delante del televisor a ver algún tiroteo y bebo un poco de ginebra a palo seco. No obstante, Mary volvió ayer de lo que probablemente sea su último viaje.

Abrazos,
John

En 1959 Josie le dijo a mi padre que estaba guardando sus cartas. Él nunca guardaba copias y se sorprendió mucho al descubrir años después que Josie las había vendido a Yale por bastante dinero. Joe Schrank era un amigo común a quien no consideraban particularmente perspicaz.

Scarborough

Viernes

Querida Josie:

Me encanta saber que las cartas siguen sirviendo de algo, aunque yo siempre me deshago de ellas. Rosas de ayer, besos de ayer, nieves de antaño. Me avergüenza saber que Joe Schrank piensa que me estoy haciendo famoso, pero creo que a eso se reduce todo: a Joe Schrank. Si soy tan famoso, ¿cómo es que tengo agujereado el asiento de los pantalones y no tengo dinero para pagar las facturas del mes pasado? No tendría por qué llevar pantalones agujereados porque acabo de heredar el guardarropa de mi suegro, pero ahora es ceniza y no tengo ánimos para abrir el paquete y probarme los pantalones, así que se me ve la ropa interior, a lo mejor por eso soy famoso.

Creo que es una idea estupenda que te mudes a la ciudad y me alegra que lo hagas. Espero que el libro siga adelante. Me paso el día trabajando y estoy bastante contento... Ralph Ellison paró a decirnos que al bebé de Saul le han quitado ya el pañal. Al nuestro aún no se lo hemos quitado, pero como dice Mary así estamos en contacto con nuestra analidad, y la pérdida de dicha sensación, como apuntó Freud, fue la plaga de la cultura occidental. No en mi caso. No en nuestro caso.

Abrazos,

John

Iole se había casado con Sam Masullo, un hombre mayor que trabajaba en la urbanización Vanderlip. Angelo era el jefe de Sam. Iole fue la inspiración de un cuento titulado «Clementina».

Scarborough

Viernes [noviembre de 1959]

Querido Bill:

Ha sido un fin de semana tormentoso. Sam y Iole tuvieron una bronca el sábado por la noche que volvió a repetirse el domingo. Él le pegó y ella se fue de casa envuelta en una sábana. La

encontré el lunes sin (como ella dijo) ropa, dinero ni documentos. Sam estaba celoso, según me contó, del lechero. (Mary cree que el lechero está enamorado de ella.) Iole no se atrevía a volver a casa por miedo a que Sam la asesinara. Hablé con Angelo, que me dijo que si Iole estaba magullada debería ver a Sam. Tenía los dos ojos morados y la oreja izquierda mutilada. Al parecer, la pelea había empezado cuando Iole se burló de Sam con una obscenidad que, traducida literalmente, significa «tallo de col». La mujer de Angelo se unió a la conversación para decir que, al estar casada con un hombre de cincuenta y siete años, había advertido a Iole de lo que podía esperar de un hombre de sesenta y dos. Angelo soltó un bufido y dijo que a las mujeres había que tenerlas en su sitio. Había que demostrarles quién manda. Víctor Mazzacone estuvo casado cincuenta años y su mujer siempre le mangoneó. Cada vez que se sentaba a tomar una cerveza o a ver la televisión, ella le encargaba algún trabajo. El verano anterior le había mandado a cavar un agujero en el corral y le había dado un ataque y ya no podría volver a trabajar. Si no se las tenía a raya, acababan con uno. Se suponía que yo tenía que llamar a Iole, pero no lo hice, y cuando intenté localizarla por la mañana había desaparecido en la ciudad. Sam vuelve a rastrillar las hojas secas de la señora Vanderlip igual que ha hecho los últimos cuarenta y seis años.

Abrazos,
John

Mi padre había incluido algún trabajo sin terminar. Freddie Packard era un revisor del *New Yorker* de notable refinamiento.

Scarborough
Sábado [17 de noviembre de 1959]

Querido Bill:

Mercancía al por mayor y me temo que muy deslavazada.

Iole, Clementina, La Tata ha regresado. Primero vino el miércoles Sam y gritó «Señor Cheeve, señor Cheeve» bajo mi ventana. Resultó que ella quería dos documentos. En uno, él iba a comprometerse a no volver a tener celos. En el otro iba a cederle la mitad de sus pertenencias terrenales. Iba a ver a un abogado y me pidió que le acompañara para servirle de intérprete. Lo hice. «¿De dónde es usted?», me preguntó el abogado. «De Massachusetts», respondí. «Lo sé — dijo —, pero ¿de qué parte de Italia?» ¿Crees que alguna vez habrán confundido a Freddie Packard con un franchute? En cualquier caso, Sam estaba intratable y parecía un poco borracho. Quería que el abogado la trajese de vuelta, aunque el tipo no tenía ni idea de dónde se

encontraba. El jueves a mediodía Mary anunció que iba a almorzar fuera. La comida del bebé estaba en la cocina y los pañales en la galería. Ta ta. Se marchó. Vociferé en voz tan alta y enfadada contra las paredes y los cuadros que el bebé se asustó y quiso que lo acostara con un biberón, lo hice y me puse a ordenar facturas hasta el anochecer cuando volvió Mary, oliendo a cocina francesa. Pensé que estaba siendo muy cortés —chesterfieldiano— pero debí de sonar un tanto sarcástico, porque Ben, que estaba tocando el piano, se echó a llorar. Mary me acusó de reñir a Ben y yo inicié a voz en grito un inventario de mis quejas, pero, justo cuando acababa de empezar, Angelo entró con un ramo de crisantemos rojos, blancos y amarillos. Supe que los había traído como excusa para darnos alguna noticia. «Ha vuelto —dijo—, ha vuelto.» Mary colocó las flores, yo invité a Angelo a un trago y Ben volvió con el *Himno a la alegría*.

Abrazos,
John

Esta carta es la respuesta a una carta de febrero de 1960 del National Institute of Arts and Letters pidiendo recomendaciones para Philip Roth y Norman Mailer. Se envió a Felicia Geffen, secretaria ejecutiva.

Scarborough
Un día antes de expirar el plazo

Querida Felicia:

A Norman Mailer, nacido (no sé dónde) por su agudo sentido de las crisis literarias y por tener el don casi singular de justificar sus retos a la tradición (¿el nihilismo?) con un vigoroso talento.

A Philip Roth, nacido en Nueva York, Nueva Jersey (eso creo). El señor Roth ha hecho tanto porque los paisajes y las poblaciones de esa parte del mundo resulten humanos e interesantes, que hoy es imposible viajar por Newark y Oranges sin sentir pesar. «Goodbye, Columbus» y los demás relatos de ese libro señalan (¡Oh, Dios!) la llegada de un joven brillante, agudo e infatigable.

Si pudiese hacerlo mejor, querida amiga, lo haría.

Prefiero el 16 para la reunión del Comité de Becas. Quiero marcharme.

Abrazos,
John

Milton Greenstein era consejero legal en *The New Yorker*. Según Bill Maxwell, Greenstein dijo en una ocasión que ningún escritor por cuenta propia debería tener bienes en propiedad. «Le repetí sin mucho tacto esa observación a tu padre —me contó Bill— y le escoció.»

Querido Bill:

Estamos en trámites (creo) de comprar una casa y creo que deberías ser el primero en saberlo. Le he dicho a la Knickerbocker Mortgage Company & Bank que llamen a la revista y espero que Milton no me deje en la estacada. Estuvimos considerando dos casas. Una era una casita muy pequeña en los suburbios de Sparta por dieciocho mil y propiedad de dos criados ingleses jubilados. La señora tenía bonitos ojos grises y el pelo recogido con un pasador, tal como debía de estilarse en las Midlands hace cincuenta años. Iba en silla de ruedas. Su marido era rubicundo y tenía dentadura postiza. El año que compramos esta casa —me dijo— me golpeé con una viga y tuve que guardar cama con fiebre cerebral casi dos años. Mi mujer tuvo un absceso en la espina dorsal y quedó paralítica de las dos piernas y el bebé murió de meningitis. ¿Crees que debería haber comprado esa casa? Supongo que Milton sí. La segunda cuesta treinta y siete mil y es propiedad de un relaciones públicas arruinado. Tiene unos árboles preciosos, un riachuelo, una elegante salón y suficientes dormitorios para nosotros, pero no para que la hermana de Mary pueda venir a instalarse. La compraré.

La decisión era difícil. ¿Deberíamos asociar nuestras vidas a las de unos criados jubilados o a una carrera frustrada en relaciones públicas. Pero los suburbios de Sparta van a ser cada vez más míseros y el pobre Picci acaba de iniciar su vida. He estado tan preocupado que el sábado por la noche tuve fiebre y los siguientes sueños. En el primero, la duquesa de Devonshire estaba recitando sus versos a un grupo de alumnos de Princeton en el Ivy Club. Tenía la piel lozana y el cabello castaño claro, pero, ¡ay! su ojo derecho era mucho más pequeño que el izquierdo. Sus poemas eran horribles y uno de los jóvenes, para no tener que decirlo, pidió a su Excelencia que les contara qué había hecho en la guerra. «La guerra —respondió— fue terrible. Servían el desayuno muy temprano y nunca había beicon. La comida era una farsa. El té escaseaba tanto que rara vez me dignaba bajar al salón y la cena era invariablemente decepcionante». El segundo sueño era sobre el inicio de una enorme expedición arqueológica en barcazas. En las tres primeras iban amigos míos y en la cuarta, el sistema de altavoces decía: «Y ahora, por fin ese joven que de no haber sido por un accidente en su nacimiento sería hoy presidente de los Estados Unidos. EL REY DE SUECIA». El rey de Suecia aparecía con unas gafas y un cartel que decía: «Té con limón gratis para los mayores de cincuenta años». Desperté a Mary y le dije que debíamos comprar la casa.

Abrazos,
John

Scarborough
Lunes

Querida Josie:

... Estamos intentando comprar una casa, lo cual no es fácil, aunque vale la pena intentarlo. Está cerca de aquí y ejerce un particular atractivo sobre los dos, en parte, creo, porque se parece a la tuya. Es de piedra, no muy grande y está construida en la ladera de una colina con un riachuelo y unos cuantos sauces delante del porche delantero. Estoy trabajando en la novela, una obra de teatro, cinco cuentos y un discurso que tengo que pronunciar en San Francisco el día 20, pero gran parte del tiempo la paso sentado delante de la máquina de escribir y contando las colillas del cenicero.

... Estoy relejendo el libro de Agee sobre los aparceros por primera vez desde el 41. Jim y yo fuimos amigos, aunque no íntimos, pero el hecho de que ya no pueda imaginar su voz proporciona al libro una brillantez y una velocidad que no había encontrado antes en él. Me parece buenísimo. Fui a Yaddo para la reunión anual... Sigue igual que siempre: el aire limpio, las vistas despejadas, las etéreas figuras de los poetas y los pintores que se ocultan en la maleza al oír pisadas extrañas. Elizabeth no ha envejecido nada y estaba muy guapa. Solo me quedé un día y volví a casa el domingo por la mañana.

Mary te envía también muchos recuerdos.

Abrazos,
John

Scarborough
16 de septiembre [1960]

Querido Malcolm:

Por supuesto, me encantaría ser tu mentor para una Guggenheim. Me sentiría honrado, si la expresión no pareciera demasiado solemne para aplicársela a un viejo amigo.

La gran noticia, la única noticia, es que por raro que parezca vamos a comprar una casa. Mary lleva cinco años viendo casas. Parecía desafortunada y fuera de sí. Todas las noches lee las noticias del mercado inmobiliario. Al menos tres tardes por semana mete al bebé en el coche y va a husmear en alguna mansión o casa solariega que sus dueños ya no pueden mantener. Hace tres

semanas encontró una casa de piedra en un valle detrás de Ossining que asegura haber visto en sueños. Es una casa preciosa con un riachuelo y árboles muy grandes. Fui al banco a pedir una hipoteca, pero me trataron con suspicacia, falta de respeto y mala educación. Luego uno de nuestros vecinos ricos se ofreció a avalar esa locura y ahora lo único que tengo que hacer es escribir un cuento a la semana durante los próximos veinte años y escribir obras de teatro y novelas por las tardes. Después de haberme pasado la vida expuesto a la posibilidad de un desastre emocional, me encuentro ahora expuesto a la posibilidad de una catástrofe financiera. Pero es emocionante pensar en tener una casa propia. Ninguno de los dos estamos durmiendo mucho estos días. Me pongo a podar los árboles a las tres de la mañana y Mary se dedica a recolocar los muebles.

En tu última carta parecías cansado y espero que te encuentres mejor y más fuerte. El 20 voy a San Francisco invitado por *Esquire* y hablaré sobre «La muerte del relato breve» y chaquetas deportivas. Estaré hablando en público hasta el 23 cuando creo que podré volver a casa. Harpers publicará MISCELÁNEA DE PERSONAJES QUE NO APARECERÁN en marzo y la novela sigue avanzando. Nunca es como la tengo pensada, pero siempre hay dos o tres días por semana en los que creo que podré terminarla y es una sensación muy agradable. Muchos besos a Muriel

Abrazos,
John

Una descripción de su cuarto en Yaddo.

Yaddo [1960]
Lunes
3 pm

Querido Bill:

Catálogo de la habitación nº 6. 20 ventanas (13 vidrieras). Alfombra de terciopelo rosa. Bonita aunque muy remendada. Encima una candela, sin encender. En el alféizar dos jarrones con la inscripción IHS. En la estantería un jarrón de mármol de Baco con uvas sobre un pedestal de bronce y con una piña como símbolo de inmortalidad. En el estante de al lado Minerva tallada en mármol con un báculo, una serpiente y un yelmo. Al lado una fotografía de la reina Elizabeth en Rumanía. Está de luto en un bosque. Ha escrito: «Mis árboles me susurran el nombre de todos aquellos a quienes he amado». Al lado una estatua dorada titulada *Le Jour Naissant*. *Le Jour* es un hombre desnudo con una antorcha y una lira. Al fondo los Campos Elíseos, creo. En cualquier

caso, Homero, Safo, Orfeo, Dante y compañía. Todos llevan coronas de laurel y parecen contentos. Al lado un panel sienés de la Anunciación. Junto a él un reclinatorio y una enorme silla ornamentada con la cruz. También un querubín de mármol bajo un paisaje del río Hudson y unas vacas en una charca de montaña. Un piano vertical. Algún gracioso ha completado la iconografía colgando una herradura encima de una de las siete lámparas rosas de Tiffany's.

Reporto: 1 químico húngaro convertido en novelista. Astrid y Bob Coates. 1 joven poeta de Cambridge con el aire aturdido y desaliñado de alguien a quien acaban de disparar con un cañón. Ruth X., una novelista que lleva zapatos negros, leotardos, camisa negra y un suéter. Todo cubierto de pelusas. Lleva el pelo recogido detrás de las orejas. También la anciana Elizabeth Sparhawk-Jones que lleva un morrión cuando baja a cenar y JC, que teniendo en cuenta cómo le late el corazón al pensar en sus hijos parece incapaz en convertir esa energía en trabajo. La luz es mucho más bonita que en el valle, los azules a esta hora son una octava más intensos.

Abrazos,
John

Leonard Field era un amigo común de mi padre y de John Weaver en el Cuerpo de Señales. Recuerdo a Brendan Behan como un tipo muy alegre y muy gordo. Cuando lo conocí iba en bañador y tenía un cigarro en la boca y un ombligo que casi parecía tan negro y asomaba tanto como el cigarro. Cuando leí *Borstal Boy*, me impresionó la escena en la que el joven y esbelto Behan contempla su torso delgado y se pregunta cómo sería ser obeso. Leonard Field iba a producir una obra de Behan. Vicent es el dueño de Sardi's; Leonard Lyons era un columnista de cotilleos. Ginny era la mujer de Lennie Field, y la señora Vanderlip la dueña de la casa que teníamos alquilada.

Scarborough
Algún martes

Querido John:

La semana pasada vi a Lennie aquí por primera vez, creo que desde primavera, y está bien. Comimos con Behan y estoy seguro de que la obra será un gran éxito, ¿por qué si no iba a venir Vincent arrastrándose a nuestra mesa y por qué iba a abrazarme Lenny Lyons? Además, Behan pidió canelones («¿De qué coño están hechos estos putos canelones?», dijo y le sirvieron los especiales rellenos de pollo picado, mucho mejores que los que comimos nosotros. El sábado Ginny trajo a Behan a tomar un baño. «Ahora que he dejado de beber —dijo— estoy mucho más interesado en la “forni”.» «¿Qué es la “forni”?», preguntó la señora Vanderlip. «La “forni”, señora, es la abreviatura de la fornicación.» Me es simpatiquísimo y estoy seguro de que la obra será un gran éxito. Las cualidades de Lennie nunca habían sido tan aparentes. Está más amable, tranquilo y obsequioso que nunca.

Mary y yo estamos intentando comprar una casa lo cual es una fuente de tensiones y también muy embarazoso porque ningún banco quiere concederme una hipoteca. Las razones son que trabajo por cuenta propia o no trabajo y también que soy mayor. La casa es preciosa, el precio modesto, pero los bancos son crueles...

John

Mi padre fue a Hollywood un par de veces y escribió un par de cosas para la Twentieth Century-Fox. Jerry Wald era su contacto allí. Uno de sus proyectos fue una adaptación de la novela de D. H. Lawrence, *La niña perdida*. John Weaver y su mujer, Harriet, eran el principal puerto donde recalaba mi padre cuando iba a Los Ángeles.

Twentieth Century-Fox [1960]
Beverly Hills, California

Querido Bill:

Aquí estoy y me siento muy agitado. Tengo habitaciones en un hotel con una amplia vista de Los Ángeles, un salón bien amueblado y una nevera en un rincón. La noche pasada fui andando a ver a los Weaver y me impresionó el ruido que hizo Harriet al abrir un escritorio y tirar de la cadena del lavabo. Tengo ganas de volver... Mi oficina no es nada lujosa. Parece una antigua casa de baños situada en un extremo del complejo. Hay tres teléfonos con un complicado sistema de botones que no entiendo, lo que hace casi imposible que alguien pueda localizarme. Además no hay cuarto de baño en el despacho y cuando la gente consigue dar conmigo siempre me encuentra nervioso. Mi secretaria acaba de llegar y lleva puesto un saco rojo con cuentas de cristal. Es muy amable y no sé qué trabajo encomendarle, aunque supongo que puede responder al teléfono. Yo mismo no sé qué hacer.

Todo parece haber sido reprimido: la amplificación de todos nuestros vicios, la mayoría de nuestras enfermedades y parte de nuestra vitalidad. Hay un repugnante desnudo de cartón piedra de tres metros de altura al otro lado de la ventana de mi dormitorio y detrás una gigantesca imagen de un hombre que me ofrece un vaso de cerveza. En la habitación contigua parece vivir un recluso, confío en que sea una mujer, que pone música por las tardes. Se oye perfectamente a través de la pared. El tiempo es soleado, aunque hace frío y las rosas están en flor. He alquilado un coche y lo utilizo para moverme por ahí; y, Dios mediante, estaré en casa en Navidad.

John

Compramos la casa en Cedar Lane en Ossining por 37.500 dólares. Nos mudamos a principios de 1961. Su cuarta colección de relatos *Miscelánea de personajes que no aparecerán* (Harper & Row) se publicó en marzo de ese año. Le había disgustado haber tenido que vender partes de *Crónica de los Wapshot* en forma de cuentos para seguir financieramente a flote. Dicho disgusto se debía en parte al hecho de que, cuando vendía partes del libro como si fuesen cuentos, a los críticos les resultaba mucho más fácil afirmar que la novela no se tenía en pie.

JOHN CHEEVER
Cedar Lane
Ossining, Nueva York

Martes

Querido Bill:

... Por si no te veo antes de marcharme, hay algunas cosas que querría borrar en «Marito». Una es la descripción de su mujer sobre la literatura para recaudar fondos. Tengo la impresión de repetirme. Creo que se cita dos veces, pero es que se me cuela con facilidad. La otra es para simplificar las líneas que dice su amante. Debe decir solo: «Nunca me pongo perfume cuando voy a hacer el amor». Nada más. Y luego: «Algún día cogeré papel y pluma y escribiré todo lo que sé de los hombres. Después lo tiraré a la chimenea y le prenderé fuego». A lo que él responde: «Pero si no tienes chimenea».

Susie está en casa de vacaciones y es como si tuviese el mundo a sus pies. Es estupendo. Aunque no me deja sitio para trabajar y he comprado una tienda de campaña desde donde te escribo ahora. Es muy oscura salvo por una tenue luz verdosa, parecida a la bebida artificial de lima. Todo se humedece por la noche. Mary y yo vamos a ir solos a Italia y nuestra dirección será c/o Alan Moorehead, Porto Ercole, Provincia di Grosseto...

Abrazos,
John

Los C eran los Cass Canfield. Cass Canfield era el presidente del consejo de Harper & Row. Sally Swope es una antigua amiga de la familia. Le alquilamos su casa en Wauwinet, en Nantucket.

Lunes

Querido Bill:

Las rosas eran preciosas; y lo siguen siendo. La señora C. inclinó su largo cuello para olerlas y preguntó: «¿Y estas también?». «No —respondí—. Las ha enviado Bill Maxwell.» Fue muy agradable, aunque nos habría gustado que Emmy y tú hubieseis venido y aún sigo preguntándome cómo podría haberte convencido para volver. Los llevé (tal y como había planeado) por las escaleras de fuera hasta la biblioteca. Intercambiaron varias miradas de quien mucho abarca poco aprieta. Susie hizo una profunda reverencia ante el señor C. Y la señora C. sonrió radiante. La cena fue excelente, pero Iole sirvió el café arriba, y los caballeros no tuvimos ocasión de vaciar la vejiga. Eso pareció preocupar toda la noche a Sally Swope. Su anciano padre había ido a visitarla y creo que eso podría explicar su comportamiento. En cualquier caso dijo que el señor C debía ver nuestro vestidor. Me contagié su inquietud y, convencidos de que debía estar a punto de estallar, lo levantamos de su cómodo sillón y lo llevamos al cuarto de baño. Admiró el vestidor y luego se escabulló de las manos de Sally y volvió a toda prisa a la biblioteca. Toda la velada cayó una lluvia muy agradable.

Incluyo las galeradas con las dos cosas que quiero borrar y dos cambios. Por favor, venid a vernos.

Abrazos,
John

Les describió la misma cena a los Boyer en una carta firmada por Cassie.

querido zeke:

me alegró tener noticias tuyas. nunca sabrás lo mucho que significan tus cartas para mí ahora que me acerco al final del camino. ya sé que dirás, no, mamá, no, no, no, pero lo cierto es que tu madre ha estado tan débil estos últimos meses que no puede ni levantar la tapa de un cubo de basura. el tío cabot está casi inválido y la prima delilah tiene sarna.

daisy maxwell ha venido de visita. estaba amarilla y cometió varias descortesías que prefiero no describirte. el viejo idiota se manchó el martes e invitó a su editor a cenar. dicho editor es un anciano rico llamado cassio y como es natural se produjeron muchos malentendidos cada vez que el viejo idiota gritaba: «cassio, aparta del comedero», o «¡calla, cassio!» la señora swope se reía. comieron pasta y una carne con salsa que no me sentó bien. pfffrt, pfffrt toda la noche. no pude pegar ojo.

por favor, intenta divertirte y no dejes que el recuerdo de tu pobre, solitaria y débil madre

enturbie tu felicidad. busca en el cuerpo la verdad y la luz.

tu madre que te quiere

Las dos cartas siguientes reproducen la primera disputa verdadera entre mi padre y Bill Maxwell. Le había enviado «El brigadier y la viuda del golf». Bill me contó que el cuento tenía dos finales. Dijo que había intentado cortarlo para ver cómo funcionaba. Mi padre fue ese día a la ciudad y pasó por las oficinas de *The New Yorker*, vio el cuento cortado en una mesa y pensó que lo habían modificado sin su permiso. Al principio pensó que podría tolerar el cambio, pero esa noche telefoneó a Bill hecho una furia y el cuento se publicó completo. La primera de las cartas se la envió a John Weaver varias semanas después de enviar la segunda. He cambiado el orden porque la versión que dio a Weaver era mucho más completa.

[5 de diciembre de 1961]

Querido John:

Me alegra mucho que te gustara el cuento, que tiene un cuento dentro del cuento. Cuando fui a corregir las galeras descubrí que habían cortado el relato por la mitad y me dijeron que el señor Shawn lo quería así. Preví que iba a haber complicaciones y quedé con Bill en el club media hora más tarde para tomar unas copas. Durante el almuerzo charlamos de su mujer y sus hijos, pero al ir a despedirnos me preguntó por el cambio. «Haz lo que te dé la gana», respondí y me fui andando a la estación donde compré un ejemplar de *Life* en el que comparaban a J. D. Salinger con William Blake, Ludwig van Beethoven y William Shakespeare. Me fui sulfurando cada vez más y a las nueve de la noche estallé y telefoneé a Bill, que casualmente estaba cenando con Elizabeth Bowen y Eudora Welty. «Corta ese cuento —le grité— y no volveré a escribir para ti ni para nadie. Puedes pedirle a ese condenado Salinger de cuarta fila que os escriba los puñeteros cuentos, pero no esperes que yo lo haga. Si quieres darle a alguien con la puerta en los genitales, búscate otra víctima etc.» El caso es que la revista estaba ya en la imprenta y tuvieron que rehacer la última parte y pasarse toda la noche despiertos, pero al final publicaron el cuento sin cambios.

Abrazos,
John

Lunes

Querido Bill:

Recibí tu carta después de verte y tal vez debería explicarte mi alusión, o lo que fuese, a

Salinger. Se debió a la coincidencia, ahora veo que providencial, de que media hora después de ver mis dotes y mi criterio seriamente cuestionados leyese un artículo en el que comparaban a Salinger con Blake, Beethoven y Shakespeare. Admiro a Salinger, claro, y creo saber dónde residen sus dotes y lo raras que son. Otra razón para mi irritabilidad es que nunca estoy satisfecho con mi trabajo; nunca sale a la luz como yo lo concibo. No quiero decir que crea que no voy a tener éxito; tal vez lo tenga..., pero estoy susceptible.

Abrazos,
John

He aquí cómo lo recuerda Bill Maxwell: «Pensé que el cuento tenía dos finales, uno detrás del otro, como la coda de una sinfonía de Beethoven. Con frecuencia mandaba escribir unas pruebas, lo que significaba que no pasaban al señor Shawn o al corrector hasta haber tomado una decisión. Eso es lo que ocurrió con “El brigadier y la viuda del golf”. Quité el segundo final para que tu padre viese cómo quedaba impreso (que a menudo es distinto de cómo queda en manuscrito). No iba a ir a la imprenta. Ni siquiera estaba programado. Eran solo unas pruebas para enseñárselas a él. Cuando las vio se puso hecho una furia y me costó Dios y ayuda tranquilizarlo. De hecho, no lo conseguí, como demuestra su correspondencia. No recuerdo que me telefonara. Elizabeth Bowen y Eudora Welty han estado varias veces en nuestra casa de Yorktown, pero nunca juntas. Modificó la historia a su antojo».

Mi padre acostumbraba a dar dinero a la gente. Por supuesto, a los miembros de su familia, pero también a sus amigos. Si se enteraba de que un escritor joven o viejo estaba pasando apuros económicos y tenía dinero, se lo daba. Josie pasó verdaderos apuros y le pidió dinero y lo consiguió. Una de las cosas más impresionantes de Josie fue que siguiera escribiendo. Tuvo un par de éxitos, pero también muchas decepciones, y acabó siendo una mujer de mediana edad sin dinero para pagar las facturas de la luz. Pero aun así continuó escribiendo.

Cedar Lane
Viernes

Querida Josie:

No le des más vueltas. Me alegro de que me lo pidieras y como tengo cierta experiencia al respecto sé lo difícil que resulta. Soy muy generoso entre las tres y las cuatro de la mañana. Hago planes para colocar a mi hermano en una agencia de publicidad en Denver, construir un baño enorme en tu casa, enviar al maestro de música del pueblo a la Julliard y comprar un órgano de tubos para Yaddo. Pero a las siete, cuando pongo los pies en el suelo, me vuelvo un avaro y chilló como un cerdo si tengo que pagar un centavo.

El dinero, por supuesto, está muy bien y como he pasado la mayor parte de mi vida al borde de la bancarrota supone un cambio de ritmo, pero nada serio. Aún no he hecho la declaración de

impuestos y no sé lo que me quedará, pero será suficiente para escribir una novela sin tener que publicar nada por anticipado.

Abrazos,
John

Mi padre estaba deseando que Josie viera la casa de Ossining. Había ido a visitarnos poco después de que nos mudásemos a Scarborough y me explicó que, aunque adoraba a Josie, «soy de la opinión de que es un poco bruja». Si pasaba la noche en la casa y quemaba algo en el horno, cualquier espíritu desdichado que hubiese en nuestro nuevo hogar decidiría abandonarlo.

Josie respondió que le encantaría ir, y que tenía un gato precioso al que por algún motivo no podía mantener, aunque tal vez nosotros sí. Josie fue a vernos. Nos dejó un gato negro como el carbón y se marchó.

El gato había estado viviendo con Josie y su amiga Elizabeth Pollet una temporada. Elizabeth había estado casada con el poeta Delmore Schwartz, así que mi padre llamó al gato Delmore. Luego afirmaría que se lo había descrito como un gatito. Ignoro si es cierto, pero desde luego no lo era, de hecho es discutible que lo hubiese sido alguna vez. Era un macho adulto con calvas entre las orejas y los ojos. Pasó varios días escondido debajo de un escritorio en la habitación de mi hermana, y luego salió y empezó a mear en las paredes. Consultamos a un veterinario, que sugirió que lo «arregláramos». Mi padre respondió al veterinario que si se le iba la mano con el cuchillo nadie se lo echaría en cara.

Delmore Schwartz dejó de mearse en las paredes, pero continuó sin adaptarse. El tratamiento recibido por el gato de Josie despertó tantos resquemores que mi padre y ella dejaron de hablarse. Cuando reiniciaron la correspondencia unos años más tarde, mi padre le contó que Delmore había votado a Goldwater. Josie respondió que su gato jamás habría votado a Goldwater y que se habría dejado cortar las pelotas antes que votar por él. Ganó la discusión porque a Delmore le habían cortado las pelotas.

[6 de diciembre de 1963; fecha de Josie]

Cedar Lane
Ossining
Algún viernes

Querida Josie:

Hace años que solo cruzamos cartas muy incompletas... Te debo una explicación sobre el destino de tu gato, así que vamos allá:

El minino, en cuanto te fuiste, pareció inseguro respecto a su personalidad y el lugar que ocupaba en la casa, así que le cambiamos el nombre y decidimos llamarlo Delmore, lo cual pareció infundirle ánimos. El primer indicio fue que se cagó en la caja de kleenex un día que yo estaba resfriado. Durante un ataque de estornudos fui a coger un Kleenex. No quiero ocultar mis defectos en esta historia, así que cuando me quité la mierda de gato de la cara y terminé de limpiar el techo, saqué a Delmore por la puerta de la cocina y lo tiré de mala manera al corral. Fue una crueldad intolerable y aún no me lo ha perdonado. No es un gato compasivo. De hecho es muy orgulloso. Llegó la primavera y fui a quitar el cristal de la ventana de Fred, Delmore pensó que la ventana estaba abierta y se arrojó contra el cristal. Eso le hirió la nariz y la psique.

Mary y los niños se fueron a las montañas y yo pasé un verano bastante feliz cocinando para Delmore. El siguiente acontecimiento se produjo el Día de Acción de Gracias. Cuando la familia se había sentado a la mesa y yo me disponía a trinchar el pavo, oímos un jadeo en el cuarto de baño. Corrí allí y encontré a Delmore en el váter con el agua al cuello y muy enfadado. Lo saqué y lo sequé con toallas, pero no me perdonó. Poco después de Navidad vinieron a cenar un escritor de Hollywood y su mujer. Mi saludo habitual a Delmore es «Quita, bicho», y cuando la señora me oyó decir eso, me regañó y cogió a Delmore entre sus pechos. Delmore, al instante, intentó sacarle el ojo izquierdo y la señora, en sus esfuerzos por quitárselo de encima perdió un trozo de un vestido italiano que según Mary costaba 250.000 dólares. Nadie se lo reprochó a Delmore y unos días más tarde fuimos a patinar y le invité a acompañarnos. Pareció complacido y se paseó como un gato familiar y cariñoso, pero en cuanto se levantó un poco de viento y le cayó encima la nieve de un abeto, me echó una mirada aviesa, regresó a casa y volvió a cagarse en la caja de Kleenex. En esta ocasión la víctima fue la señora de la limpieza y todavía no han hecho las paces.

No quisiera parecer rencoroso y creo que Delmore está bastante a gusto. Me han acusado de crueldad y una mujer llamada Ruth Hershberger no hace más que escribir a Elizabeth Pollet advirtiéndole de que se lleve el gato de mi lado, pero Delmore participa de forma activa en nuestra vida social. La gente a quien le soy antipático se pone inmediatamente de su parte, y en ese sentido contribuye a que reine la paz. Le encanta jugar con el papel higiénico. No le gustan los ratones. No caza pájaros. En verano los conejos le persiguen por el césped, pero después de comerse las lechugas se marchan y le dejan la terraza para él solo. Está muy gordo y sus pasos, diga lo que diga Carl Sandburg,^[9] se parecen más a los de un hombre de edad mediana camino del cuarto de baño que a la caída de la niebla en invierno, pero desempeña su papel, todos lo respetamos y aquí concluye mi informe sobre el gato Delmore.

Espero que estés bien. Mary sigue con sus clases, yo escribo, los niños van a diversos colegios y todo va bien.

Abrazos,
John

A finales de 1963 envió a Malcolm un ejemplar de *El escándalo de los Wapshot*. El pinar de Malcolm era famoso por lo bien cuidado que estaba.

Cedar Lane [1963]

Ossining
Viernes

Querido Malcolm:

Te agradezco mucho tu llamada; has sido siempre tan magnánimo que me tenías preocupado. Temía que el libro no te hubiera gustado y te avergonzase decírmelo. Además mi pinar está hecho un desastre y tengo la sensación de haber fracasado por completo.

Dale besos a Muriel.
Abrazos,
John

Cedar Lane
Sábado

Querido Malcolm:

Sentí mucho saber que no habías estado bien; pero eso no parece haber eclipsado tu generosidad y te estoy muy agradecido. No sabes cuánto me gustaría que el libro fuese más grueso e imponente. Pero ahora ya es historia y puedo dedicarme a otra cosa mejor. Ninguna otra obra me había resultado tan mortificante ni me había causado tanta inseguridad; en los últimos tres años he tenido que enfrentarme a una serie de interrupciones de las que me ha costado recuperarme. Son interrupciones que nunca son más graves, por ejemplo, que la mañana en que Ben llamó despacio a la puerta y dijo: «Siento molestarte, papá, pero me he pillado el pajarito con la cremallera». Creo haber tenido suerte de llevar una vida ordenada, pero después de soltar la cremallera no siempre puedo volver a trabajar.

Dale besos a Muriel de mi parte, espero veros pronto. Si tenéis tiempo de ir a comer a la ciudad, me encantaría ir. Has sido una gran ayuda todos estos años.

Abrazos,
John

Una tarde llegué a casa de la escuela y encontré a un australiano alto y delgado con traje y chaleco dando volteretas en el césped. Mi padre estaba a un lado observándolo. Aunque él mismo tenía lo que a los críticos les gustaba llamar «una capacidad de maravilla infantil» mi padre acostumbraba a ser implacable cuando otros hombres violaban su peculiar sentido del decoro, y recuerdo que pensé: «A papá no le va a gustar este tipo». Pero cuando Alwyn Lee se marchó, no hubo la menor crítica lo cual me dejó muy confundido. Alwyn escribió el artículo que fue portada de *Time* en marzo de 1964.

En su carta a Malcolm Cowley, identificó sencillamente a Alwyn como editor A. En realidad, sabíamos que Alwyn iba a

acompañarnos a Stowe. Y creo que el viaje lo pagó *Time*. No creo que hubiese nada siniestro o autocomplaciente en aquel engaño: sencillamente sirvió para escribir una carta mejor.

La colección de relatos a la que alude era *El brigadier y la viuda del golf* (Harper & Row, 1964).

John Cheever [1964]
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
Martes

Querido Malcolm:

Sin ti mi carrera no habría sido gran cosa y de cualquier modo habría sido intolerable sin tu sentido común y tu magnanimidad. La primera noticia que tuve de TIME fue cuando un pintor llamó desde Pittsburgh para decir que iba a volar al este para pintar mi retrato. Ben y yo cogimos el siguiente tren a Stowe. En él viajaban un editor de TIME y una investigadora. Nos siguieron por las montañas y preguntaron si mi madre era muy alta. Cuando volví de Stowe había otro editor esperándome y el pintor había empezado a pintar una camiseta vieja que había colocado sobre el respaldo de una silla. Ahora parece que el editor A —que es el jefe— quiere escribir un artículo serio y compasivo. El editor B quiere machacarme. El editor A tiene problemas de páncreas y si su ingenio o sus órganos fallan el editor B se encargará de escribir el artículo. El editor B hizo varias preguntas impertinentes y le pedí que se fuese de mi casa. Estaba lloviendo. Se empapó al ir de la puerta al coche. Tiene ganas de vengarse. No hago más que repetirme que no me afectará ni para bien ni para mal y que es mejor esto que esconderme en el cuarto de baño como Salinger, que luego ya nunca supo cómo salir.

Aquí todo va bien, aunque me está resultando difícil volver al trabajo. En otoño se publicará una colección de cuentos que me gustan más que la novela. Espero llevar a Mary a California en abril y, si el artículo de TIME llega a publicarse, volveré a Italia hasta que se disipe la tormenta. Abrazos a los dos.

John

John Cheever [1964]
Cedar Lane
Ossining, Nueva York

Querido Malcolm:

El interrogatorio de TIME no ha sido divertido, aunque tuvo una parte graciosa. Sally Ziegler,

una provinciana de Georgia, que vive en la casa de la colina, lleva un mes preparándose para la entrevista de TIME. El viernes sonó el timbre y ella dejó pasar al tipo. «No apruebo este periodismo de cotilleos —dijo—, pero lo cierto es que sé muchas cosas de él porque lo veo desde mi ventana. Me refiero a que sé que abusa del alcohol y a menudo lo veo a las doce de la mañana con un martini en la mano. A veces persigue a su mujer por el jardín delante de mis hijos. Casi nunca se pone traje de baño para nadar y siempre he pensado que hay algo raro en los hombres que van a nadar sin bañador. Pero, como le he dicho, no apruebo este tipo de periodismo y si me hace alguna pregunta apropiada sobre sus costumbres intentaré responderlas lo mejor que pueda.» Entonces el hombre respondió: «Señora, soy representante de Fuller Brush».

Abrazos,
John

El artículo de *Time*, titulado «Ovid in Ossining» era bastante halagüeño. Y —creo que a mi padre eso le habría molestado más— no estaba desprovisto de interés. En él, Alwyn insistió mucho en la base moral de su obra. «El primer Cheever de Norteamérica —escribió— fue un maestro de escuela puritano a quien elogió Cotton Mather por “su incansable abjuración del demonio” y que estaba convencido de que “el hombre está lleno de miserias y que toda belleza terrenal es lujuriosa y corruptora”.» Aunque dejó claro que la visión del mundo de John Cheever era más flexible y alegre, Alwyn también escribió «que el relajado realismo que acepta el intercambio de parejas o cualquier impiedad y evasión de las obligaciones con un encogimiento de hombros sociológico le irrita, porque, en el fondo, es un moralista de Nueva Inglaterra».

Bajo un subtítulo que describía a mi padre como «El monógamo», *Time* seguía informando de que «el matrimonio Cheever es objeto de notable interés para sus amigos, puesto que el grueso de la obra de Cheever se refiere a una vejación o a una crisis entre las relaciones entre marido y mujer. La clave de la cuestión probablemente se deduzca mejor del hecho de que John Cheever, un caso prácticamente único entre los escritores de ficción de nuestros días, celebra los placeres y las glorias de la monogamia». Por supuesto, su obra también celebraba las glorias y los placeres del adulterio, pero yo tampoco me habría atrevido a decirlo en 1964.

El artículo terminaba con un párrafo que sigue pareciéndome tan cierto hoy como entonces:

En último extremo, Cheever intenta «alabar un mundo que se extiende en torno a nosotros como un sueño fascinante y extraordinario». Dice: «Uno tiene el impulso de comunicarle a alguien una buena noticia. El sentido de la literatura para mí consiste en no comunicar ninguna pérdida. Casi no conozco placer mayor que el de hilvanar una serie de acontecimientos dispares en un relato de ficción, de manera que se relacionen entre sí y confirmen la intuición de que la vida es, en sí misma, un proceso creativo, en el que una cosa se coloca intencionadamente detrás de la otra, en el que lo que se pierde en un encuentro se recupera en el siguiente, y de que poseemos cierta capacidad de dar sentido a lo que sucede».

RUSIA

En otoño de 1964 mi padre fue un mes a Rusia dentro de un programa de intercambio cultural. Una parte de ese tiempo viajó con John y Mary Updike. Conoció y admiró al poeta ruso Yevtushenko. En Rusia conoció también a su traductora Tanya Litvinov. El padre de Tanya, Maxim Litvinov, fue el ministro de Asuntos Exteriores de Stalin antes de la Segunda Guerra Mundial. Litvinov fue quien arriesgó su reputación al favorecer una alianza antinazi de Rusia con el mundo occidental. Fue reemplazado por Vyacheslav Molotov, que fue quien ayudó a negociar el infame pacto de no agresión entre Stalin y Hitler. La madre de Tanya, Yvy, escribía relatos para *The New Yorker*. La relación de mi padre con Tanya duró el resto de su vida.

John Cheever
Cedar Lane [1964]
Ossining, Nueva York
16 de noviembre

Querida Tanya:

Mis hijos se llaman Susan Liley Cheever, Benjamin Hale Cheever y Federico, que nació en Roma. El perro negro se llama Casiopea y la perra marrón es escocesa y se llama Flora MacDonald. Sin duda tardaré mucho menos de cuatro años en volver a Rusia. No experimenté el placer y el alivio que se supone que embarga a los occidentales amantes del lujo al salir de Moscú hacia Ámsterdam. Me senté deprimido en el bar de aquel elegante aeropuerto, bebí tónica con ginebra y deseé estar de vuelta en Moscú. Me encanta tu país y tu gente...

Berlín me pareció deprimente y volé a casa desde allí. Mary estaba preciosa y Ben había llegado del colegio para pasar el fin de semana. El viaje a Rusia había sido tan rápido y emocionante que me sentía suspendido entre dos mundos... estoy convencido de que algún día te veré subir por las escaleras del jardín. Aquí no ha ocurrido nada impropio, salvo el domingo en la iglesia, al ir a comulgar. Después del Agnus Dei, un acceso de tos me impidió tomar el sacramento. «Ha estado en Rusia», dijo alguien, y tenía razón.

Besos,
John

Esta es una charla que dio después de su viaje a Rusia. Habló en el National Institute of Arts and Letters.

Mis conocimientos lectores del ruso se reducen a la carta de los restaurantes, mi vocabulario en una conversación incluye menos de cien palabras y mis viajes por Rusia duraron poco más de un mes, por lo que no soy más competente para hablar de esa vasta nación y de su pueblo que cualquier turista de pies cansados.

El Departamento de Estado me preparó para el viaje en una época en que el anticomunismo parecía aprendido de memoria y no tener la menor relación con el cambio o la fuerza de los acontecimientos. Me advirtieron de que mi libertad estaría en peligro, de que registrarían mis posesiones, grabarían mis conversaciones y me seguirían a todas partes. Nada de eso sucedió. Una delegación de escritores me recibió en el aeropuerto y nunca he visto un pueblo tan afectuoso, ingenuo y vigoroso. No vi nada desagradable y solo una vez noté algo. Fue en Tiflis a última hora de la noche cuando un ucraniano con el que viajaba fue a mi habitación del hotel con lo que dijo ser una misión incómoda: «Lamento ser yo quien tenga que decírselo —dijo—, pero necesita usted un corte de pelo».

En nuestro último día en Moscú —estaba viajando con John y Mary Updike— Yevtushenko llamó y me preguntó si podía estar en el hotel a las dos. Respondí que sí sin saber si contaba con que lo invitara a comer, pues los rusos no parecen tener un horario claro para las comidas. Llegó con su mejor traje y un abrigo de espiga que debía de haber comprado en el extranjero.

—He venido a hacerle un regalo —anunció.

—Yevgeney —le dije—, no quiero un regalo. Salgo hacia Berlín Oeste mañana por la mañana. Estoy haciendo las maletas. Tengo cuatro sombreros de piel, dos iconos y he tenido que deshacerme de los cuernos de cerveza georgianos.

—No, no —respondió—, no es para llevar. Es algo especial.

Subimos a su coche, salimos de Moscú por los barrios de viviendas hasta llegar a una especie de suburbio y subimos por unas escaleras de un anticuado edificio de apartamentos de ladrillo donde me presentó a una anciana, un joven, su mujer y sus hijos y me llevó al pequeño comedor que utilizaba como estudio. Allí me enseñó doce cuadros muy buenos y originales, y dije las cosas torpes y educadas que dice uno al ver cuadros, pero me parecieron muy buenos, brillantes, progresistas y heréticos. Luego salimos del piso y corrimos por las escaleras. Yevgeney es un gran corredor. A continuación exclamó levantando el brazo como hace en los escenarios:

—¡Bueno! Él no puede exhibir sus cuadros. No puede venderlos. No puede hablar de ellos. Mi regalo a usted es la invencibilidad de su pintura.

14 de diciembre [1964]

Querida Josie:

Fui a Rusia. Los escritores soviéticos me invitaron y allí que me fui. Supongo que la gente no

debe de haber cambiado mucho desde que tú estuviste y lo que recuerdo con más claridad y no consigo olvidar es precisamente la gente. Es difícil enamorarse de una población de más de doscientos millones y resulta muy embarazoso para el Departamento de Estado, pero eso es lo que he hecho.

Abrazos,
John

Esta fue la respuesta de mi padre cuando Helen Puner, una vecina y amiga, escribió para felicitarle por la medalla Howells. Lewis Mumford es el crítico y sociólogo. Saul es Saul Bellow. Katherine Anne es Katherine Anne Porter.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
Viernes

Querida Helen:

No acabo de verlo claro. La mía dice en un lado que son 14 quilates y me aseguraron que en cualquier tienda de empeños me darían por ella cuatrocientos dólares, pero pesa medio kilo y ¿medio kilo de oro no debería ser más dinero? Tiene grabado un bonito retrato de Howells a un lado y hojas de palma y laurel al otro. Si fuese de hojalata parecería adecuada. En primer lugar, recibí La Carta, la Mota Negra de Mumford. Redacté una carta, ¡oh, muy elegantemente!, rechazando el honor, y se la enseñé a Mary. Dijo que tenía que aceptarla. Pregunté a Art Spear. Dijo que tenía que aceptarla. Luego comí con Ralph Ellison y le pregunté si sabía quién había sido el hijo de puta que la había solicitado. Respondió muy enfadado que había sido él y que le había costado muchísimo. Louis Kronenberg se abstuvo. Todos los demás querían dársela a Saul, excepto Glenway Wescott que se la había prometido a Katherine Anne. Ella la quería. Le encantan las joyas. La razón por la que Ralph insistió en que me la diesen a mí fue que, cuando Ralph y Saul vivieron juntos en Tivoli, Saul tropezó al salir una mañana a la terraza y aterrizó en una mierda de perro. Le preguntó a Ralph si no podía adiestrar a su perro. Ralph respondió que Saul no entendía porque sólo había tenido perros mestizos. El perro de Ralph era un *chien du race* y tenían por costumbre cagar en las terrazas. Se produjo una amarga discusión. La lengua de Saul es mucho más larga y afilada que la de Ralph y este se vengó concediéndome a mí la medalla. La tengo sobre la banqueta del piano.

Abrazos,

John

Elephant es el marido de Tanya. Kornei Chukovsky ayudó a presentar la obra de mi padre al público ruso. Era una distinguida figura literaria en Rusia, y cuando mi padre fue a verle enseguida se hicieron amigos.

Querida Tanya:

Efectivamente, John Hersey escribió *A Bell for Adano* y *Hiroshima*, y tiene el cuello fino y Lincolniano y los brazos muy largos. Es, en el mejor de los sentidos, un hombre muy concienzudo, criado en China, hijo de un misionero y uno de los pocos escritores norteamericanos que lleva sus responsabilidades más allá de la literatura. Pasó años casado con una mujer adinerada que parecía muy guapa hasta que cumplió los treinta años y se convirtió en una arpía. Luego se casó con Barbara Adams, que es encantadora, pura de corazón y ágil. Tienen un niño pequeño y Barbara no puede viajar.

Estamos disfrutando de una primavera larga, maravillosa y vehemente; los árboles están abarrotados de pájaros cantores, el arroyo baja crecido, el jardín está lleno de flores y los ríos (a veces) de peces. Delante de la casa hay un magnolio enorme que siempre es el primero en florecer seguido de los ciruelos, los manzanos, los cerezos y un árbol precámbrico llamado cornejo del que tenemos un bosque. En esta parte del mundo protegemos y cuidamos a los pájaros cantores que organizan una enorme algarabía.

... Estamos empapados. El fin de semana pasado fuimos a ver a Ben y asistimos a un partido de LaCrosse. Es un deporte maravilloso inventado por los indios. El colegio es pequeño, un poco parecido a un colegio privado inglés, un claro movimiento de retaguardia de la clase alta norteamericana, pero los campos son verdes, los árboles enormes, las voces de las señoras musicales, la comida espantosa y los niños privilegiados y, aunque pueda ser una escena del pasado, resulta encantadora. Me alegra decir que Ben no se lo toma en serio. Susie, en el otro extremo, dará clase en una universidad de negros en Alabama este verano. Recuerdos a Elephant y a Kornei.

Besos,

John

Frederick Exley y mi padre iniciaron una correspondencia en los sesenta. Los Boyer criadores de perros tenían una casa en Whiskey Island. Mi padre admiraba la obra de Exley.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
1 de junio [1965]

Querido señor Exley:

Ha sido una carta muy agradable y si alguna vez está en el vecindario por favor pase a verme. Me encantaría invitarle a tomar unas copas. El reino literario no es tan pacífico como sería de esperar. Afirmo con fatuidad ser un inocente, preocupado solo por el bien común y de hecho mi admiración por la obra de Saul es auténtica; pero Updike, de quien me consta que es un hombre brillante, viajó conmigo por Rusia el otoño pasado y haría lo que fuese por evitar su compañía. Su magnanimidad me resulta falsa y su obra me parece motivada por la codicia, el exhibicionismo y un corazón de piedra. Le escribo esto para que vea lo verdaderamente inocente y generoso que soy. La inteligencia de Bellow es, por supuesto, erudita, belicosa y ágil y como compañero es una de las personas de quien más me cuesta despedirme.

Paso varios fines de semana al año en una isla llamada Whisky cerca de la ciudad de Clayton y conozco bien el río. Mi dificultad en Whisky es que no juego al tenis y me resulta muy difícil pasar por alto los sonidos y las voces de un juego al que no sé jugar. Me siento como un niño obligado a quedarse fuera del terreno de juego y odio esa sensación. Mi anfitrión no lo entiende y se limita a darme una botella de whisky y una novela de Louis Auchincloss y a animarme a divertirme mientras él acaba el partido de dobles.

Con mis mejores deseos,
John Cheever.

Bibber es el niño enfermo que se queda solo en casa mientras su madre testifica ante la comisión de autopistas en «Una culta mujer americana», *The New Yorker*, 2 de noviembre de 1963. Contrae neumonía y muere.

2 de junio [1965]

Querida Tanya:

A nadie le gusta el fallecimiento de Bibber, pero así se escribió y así creo que debería quedarse. No pude abordar sus emociones al recordar a su único hijo y por eso trasladé la escena a Florencia. Al final todo se reduce a una rencilla autobiográfica. Cuando tenía once años contraí una tuberculosis virulenta. Unos días después de la crisis mi madre me tapó con una

manta, me dio una pila de trapos limpios para limpiarme la sangre y fue a presidir no sé qué comité por el Bien Común. Supongo que debería estar agradecido de estar vivo y de haber tenido una madre tan abnegada, pero lo que me gustaría olvidar es la casa vacía y el miedo a la muerte.

... El presidente de los Estados Unidos me ha invitado a almorzar con él el martes. Estoy totalmente perplejo. Susie opina que es un terrible error. Supongo que los Updike también irán. En el último *New Yorker* han publicado unos estúpidos poemas suyos sobre las ciudades rusas. No para de llover y eso me hace muy feliz.

Besos,
John

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
Lunes [junio de 1965]

Querido señor Exley:

Hablaré de Rusia; de hecho no puedo parar. Empieza con una noche lluviosa en Moscú, atraviesa la península de Crimea e incluye una imitación de quince minutos de Yevtushenko. Updike y yo pasamos la mayor parte del tiempo murmurando el uno del otro. Me parece un arrogante, aunque mi hija dice que yo lo soy. Cenamos juntos en la Casa Blanca el martes pasado e hice todo menos echarle un petardo en el zumo. Me sentí de maravilla. Hablaré de Rusia, aunque me cuesta hablar de los libros sin sentirme muy incómodo. Tal como intenté explicarle a mi mujer anoche, la imagen del corredor o el nadador es la que mejor explica mis sensaciones. No me interesa lo más mínimo donde he estado y tengo la sensación de que la menor inseguridad sobre mi obra haría que se derrumbase. En esta casa no hay libros míos. No es modestia, sino sentido común.

... Auchincloss es un solterón y piensa como tal. Es una actitud muy desafortunada. También estuvo en la Casa Blanca. Igual que O'Hara, Jim Bradley, Stan Musial y Marianne Moore. Tomamos muchos cócteles, pero con el bufet de la cena sirvieron zumos. La otra noche llegué tarde, abrí la nevera, mordí un trozo de carne fría, y me tragué una prótesis dental con la base de plástico y dos ganchos afilados. Ni el médico ni el dentista (un chico de Watertown) tienen consulta hasta mañana, pero ya es casi mediodía y no parezco más angustiado de lo habitual un lunes nublado. No paro de repetirme que soy rico, que me aman muchas mujeres apasionadas y excepcionalmente hermosas, que soy dueño de una casa del siglo XVIII, y de una camada de fieles

perros labrador, que soy padre de tres hijos guapos y brillantes y un invitado habitual de la Casa Blanca. ¿Cómo iban unos dientes postizos a acabar con semejante dechado de virtudes?

Suyo,
John Cheever

Es martes y sigo con vida.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
Lunes

Querido señor Exley:

Al final quien lo pasó peor fue el dentista nacido en Watertown. Después de acicalarme y ponerme un babero me preguntó qué parte del puente me había tragado. Cuando le respondí que me lo había tragado entero se puso pálido. Le dije alegremente que pensaba que ya lo había expulsado. Él respondió con voz áspera que no podía haberlo expulsado sin ayuda médica. «No —añadió—, con esos ganchos.» Yo estaba deseando que se callara, pero parece estar equivocado. Es cierto que últimamente cuando me tiro pedos parezco un silbato de la policía, pero apenas me duele y resulta muy práctico cuando tengo que llamar un taxi.

A Updike y a mí no nos invitaron al Festival. En cambio, nos invitaron a una cena que se celebró antes con Stan Musial, John Glenn etc., pero en vista de su ensoñación debo señalar que soy muy capaz de defenderme solo. Nuestros problemas empezaron en la Embajada de Moscú cuando él llegó gritando: «¿Por qué tiene tan buen aspecto? Pensaba que estaría muerto». Luego empezó a repartir ejemplares en rústica del *Centauro* mientras yo repartía ejemplares en tela del *Brigadier*. El marcador quedó ocho a seis a mi favor. Cuando fuimos a Spasso House, al día siguiente, olvidó llevar libros y yo coloqué seis. En el tren, camino de Leningrado, intentó tirar mis libros por la ventana, pero su encantadora mujer Mary intervino. No solo los salvó, sino que leyó uno. Tuvo que esconderlo debajo de la almohada y decir que estaba enferma. Afirmó que él la mataría si se enteraba. En la Universidad de Leningrado intentó eclipsarme leyendo algunos de sus poemas absurdos, pero le pegué fuego a un cenicero y volqué la jarra del agua. Cuando le indiqué al presidente y a la señora Johnson que su corpulencia no era por la ropa interior sino porque llevaba escondidos ejemplares firmados del *El centauro*, pareció profundamente ofendido. Les he invitado a quedarse con nosotros en Wellfleet, pero no he obtenido respuesta.

Abrazos,

John Cheever

Tanya tenía un perro llamado Trika.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
15 de junio

Querida Tanya:

... Por seguir con mi ocioso relato de las minucias de la vida norteamericana, el domingo por la mañana encontré una tortuga mordedora en el césped. Medía un metro de largo, tenía la cola puntiaguda y una mandíbula capaz de partirle la pierna a un hombre. Fue muy emocionante encontrar esa bestia prehistórica en un paisaje tan decoroso. Le metí diez cartuchos de posta en la cabeza. Fuimos en coche a Providence a la graduación de Susie. La universidad se fundó en 1760 y a lo largo de los años han ido acumulándose muchos ritos y ceremonias arcanas. Sonaron timbres, trasladaron mazas de aquí para allá, concedieron laureles, hubo oraciones en latín, discursos en inglés e interminables comitivas, y el lunes por la tarde Susie consiguió por fin su diploma. El martes cogí el avión a Washington para la fiesta en la Casa Blanca. Como sabrás, ha habido muchas discusiones sobre si los intelectuales norteamericanos deberían aceptar las invitaciones de un presidente cuya política internacional detestan. Yo acepté. Éramos unos sesenta invitados, astronautas, jugadores de béisbol, poetas, novelistas, físicos, médicos y un actor. Fue muy divertido. El presidente parecía cansado, pero la señora Johnson estuvo muy elegante. Los Updike también asistieron y le hice de todo a él menos darle una patada en el culo. Eso sirvió para que me sintiera mejor. Volé a casa el miércoles y el jueves lleve a Susie al avión camino de Alabama donde impartirá clases en una universidad para negros. Ben, que es mi favorito, volvió el viernes. Dile a Trika que el miércoles cruzamos a la perra marrón y esperamos que tenga perritos a mediados de agosto. Chupi, como dicen los niños. Es la jerga de ahora. Chupi, significa bueno. Rollo, significa malo.

Chupi,
John

John Cheever

Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562

16

Querido Exley:

Aunque nunca le he visto a usted ni a su mujer (y estoy convencido de que nos destruiríamos mutuamente) me alegra mucho oír que ella ha vuelto. Tengo la impresión de que, para un escritor, la separación y el divorcio pueden suponer una enorme pérdida de energía. Cuando escribe que nunca le ha mentado sobre lo que le esperaba, creo que exagera. Ni usted, ni yo, ni nadie puede describir los paisajes volcánicos en los que se extravía una pobre joven cuando se casa con un hombre de letras. Yo no podría decirle a mi mujer lo que le espera las próximas veinticuatro horas. A las mujeres de los escritores no se les permite mantener correspondencia. Sería traición. Pocas veces se les permite verse y si lo hacen intercambian sentidas miradas. Una cosa más. Cuando consiga un buen cuarto donde trabajar, seguro que le echará de allí un parto, una camada de perritos, unos parientes de visita o, si hace falta, un incendio. Al menos según mi experiencia. Tengo un cuarto muy agradable con una puerta que da a una terraza, pero anoche Mary anunció que había invitado a un alumno problemático a venir a instalarse en él. Así que otra vez tengo que buscar un cuarto vacío, un cobertizo de herramientas, un despacho, un desván o un garaje.

Abrazos,
John

Cedar Lane, Ossinning
etc.

25 de junio

Querida Tanya:

Por fin te he enviado el «Ladrón», por correo certificado. Espero que te llegue antes de que nieve. Es un ejemplar barato en papel muy malo, pero es el único que tengo. Cuando vengas a visitarnos, como estoy seguro de que harás, me aseguraré de tener un ejemplar como es debido.

Mi muy buen amigo Arthur Spear y su mujer Stella van a ir a Moscú a mediados de agosto en una especie de Excursión de Concordia Internacional. Arthur es un compañero de pesca y copas, vota a los conservadores, va a la iglesia dos veces los domingos y es un miembro destacado de nuestra clase media tradicional, pero me parece una excelente compañía. Su mujer, Stella, es hija de un obispo y no intentaré describirla más allá del hecho de que toca la viola. Creo que te será simpático Arthur y, si me autorizas, le daré tu número de teléfono. No lo haré sin tu permiso.

Adoro a la gente de Rusia, como sabes y estoy interesado en saber cómo reaccionarán mis amigos conservadores.

Preguntarle a una mujer si es feliz es una peculiaridad masculina secundaria. Los hombres se pasan la vida preguntándoles a las mujeres si son felices y ellas siempre responden que es una pregunta obtusa e imposible de responder. Ha sido así desde los albores de la humanidad.

¿Feliz?

John

Hoy he recibido una carta de John Hersey cuya oposición a nuestra política exterior es tan grande que ha cancelado su viaje a Rusia.

John Cheever

Cedar Lane

Ossining, Nueva York

[21 de julio de 1965]

Wellfleet

massachusetts

querida tanya:

Estoy usando una máquina de escribir rota en una casa alquilada junto al mar. le regalé la máquina a mi hijo ben en navidad y ahora tengo ocasión de reflexionar sobre mi verdadera generosidad. estamos todos. susie volvió de alabama el fin de semana, muy emocionada tras su contacto con los conflictos raciales. le escupieron segregacionistas blancos y nos considera a todos animales de costumbres, conservadores e inconscientes. ben se ha dejado el flequillo largo y va detrás de las chicas. fred colecciona conchas, piedras y cangrejos muertos para su museo marino. nos vemos a la hora de la cena. mi viejo perro, mi verdadero amor, está ya viejo y no se aparta de mi lado. la perra marrón está a punto de parir; yo apenas hago nada. creo que me iré la semana que viene.

esto es cape cod, una extensión de una morrena arrastrada al mar por el glaciar. forma una playa magnífica de unos doscientos kilómetros de largo. es la punta más oriental del continente. las olas son atronadoras; en los bajíos, las aguas son verdosas; en las zonas profundas, purpúreas. es espléndido, la playa forma parte del parque nacional, pero hay curiosas distinciones de clase. las playas de calas resguardadas donde el agua está tibia y tranquila las frecuenta gente de gramática cuestionable y ropa barata. solo en las zonas más abiertas y agrestes se oye el inconfundible rebuzno de las clases altas. las playas nunca están abarrotadas. nuestra casa es

vieja —1820— y está en medio de un bosquecillo de álamos, se oyen las olas toda la noche, pero no trabajo.

Abrazos,
John

El cuento era «La geometría del amor». SEP es *The Saturday Evening Post*.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
4 de octubre de 1965

Querido Exley:

Hace un par de semanas escribí un cuento, el primero desde hace más de un año y lo envié al *New Yorker*. Silencio. El sábado por la tarde se presentó aquí un editor de ficción, me echó una mirada compasiva, me dio unas palmaditas amables, dijo que el cuento era un fracaso absoluto y me dio a entender que había perdido la chaveta. La historia la publicó el lunes el SEP, que tardó exactamente diez minutos en comprarla por tres mil. Eso me alegró.

Suyo,
John

Rust Hills trabajaba entonces en *The Saturday Evening Post*.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
Sabado.

Querido Exley:

Por supuesto no me preocupó lo del *New Yorker*. La historia parecía pensada para los otros, aunque tiene una escena controvertida en la que una mujer, que ha estado bebiendo, describe con todo detalle cómo su marido metió al gatito en la batidora. Bill Maxwell vino a verme una tarde

para decirme que la historia no había funcionado. Empezaba a oscurecer. Yo estaba bebiendo ginebra y jugando con los perros. Tengo diez. Bill ponía caras largas y parecía dar a entender que el cuento no solo no había funcionado sino que era un fracaso profundo e irreversible. Borracho y rodeado de tantos animales cariñosos no pude tomármelo en serio y le recordé con crueldad los otros cuentos que había rechazado y las tonterías de los editores que he tenido que tragar todos estos años. Eso fue el sábado. El lunes, el *Post* compró el cuento por tres mil dólares y entonó himnos de alabanza por si me sentía solo e inseguro. Maxwell no solo dijo que yo era una máquina de escribir cuentos, sino que era *su* máquina de escribir cuentos. No lo dijo con ánimo de ofender. La comparación original fue con una tomatera.

Abrazos,
Cheever

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
13 de julio

Querida Tanya:

Están rodando *El nadador* en Westport, una ciudad cercana, y creo que están haciendo una labor espléndida. Van a utilizar trece piscinas y Burt Lancaster es Ned. Tiene cincuenta y dos años, es ágil, apuesto y está levemente desfigurado por incisiones quirúrgicas que hacen que parezca joven y viejo, dominante y lloroso al mismo tiempo. He llevado a Art Spear a ver el rodaje y bebe cantidades enormes de ginebra y besa a todas las actrices. Eleanor Perry, que ha escrito el guión, ha añadido un par de escenas pero ha mantenido exactamente el sentido del cuento. No hay *flashbacks*, ni explicaciones de su misterioso viaje y termina en una casa vacía en plena tormenta. Estará terminada en septiembre y tal vez puedas verla en la embajada. Mary y yo vamos a aparecer en una de las escenas.

Hace mucho calor y apenas hacemos otra cosa que pasarnos el día hablando de eso; así que voy a ir con Susie a la terraza a charlar del calor.

Abrazos,
John

Bill Maxwell también acabó adorando a Tanya después de un viaje a Rusia.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
Lunes

Querido Bill:

A Tanya le encantaría tener un ejemplar de tu novela, ¿por qué no le escribes una nota...?

Le envió muy orgullosa un nuevo artilugio ruso a Susie. Está hecho de plástico rosa y tiene más o menos el tamaño y la forma de un miembro viril. Se pega a la pared del baño con un maloliente pegamento ruso. Debajo de la punta tiene un imán. Hay un segundo imán con unas pinzas que se clavan en la pastilla de jabón. Luego se ponen los dos imanes juntos y el jabón queda suspendido en el aire y no se pone pegajoso. «Es —escribió— muy fálico, ¿pero no lo es todo excepto las alfombrillas y el empapelado?»

Abrazos,
John

Escribió la siguiente entrada en su diario.

Sueño que forcejeo con una ágil negra en la biblioteca de la Academia en Roma. P está en la cama de al lado intentando entenderse con alguien a quien no reconozco y que no para de decir: «Estás perdiendo el tiempo». Al atardecer Ben y yo cortamos el césped del campo de juego del centro infantil. Padre e hijo dedicados a actividades caritativas. Acordé llevar a M y a F a Roma y entrevistar a Loren, pero M no parece alegrarse. Se van al cine y deambulo por la casa diciendo en voz alta: qué bien estoy solo, que bien, que bien, que bien estoy solo. Bebo en la terraza, contemplo el lucero de la tarde, charlo con los perros. Llama el médico. Imagino que es un joven con la cara muy redonda, los ojos redondos y un entusiasmo por la ciencia médica que no incluye el menor conocimiento ni respeto por la fuerza del dolor. Parece dominado por una visión de un futuro sonrosado en el que habrá píldoras para curar el colesterol y la melancolía, píldoras para la pereza, la lujuria, la homosexualidad, la ira, la angustia y la avaricia. «Pruebe esta de color rojo para superar el miedo a volar —dice entusiasmado—. Y esta amarilla para el miedo a las alturas. Tómese la blanca cuando esté deprimido. Píldoras, píldoras, qué píldoras tan bonitas hay hoy en

día. Están buscando el elixir de la juventud, pero no acaban de dar con él. Confío en que esté disponible el año que viene.»

El hombre más sano de Ossining tiene flato a las diez y toma un ansiolítico que apenas le hace efecto. Baluceo sobre el dédalo, el laberinto, los espejos que podrían funcionar. A mediodía tomo un poco de ginebra y un tranquilizante intestinal que me duerme las tripas pero me deja una duradera y desagradable pérdida de sensibilidad. Leo una novela corta que sigue las unidades clásicas sin demasiado éxito. Siento decir que a la hora de la cena estoy fatal. Por la noche padezco dolores en el pecho, intestinos sueltos, dolor de garganta, un ataque de sudoración. A las nueve me coloco con Nembutal. Despierto al amanecer, no muy triste, aunque es como si hubiese desaparecido el color de mis ensoñaciones. Veo a un niño de tres años dando patadas con torpeza a un balón de fútbol y me quejo con vehemencia. Si mi imaginación va a inventar un partido de fútbol, quiero ver a un equipo italiano profesional.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
Tres de agosto

Querida Tanya:

Nápoles parece haberme sentado bien; Nápoles y Roma. Recuerdo haberte oído decir que a Elephant le encantaba Italia; a mí también. Hoy en día en los aviones norteamericanos proyectan películas y nosotros (Mary y Fred) vimos una tediosa en la cabina oscura mientras el sol se alzaba sobre el Canal de la Mancha, el Mont Blanc y el Matterhorn. Creo que hablo italiano con fluidez y bajé del avión farfullando como un pavo. Teníamos un coche y un chófer esperando y fuimos de Roma a un pueblo de pescadores sarraceno llamado Sperlonga. Por todas partes hay escaleras enjalbegadas que llevan al mar y a las seis de la mañana, hora de Norteamérica, estábamos comiendo tomate con mozzarella y jugando con las olas. Nada parecía tener mucho sentido porque cuando salimos de Nueva York estaba cayendo una lluvia fría.

Mi trabajo consistía en entrevistar a Sophia Loren y el lunes fuimos a Nápoles. Es toda una belleza —inteligente y capaz—, pero está tan preocupada por no causar polémica que resulta difícil darle más dimensión. No obstante, he escrito el artículo. Fuimos a Positano, Amalfi etc. y luego volvimos a Roma. La ciudad estaba más bonita que nunca. Subimos al avión el miércoles a mediodía y vimos otra película horrible mientras volábamos sobre el Mont Blanc y el Matterhorn. Es como si hubiese arrojado mi *bête noire* al Atlántico.

Aquí todo va bien. El lunes la familia entera se va a las montañas y volveré a trabajar en el libro.

Abrazos,
John

Mi hermana, Susan, estaba dando clase cerca de Aspen. Flora era un perro labrador marrón que había sido mío y que engordó de pena cuando me fui interno al colegio.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
Miércoles

Querido Ben:

Vuelvo a estar atrapado por la nieve y estoy usando la máquina de escribir de tu madre en la que cometo muchas faltas. Susie llamó para decir que va a venir a pasar las vacaciones con nosotros, así que supongo que no irás a Aspen. A lo mejor podemos ir juntos a Stowe. Dijo que se sentía sola. Lo mismo le ocurre a Flora y cuando no hay más perros por aquí se dedica a recorrer Cedar Lane arriba y abajo y traer a casa a todos los que encuentra. Anoche vimos la exhibición canina de Westminster en televisión y nos sorprendió que solo participara un Labrador y que el juez ni siquiera le dedicara una mirada. Se le veía al fondo moviendo la cola, pero nadie le hacía caso. Los supuestos perros de caza tenían el pelo tan largo que lo arrastraban por el suelo. Una trampa para las garrapatas.

Por aquí todo sigue bien y sin novedades. Llevé a Fred a jugar a los bolos y lo hizo fatal. No dejé de gritarle: «Ni siquiera estás mirando los bolos». No parece importarle mucho. Todos te envían abrazos.

Abrazos,
Papá

Art es Arthur Spear.

Querida Tanya:

He visto mucho a Art y con frecuencia nos miramos y exclamamos: «¡Oh, si Tanya pudiera

ver esto!»). Al llegar en coche a Nueva York una tarde de invierno, justo cuando empezaban a encenderse las luces de la ciudad, Art exclamó: «¡Oh, si Tanya pudiera ver esto!». A Mary y a mí nos invitaron a un baile de puesta de largo indescriptiblemente suntuoso y vulgar y se oyó a Mary decir por encima de la música: «¡Oh, si Tanya pudiera ver esto!». Susie quería que vieses las montañas de Colorado y Stella que conocieses a sus hijas. Me parece que o bien tendrás que venir a vernos o nosotros tendremos que volver a Moscú. Las enormes distancias —el Atlántico Norte y las tierras de Europa Occidental— parecen tener un efecto disuasorio sobre el amable deporte de escribir cartas. Escribir a Moscú me parece muy diferente que escribir a mis amigos en este país o en Italia. Cuando intento expresar lo que siento por ti, tu gente y tu país, mi prosa se convierte automáticamente en una sarta de tonterías. No sé por qué será. Hace unos días escribí a Igor Petrovich recordando Kiev, las hojas en otoño y demás; y, aunque mis recuerdos son vívidos y mis sentimientos genuinos, en prosa sonaban como una idiotez portentosa. Puede que las minucias de la vida —la materia prima de casi todas las buenas cartas— sean demasiado triviales para volar al otro lado del Atlántico.

Aquí todo va bien. El libro avanza a buen ritmo. Mi matrimonio —que ha tenido épocas tormentosas— es casi idílico. Los niños parecen contentos (te incluyo una foto de Ben con un extraño rayo de sol en el pelo) y por la tarde paseo a los perros por el bosque nevado. La vieja perra negra insiste en acompañarme aunque cuando vuelve a casa ya no puede moverse en todo el día. El fin de semana cayó una copiosa nevada. Nuestra casa está bastante apartada, los coches quedaron cubiertos de nieve y estuvimos aislados desde el sábado al lunes, aunque fue muy agradable. Voy a comer con Art y en algún momento de la comida exclamará: «¡Oh, si Tanya pudiera ver todo esto!». Ojalá pudieras. Mary me grita desde la habitación de al lado que te envíe besos de su parte.

Besos,
John

En mayo de 1967 mi hermana, Susan, se casó con Rob Cowley, el hijo de Malcolm Cowley.

9 de mayo [67]

Querida Tanya:

La boda fue prácticamente tolstoiana y me habría encantado que hubieses podido venir. La iglesia es del siglo XVIII y muy bella. Susie llevó un vestido corto de encaje y un velo. Cuando yo era muy joven y oí por primera vez la *Trumpet Voluntary* de Purcell decidí casarme, tener una

hija y llevarla por el pasillo de la iglesia entre esos sonos triunfales, así que esa fue la música. Susie se asustó. Creo que solo la había visto asustada en otra ocasión. Cuando a los cinco años, vio por primera vez el esqueleto de un *Brontosaurus rex* en el museo de historia natural. Cuando sonó la trompeta me encantó ofrecerle el brazo, creo que nunca me he sentido tan satisfecho como padre. La ceremonia fue la original de Cranmer con el voto: «A ti te adoro con mi cuerpo». Detrás de la pareja de novios, Ben, andando como un gorila, acompañó a su madre y yo a la madre del novio, que es una mujer muy posesiva y que nadie esperaba que sobreviviese a la ceremonia. Era un día frío y lluvioso, pero hicimos instalar en el jardín de la iglesia una carpa inmensa, llena de mesas, flores, camareros y ríos de champán y todos y cada uno de los doscientos invitados me parecieron radiantes, guapos, inteligentes y afectuosos. Todo el mundo se comportó de forma apropiada. La hermana inestable de Mary se apoderó de dos jarrones de flores y se los llevó al coche. Su marido —un hombre tímido— se retiró a un bar cercano y se emborrachó por su cuenta. Mary —muy *chic*— eclipsó a Susie y estuvo a punto de fugarse con el novio. Fred, ayudado por su italiana, se comió seis trozos de pastel y yo besé a ochenta y tres mujeres y bebí medio litro de bourbon. Mi vieja amiga la señora Zagreb observó a los invitados masculinos, señaló a un pintor llamado Peter Blume y dijo con voz áspera: «Eso es lo que quiero la próxima vez».

Todas las plantas están en flor. Anoche tuvimos una tormenta y, al despertarme por el ruido, pensé: «La oscuridad, la noche es una mansión con muchas habitaciones por la que me muevo con facilidad». Por alguna razón, eso me tranquilizó.

Abrazos,
John

El hombre de la trompa era Ted Ziegler, el marido de Sally.

John Cheever [1967]
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562

Querida Tanya:

Ben se gradúa a finales de semana y Susie y su marido están pensando en mudarse a Londres para huir de los posesivos padres de él. No hacen más que llamar para preguntar por qué los niños no van a visitarles. Mary y yo somos casi igual y los niños tienen el sentido común de pasar los fines de semana en la playa... En una casa cerca de aquí vive un joven que estudia

trompa. Es incapaz de afinar una sola nota y destroza brutalmente el *Concerto* de Mozart. La otra noche fui a su casa, anuncié que tengo oído perfecto (cosa que es falso) y que, si insistía en triturar así a Mozart, me dedicaría a disparar la escopeta a intervalos de cinco minutos. Continuó tocando y yo me puse las manos en los oídos y me marché. A Mary le pareció divertidísimo.

Abrazos,
John

En *Bullet Park* la *bête noire* de Hammer también le siguió y, como la depresión de mi padre, también perdió conexiones.

El *cafard* me siguió durante todo el viaje pero sin demasiada astucia, ya fuese porque soy perezoso o porque era un asesino convencido de tener a la presa tan a su merced que no necesitaba esforzarse demasiado. El sábado por la mañana me desperté alegre y caliente. El domingo estuve igual de animado, pero el lunes desperté en un estado de melancolía tan profundo que tuve que salir a rastras de la cama y obligarme a ir a trompicones hasta la ducha. El martes cogimos un tren a Fondi y un taxi a través de las montañas a Sperlonga, donde nos alojamos con unos amigos. Pasé dos días buenos, pero la *bête noire* volvió a alcanzarme el tercero.

Malcolm Cowley y su mujer Muriel, viven en Sherman, Connecticut. Elizabeth es Elizabeth Ames.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
Miércoles

Querida Josie:

A Mary y a mí nos encantó recibir noticias tuyas. El pescado fresco y el pan recién hecho lo curan casi todo. Mary y los niños están bien. El bueno de Ben está en Antioch. A última hora de una tarde de viernes de diciembre un amigo telefoneó para decir que estaba detenido en una comisaría de Cincinnati. Le pedían novecientos dólares de fianza y estaba acusado de perturbar el orden público durante una manifestación antibélica. Conseguí que la oficina de Western Union esperase hasta que pudiese reunir el dinero y lo soltaron por la mañana, el juicio será en febrero. Vino a pasar las navidades en casa —típico de él— aunque me mira con cierta superioridad porque nunca he pasado una noche en comisaría. Ahora es reportero para un periódico del pueblo de Vandalia y tiene una novia rubia.

Parezco haber llegado o estar atravesando una curiosa etapa de la vida. Hace aproximadamente un año me embargó una profunda tristeza. En julio Mary, Fred y yo fuimos a Nápoles. El *cafard* pareció perder el avión, pero me alcanzó cuando llegamos a Roma. Luego en

septiembre fue como si se fundiera un fusible en mi cabeza. Fue muy caro y desconcertante y los médicos parecían confusos. Escribí a Tanya Litvinov en Moscú y le pedí que rezara por mí en San Basilio. Lo hizo y me curé, pero sigo teniendo *cafard* cinco días de cada siete. No parece afectar a mi capacidad de trabajo y la semana pasada terminé una parte de la novela que es de lo mejor que he escrito. (Hoy) creo que el libro ha despegado y cuando esté terminado iré a alguna playa reluciente y me pasaré el verano haciendo cabrillas en el agua.

Susie y Rob son muy felices. Casi parece una fábula en la que Muriel —y a veces Malcolm— se han comportado como el rey y la reina malvados. Quieren que el joven príncipe vuelva a casa a su cama y parecen esperar en Sherman en sus tronos, tejiendo redes y llevando coronas torcidas. Es una extraña historia y Mary yo no estábamos preparados, pero los chicos son muy felices, diplomáticos y sabios y el rey y la reina malvados se han ido con sus artimañas a pasar el invierno en México. En Navidad recibí una carta de Elizabeth y creo que de momento está ciega, pero decidida a recuperarse. El poder que ejerce sobre la casa no ha disminuido con su enfermedad y tengo la sensación de que cuando se vaya se lo llevará todo consigo: los abetos, los lagos y la mansión. Puf. Te enviamos todo nuestro cariño.

John

30 de enero [1968]

Querida Tanya:

Te he escrito varias veces desde que me recuperé y es posible que se hayan extraviado las cartas, aunque en estos tiempos mi correspondencia parece limitarse a partes meteorológicas sobre el mal tiempo, de modo que lo único que habrá averiguado el ladrón es si nevó o no. Mi salud ha mejorado, gracias a ti, pero estoy pasando un mal momento con el alcohol y si tuvieses la bondad de murmurar algunos encantamientos sobre este problema te estaría muy agradecido. Intento no beber hasta mediodía, pero no siempre lo consigo. Ben llamó anoche para decir que le habían condenado solo a pagar una pequeña multa. Por si no recibiste mis cartas anteriores, lo detuvieron durante una manifestación pacifista... Anoche fue la reunión de la Academia para hablar de literatura rusa. Babette Deutch (Yarmolinsky) pronunció el mejor discurso. El público era muy venerable, distinguido y sordo, y no creo que oyeran lo que dijo. Bill se sentó en la última fila y no paraba de guiñarme el ojo. La inteligencia de Kennan me parece árida. También hablaron Lillian Hellman y Kunitz. Por lo visto a todos nos encantan la literatura y el pueblo rusos, aunque no sabemos muy bien por qué. El Pirosmeni llegó y cuelga ya de la pared.

La perra vieja ha muerto. (Ésta es la clase de noticias que galvanizarán al ladrón de cartas.) El domingo ya no podía mover las piernas y el lunes perdió el sentido, así que ayer por la tarde la

llevé al veterinario para que la sacrificara. Fue una compañera maravillosa y la quise mucho, pero apenas vertí unas pocas lágrimas. Fred se pasó una hora llorando. Vivió con nosotros quince años y llevó una vida muy activa, pero la última vez que la saqué a pasear, se cayó en la nieve y tuve que cargar con ella hasta casa. Hace unos años fui a un psiquiatra que me dijo que estaba obsesionado con mi madre. Cuando le dije que me gustaba nadar, dijo: «Madre». Cuando le conté que me gustaba la lluvia dijo: «Madre». Cuando le expliqué que bebía demasiado dijo: «Madre». Eran idioteces, pero una tarde, cuando estaba con Cassie la vi levantar la cabeza de un modo exactamente igual a como lo hacía mi madre y dedicarme una sonrisa vaga y dolorida que me resultó descorazonadora.

Besos,
John

Cedar Lane
Ossining
26 de febrero

Querida Tanya:

Leí casi todo James cuando tenía dieciocho años y me embriagaron las indirectas, los circunloquios, las zonas de luz y los elevados discursos pronunciados en el crepúsculo. Hace cinco años me compré sus obras completas y me dispuse a releerlas. Fue horrible. Recuerdo haberte oído decir que odiabas el «relleno» y James parecía ser solo eso. No entendía por qué había dedicado tanto tiempo a disponer el escenario, colocar las flores y preparar el té. Me parecía oír su aliento fatigado detrás de las paredes de esas habitaciones tan preciosas. Me sentí como si estuviese dedicándome a alguna ocupación que no dominara como el bordado. (Los novelistas que me gustan pisan con fuerza en el escenario, eructan, se hurgan los dientes con una cerilla y echan un trago de la botella que tienen oculta en la chimenea.) Pero su obra me pareció tener tan poca urgencia moral, tan poco ardor que lo dejé al llegar al volumen cinco. Aquí eso sigue siendo una herejía y si lo dijese en el club me expulsarían.

Desde que me levanto hasta que me acuesto solo me dedico al libro y las únicas novedades que tengo son lo que veo desde la ventana. Un árbol sin hojas. Un perro con un hueso. Una nube en forma de nube...

Abrazos,
John

El libro Styron habrían sido *Las confesiones de Nat Turner* (Random House, 1967). Polly era la ayudante de Elizabeth en Yaddo.

EL DEMONIO DEL RON

Lunes [mayo de 1968]

Querida Josie:

Tu carta me infundió muchos ánimos así que muchas gracias. Una noche tormentosa eché fuera al *cafard* con el gato. Además de mi tristeza está mi lucha con el demonio del ron.^[10] Hay un terrible parecido entre la euforia del alcohol y la euforia de la metáfora —la sensación de que la imaginación es ilimitada— y a veces sustituyo o aumento la una con la otra. Mi comportamiento a veces resulta cómico. Dejo la máquina de escribir a las diez y cuarto y bajo las escaleras hasta la despensa donde guardo las botellas. No las toco. Ni siquiera las miro y me felicito fatuamente de mi fuerza de voluntad. A las once hago otro viaje a la despensa y me congratulo una vez más, pero a las doce, cuando suena el cuerno, bajo corriendo las escaleras y me sirvo un vaso. Lo mismo pasa por la tarde. Doy largos paseos, corto leña, pinto, apaleo nieve y, mientras proclamo en voz alta la belleza de la luz invernal, sigue rondándome por la cabeza la imagen de una botella de whisky. La mayor parte del tiempo la lucha parece estar igualada.

Ben se libró con una multa de 150 dólares y una orden de destierro de por vida de Cincinnati. Lo cual significa que tiene que coger el avión en Dayton. Parece muy contento y es un hijo muy gratificante. Pensaba que Elizabeth estaba gravemente enferma porque dicta sus cartas (que son bastante desalentadoras) y ha prohibido a Polly que me escriba. Me alegra saber que está bien. El libro de Styron me pareció sorprendente. No tenía fe en que fuese capaz de sacarlo adelante, y creo que lo ha logrado. He leído casi todo lo que se ha publicado este año y no se me ocurre nada que lo iguale. Además creo que es un buen hombre. Su obra no tiene ningún engaño. Cuando fui juez del National Book Award me emborraché antes de la reunión y luego hablé sin parar tres cuartos de hora. Funcionó.

Y ahora haré mi viaje de las once a la despensa. ¡Qué disciplina! ¡Qué fuerza de voluntad!

Abrazos,
John

22 de mayo

Querida Tanya:

El nadador —que no es ninguna obra maestra— tuvo una buena acogida y parece que

funciona bien. La nueva novela de John (*Parejas*) le ha hecho millonario. ¿Quieres que te la envíe? Es obscesivamente venérea, pero las descripciones de mujeres desnudas son espléndidas. Aquí se han hecho grandes avances en la literatura venérea. Se utiliza libremente el vocabulario puro, antiguo y correcto, se discuten las técnicas de masturbación y se nota una sensación de libertad, descubrimiento y novedad. Phil Roth lidera el grupo. Mientras todos mis amigos están describiendo orgasmos yo sigo con la belleza de lucero de la tarde.

Mi *malaise* duró hasta Pascua cuando de pronto la *bête noire*, el *cafard*, la tristeza y la infección cogieron su voluminoso equipaje y se marcharon. Tal vez haya sido el tiempo, pues esta es la primavera más hermosa que recuerdo. El valle del río es un muro de verdor, las nubes parecen montañas y llueve casi todas las noches. Es una de las razones por las que no quiero ir a Leningrado; en realidad no quería ir a ninguna parte, pero tal vez lo haga en otoño.

Abrazos,
John

Alan Pakula es el director de *Todos los hombres del presidente*. Estaba casado con la actriz Hope Lange.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
28 de junio [1968?]

Querida Tanya:

Sobrellevo lo de la trompa, aunque no lo bastante para hablarlo con calma. A veces pienso que su intención es fastidiarme. Esta mañana, por ejemplo (radiante y luminosa) se puso a tocar «Mangas verdes» a las siete menos cuarto. Con eso basta para estropearle el día a cualquiera que tenga una vasta memoria musical. Me alegro de que te gustaran los bostonianos. Creo que son nuestra mejor orquesta y llevo oyéndolos desde hace más tiempo de lo que podrías imaginar. Poco después de que me concibieran, mi madre, buscando un modo de mejorar el destino de un niño no deseado, se suscribió a la Sinfónica de Boston y asistió a todos los conciertos, dejando que los tranquilizadores sonidos de la música se colaran hasta mis rudimentarios oídos. Es posible que funcionase porque según me han contado fui un niño feliz. No creo que te parezcas mucho a... Se supone que está aquí ahora y me da miedo coger el teléfono y oír esa voz sepulcral. La homosexualidad parece ser común en la naturaleza, pero, si es así, ¿por que parece

tan desmañado espiritualmente? La naturaleza procreadora seguro que no es tan exigente ni vengativa. Me gustaría vivir en un mundo en el que no hubiese homosexuales, aunque supongo que el Paraíso debe de estar lleno.

Mis buenos amigos Hope y Alan Pakula van al festival de cine creo que el quince de julio. Te diré en que hotel se alojan en cuanto lo sepa. Él es un joven muy amable y una vez estuve enamorado de ella. Me extasiaba, languidecía y daba paseos por los bosques lluviosos. Creo que te gustará y seguro que a Elephant también. Cabe la posibilidad de que vaya a pasar una semana a Italia en julio. Creo que no me he sentido peor en mi vida. Me asaltan todo tipo de absurdas preocupaciones, duermo mal, mi trabajo avanza despacio, me sudan las palmas de las manos, me pitan los oídos, el corazón se me acelera y tengo la sensación de que si voy a venirme abajo, mejor hacerlo en el mar sagrado. A lo mejor es que lo de los conciertos en Boston no funcionó.

Besos,
John

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York
16 de julio de 1968

Querida Tanya:

Terminé *Bullet Park* a mediodía del viernes y lo eché al correo... No le dije a nadie que había terminado el libro y no hubo celebraciones. El domingo me desperté con dolor de muelas. El lunes por la mañana me arrancaron el colmillo y me embargó una profunda melancolía por haber perdido esa parte de mi cuerpo. A mediodía el agente llamó para decir que el libro era magnífico, pero no pude responder porque tenía la boca llena de algodón. Decidí celebrarlo anoche y salimos a cenar, pero, por razones que no recuerdo, la velada acabó con una amarga discusión con Mary. Creo que todo tiene su razón de ser, pero echo de menos el diente más que el libro.

Ben pasó dos semanas en casa con una muestra de su generación. Había una mujer del East Village que había dejado a su marido, un negro que llevaba joyas y quemaba incienso y un joven descalzo a quien el pelo le llegaba hasta los hombros. Ben dejó a la rubia y ahora sale con una morena que llegó un día al amanecer, se metió en la cama con Ben y allí se quedó casi toda la semana. De vez en cuando bajaban a cenar. Anoche le di tu dirección a mi antiguo editor —Cass Canfield—, que iba a tomar el vuelo nocturno a Moscú. No hago más que pensar que voy a ir a Moscú mañana o pasado mañana, pero tendré que esperar a que se me cure la mandíbula y

además estoy cansado y se me quitan las ganas cuando pienso en el pollo a la Kiev en el Ukraine.
Así que, sin libro y sin diente, sigo siendo

Tu amigo
John

Mi padre admiraba *A Fan's Notes* de Exley (Random House, 1968).

Cedar Lane
21 de julio

Querido Fred:

Mis más sinceras gracias por su amistosa y atenta carta. Nunca he querido ser paternalista. De niño me dijeron que recordara, siempre, que era un CHEEVER. Pensaba que esa tontería me había curado. A veces soy reservado por la rapidez con que intimo con la gente. Bailé cinco minutos con una desconocida en una boda y desaparecí seis meses. Soy como una mujer promiscua. Nunca me he deshecho de *A Fan's Notes*. Aún recuerdo el entusiasmo con que lo leímos Mary y yo. Ocupa un lugar predominante en la estantería y me encanta la cantidad de gente —sobre todo joven— que lo reconoce. No pertenezco a ninguna camarilla del *New Yorker* y nunca me he considerado importante.

Algunas de mis dificultades con el Tiempo pueden ser hereditarias. Mi hermano tuvo tres colapsos alcohólicos en torno a la cincuentena y el Tiempo fue una tragedia para mi padre. Una vez pensaron que se había suicidado. Fui a reclamar el cadáver y lo encontré totalmente borracho en una montaña rusa. Una enorme multitud se había congregado para verlo. Son las nueve y media. La asistente está limpiando la alfombra. Se interpone directamente entre la botella de ginebra de la despensa y yo, pero si le pido que vacíe los ceniceros del salón podré colarme en la despensa. ¿Le dará John Cheever al Librium, a la ginebra o a ambas cosas? Continúen atentos al receptor.

Suyo,
John

John Cheever
Cedar Lane

Ossining, Nueva York, 10562

21 de agosto [1968]

Querida Josie:

Acabé la novela y nos fuimos a Irlanda, así que se me ha ocurrido ponerte al día. Después de acabar el libro tuve un terrible dolor de muelas. Me extrajeron el diente y me emborraché. Eso parecía absurdo así que Mary, Fred y yo cogimos el avión a Shannon y fuimos en coche al sur, al condado de Kerry. Supongo que ningún sitio del mundo es como ningún otro sitio del mundo, pero Irlanda es un lugar muy peculiar. Está, en el sentido más agradable del término, embrujada. Las montañas son verdes y azules, hay cadenas de lagos, estuarios salados y ríos de salmón en cuyas pozas se reflejan castillos en ruinas con árboles que crecen en las torres y abejorros que zumban en los salones.

No estoy seguro de la calidad del libro, pero el agente y el editor están emocionados. Es muy, muy limpio. No hay una sola polla, ni un agujero del culo y la palabra follar no aparece ni una sola vez. Mientras todos mis amigos están dedicados a meter el dedo y tocar culos yo admiro la belleza del lucero de la tarde. Espero que tenga éxito. Y también que estés bien. Mary y Fred se fueron a New Hampshire en cuanto volvimos y yo estoy solo y ocioso, pero confío en volver a trabajar.

Abrazos,
John

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
Curacoa
20 de diciembre [1968]

Querido Exley:

La semana que viene nos vamos a las Antillas. Ricos, ricos, ricos. Mi hijo mayor no solo está avergonzado por el viaje, sino que teme que le avergüence estar moreno en invierno. Le disgusta la gente que está morena en enero. Siempre puede meter la cabeza en una bolsa. Mis sinceros y afectuosos recuerdos a usted y a su mujer.

Suyo,
Cheever.

Bullet Park se publicó en abril de 1969 y recibió críticas variadas. La edición en tapa dura vendió 33.000 ejemplares. Benjamin DeMott firmó la reseña que apareció en la primera página de *The New York Times Book Review* el 27 de abril.

Más de la mitad de la nueva novela de John Cheever es una colección de esbozos de una familia llamada Nailles que vive en una urbanización; el narrador pasa de la madre, al padre y al hijo, y da algunas pinceladas ocasionales de varios vecinos de Bullet Park. Hacia la mitad de libro toda esa gente desaparece y entra en escena un nuevo cronista: un melancólico nada interesante llamado Paul Hammer, hijo ilegítimo de una cleptómana de Indiana y un millonario socialista, que nos ofrece una serie de cogitaciones picarescas y autobiográficas. Ambas partes se juntan al final cuando Hammer llega a la urbanización decidido a cometer, por alguna razón poco inteligente, un acto violento contra el hijo de los Nailles.

... esta tercera novela no puede considerarse una adición de primera fila a la obra del escritor. Para empezar está el problema de la estructura: la novela tiene el espinazo partido, las partes se unen tan débilmente como da a entender la relación Hammer-Nailles.

Los cuentos de John Cheever son y seguirán siendo pájaros preciosos, densos e inexplicables. Pero en el ambiente viscoso de *Bullet Park* no cantan los pájaros...

El impacto de esa reseña tan hiriente aumentó por el hecho de que mi padre estaba bebiendo mucho en esa época. «El manuscrito tuvo una entusiasta acogida en todas partes —declaró en una entrevista a *Paris Review*— pero cuando Benjamin DeMott lo crucificó en el *Times*, todo el mundo le dio la espalda. Me lesioné la pierna izquierda en un accidente de esquí y acabé tan arruinado que empecé a buscar trabajo para mi hijo pequeño.»

DeMott se pregunta cuál puede ser el vínculo entre el sumiso y hogareño Tony Nailles y el depravado e indulgente consigo mismo Paul Hammer. Es un error común. Yo mismo caí en él cuando se publicó el libro. Recuerdo estar sentado en lo alto de un tejado en Cambridge, Massachusetts, comiendo comida china y leyéndole el pasaje sobre el hogareño Nailles a una chica con quien pensaba casarme. Le hablé de mi padre como el único defensor de la monogamia en un mundo adúltero. Yo quería creer en Nailles, y supongo que él también. Pero no podía haber un Tony Nailles sin un Paul Hammer, y en realidad son la misma persona. Nailles es demasiado bueno para ser real y Hammer es demasiado malo.

En general, sus cartas muestran el lado más amable y social de John Cheever, pero el lector cuidadoso verá otra figura que acecha en el fondo, el vanidoso, egoísta, cruel y demasiado indulgente consigo mismo Paul Hammer. Es como el lobo que se ve en la linde de un bosque alpino poco antes de anochecer. Sin ese lobo no habría niños durmiendo, ni casa con el techo de paja, ni siquiera ningún pueblo.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
Martes [1969]

Querido Exley:

No he hecho nada desde que acabé el libro, ni siquiera he llevado un diario. Mi hermano, mi único hermano, se presentó aquí ayer camino de Inglaterra. Después de veinticinco años de alcoholismo crónico, paranoia y caos marital, a los sesenta y dos años es un hombre apuesto, inteligente, sobrio y bien vestido. Su mujer, no obstante, está sumida en el abismo y me pregunté (furtivamente) si eso no tendría que ver con el bienestar de él. Nos quedamos despiertos hasta tarde, el Buen Hermano y el Mal Hermano. El Buen Hermano (yo) se bebió casi un litro de

bourbon mientras el Mal Hermano daba sorbos a un ginger ale. A la hora del desayuno, el Mal Hermano era todo encanto y compostura y el Buen Hermano estaba hecho un puto desastre.

Abrazos,
John

La bebida siempre ha formado parte de la cultura familiar. Cuando yo era adolescente y volvía a casa a pasar el fin de semana, salí de copas una noche en nuestra furgoneta. Desperté a las 5 AM con un terrible dolor de cabeza, y el vívido recuerdo de un accidente. En esa época estaba interno en un colegio, y en los dormitorios circulaban todo tipo de historias sobre alumnos a quienes habían enviado a academias militares por haber rascado el parachoques del Pontiac familiar. Me quedé en la cama saboreando mi dolor de cabeza y temiendo lo que suponía que sería un cambio drástico en mi futuro. Por fin, a eso de las 6 AM me levanté y fui al camino de entrada a ver el coche. Nuestra furgoneta estaba tan abollada que no se distinguía mi accidente de los de los demás.

Así que la alegre y alcohólica actitud de mi padre no dejaba de tener sus ventajas para un hijo adolescente. Pero a medida que los años sesenta tocaban a su fin fue quedando cada vez más claro que la tragicomedia de nuestras vidas se estaba transformando rápidamente en una auténtica tragedia.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
Seis de marzo

Querido Bill:

No puedo escribirte un cuento. No puedo escribirle un cuento a nadie. Sé que *Bullet Park* no es un libro tan voluminoso, pero seis meses después todavía sigo agotado. Dos veces me ha parecido dar con un tema sobre el que escribir, pero es como si me faltaran motivos para continuar. Creo que tendré que volver a empezar desde el principio. Además, la extravagancia de Barthelme me desconcierta. Siempre se puede empezar: «El señor Frobisher, al regresar después de pasar un año en Europa, abrió su maleta para enseñársela al oficial de aduanas y encontró, en vez de su ropa y los recuerdos que había comprado, el cuerpo desnudo y mutilado de un marinero italiano». Buf. Es como el último acto de un vodevil y además tengo la impresión de haberlo escrito hace quince años. Ahí radica la dificultad. Empiezo un relato y luego me doy cuenta de que ya lo he escrito.

No trabajar me resulta muy doloroso y sigo luchando con el alcohol. He pedido ayuda a un médico, pero no estoy seguro de que sirva de nada. Un día para mí; otro para la jovencita. Una actriz guapa, rubia, inteligente y sensible a quien adoro anunció a su marido que tenía que pasar tres horas a solas conmigo. Aceptó a regañadientes. La llevé a patinar.

Abrazos,
John

Recuerdo a Hope Lange y a su marido, Alan Pakula, subiendo por las escaleras de la casa de Cedar Lane. Creo que Hope me llamó «cariño» e incluso es posible que me diera un beso. En aquel entonces yo apenas era un adolescente y luego me quejé a mi padre. «No me conoce. No sé por qué tiene que llamarme cariño.» Él me explicó que la gente en Hollywood era así y que no significaba nada.

Después de un viaje a Hollywood, mi padre se había jactado de sus citas con Peggy Lee. Me contaba que habían dado paseos en descapotable y que le había hecho de chófer. Nos quedábamos en casa oyendo sus discos. Me gustaban mucho. También hablábamos de otras mujeres. Susan y yo nos burlábamos de los montones de mujeres satisfechas que había dejado en las playas de California. Pero yo seguía sin entenderlo. Debía de pensar que solo las besaba. Pero cuando Hope y su marido aparecieron en nuestra casa de Cedar Lane, empecé a sospechar que había algo más que besos. La relación discontinua de mi padre con Hope continuó hasta su muerte.

Hacia el final de su vida me invitó a ir a la ciudad para conocerla. Hope, él y yo comimos en un restaurante especializado en carnes. Apenas hablamos y solo nos dedicamos a sonreír. Fue como un episodio de una serie mala de televisión titulado «El padre presenta a su hijo mayor a su amante».

Aún no sé exactamente cómo se supone que debe reaccionar un hijo ante el adulterio de su padre. Es delicado porque yo quería a mi padre pero también quiero a mi madre. Cuando Biff descubre las indiscreciones de Willy en *Muerte de un viajante*, pierde por completo la fe en el hombre. No sé cómo serían las cosas cuando se estrenó la obra, pero hoy su reacción parece un poco anticuada. Después de la muerte de mi padre, fui a comer con Hope y me dio copias de las cartas que le había enviado. Me contó que él nunca pensó en dejar a mi madre. «Jamás me habló mal de tu madre», dijo Hope. En cualquier caso, mis padres siguieron juntos, y la verdad es que me alegro. Su relación fue difícil y a menudo dolorosa para ambos, pero también muy fructífera.

Le pregunté a Hope cuándo se había enterado de que mi padre era bisexual.

—Después de leer sus últimos libros —respondió.

—¿Pero no lo sospechabas al principio?

—No —dijo—. Me engañó. Era uno de los hombres más ardientes que he conocido.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
Martes

Querida Hope:

Te quiero, no te he escrito antes porque sufrí un pequeño accidente de esquí. Bajando (o eso creía) entre los árboles del huerto me caí como una bandeja de platos y me rasgué todos los ligamentos de la rodilla izquierda. No es grave, ni doloroso y mañana iré al hospital a que me la escayolen. Cuando mejore iré a la costa. No trabajaré ni haré nada. Me quedaré con los Weavers, me esconderé detrás de las palmeras y te veré entrar y salir de tu coche. Ojalá tuviese una foto tuya, aunque es una sensiblería y además ya sé qué aspecto tienes. Mis sentimientos son poco complicados. No estoy triste, ni enfadado, ni celoso, ni angustiado ni preocupado. Te quiero.

Besos,
John

Iole, la italiana que crió a Fred desde que nació, seguía muy ligada a la familia.

3 de abril

Cariño:

Estoy verdaderamente inmovilizado y solo te escribo para decirte con mi torpeza habitual que te quiero. La escayola va desde el pie a la cadera y apenas llego a la máquina de escribir. Mary y Iole han sido muy buenas. He pensado que, en lugar de buscar trabajo en la costa, podría entrevistarte para *Esquire*. ¿Te gustaría que te hiciesen una entrevista para *Esquire*? El médico me verá el viernes y entonces sabré más sobre mi movilidad en el futuro.

Besos,
John

El libro era *Bullet Park*. Él tenía cincuenta y siete años.

Viernes

Cariño:

Estaré escayolado otras tres semanas. La escayola es gigantesca. La gente viene a propósito a verla y me trae flores y puzles. Me han regalado docenas. Al principio pensé que la escayola sería el principio de una nueva vida sobria e industriosa, pero no ha sido así. Iole me trae el hielo y las botellas a las once. El libro sale dentro de una semana o así y he pasado la mayor parte del tiempo posando para las fotos publicitarias, debo de haber posado más de quince veces. No me gusta. Al cabo de una hora o dos empiezo a poner una mirada falsa, blanda y seráfica y miro a la cámara como un cordero degollado. La publicidad del libro es tan exhaustiva que empiezo a sentirme como si en lugar de escribir un libro hubiese inventado una línea de utensilios de cocina: inoxidable, ligeros y demás...

Pienso en ti todo el tiempo, ojalá tuviese una fotografía. El sábado por la noche te vi en la televisión, pero no me ayudó mucho. Aquí llega otro fotógrafo seguido de Iole con las botellas.

Besos,
John

Se refiere a su viejo amigo Lennie Field. Rutuola es el gurú de *Bullet Park*.

John Cheever [1969]
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
8 de mayo

Querida Tanya:

La mujer de Lennie se llama Virginia y la gente le llama Ginni y a veces (¡ay!) Gin. Su hija se llama Katherine y la llaman Kathy. Me alegra mucho que hayas reparado en el leitmotiv. Un crítico de aquí dijo que el libro no se tenía en pie. Me pareció que se equivocaba porque está tan bien construido que podría leerse al revés.

También podría recurrir a Rutuola, pero se volvió a Baltimore. Estoy seguro de muy pocas cosas; pero no me cabe duda de que cuando muera y (muchos años después) mueras tú también volveremos a vernos y disfrutaremos de una eternidad muy interesante. Me han quitado la escayola, pero la pierna sigue hinchada y dolorida y la noche no es mi morada. Todo esto pasará.

Besos,
John

Incluyo la crítica de TIME porque cabe en el sobre.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
Catorce de mayo [1969]

Querido Exley:

Buena suerte con los Rockefeller; alabaré tu voz. Es difícil saber qué decisión tomarán. La Fundación Ford me preguntó si quería una beca para escribir una obra de teatro. Acepté su amable invitación. Luego me escribieron diciéndome que, debido al inesperado número de personas que habían aceptado la invitación, no decidirían hasta agosto. En agosto escribieron

para decir que mi obra no estaba a la altura. Le dieron la beca a William Goyen. Lo que les gusta son tipos como Gass. Les impresiona mucho la gente que no sabe escribir.

Me he librado de la escayola, pero no de las muletas. El libro es un éxito de ventas, mi mujer es encantadora, mis hijos son guapos, mis jardines están en flor, pero es como si estuviese atascado en un marasmo de alcohol y melancolía. Se me pasará.

Abrazos,
Cheever

8 de julio

Cariño:

Anoche me emborraché y me entraron muchas ganas de llamarte, pero no encontré tu número y supongo que casi es mejor. Al menos debería estar sobrio. Te echo de menos, pero no con tristeza. Tienes una especie de luminosidad que parece excluir la nostalgia, la música triste y la languidez. Tengo una larga serie de apuntes sobre lo indigno que soy y diciéndome que es mejor no verte, porque cuando te veo no veo nada más durante un tiempo. Te imagino yendo a trabajar por las mañanas y comiendo comida china. Siempre parezco estar escondido detrás de una palmera.

La cena con baile nos ha tenido muy entretenidos pero ya ha pasado. Susie y su marido se van a Mallorca la semana que viene y el día veintidós iremos nosotros. Luego Mary viajará a Roma, pero creo que me quedaré en la playa. El libro no es el éxito de ventas que auguraba Knopf, pero cerca de cuatrocientas personas lo compran cada semana y no imaginas cuánto les quiero. Creo que llevan zapatillas deportivas.

Besos,
John

Christine Keeler era la señorita de compañía con la que John Profumo, el secretario de la Guerra del Reino Unido, tuvo una relación «inapropiada». Profumo dimitió cuando se supo que Keeler también tenía un trato extremadamente amistoso con un funcionario soviético de quien se sospechaba que era un agente de inteligencia.

John Cheever
Cedar Lane

Ossining, Nueva York, 10562

[10 de septiembre de 1969]

Cariño:

Me alegró mucho tener noticias tuyas. Había estado pululando en torno al buzón con la esperanza de recibir una carta tuya, pero no había encontrado más que anuncios de bodas y maquinillas de afeitar gratuitas. Pensaba que te habías hartado de mí e intenté telefonearte. En Información me dieron el número de un tal David Albert Lang y le llamé. Parecía muy adormilado y enfadado. Dijo que te había visto en la televisión, pero que no sabía tu número de teléfono. Pienso mucho en ti.

Notas de viaje: Susie y Rob fueron a recogernos a Palma y luego nos llevaron en coche por las montañas hasta la otra costa. Deyá es un grupo de casas de piedra entre el mar y una empinada cadena montañosa. Los precios son increíbles. El vino cuesta nueve céntimos la botella y el alojamiento en pensión completa menos de tres dólares al día. Mary, desconcertada por las circunstancias, se marchó al Ritz de Madrid y luego al Hassler. Yo me quedé en Deyá. Por la mañana trabajaba y luego iba dando un paseo de poco más de un kilómetro entre olivos y limoneros hasta el mar. La costa es rocosa y el agua tan transparente como el aire. Encima de la playa hay un pequeño café en una cueva donde se puede jugar al ajedrez y beber tónica con ginebra. Por la tarde, iba a otra cueva desde donde se baja al mar por una larga escalera. Después de cenar todo el mundo va al café. Hay una mezcla de europeos y expatriados norteamericanos. Uno de ellos es famoso por haber pasado cinco noches con Christine Keeler. Estuve muy a gusto y volví encantado, pero aquí las cosas están negras y mañana iré al río Saint Lawrence.

Notas familiares: Susie y Rob se marcharán de Deyá esta semana para ir a Londres, donde pasarán el invierno. Ben anunció el martes que iba a casarse el jueves y así ha sido. Es una chica guapa, ingeniosa e inteligente, pero su padre es jefe de seguridad de IBM y la familia tenía pensada una boda muy distinta. Se les pasó el susto justo a tiempo para la ceremonia. Una vez atado el lazo me colé por el coro y el presbiterio y tañí la campana. Repicó muy fuerte. Se fueron de luna de miel en una moto recién comprada. Al cabo de una hora en la carretera decidieron que era muy incómodo y pararon en el primer motel. Acabaron el viaje en coche.

Por favor escribe de vez en cuando. No hace falta que sean cartas largas, sino notas diciendo que estás bien y demás.

Besos,

John

Septiembre [1969]

Cariño:

Veo tu preciosa cara mirándome en tantos anuncios de periódico y decorados de televisión que empiezo a tener la sensación de que eres patrimonio nacional como el Gran Cañón. A veces estás muy guapa; otras, muy seria y supongo que eres ambas cosas. En una ocasión vi a una mujer en un ascensor con un libro mío. Lo llevaba de modo que podía verme a mí mismo mirándome por encima de su codo. Verme a mí mismo me pareció muy desconcertante y cuando salió del ascensor tuve la terrible sensación de que se estaba llevando mi cara consigo, dejándome sin nada que afeitarse por la mañana. Espero que no tengas ese tipo de problemas.

En realidad, no tengo nada que decir y solo continúo escribiendo porque es un poco como charlar contigo, cosa que me gustaría mucho hacer. Fui al río Saint Lawrence a trabajar y pescar un poco. Trabajé y pesqué un par de róbalo. Habíamos ido a pescar lucios que pesan veinticinco kilos y tienen una boca como una excavadora. Hay que matarlos golpeándoles en la cabeza con un bate de béisbol y me pasé el rato pensando qué ocurriría si pescaba uno, pero no lo pesqué.

Ben no hace más que llevarme de excursión en su motocicleta. No me gusta ir en motocicleta, pero no se lo he dicho. Aquí estamos en otoño y hace bastante frío. Sigo yendo a nadar todos los días lo cual me deja tembloroso y magnánimo. No sé lo que haré para endulzar mi ánimo cuando el agua esté demasiado fría. Ignoro lo que me deparará el invierno.

Besos,
John

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
3 de octubre

Querida Tanya:

Supongo que estarás en la playa. La única costa rusa que conozco es la del Mar Negro en Yalta, donde iba a nadar... Cuando el mundo sea más pacífico tienes que venir a ver las playas de aquí. Hay una franja de arena blanca que se extiende desde Maine al cabo Hatteras. Las gaviotas chillan, las olas retumban y la playa es un sitio maravilloso para pasear. Antes veraneábamos en una de las islas y recorría kilómetros por la playa hasta encontrar una charca donde llenaba un saco de almejas. Luego Mary preparaba una sopa de almejas que olía a mar con cebollas. Después (me invento una lluvia suave), nos íbamos a dormir.

Bullet Park no ha tenido tanto éxito como esperaba el editor, aunque tengo entendido que ha

vendido unos cien mil ejemplares. Hubo una reseña negativa en el *Times* y el editor interrumpió la publicidad. Tal vez me haya equivocado al utilizar una urbanización como metáfora social. La gente prefiere leer sobre fornicaciones en las montañas y tempestades marinas. Las reseñas fueron muy respetuosas, pero extrañamente diagnósticas como si me hubiesen confundido con un filósofo. Varios críticos me han animado a volver a Saint Botolphs, pero no puedo. Nunca ha existido.

Besos,
John

La carta siguiente permite vislumbrar lo que llegó a ser «La cuarta alarma». También Cedar Lane, 20 de octubre de 1969.

20 de octubre

Cariño:

... Nueva York, sobre todo la Nueva York teatral me fascina. Si fuese al teatro y me pidieran que me desnudase no me importaría demasiado, pero ¿qué haría con la cartera, el reloj y las llaves del coche? Me refiero a que no quedaría muy bien en un montón amoroso aferrándome a mis cosas. Tendría que dejar la cartera, etc. En ese aspecto tal vez te interese tu vecina la señora Burns. Tiene un marido, dos niños pequeños y hasta hace poco impartió clase de inglés en el instituto de Ben. Fuese por aburrimiento o por curiosidad se presentó a un papel para *¡Oh, Calcuta!* y lo consiguió. Ahora aparece desnuda en el escenario ocho veces por semana. No puede ser más feliz. Ningún abogado acepta la demanda de divorcio del marido porque no hay precedentes de una copulación simulada en público como motivo de divorcio. No sé cuál es la moraleja de esto.

Anoche cayó una helada terrible y un viejo llamado Vincent está recogiendo las últimas hojas.

Besos,
John

Ivy era la madre de Tanya, Vera es una de las hijas de Tanya. Yvy escribió relatos para *The New Yorker*.

John Cheever

Cedar lane
Ossining, Nueva York, 10562
13 de enero

Querida Tanya:

John Swope me envió unas fotografías preciosas que os hizo a ti, a Vera y a Yvy. Hace tanto tiempo que no te veo que había olvidado tus ojos. Spear intentó robarme la foto en la que estás con las copas de vino, pero se la quitó. Se llevó una en la que sales tú en Georgia. La foto de las tres generaciones —Ivy con una lupa, tú con una copa de vino y Vera con un cigarrillo—, me parece muy conmovedora y paso mucho tiempo mirándola.

El suelo está cubierto de nieve y hace mucho frío. Sigo almorzando con Spear los viernes, pero ha dejado de patinar. He decidido que no me gusta *Bullet Park*. No sé qué es lo que está mal, pero algo no salió como esperaba. En cualquier caso, vuelvo a estar enamorado y por lo general eso ayuda.

Besos,
John

John Cheever [1970]
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
20 de febrero

Querida Tanya:

Pensé que te había escrito hablándote de Ben. Es verdad que se casó. Anunció un martes que iba a casarse el jueves. Ella es guapa e ingeniosa. Es hija única. Su padre está a cargo de la seguridad en IBM. Eso implica costumbres sartoriales e intelectuales extremadamente conservadoras. Es un hombre agradable y esbelto con una permanente sonrisa. Sería poco caritativo por mi parte decir que la sonrisa seguiría imperturbable si le pusieran la mano en el fuego, pero soy caritativo. Ella debe de haber sido una mujer muy guapa. No beben, ni fuman, ni leen. Les horrorizó la boda hasta que (según me han contado) fue un hecho consumado, después se alegraron y siguen encantados. Ahora tienen un hijo.

Se casaron por la Iglesia porque a Ben le gusta tanto la liturgia de la Iglesia Anglicana como a mí. Ben llevaba un traje y parecía un oso o un chimpancé en un circo. La novia estaba muy guapa. Cuando terminó la bendición me colé por el coro y el presbiterio e hice repicar las campanas. Creo que el tañido de las campanas es muy importante. Estaba preocupado por el champán, pero el padre de ella llevó un poco. Luego Ben y su novia subieron en una moto y se

marcharon al atardecer. Te gustaría Ben. Es muy amable, fuerte y pensativo, aunque es de esos a quienes no les queda bien la ropa. Lo he llevado a los sastres más caros, pero sigue pareciendo un oso.

Besos,
John

Mis antiguos suegros y yo ya no nos hablamos, pero debo decir en su defensa que los dos se fumaban un paquete de Salems al día. En lo que sí tiene razón es en lo del traje.

La amistad entre mi padre y John Updike siempre estuvo teñida de competencia —y mi padre podía ser muy desagradable con él a sus espaldas— pero también había afecto y admiración sinceros.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
24 de abril [1970]

Querido John:

Parece que nos veremos en Seúl y estoy seguro de que será muy agradable. He estado pensando en llevarme también a Mary y a mi hijo de trece años e ir de Tokio a Leningrado. Es una locura. Nos lapidarán en Seúl, robarán en Tokio y encarcelarán en Leningrado.

Creo que no hemos coincidido desde hace un año en el cabo y estoy deseando volver a veros. Besos a Mary.

Tuyo,
John

Este es John Weaver.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
Diecisiete

Querido John:

Me alegró mucho tener noticias tuyas y me encanta saber que vas a publicar un libro. He disfrutado tanto con tus cartas todos estos años que ya las echaba de menos, aunque mi propia afición a mantener correspondencia parece haberse eclipsado. ¿A quién le importa si llueve o no o si podría llover? Últimamente, cada vez que empiezo un relato descubro que ya lo he escrito. El mes pasado fui a Saratoga y al recorrer los cinco kilómetros de Union Avenue vi exactamente veintisiete detalles que había utilizado en mis relatos: una torre de madera, los billetes viejos de apuestas, un perro cojo, un ciervo de hierro, un olmo seco, etc. Para cambiar de aires, el lunes viajé a Tokio y Seúl, aunque voy con John Updike, que es muy codicioso respecto a la *mise-en-scene*. Va siempre un poco por detrás de mí y hurga en todas mis observaciones. Me llevo a Mary y Fred y seré delegado del PEN en Corea.

Hope y Alan van a divorciarse, y por arte de birlibirloque he dejado de hablarme con Alan. Hope ha encontrado lo que llama un hombre «no creativo». Susie y Rob, que están viviendo en Londres, vinieron a estar con nosotros un mes y fue muy agradable. Ben y su mujer están viviendo en Nueva York. El estado de las piscinas de por aquí es crítico. La mayor parte de las piscinas que utilizo —y sus cuidadores— han envejecido. Las piscinas que antes estaban abiertas en mayo siguen sin pintar. Estoy estudiando japonés y sé decir «Buenos días» (Ohayo) y «¿Dónde está el servicio de caballeros?» (Oh-toh-koh noh behn-joh wah doh-koh dehes kah.)

Sayonara,
John

Esta carta se escribió en Ossining en un papel que debieron repartir en el Congreso del PEN en Corea.

XXXVII CONGRESO INTERNACIONAL DEL PEN

SEÚL — 1970

Hotel Chosun

Cedar Lane
Ossining
Jueves

Querido Bill:

Extrañamente, volvimos bien y contentos. El vuelo fue largo —diecisiete horas— y en Fairbanks (esquimales, tramperos, etc.) coincidimos con treinta y seis miembros del claustro de

la universidad de Akron y sus mujeres. Todos tenían el nombre, la dirección y el código postal bordados en la ropa y las mujeres seguían llevando las flores secas y marchitas que les habían dado al marcharse. Estaban dando la vuelta al mundo vía Tokio, Singapur, Tashkent, etc., y muchas llevaban botellas de agua de Akron. Como sabrás, no hay nada como el agua de Akron. Tokio y su montaña estaban perdidas en la niebla cuando llegamos y las familias que salían a dar su paseo vespertino llevaban mascarillas quirúrgicas. Nos alojamos en un hotel de lujo donde me despertaba todas las mañanas gritando «¡Karma, karma!». En Seúl el discurso de John fue tan brillante como él. Asistimos a muchas recepciones en palacios de aleros curvos. Los salones tenían espejos y candelabros y eran de esos sitios donde se firman tratados. Hubo una fiesta maravillosa en una casa de geishas donde me lavaron, examinaron, besaron y dieron de comer y no solo mi geisha se postró para atarme los zapatos, sino que me cogió de la mano y me llevó bajo la lluvia hasta el taxi. Era muy guapa, llevaba un kimono azul y se llamaba Saw.

Seúl está rodeada de montañas donde vive el enemigo. El presidente está rodeado de guardaespaldas y cuando pasa en coche por la calle las órdenes son cerrar las ventanas y echar las cortinas. Hay toque de queda a medianoche. Nos regalaron sedas, baúles, flores, pergaminos y una edición en tres volúmenes de los discursos del presidente. Cuando volvimos a Tokio no fuimos a la Expo. Vimos varios templos, bosques de cedros y cascadas y yo seguí gritando «¡Karma, karma!».

John

Recordó el mismo viaje en su diario:

¿Qué recuerdo vivamente? Los bosques de pinos de Fairbanks. Aquel puesto avanzado. La luz del cielo es gris, pero no ha disminuido de intensidad en catorce horas. Las mujeres de los profesores de Akron con las flores secas y las botellas de agua de su ciudad. No vale la pena perder el tiempo ridiculizándolas. Han salido a ver el mundo y no tiene nada de malo. Tendrán emociones, placeres, un montón de fotografías y diarrea, pie de atleta, algaradas antinorteamericanas y el peligro y el temor de una muerte súbita en el mar de Bering. La niebla en Tokio oscurece la ciudad y su montaña. El taxista lleva una mascarilla quirúrgica. Fabricado en Japón era una consigna en mi juventud. Casi todo está en venta en ese paraíso —la tienda de todo a cinco y diez centavos se inventó en Japón—, los peces dorados, los juguetes, los destornilladores, los abrebotellas, las cuentas de vidrio... todo ha sido fabricado en Japón. La ciudad bombardeada e incendiada hace mucho que ha desaparecido, pero en las esquinas se ve de vez en cuando una casa antigua con los aleros curvos y fabricada en Japón.

En la carta siguiente, Fred es mi hermano. Coverly es uno de los dos hermanos en los libros de los Wapshot. Mi madre impartió clase en el Briarcliff College diez años. Al final de la época que pasó allí cambió la dirección y casi todas las personas que le gustaban o a quienes admiraba se marcharon o fueron despedidos. Sandra Hochman era amiga de mi madre. La novela de Sandra *Walking Papers* (Viking) fue un éxito de ventas en 1971. La vieja finca de Kress estaba cerca de la casa de mis padres en Cedar Lane, y tenía un estanque donde podías bañarte si tenías mucho calor o ibas muy borracho. De lo contrario, el barro resultaba muy molesto. Art es Arthur Spear, un amigo de paseos, pesca y francachelas de mi padre a quien le alquilamos la casa en Friendship, Maine, en 1956.

La experiencia docente de mi padre en Sing Sing le proporcionó el trasfondo de *Falconer*, aunque en una entrevista publicada en *Newsweek* en marzo 1977 le dijo a mi hermana: «No fui a Sing Sing a recopilar material, igual que no me casé y tuve hijos para recopilar material».

He aquí una carta escrita en abril de 1974 al escritor Allan Gurganus sobre la continuada relación de mi padre con Donald Lang. Lang había sido alumno de mi padre en Sing Sing. Cuando lo soltaron siguieron siendo amigos.

El lunes por la noche Lang fue a un horrible bar llamado Orchid Lounge. Un tipo rubio se metió con él. Acabaron peleándose. Lang usó una palanca como arma. El tipo acabó en el hospital y Lang en la cárcel. El martes por la tarde me telefoneó desde allí y pasé tres horas (con mi mejor traje) hablando con los policías blancos y negros. Fue agotador. Lang solo es un amigo, pero valoro en mucho su libertad. A eso de mediodía conseguí hablar con un juez que fijó una fianza. Conseguí el dinero y Lang salió sucio, sin afeitarse y con los cordones de los zapatos en la mano. «Me preguntaba cómo reaccionaría usted», dijo. «Dé las gracias», respondí. «Gracias», dijo, y los dos, por segunda vez, salimos de la cárcel.

Lunes [9 de mayo, seguro que de 1971]

Querido Ben:

NOTICIÓN. Fred mide un metro setenta y cinco. Es más alto que yo. Y hablando de alturas, un admirador me telefoneó hace poco a las tres y media de la madrugada. «Solo mido uno sesenta y siete», dijo. «Yo mido uno setenta y dos», respondí. «No parece usted John Cheever», arguyó. Repliqué que era Coverly Wapshot y que estaba muy adormilado. Se llama Soiwode. Todos mis admiradores telefonean a las tres y media de la madrugada y se llaman Exley, Ohno, Mukenfuss y Woodcook. Mi favorito —Popescu— vive en Bucarest, en el 16 de la calle Julius Fuck. Siempre dan la impresión de estar locos o borrachos y tengo una pesadilla terrible en la que todos coinciden en mi sala de estar.

Hace un tiempo muy agradable. El cerezo está en flor y Mary se dedica a escribir poesía. Las cosas en su facultad cada vez están peor. Han añadido la educación sexual al currículo, pero el folleto aclara que no habrá ejemplos prácticos. Todos los profesores a los que han despedido van a desfilar llorando en la ceremonia de inauguración del curso. Sandra Hochman llegó el sábado con un nuevo semental. Se describió a sí mismo como «gimnasta». Es más guapo que el anterior. Les siguieron Susie y Rob, que atacaron directamente el asado de ternera. Desapareció como la nieve, pero los dos parecen felices. El viernes fui a nadar a Kress y casi me congelé. Como consecuencia mis tubos bronquiales suenan como la Sinfónica de Cleveland. El sábado Art, los perros y yo fuimos dando un paseo hasta la presa donde unos jóvenes muy amables que estaban bebiendo vino y leyendo a Martin Buber nos invitaron a acompañarles. Al pasar ayer por Kress Hill oí unas voces entre los árboles. «Dorothy Parker era muy poco de fiar», dijo un hombre. Estuve hablando con ellos y fueron muy simpáticos, pero no tenían vino. Mañana iré a Sing Sing a discutir con el alcaide la posibilidad de impartir un curso sobre relatos cortos a traficantes de drogas y demás. Si no vuelves a tener noticias mías, ya sabrás lo que ha pasado. Clang.

Besos a Linda.

Tuyo
J.

Miércoles [finales de mayo de 1971]

Querido Ben:

La clase del jueves fue estupenda. El punto culminante llegó cuando un camello puertorriqueño (de 24 años) se levantó y exclamó: «¡Menudo hijo de puta estaba hecho ese tal Maquiavelo!». No siempre van tan bien. Ayer Fred y yo llevamos tres cajas de libros para la Biblioteca de la Cárcel. Nada más dejar los libros, nos encerraron. Tuvimos que esperar a que una autoridad los examinara. No fue tan malo como podría haber sido. Me refiero a que no fui por ahí diciendo: «¿Tiene la bondad de darme su nombre, etc.?». Cuando pregunté si podía ir al coche a por un cigarrillo el guardia hizo una mueca y estuve a punto de soltarle un puñetazo, lo que habría terminado de arreglar las cosas. Pasamos media hora entre rejas, pero esta mañana el alcaide ha llamado para disculparse.

Mary ha dejado de dar clase, pero parece contenta con sus poemas. Una compañía cinematográfica está rodando una película de terror y sexo en Beechwood y ayer fui a ver el rodaje. Todo está roto y mugriento y la sala estaba abarrotada de actores disfrazados de monstruos. Cha Cha. He terminado un cuento largo, lo que me alegra mucho así que todo va bien. Todos envían besos a Linda.

Tuyo,
J.

Mi hermana estaba trabajando en el *Tarrytown Daily News*.

Viernes [4 de junio de 1971, estoy seguro]

Querido Ben:

He perdido al negro Pat Boyle, el tipo que robaba Corvettes. El martes lo trasladaron a Auburn. Se han llevado a unos doscientos hombres y, por lo visto, también me he quedado sin el tipo de Maquiavelo. Trajeron a un grupo nuevo ayer. Parecen muy formales, aunque supongo

que habrán estrangulado a ancianitas en callejones. Nunca lo sabré. No les gusta hablar de sus errores.

The New Yorker ha rechazado mi último cuento. *Esquire* quiere comprarlo, pero solo están dispuestos a pagar mil quinientos. Teniendo en cuenta lo que me costó escribirlo es menos de lo que gana Susie en el periódico de Tarrytown. *Harper's* está descartado y *Atlantic* sigue sin saber nada de orgasmos así que no hay más que hablar.

Mary parece muy contenta y feliz. Fred y ella están planeando un viaje a Colorado y creen que voy a ir con ellos, pero no. En primer lugar, no me apetece. En segundo, no puedo permitírmelo. Pronto les comunicaré mi decisión. Ha caído una lluvia agradable y los céspedes están muy verdes. Fred está siguiendo una dieta que parece consistir en comer todo lo que encuentre a su paso menos espinacas. Besos a Linda.

Tuyo,
J.

Esta carta está dirigida a John Updike. El libro era *El regreso de Conejo* (Knopf). Zhenya es Yevtushenko.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
Tres de diciembre [1971]

Querido John:

He leído el libro y me ha parecido genial; un término que no se usa a menudo en las orillas norte o sur. Pensando que podía estar equivocado he vuelto a leerlo y he llegado a la misma conclusión.

Zhenya fue ridículo, aunque me parece fascinante. Señaló que yo llevaba puesta la misma ropa que hacía siete años. Él llevaba un abrigo largo de piel de nutria marina ribeteado de armiño. Peter, con dones Updike, es un niño que se echa a reír cuando le hacen cosquillas. Nevó mucho y me presentaron al presidente de la Unión Soviética. Tiene una máquina en el despacho para sacar brillo a los zapatos.

Besos a Mary.
Tuyo,
John

F. es un oficial ruso que también había acompañado a los Updike en su viaje a Rusia.

Cedar Lane
Ossining
28 de diciembre [1971?]

Queridos John y Mary:

Os eché de menos en Moscú. Alguien sacó a relucir *Bech* y le salté al cuello. *El regreso* no parece haber llegado aquí, pero obviamente saben de tu importancia y sienten gran admiración por ti, por tu obra, tu mujer, tus hijos, tu casa, tus etc. Llevé a mi hijo pequeño. [F___] estuvo todo el tiempo con nosotros y solo se produjo una escena. «Ahora podemos descansar —dijo [F___]— y dentro de diez minutos iremos a ver la casa de Pushkin.» En ese momento organicé la escena. El Sindicato de Escritores me había invitado a celebrar el aniversario de Dostoievski, pero cuando llegamos allí [F___] dijo: «El aniversario es en Riga, ¿qué les parece ir a Tíbilisi?». Y eso hicimos. Me llevaron a la tumba de Fiodor en Leningrado, pero estaba cerrada. El cartel decía: «Jour de Repos».

¡Ay! el Ukraine, el Ukraine. Ahora nieve y hielo. Las enormes puertas giratorias dejan pasar un frío terrible. El vestíbulo huele a lana mojada y piel de conejo. Unos mongoles exteriores se sientan en sillones de imitación de piel bajo el mural cóncavo de *El reino pacífico*. Los sillones están llenos de parches. El ascensor de la derecha parece una melé de rugby. El olor de un millón de cajones de oficina vacíos —creo que es eso— se sube a la cabeza. No falta detalle, los relojes parados, los pasillos oscuros, los kilómetros de alfombras, los salones con cuadros y helechos, la sensación de estar condenado de por vida. En Leningrado volvimos a alojarnos en Europa. Ahí estaban Ganimedes, Apolo y las alfombras sin enganchar en las escaleras. El Palacio de Invierno necesita urgentemente una capa de pintura. Vi a casi todo el mundo y todos hablaron de ti con cariño.

Con cariño,
John

Vera, la hija de Tanya, iba a ir a visitarnos.

Cedar Lane
Ossining, Nueva York
15 de enero

Querida Tanya:

Lo único que ocurre es que mi musa se ha quedado en Portugal y me ha dejado sin inspiración para las cartas o el trabajo. Lo único que puedo hacer es esperar que vuelva esa mujerzuela. Ya se había descarriado antes. Nada parece muy agudo o significativo. El día está nublado. Parece que va a nevar. John Updike se ha ido a África. Mi matrimonio está de capa caída. Bebo vodka para desayunar. Puedo ir a patinar y eso me hace olvidar. El agua se heló de repente y excepto por las burbujas de aire es negra y transparente. Veo bancos de carpas que se dispersan bajo mi sombra. El sábado participé en una manifestación antibélica. Estuve dando vueltas y vueltas. Parecía una penitencia. A Mary la increpó un reaccionario, pero nadie se metió conmigo. Mary, que es guapa y vanidosa, no quiere llevar una pancarta porque le tapa la cara. Gasto mucho tiempo y energías en la cárcel. Mi alumno nuevo —un joven negro— está condenado a veintiséis años. Me llevo de maravilla con los asesinos.

... Esperamos a Vera; yo espero a mi musa. Siempre he sido el amante —nunca el amado— y he pasado gran parte de mi vida esperando trenes, aviones, barcos, pasos, timbres, cartas, llamadas de teléfono, nieve, lluvia, truenos etc.

Besos,
John

Había vuelto a ir a Rusia.

18 de febrero
Cedar Lane

Querida Tanya:

Esperaba tener noticias tuyas y, como no ha sido así, me pregunto si fui ofensivo o aburrido esa noche de nieve en el Ukraine. Parecías cansada. Yo estaba cansado y desconcertado de que hubieses perdido los dientes. Me preocupa absurdamente la estética. Estaba cansado y hoy también lo estoy. Cansado de beber whisky para desayunar, de preocuparme por el dinero a estas alturas de la vida, de hacer el amor en moteles con hombres y mujeres a los que no volveré a ver, de estos cielos invernales...

Playboy me ha comprado tres cuentos. Me gusta uno de ellos. Es la historia de un hombre

contada por su abdomen. He interrumpido un relato largo porque parecía más un ensayo que un relato y no soy ensayista... Yevtushenko está aquí, pero solo lo he visto una vez. Galvaniza al público en todas partes de tal forma que empieza a parecer un espectáculo de circo y se me están quitando las ganas de volver a verlo. A uno de mis alumnos de la cárcel lo han soltado después de doce años. Fui a verlo salir y fue muy emocionante el modo en que miró el cielo. John y Mary Updike estuvieron en la fiesta de Yevtushenko. John se ha roto una pierna y Mary sigue tan encantadora como siempre. Espero que estés bien y con dientes.

Tuyo,
John

En otoño de 1972, mi padre visitó el Taller de Escritura de la Universidad de Iowa y pronunció una conferencia. Fred Exley, que daba clases en dicha universidad, le había animado a hacerlo.

Cedar Lane

Querido Fred:

Ha sido muy divertido, aunque me preocupa que tuvieses que pagar todas las facturas. Por lo visto, tenemos algo en común, y espero que sea algo mejor que la bebida y los coños. Volé desde Chicago con una azafata de la Panam. Al acabar el vuelo me besó ardientemente y dijo: «Es usted uno de los hombres más encantadores e interesantes que he conocido y sin duda el más loco». Llevaba una esclavina roja.

En Yaddo deberías escribir a Curtis Harnack, el director ejecutivo. En cuanto le hayas escrito, le escribiré yo. Creo que Elliott y Roth irán en febrero, pero no estoy seguro. Tengo ganas de verte allí.

Tuyo,
John

En noviembre de 1972, John «Jack» Leggett, el director del Taller, invitó a mi padre a volver e impartir clase.

Cedar Lane
Ossining, Nueva York

Querido Jack:

En primer lugar fue muy agradable verte y conocer a tu encantadora esposa, cuya persona, cuya pasta y cuyo pan recuerdo vivamente. Me impresionó mucho Iowa. La gente me pareció serena y los estudiantes responsables. Me enfrento a algunos imponderables. No sé qué hacer con esta casa, mi matrimonio atraviesa su crisis anual y el martes mi nuera dio a luz a un niño. ¿Crees que los abuelos deberían poder enseñar literatura a los jóvenes? Yo no estoy tan seguro.

En cualquier caso, los plazos no parecen muy acuciantes y según creo estás en los Alpes. Agradezco mucho tu amable invitación.

Tuyo,
John

Una vez, en los años cincuenta, habían invitado a mi padre a dar clases en Iowa, y luego retiraron la invitación. Sigue sorprendiéndome la modestia que demostró al preguntarse si Jack se volvería atrás. Su inseguridad también era indicio de una creciente desesperación.

Cedar Lane
Ossining, Nueva York
15 de enero [1973]

Querido Jack:

En primer lugar, esta no es mi máquina de escribir —es una Olympia propiedad de mi hijo—, así que no me responsabilizo de los errores.

Espero que disfrutaras esquiando. Yo lo echo mucho de menos. Estoy seriamente interesado en tu amable invitación a ir a Iowa. Preferiría dar clase un semestre y no dos, si es posible. Seguro que añoraré el este. Los imponderables están resueltos. Mi hijo irá interno a un colegio y mi mujer se quedará aquí. Creo que soy un buen profesor de literatura, aunque tendré que cambiar mi acento de Sing Sing. Mi alumno más reciente es un antiguo editor de SCREW y lo han condenado a veintiséis años.

Aun falta mucho tiempo, pero si tienes alguna duda, decides volverte atrás o se te plantea alguna pregunta, estaré encantado de responderte. Recuerdos a tu mujer.

Tuyo,
John

Bourjaily es el escritor Vance Bourjaily. El colegio por el que se «decidió» mi hermano Fred fue Andover.

Cedar Lane
Ossining, Nueva York
23 de enero [1973]

Querido Jack:

Me encantará ir a Iowa el primer semestre y tus términos son muy generosos. Tal vez pueda hacer otra visita a finales de invierno o en primavera para informarme sobre la universidad. Lo único que parezco recordar es la nieve, la lasaña de tu mujer y el ganado de Bourjaily.

Mi hijo aún no se ha decidido por ningún colegio, pero el mes que viene irá a ver unos cuantos y estoy seguro de que encontrará algo que le guste. Si pasas por el este me encantaría quedar en la ciudad para comer. Espero que tengáis bastante nieve.

Tuyo,
John

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
7 de febrero

Querido Jack:

Te escribí hace una semana o dos para decirte lo mucho que me gustaría impartir clase el primer semestre. No he tenido respuesta y confío en que no haya pasado nada malo.

Tuyo,
John

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562

Querido Jack:

Me sacaré el permiso de conducir y me gustaría vivir en Iowa House. Debo decirte que hace

dos semanas sufrí un ataque masivo de corazón, por lo que estaré hospitalizado hasta mediados de junio. Mi recuperación está siendo magnífica. No le he hablado al médico de lo de Iowa porque no veo la necesidad. Tengo el pulso acelerado y un músculo lesionado pero no dañado. Te escribiré dentro de unos días.

Tuyo,
John

22 de marzo [1973]
Cedar Lane, Ossining

Querido Fred:

En realidad no estoy nervioso por lo de Iowa, pero gracias por el consejo; buscaré The Foxes y al camarero. Supongo que Vance me recomendará un buen cardiólogo. El problema es la ropa. He perdido mucho peso, nada me queda bien y solo tengo unos pantalones de la tienda de excedentes del ejército. Son de mi talla, pero la cremallera está estropeada y cada vez que voy a mear tengo que quitármelos, extenderlos en el suelo y engancharla eslabón por eslabón. Cuando termino de vestirme, han apagado las luces y todo el mundo ha vuelto a sus casas.

Espero que todo te vaya bien con el libro. Veintidós mil me parece bien, pero supongo que el agente sabrá lo que se hace. Estoy deseando leerlo. Trabajo despacio y con torpeza y espero que un cambio de ríos me ayude. Mantenme informado.

Tuyo,
John

A pesar del tono animoso de las cartas, la recuperación no fue rápida, ni segura. Recuerdo una tarde terrible de mediados de mayo que pasé con mi padre en cuidados intensivos. Una de las pocas veces que le vi portarse como un esnob grosero fue mientras pasaba un delirium tremens cuando tuvo que dejar el alcohol después del ataque cardiaco. Había sido muy despótico con el personal del hospital. Mi hermana —que a esas alturas había tomado el mando de sus cuidados— pensaba que, si no había un miembro de la familia con él, el personal lo trataría con una aspereza que podía ser fatal para su corazón debilitado. Yo estaba inmerso en un matrimonio difícil que me tenía cada vez más aislado, pero aun así me reclutaron para el turno de tarde. Recuerdo que mi padre estaba en el hospital el 15 de mayo porque a mi mujer le irritó que eso interfiriese con su cumpleaños. En esa época de mi vida yo temía enfadar a mi mujer, pero también temía a mi hermana, y mi hermana insistió en que hiciese el turno de tarde en cuidados intensivos, y nunca se lo agradeceré lo bastante. La escena con el hijo junto al lecho del padre, con el monitor y los tubos de oxígeno se ha convertido en un tópico de la televisión y las películas, pero en la vida real conserva cierta horrible originalidad.

Papá estaba susurrando para sus adentros en una especie de delirio y buscando un cigarrillo entre las sábanas. Llevaba un rato a solas conmigo cuando se fijó en las luces del panel de control del pabellón de cuidados intensivos y las confundió con

las luces de un bar. Si estaba irritado podía ser muy aristocrático, su acento se volvía más grave y sonaba claro y altivo. Esa tarde estuvo muy elegante pese a la bata del hospital y a que el ambiente no era precisamente refinado.

No creo que la conversación que voy a reproducir sea literal al cien por cien, pero la recuerdo con tanta viveza que le atribuyo bastante exactitud.

—Ben —dijo—, ¿puedes ir al bar y comprarme un paquete de Marlboro y un martini? Si no tienen Marlboro, cómpralo de Winston. Y que el martini sea doble.

Había sufrido un ataque cardíaco; tenía tubos de oxígeno en la nariz. Lo más probable era que la ginebra le parase el corazón y que un cigarrillo nos volara a ambos por los aires.

—No es un bar, papá —respondí—. Estás en el hospital. En la unidad de cuidados intensivos. Eso es el mostrador de las enfermeras.

—¿Es que no tienes imaginación ni iniciativa? —preguntó—. Si no es un bar, ¿por qué no vas a buscar uno? Y cuando lo hayas encontrado, suponiendo que seas capaz en un estado que está lleno de bares, por qué no me compras ese paquete de cigarrillos y un martini doble?

—No creo que deba, papá.

—Bueno, pues me levantaré e iré yo mismo —dijo.

—Tampoco creo que debas ir tú.

—¿No me corresponde a mí tomar esa decisión?

—Podría matarte.

Entonces hizo ademán de levantarse. Eso disparó el monitor, y temí que pudiera arrancarse los tubos de la nariz, así que sujeté los railes de la camilla y me interpuse a modo de barrera. Al principio forcejeó, luego volvió a tumbarse. Después me golpeó en el pecho con el antebrazo. No me dolió, pero sí me sorprendió. Estaba furioso.

—Siempre has sido una decepción como hijo —dijo.

En cualquier caso, la enfermedad de mi padre no fue un incidente menor. Estaba bebiendo casi un litro al día. En un intento de reducir su consumo de alcohol, los médicos le recetaron tranquilizantes, que tomaba con la ginebra. Se estaba matando, y no solo lo sabía sino que lo decía. Mi hermano pequeño, Fred, aún vivía en casa durante lo peor de aquella época, y se encontró en la horrible situación de ser el cuidador de su padre. Hubo muchos viajes al hospital, a menudo precedidos por unos días en los que estaba claro que algo iba muy mal.

Mi padre quería a todos sus hijos, y nos quería a todos de forma diferente, pero su favorito era Fred. Creo que le habría querido más en cualquier caso. Fred nació el año en que papá publicó su primera novela. Fred se llamaba así por su amado hermano. Además, Fred parece haber venido al mundo con un carácter que inspira cariño. Iole, nuestra criada italiana, por ejemplo, cambió su vida y su nacionalidad por Fred. Así que Fred podía haber disfrutado sin más de la aparentemente envidiable situación de ser el favorito, pero sin duda se la ganó a pulso. Fred fue el niño que cuidó del hombre descariado. Era quien levantaba a papá cuando se caía, y papá siempre dedicaba un comentario cortante a cualquiera que intentara asumir su papel. En una carta al escritor Allan Gurganus, que fue alumno suyo en Iowa, mi padre admitió que Fred se había visto obligado a ser adulto demasiado pronto, y que eso había cambiado radicalmente su carácter.

«Tanto Susie como yo le atribuimos [a Fred] una total madurez. Los dos tenemos la sensación de que al principio de su vida había tenido una carrera exitosa pero poco brillante en el mundo de los negocios, después de casarse dos veces y sacar adelante siete hijos. Nunca me ha dado motivos para dudarle.» Fred tenía unos veinte años cuando mi padre escribió eso.

Yo estaba intentando sin demasiado éxito sacar adelante mi primer matrimonio. Pasaban semanas sin que visitase la casa de mis padres. Mi hermana nunca dejó de lado sus responsabilidades, pero cuando las cosas se pusieron peor no estaba viviendo en casa. Mi madre estaba allí, claro, y también soportaba insultos y a cambio le ofrecía su paciencia y su apoyo, pero mi madre era una adulta, y estaba preparada para soportar las heridas que papá acostumbraba a infligir. Tal vez ella sufriese tanto como Fred, pero me resulta más fácil comprender la inmensidad del logro de Fred, porque él era su hijo igual que yo. Y Fred no solo ayudó a papá, sino también a todos nosotros.

En particular recuerdo un espantoso Día de Acción de Gracias. Título: «¿Qué hay de malo en esta foto?». Toda la familia está bien vestida, han puesto el mejor mantel de lino. Bendicen la mesa, trinchan el pavo y empiezan a comer. Pero ¿por qué tiene el hombre sentado a la cabecera de la mesa una herida abierta en la cabeza? ¿Por qué tiene la cara hinchada? Esta intentando comer unos guisantes. La mano le tiembla tanto que los guisantes se le caen del tenedor antes de llevárselo a la

boca. Nadie dice nada, y luego alguien sugiere que use una cuchara. Deja el tenedor en la mesa. «Vuestro padre se está muriendo», dice. Y Fred, Dios lo bendiga, responde: «A nuestro padre le gusta ponerse melodramático».

La siguiente carta está dirigida a John Updike, que al parecer había propuesto el ingreso de John Barth en el National Institute of Arts and Letters.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
1 de junio [1973]

Querido John:

En realidad no me gusta Barth, pero aceptaré cualquier sugerencia que traiga una cara nueva. Lo conocí en una cena. Jean Stafford me abrazó y dijo: «Su reputación en la literatura es muy endeble, pero si le clava un cuchillo en el corazón su fama será eterna». Mis sentimientos no son tan intensos.

La crisis ha pasado ya, pero sigo teniendo un ventrículo rebelde. Lo importante es que así me siento mucho más próximo al club de los centenarios. Por ejemplo, no puedo subir escaleras. Así seré un miembro mejor.

Os echo de menos a los dos y confío en que un día demos un paseo por la playa.

Tuyo,
John

LA PUERTA DE NEBRASKA

Lo bueno de sufrir un ataque cardíaco es que mientras estás en el hospital no te dan bebidas alcohólicas, de modo que, cuando le dieron el alta, mi padre estaba limpio. Creo que seguía estándolo cuando fue a Iowa en otoño de 1973. El Club del Viernes era el nombre que adoptó el grupo de hombres que comían todos los viernes en los no muy elegantes restaurantes de los alrededores de Ossining, Nueva York. El grupo incluía al caricaturista y escultor John Dirks, a Arthur Spear, al cantante folk Tom Glazer, a Eddie Newhouse, a Roger Willson, que ahora trabaja para la familia Rockefeller y sus socios, y el actor Barrett Clark. Había muchos invitados ocasionales.

Iowa Memorial Union
Iowa City, Iowa, 52250
8 de septiembre [1973]

Querido Arthur:

Echo de menos el Club del Viernes, pero no he podido encontrar ninguna excusa para trasladar esa gran organización al medio oeste. La arquitectura va de 1840 a Abramovitz & Harrison pero está bien separada por el río y grandes grupos de olmos cuidados por el Departamento de Agricultura. Es, a su manera un tanto caótica, uno de los pueblos más agradables que he visto. Los estudiantes son respetuosos, apuestos, van descalzos y cargan con pilas de libros. Hay agujas de iglesia, pero sin campanas; muchos orientales, unos cuantos chicanos e indios americanos y apenas ningún negro.

Están restaurando la antigua Cámara Legislativa y venden fragmentos, pensé en comprarte un trozo de cornisa, pero no sé cómo envolverla o enviártela por correo. El edificio es bonito, aunque no vale la pena venir solo para verlo. Si tú y Tom pudieseis redactar una ley —como trovador e historiador— la presentaría a la administración.

Recuerdos a Stella.

Tuyo,
John

John y Mary Dirks son antiguos amigos de la familia. Cuando mi padre escribe «hago Justina» se refiere a que iba a leer un fragmento del relato «La muerte de Justina».

20 de septiembre [1973]

Iowa House

Queridos John y Mary:

Pensé que podría haber un arpa en esta multitud, pero les seguí hasta el estadio donde se jugaba el partido contra Michigan y no vi ninguna. Había una banda de música (150), un montón de acróbatas, alumnos borrachos con cencerros que daban consejos a gritos, un pequeño aeroplano que anunciaba los Seguros Iowa y un cartel de la representación de *Viejos Tiempos*, de Pinter, por unos alumnos. El equipo de Iowa es malísimo pero todo el mundo se queda hasta el final y luego vuelve a casa bajo los olmos, que son muy numerosos. Hay teatro, películas, paracaidismo, rugby, cerámica, trenzado, cricket, encuadernación de libros, fútbol y LaCrosse y la pegatina de los parachoques de los coches dice: BIENVENIDOS A IOWA, LA PUERTA DE NEBRASKA. Desde mi ventana se ve una fuente de Paul Bury de tres metros de altura al otro lado del río, aunque es más un estanque que una fuente. La arquitectura va de 1840 hasta mucho Abramovitz, pasando por edificios de ladrillo con Píndaro y Aristóteles en la cornisa. Los olmos y el río son de gran ayuda. Me perdí la competición de mecedoras (80 horas) y anoche el concurso de bailarinas sin sujetador se pospuso hasta después de mi hora de acostarme.

Si os hubiese escrito hace unos días os habría dicho que este sitio era totalmente inocente, pero parece haber politiqueos académicos. En cualquier caso, no me conciernen. Mis alumnos son variados y brillantes y cuando conseguimos un seminario hacen falta tres hombres para bajarme del techo. Nunca había estado tan alto. Es casi muy, muy bueno. Bienvenidos a Ossining, la puerta de Iowa.

Abrazos,

John

Minnie era el perro Labrador de Arthur. Stella, su mujer, es músico.

Iowa House

Domingo [otoño de 1973]

Querido Arthur:

... Lo estoy pasando muy bien, pero empiezo a estar cansado y vuelvo a tener problemas con el alcohol. Voy de la regata de remo al campo de fútbol y de ahí a una cita con una belleza bengalí que dicta una conferencia sobre Wordsworth. Chillo hasta quedarme ronco en los partidos de rugby, llevo a jovencitas a conciertos, bailo bailes populares de Virginia, juego al

rugby, doy clases sobre los problemas de la novela moderna y por lo general me salpico de esta parte del paisaje del medio oeste. La región es preciosa. Los olmos del campus se han salvado, pero los demás están desapareciendo. Hay grandes bosques de robles. La cosecha está muy adelantada, el país es montañoso y el aire y la luz son puros.

Dile a Minnie que la situación canina no es muy buena. Hay muchos supuestos Labradores con patas flacas, colas rizadas y orejas caídas. Cuando me siento solo, les lanzo palos para que los recojan. Dile a Stella que hay cuartetos, orquestas y solistas que tocan casi todas las noches. También hay un club de paracaidismo muy activo y uno de los alumnos tiene un globo aerostático con el que él y su novia sobrevuelan el campus los sábados por la tarde.

Tuyo,
John

Esta está dirigida a John Updike.

Iowa House
Iowa City
1 de octubre [1973]

Querido John:

Hablaba en serio cuando te dije lo del entusiasmo con el que aprecian aquí los alumnos tu trabajo. La moda de Barthelme se ha pasado y aunque leen a Kosinski no lo defienden. Me conmueve, por supuesto, el placer que me supondría verte aquí. Se uniría al que sentí en la Casa Blanca, la playa en Wellfleet, Moscú y Seúl. Estuve dando un paseo —en realidad, esto es un pueblo— preguntando a los árboles, el cielo, los edificios y las actrices (jóvenes de California que están esperando a que las viole un poeta y a ver sus primeras nieves) si te valdría la pena el viaje. No estoy seguro, pero a mí me encantaría. Te pagarían como mínimo mil dólares, aunque no le hablaré de esta carta a nadie antes de tener noticias tuyas. Esto se pondría patas arriba.

Tuyo,
John

Cuando mi padre volvió a Nueva York y me llamó, noté por su tono de voz que había vuelto a beber.

Cedar Lane
Ossining, Nueva York
10 de enero de 1974

Querida Tanya:

... Creo que la última vez que te escribí fue en mayo o en junio, aunque ahora no lo recuerdo. Por lo visto, cada dos años estoy al borde de la muerte y luego me recupero con un apetito voraz, no se me ocurre un modo mejor de sobrevivir. En agosto fui a Iowa a dar clase un semestre en la universidad. Sentí lástima de mí mismo al marcharme a la soledad de las ciudades de las praderas y los campos de trigo. Estuve allí hasta Navidad y lo pasé mejor que nunca. No obstante, no pude trabajar y, como escribir parece ser lo que mejor se me da, volví a casa donde no soy muy feliz.

... Cuando me fui a Iowa Fred se quedó en un internado de Andover donde está estudiando ruso. Tiene que memorizar una página al día, son ejercicios sencillos sobre cómo abrir y cerrar una ventana, pero estudia con un magnetófono y ha aprendido a pronunciar maravillosos y nostálgicos sonidos rusos que me recuerdan a las calles de Moscú. Parece muy feliz en el colegio. Hemos tenido nevadas muy copiosas y la sensación de estar aislado no aporta la serenidad necesaria para escribir una novela, pero la nieve se derretirá y confío en poder volver a trabajar.

Besos,
John

Esta carta está dirigida a Fred Exley

31 de enero [1974]

Querido Fred:

Siento muchísimo que hayas estado enfermo y me alegra saber que vas a ir a Lanai. Ignoraba que los de Houghton Mifflin se hubiesen vuelto atrás. Susie y Rob están teniendo problemas maritales y no lo he visto desde hace mucho tiempo. Todos los Cheever parecen estar llevando a cabo un ataque frontal contra el Santo Matrimonio. Esta unión parece acabada. He aceptado una plaza de profesor (sí, sí) en la Universidad de Boston y me mudaré allí a finales de verano. Tres trajes y dos pares de zapatos. Cinco camisas con el cuello deshilachado. Mary está muy contenta dando clase en una escuela avanzada de Nyack. Está explicando *El almuerzo desnudo*. Fred, que

me tenía preocupado, está encantado en Andover. Podré verlo en Boston. No sé que hacer con el árbol de Navidad, etc.

Pásalo muy bien en las islas.

Tuyo,
John

Allan Gurganus era alumno en Iowa cuando mi padre dio clase allí. Papá ayudó a que un relato de Allan se publicase en *The New Yorker*. El cuento se titulaba «Minor Heroism». Estas cartas son la primera prueba concreta e irrefutable de bisexualidad en este libro. Mi descubrimiento de las relaciones sexuales de mi padre con otros hombres ocurrió por etapas. Al principio pensé que había empezado después de dejar de beber en 1975, y que sus dificultades con el alcohol habían sido al menos en parte debidas a un intento de ocultar esos apetitos. Luego comprendí que había tenido relaciones con hombres antes de dejar el alcohol, y di por sentado que empezó en la época en que bebía más. Ahora sé que tuvo relaciones sexuales con otros hombres en los años cincuenta, y es posible que fuese bisexual casi desde el principio. En la época en que se escribió esta carta, yo ignoraba totalmente lo que mi padre llamaba «inclinaciones problemáticas.» En público era un ardiente heterosexual y me decía que la homosexualidad volvía a los hombres vanidosos, egoístas y ridículos. Si yo hubiese sido homosexual no me habría atrevido a decírselo. Habría pensado que me echaría de casa.

Steve es el novelista Stephen Becker. John Irving estaba en Iowa cuando mi padre daba clases allí, y acostumbraban a ver juntos el partido de rugby de la noche de los lunes.

Cedar Lane

Querido Allan:

Me alegró mucho recibir tu carta y disfruté mucho leyéndola. Como probablemente sepas, Steve y yo somos viejos amigos y como seguro que sabes a estas alturas, es un hombre extraordinario. No sé con exactitud en qué consiste su talento, pero en el ambiente adecuado y con las materias primas apropiadas es capaz de proyectar una espiritualidad que encuentro muy poderosa. Cuando la gente habla de sus manos al estilo del Greco no se refiere, claro está, a su elongación sino a su otredad. Me extrañó que dijeras que el bueno de John Irving te parecía atractivo. Puede que sea por nuestros puntos de vista levemente diferentes sobre la belleza masculina. John siempre me ha dado la impresión de no haberse recuperado del descubrimiento de que haber sido capitán del equipo de lucha libre de Exeter fue un honor pasajero.

Te echo de menos, pero no tanto como para enfermar. Siempre que pasa algo emocionante, divertido o interesante me gustaría tenerte aquí... Mi matrimonio se ha ido al garete y Mary no quiere ni hablar de la posibilidad de llegar a un arreglo o algo parecido. Ni siquiera me dice buenos días. Está interpretando a Cenicienta en una pantomima de travestis para recaudar dinero para el colegio. Las malvadas hermanastras son hombres, claro, el hada madrina es un empollón y el príncipe es una joven que saca a Mary del escenario vestida con los pantalones cortos que

llevaba mi hijo en Hackley. Todo me entristece mucho. Corto leña con la sierra mecánica, saco a los perros a pasear por las montañas, patino mucho y me esfuerzo por parecer muy sencillo.

... A veces quisiera saber si tú no podrías exigir menos de mí que las mujeres, y Dios sabe lo insoportables que son en los bailes y los museos... Pero, si procuro no acercarme a ningún museo, todo irá bien.

Besos,
John

Cedar Lane
21 de febrero [1974]

Querido Allan:

Me ha alegrado mucho que me enviaras los cuentos y he disfrutado con ellos. Me ha gustado leerlos en un clima y una luz distintos, sobre todo el tercero. Se los di a Mary, que opina que tienes talento. Se los enviaré a Bill Maxwell que es un hombre lúcido y comprensivo. Vale la pena conocer su opinión y puede que tengamos noticias antes de que vuelvas...

... Me parece que te conté que había aceptado el empleo en Boston y que voy a trasladarme allí en otoño. Eso equivale a una separación o un divorcio. Creo que dejaré esta casa —la mesa del desayuno de la abuela, etc.— de muy buen grado. No me llevaré nada, ni una concha, ni una piedra. Ojalá pudiese entender mejor estos problemas y hay cierto malhumor en mi deseo de renunciar a las reliquias de la familia. Lo único que quiero es una cama estrecha y mis viejas camisas azules. Es muy infantil pero tal vez me vuelva más sabio cuando florezcan las flores. Te quiero mucho.

Besos,
John

Allan había ido al Carnaval. Dudo sinceramente de la parte sobre «la Sibila de siete ojos» y Rod Swope, aunque es una historia muy atractiva.

Cedar Lane
24 de febrero

Querido Allan:

Mis cartas se amontonarán, como el paso del tiempo en la televisión. Bill tiene el manuscrito y me pondré en contacto contigo en cuanto tenga noticias tuyas. Puede que se entusiasme o que envíe una nota diciendo «Lo siento». Hay que esperar.

Me alegra saber que estás pasándolo tan bien. Me encantaría haber ido contigo, allí o a cualquier otra parte, aunque habría desentonado mucho con mi frac alquilado. Nunca me he divertido demasiado en los bailes de disfraces. A mi casco le falta aceite o se despegan los espejos de mi disfraz de mandarín. Sufrí un trauma. Mary (la Sibila de siete ojos) se fue con Rod Swope (un húsar). Y yo (un acróbata chino) tuve que volver a casa solo en el coche; desde entonces no he vuelto a disfrazarme. No es mi estilo. No sé cómo serán tus amantes, no he conocido a ninguno, pero espero que sean guapos y valgan la pena.

Las despedidas de tus cartas me desconciertan. Empezamos con «besos» y hemos pasado a «con respeto, devoción y afecto». Me siento como un himno nacional o un banco. Supongo que llegaremos a los «atentamente suyo» y acabaremos con los «firmado por orden».

Besos,
John

Cedar Lane
Cinco de marzo

Querido Allan:

La agitación aquí ha sido indescriptible. Parecía el sitio de Jartum. Bill llamó hace hoy una semana para decir que deberían publicar tu cuento y que eras un escritor excelente. Pero como Shawn hace los informes de lectura los fines de semana no se sabría nada hasta el lunes. Eso me dejó inmerso en un doloroso suspense y me desperté varias veces en plena noche para ensayar nuestra conversación telefónica: «¿Allan? Sí. Soy John. Han aceptado el cuento». Y la otra versión: «¿Allan? Sí. Soy John. Shawn ha rechazado el cuento, pero quiere leer más obras tuyas». Lo cual me sumió en una terrible depresión y acabé acurrucado entre las sábanas como un feto. Bill llegó el sábado por la tarde y dijo: 1. Que le recuerdo a lord Byron. 2. Que le recuerdo a un perro. 3. Que uno de los imponderables de tu destino era que Shawn jamás había aceptado un cuento sobre un homosexual. Las tres consideraciones hicieron que me diera vueltas la cabeza. Bill se quedó hasta tarde y recibí a los invitados a cenar sin vestirme. No me arreglé ni me vestí hasta mitad del cóctel. El domingo me sentí fatal y me pregunté cómo se sentiría Byron en Venecia. Se suponía que no debía llamarte, pero por supuesto lo hice. El lunes por la mañana lo pasé al lado del teléfono bebiendo martinis. A mediodía telefoneé a Bill. Shawn no había llamado y tal vez tendríamos que esperar otra semana. Era imposible. Seguí bebiendo y saqué a

los perros a dar un paseo por la montaña. Luego telefoneó Bill. «Puedes llamarle», dijo. Y lo hice. Cuando terminó mi conversación contigo quise volver a llamarte.

Me alegra que fuese Bill y no un agente; y una de las cosas más emocionantes para mí ha sido el buen juicio demostrado por Shawn, Henderson y Bill. No solo han comprado el cuento, sino que te consideran un autor estimable.

Besos,
John

Cedar Lane
Ossining
8 de marzo

Queridísimo Allan:

... A estas alturas habrás tenido noticias de Bill y me alegra mucho. Puede que no te guste su obra, pero lo considero el mejor editor del momento. Nabokov, Salinger, Roth, etc. A veces inventa a un escritor (Brodkey) y cuando la invención se le va de las manos deja que se destruya. No obstante, tú no corres ese peligro pues te has presentado a él como un adulto confiado. Le quiero, y creo que deberías conocer la modestia de mis exigencias en lo que al amor se refiere. Lo único que espero es que aprendas a cocinar, que me satisfagas sexualmente entre tres y siete veces al día, que no me interrumpas jamás, ni me contradigas ni hagas ninguna reflexión sobre la belleza de mi prosa, mi intelecto o mi persona. También debes jugar al fútbol, al hockey y al rugby. Una vez me pregunté a mí mismo (mientras patinaba): «¿Tendría que dejar el hockey si Allan y yo nos hiciésemos amantes?». Fue como si hubiese olvidado que hacía cinco años que había perdido mi bastón de hockey.

John

Quince de marzo [1974]

Queridísimo Allan:

Qué delicia tener tu carta y haber hablado contigo. No es la queja de un amante no correspondido, sino una voz que esta mañana me parece muy clara y serena. Te quiero tanto. Me alegra saber que existes, incluso a orillas del río Iowa. Tenía pensado escribir una escena en la que me rechazabas delante del bisonte mientras un coro de cientos de personas cantaba «Home on The Range». No lo haré. Me gustaría llamarte más a menudo, pero alguien, tras pasar una

noche conmigo en Iowa House me ha estado telefoneando desde Nueva York todas las noches desde hace dos semanas y he acabado harto, cosa que no quiero admitir. Mi pretensión de ser siempre el amante y nunca el amado es más bien falsa...

Besos, besos,
John

A mi padre lo habían elegido para la Academia Americana de Artes y Letras

Cedar Lane
28 de marzo [1974]

Queridísimo Allan:

Mis importunidades sexuales y epistolares son bien conocidas. Ojalá hubiese sido menos blando con las primeras. Cuando tenía veintiún años Walker Evans me invitó a pasar la noche en su apartamento. Acepté. Me quité la ropa (Brooks). Él colgó la suya (también Brooks) pulcramente en un armario. Cuando le pregunté cómo hacerlo pareció desazonarse. Tenía una polla enorme que mostraba solo fugaces signos de vida. Yo era insaciable. Me corrí sobre las sábanas, la silla de Le Corbusier, la litografía de Matisse y le di debajo de la barbilla. Lo dejé a eso de las tres, me vestí y pasé el resto de la noche en un banco del parque cerca del río. Por la mañana fui en coche a Massachusetts, abracé a mi querida madre y me di un baño en el mar. Puede que aprendiera algo de aquella experiencia. Cuando vivíamos en el Palazzo Doria las cartas desbordaban literalmente el pórtico. Bill metía las suyas en cuero labrado. Mike Bessie escribió: «No es posible mantener correspondencia contigo». Me ofendí terriblemente y fui al Café Castello y estuve haciendo manitas con la vendedora de cigarrillos. Josie Herbst siempre respondía con celo y puntualidad y luego vendió todas mis cartas a Yale. El año pasado en Grand Central un homosexual me ofreció veinte dólares por mi cuerpo, pero llegaba tarde para coger el tren. Era joven y probablemente dulce. Estuve amabilísimo.

No me has contado cuánto te pagó Bill y eso me tiene casi tan obsesionado como me tuvo el manuscrito. Al fin y al cabo he hecho de padrino en esta boda, uno de esos padrinos a lo que el sombrero alquilado les cubre hasta las orejas. Si te aceptan otro cuento te pedirán que firmes un contrato y no sabes cuánto me divierte imaginarte pasando por los diversos aros y obstáculos que tienes por delante: Allan en *The Century*, Allan en el Instituto, Allan en *le tout Paris*. Por otro lado, a veces pienso que no volveré a verte. No puedo pensar en ti como un alumno flacucho porque te quiero demasiado. Conozco tus evidentes defectos y prefiero pasarlos por alto, igual

que confío en que hagas tú cuando acaricies a un perro encadenado. Bill, como habrás comprobado, es muy refinado. Una vez telefoneó para decir que iba a venir a tomar el té. Mary se puso como una loca a limpiar, encerar, poner flores, etc. La escena fue de un enorme decoro hasta que Harmon, un gatazo enorme, entró en la habitación con un pez dorado muerto. Era como nuestra relación expresada en pocas palabras. He terminado un relato largo que incluye mi observación de que Saint Basils es una locura de pollas. Al *New Yorker* le encantará. En realidad no soy difícil (creo) pero dudo que pueda aceptar mi puesto en la Academia con elegancia. Preferiría estar entre tus brazos que en tus oraciones, pero no soy yo quien lo ha decidido.

Besos,
John

Cedar Lane
Sábado

Queridísimo Allan:

Qué inteligente por tu parte haberte percatado de que los Cheever son canes en espíritu. Yo mismo tardé en darme cuenta. Al día siguiente de morir mi madre, estaba en la biblioteca con mi viejo Labrador negro —la abuela del marrón que viste tú. Siempre llevaba un collar antirábico con un montón de chapas colgando. Me recordó a un collar que mi madre llevaba a menudo. Le hablé. Alzó la cabeza y me habló. El mensaje fue muy claro. «John —preguntó—, ¿no podrías ser un poco más cuidadoso?» Mi madre se había transformado en menos de veinticuatro horas. Poco después, soñé que comparecía ante un tribunal canino que debía decidir si podía o no convertirme en perro. Fallaron a mi favor. Ese perro que te muerde los guantes es una parte de mí. Me alegro de que estés uniendo los fragmentos del Padre. Mi interés en tu destino como escritor y como hombre (no estoy muy seguro del orden) es profundo y considerable, como sabes... Si no te veo en Iowa, te veré muy pronto en alguna otra parte. Entretanto, sé bueno y cariñoso con los perros.

Besos,
John

LA UNIVERSIDAD DE BOSTON

En su diario escribió:

Estoy sumido en una rutina mala o autodestructiva. Estos días, M se va a las siete, mucho antes de que amanezca. Yo despierto un poco más tarde, me tomo un café con el culo al aire, me adecento y nunca me acerco a esta máquina con la mirada y la cabeza despejada que necesito. En la penumbra, el día empieza a cobrar forma brevemente. ¿Soy crepuscular? Trabajo, disciplina, respeto por uno mismo.

Está saliendo el sol. Hace un día claro. Tengo la cabeza lo bastante despejada para trabajar. Eso creo, rezo.

Envío el correo y confío en no fastidiar nada.

Las cartas escritas en el otoño de 1974 y principios de 1975 bosquejan el definitivo colapso alcohólico de mi padre. Se fue solo a la Universidad de Boston para enseñar a escribir. Los amigos, entre ellos su hermano, Fred, y John Updike, hicieron lo posible por ayudarlo. El libro de Bill *Ancestors* (Knopf) se publicó en 1971. Yo estaba trabajando en un periódico en Nyack mientras en Boston mi padre bebía como si estuviese decidido a matarse. Eddie Newhouse, que lo había visto allí, me telefoneó para decirme que había que hacer algo. Pero yo no tenía la sensación de poder ayudarlo. Al fin y al cabo, apenas había podido disuadirle de fumar un cigarrillo en la unidad de cuidados intensivos. Cuando leí esta carta me hirió profundamente. Nunca me dio este número de teléfono. Por supuesto, si me lo hubiese dado, es posible que no le hubiera llamado.

Bay State Road, 71
Boston, Massachusetts

Querido Bill:

No tengo las señas de Allan y él no tiene las mías, ¿te importaría informar a uno u otro de nuestro paradero? No conozco esta parte de Boston y no paro de pensar que estoy en Chicago. Enumerar el contenido de estas dos habitaciones carece de sentido. Es demasiado austero y decoroso, aunque hay ropa sucia en todas las sillas. Delante tengo un bloque con arcos de ladrillo y ventanas rematadas con tiaras de granito. Es una mezcla de barrio estudiantil y barrio bajo. Las clases empiezan el martes y los alumnos están descargando ropa, cuadros, tocadiscos y violetas africanas. No siento el menor malhumor por haberme visto obligado a iniciar una nueva vida en otra ciudad, pero a veces me siento muy, muy cansado. Entonces pienso en la inmensa vitalidad que dedicaste a *Ancestors* y vuelvo a tener esperanzas. Por alguna razón absurda mi teléfono no aparece en la guía y paso mucho tiempo esperando a que suene, cosa que es imposible. No estoy demasiado solo y no creo que vaya a estarlo, pero en esta época de mi vida no había pensado encontrarme en una habitación amueblada en las afueras de Boston. Ahora iré a sentarme al lado del teléfono. Mi número es el 617-266-2351. Díselo a todos.

Muchos abrazos,
John

La escritora Anne Sexton también impartió clase ese trimestre en la Universidad de Boston. Se suicidó en octubre de 1974.

Bay State Road, 71
Boston, Massachusetts

Querido Bill:

El viernes llamé a Allan sin ningún motivo concreto y me dijo que le habías enviado unas cartas preciosas. No le reproché lo poco que trabaja, pero no ha escrito nada desde primavera. Hasta el momento, esta vivencia está siendo desconcertante. Tengo treinta y dos alumnos, y son demasiados. La administración ha sido evasiva y poco sincera. Boston es preciosa, pero también muy *déracinée*. Nadie mira a nadie a la cara. Los alumnos dieron una fiesta el jueves para conocerme mejor. Fue en una habitación en un sótano al que se accedía por una ventana. Los únicos muebles que recuerdo eran dos colchones y un carrito robado de un supermercado, que servía de mesita para el café. Un joven me quitó los zapatos y los calcetines y me cortó las uñas de los pies. No siento verdadera nostalgia por fiestas más decorosas, pero me emborracho y me canso. Esta noche presentarán a los nuevos profesores. Echaré de menos a Anne Sexton. En realidad éramos los dos únicos profesionales en escena y siempre llevaba una botella de vodka en el bolso. Cuando la cosa se ponía fea animaba generosamente mi bebida. Me parecía agresiva, y siempre se lo decía, pero era mi única colega.

John Updike se ha instalado en un apartamento calle abajo. No tengo intención de hacer ningún esfuerzo por tratar de entender ese matrimonio. John y yo hemos ido juntos al museo e iremos juntos a Andover. Creo que entre los dos hay un conflicto de egos que hace imposible una feliz amistad. A menudo me siento muy solo, pero supongo que es normal. No tengo a mi mujer y no tengo a Allan. Apenas como y eso ha causado un maternalismo vesúbrico en Mary, que el viernes va a venir a traerme víveres.

Abrazos,
John

El Club del Viernes le había enviado un mantel con sus opiniones. El Comité de la Cámara era uno de los falsos cuerpos legislativos del Club.

John Cheever
71 Bay State Road
Boston, Massachusetts 02215
Lunes [1975]

Caballeros:

Agradezco la correspondencia de manteles y siento aportar un toque de tristeza al Club del Viernes, pero este sitio es una mierda. Los cuadros del museo son muy buenos y la cúpula de la Cámara de Representantes es muy brillante, pero la mayor parte es una mierda. Desde que estoy aquí han entrado a robar siete veces en mi edificio. He perdido un reloj y siete dólares. Ahora llevo puesto siempre el reloj y escondo el dinero. Lo malo es que luego no recuerdo dónde. La imagen de un hombre buscando un billete de cincuenta dólares oculto dentro de un zapato tal vez debería llevarse ante el Comité de la Cámara. Este edificio ha sido despojado en repetidas ocasiones de todo abrigo de piel, aparato de alta fidelidad o cualquier otra cosa que pueda empeñarse. Colocar una cerradura nueva es inútil. Las rompen con palancas. Mi principal preocupación es qué decirle al ladrón si lo encuentro en el vestíbulo con las manos en la masa. La universidad acaba de ordenarme que instale una cerradura de seguridad que cuesta 75 dólares. Lo malo es que son muy difíciles de abrir y en caso de incendio uno está perdido. La encantadora calle donde vivo es una serie de edificios con fachada de ladrillo y un cartel rosa en cada ventana que dice: «Se alquila apartamento». En el extremo sur de la calle, cuelgan plantas, quiero decir selvas. También cocos que parecen personas, recuerdos de viajes con la familia al extranjero y estatuas religiosas. Las habitaciones parecen muy lóbregas. Una mierda.

Pasear por el río es agradable y me encanta recorrer Commonwealth Avenue hasta el Ritz, pero la administración de la universidad es siniestra y desorganizada y las clases de este semestre parecen muy flojas.

... Solo hay una chica guapa y contrajo la gripe. Todo es muy triste, pero podéis tomaros otra copa y yo también.

Vuestro,
John

SMITHERS

Mi padre siempre había desconfiado de Alcohólicos Anónimos. Decía que sus miembros eran «un hatajo de meapilas». Antes de permitir que lo ingresáramos en el centro de tratamiento de drogas y alcohol donde logró dejar por fin la bebida, telefoneó a mi hermana y le pidió que llamase y se cerciorase absolutamente de que su programa no tenía nada que ver con AA. Ella llamó a la clínica y luego le telefoneó para decirle que no había ninguna relación. Era mentira, pero mi padre admitiría después que eso le había salvado la vida.

Cuatro de abril [1975]

Cedar Lane

Querido Bill:

Lo de la Universidad de Boston fue un terrible error. Anne Sexton se suicidó la primera semana y no llegué a recuperarme. Los alumnos eran maravillosos y la administración muy ineficaz hasta el punto de olvidar pagarme el sueldo. Vivía en unas habitaciones amuebladas en Kenmore Square que es una zona decadente de la ciudad. Todas las casas tienen un cartel rosa que dice: «Se alquila apartamento». Resultaba bastante siniestro. Los paseos eran estupendos, pero mis recuerdos de los años que pasé en la ciudad me abrumaban y mi adicción a la bebida empeoró. Igual que mi enfermedad cardíaca. Mi querido hermano comprendió que estaba en peligro y me llevó de vuelta a casa. Fui al médico, que me envió a desintoxicarme al hospital. Luego fui a un psiquiatra que me ha ingresado en una clínica para un tratamiento de veintiocho días para alcohólicos. Solo se me permite salir para ir a la iglesia los domingos. Es el Instituto Smithers de la calle Noventa y tres, 54, Este. Tus cartas serán bienvenidas.

Qué triste es esto. Viviré en un dormitorio de modo que no podré enumerar los objetos de mi cuarto. No me dejan volver a casa para que no pueda beber; y Mary me llevará a Nueva York el miércoles. No recuerdo haber escrito nunca una carta tan tétrica en toda mi vida. Mejoraré.

Abrazos,

John

Daisy y Flora eran perros.

John Cheever

Bay State Road, 71
Boston, Massachusetts 02215

Clínica Smithers
Calle Noventa y tres, 56, Este
Ciudad de Nueva York
Catorce

Querido Bill:

Parece que estoy mejorando un poco. No es la parada más extraña del camino, pero es rara. El edificio es palaciego y nada sórdido. Los inquilinos son cuarenta y dos drogadictos y alcohólicos clínicos. Estamos encerrados. Es un encierro voluntario, pero tendré que esperar doce días antes de poder dejar estas habitaciones y solo podré salir dos horas para asistir al servicio religioso matutino en el Descanso Celestial.

Acabo de recibir tu carta (a mano) y me ha alegrado inmensamente. Sobre todo lo del perro y Dover. Siento saber lo de Larry y Brookie; pero he visto lo feliz que está Susie después de dejar a ese marido tan excepcional. Dile a Daisy que Flora ha tenido problemas en las patas traseras. Fue a ver a Granow, el médico de Briarcliff, que le recetó una costosa dieta de carne y verduras. Ahora puede subir escaleras y perseguir a los carteros timoratos aunque dice que me echa de menos. Igual que yo echo de menos el mundo. Ayer Susie llevó a Mary a una fiesta, después de pasar a visitarme. Le presentaron a las tres bellezas del año y dijo en voz alta: «Prefiero la de plástico».

Abrazos,

John

La siguiente carta está dirigida a John Updike

Clínica Smithers
Calle Noventa y tres, 56, Este
Ciudad de Nueva York
Catorce [1975]

Querido John:

Al parecer casi me muero en Boston, no estoy seguro de por qué. Mi dulce hermano alquiló un coche, me llevó a casa y los médicos me encerraron en un palacio en la calle Noventa y tres con un grupo de drogadictos y alcohólicos clínicos. Aparte del hecho de que tenía estremecido el corazón no entiendo por qué se me ocurrió escoger Bay State Road como tumba.

No podría haber llegado más lejos desde Crane's Beach. Mi encierro durará veintiocho días y debo ser educado. Tal vez lo consiga. Recuerdos a todos.

Tuyo,
John

Clínica Smithers
Calle Noventa y tres, 56, Este
Ciudad de Nueva York
19 de abril

Querido Art:

... Llevo encerrado desde el día 9, pero mañana por la mañana me permitirán salir para ir a la iglesia. Mary vendrá a visitarme por la tarde. El adoctrinamiento aquí es severo, evangélico, protestante e incansable. El escenario es una mansión de los años veinte con habitaciones de otras mansiones y castillos. Yo diría que austríacos. Comparto baño y habitación con otros cuatro hombres. 1. es un delincuente fracasado. 2. el dueño fracasado de una charcutería alemana. 3. un marinero en paro con cara de ogro y tatuajes borrosos, y 4. uno de los bailarines principales del American Ballet. Nuestras ventanas dan a los patios traseros de la calle Noventa y dos. Hay unos cuantos perros, un barítono, un gato, campanas de iglesia, y no se oye más voz que la del barítono.

La mitad del tiempo sé por qué estoy aquí, la otra mitad no. El conflicto es muy doloroso y cuando me sorprende a mitad de las escaleras estoy a punto de desmayarme. La fecha de mi liberación es la segunda semana de mayo. Supongo que estarás en Maine, pero espero verte en verano. Si consigo estar sobrio tres meses cuando salga me darán una cadena de reloj gratis, pero no tengo reloj de bolsillo, así es como razono ahora.

Tuyo,
John

Smithers
25 de abril

Querido Bill:

... El tipo que tengo a la izquierda teje otro sombrero y se queja de la administración. Dice que si fuese lo bastante fuerte para cargar con la maleta por las escaleras se iría. Me he ofrecido a

bajársela yo, pero no responde. El bailarín está hasta el cuello de burbujas en la bañera y leyendo una biografía de Piaf. Quiero ir al baño, pero no puedo. Son las 8 AM. El dueño de la charcutería está profundamente dormido y pregunta: «¿Le han atendido ya?». Se marcha el lunes. Ha perdido a su mujer, a sus hijos, su casa (con la alfombra auténtica de Karastan), su charcutería, todo. Llamo a Mary de vez en cuando y no hace más que quejarse. Los del banco no saben sumar, los perros (4) están sucios de barro, el césped se ha secado, Susie se ha ido con un inútil a Chicago, y su marido (indirecta) está en una clínica de desintoxicación en la calle Noventa y tres, Este. El domingo por la mañana me adecentaré para ir al Descanso Celestial, cita con Virginia y Lennie Field en Madison Avenue y dar un paseo en bicicleta por el parque. Dios sabe, Dios se preocupa, Dios entenderá, Dios es amor y los parques públicos y los jardines son sus templos.

Abrazos,
John

Brookie es una de las hijas de Bill. Trabajaba en la guardería de la Iglesia del Descanso Celestial. Wendy Adler Sonnenberg Nash era una amiga de mi hermana.

John Cheever
Bay State Road, 71
Boston, Massachusetts 02215

Clínica Smithers
Algún lunes

Querido Bill:

Ayer fui al Descanso Celestial, pero no vi a Brookie por ninguna parte. La iglesia me pareció muy artificial, una imitación de una iglesia. Di esquinazo al doctor Houghton (a quien las redes del episcopado habían informado de mi paradero) y estuve paseando por el parque con Wendy Adler Sonnenberg Nash. Iba empapada de Tea Rose y se me quedó el olor en la ropa todo el día. Mary, Ben y Linda vinieron a visitarme. Mary, dadas las circunstancias, está muy dócil y cariñosa. El dueño de la charcutería alemana se pasó la noche hablando. «¿Le han atendido ya? —preguntaba—. ¿Le han tomado nota?» Y así toda la noche.

Desde que me lo pediste me dedico a cantar alabanzas de Stanford. Me paso el día entonándolas.

Tuyo,

John

Esta carta va dirigida a Allan Gurganus.

Cedar Lane
10 de mayo

Queridísimo Allan:

Debería haberte advertido de este predecible giro de los acontecimientos. En cuanto demuestres una saludable autoestima el *New Yorker* dará un tirón a la alfombra bajo tus pies. La primera vez me hirió, pero nunca más. Bill, después de cuarenta años, sigue siendo indescifrable. Una vez creí entenderle. Me pareció que era un hombre que confundía el poder con el amor. Si no evolucionas y cambias se dedica a torturarte; si evolucionas y cambias te tortura aún con más crueldad. Una vez le grité: «Habrás inventado a Salinger y Brodkey, pero no me has inventado a mí». Quise dedicarle *El escándalo*, pero fue tan mordaz con el libro que cambié la dedicatoria a W. M. Luego sufrió una transformación y se deshizo en halagos, pero conservé la dedicatoria. Me quiere y al mismo tiempo querría verme muerto. Hay que ser uno mismo. Tú eres Allan/Yo soy John he ahí los cimientos sobre los que construimos, etc. El cuento me pareció precioso.

Es mi segundo día de libertad. Estoy muy hablador en tres idiomas; algo de lo que recuerdo haberme reído contigo, y hoy te quiero mucho. Mañana tal vez parezca una fantasía lamentable, pero me ha proporcionado un inmenso placer y muy poco dolor. Mi única queja es que cualquier bigote *en brosse* —la cara da igual— me produce nostalgia. Me encanta imaginarte en Yaddo. Siempre me deslizaba por la barandilla, le daba una palmada a Venus (con sus bombillas fundidas) en el culo y corría descalzo por la alfombra amarilla. Tendría que haberle dado una palmada a Hermes de vez en cuando, pero nunca lo hice. Una de las doncellas más viejas me reconvinó: «Señor Cheever —dijo—. No puede usted deslizarse por la barandilla e ir descalzo en una mansión». Así me convertí en lord Fauntleroy.

No puedo hablar del programa de desintoxicación en una carta. Fue un montaje de bichos raros, delincuentes, policías irlandeses, putas, homosexuales (de tobillos finos), obreros subterráneos y marineros contra las columnas corintias de un salón de baile de los Habsburgo. Enseñé a uno de los obreros subterráneos a jugar al backgammon y le ventilé su asignación. Así pagué los sellos y la lavandería. Peso nueve kilos menos y me siento veinte años más joven, lo cual más que una ventaja es un dilema. Mi actitud es la misma: la risa, el calor del sol a mediodía, la lluvia, claro, y la gente a quien quiero, entre ellos mucho a ti.

John

John Cheever
Bay State Road, 71
Boston, Massachusetts 02215

Cedar Lane
Diez de mayo

Querido Bill:

No puedo llevar un diario cuando vuelva, porque regresaré como un retriever labrador. ¿No lo sabías? Recuerdo haberte escrito hace cuatro años, cuando estaba enfermo. Cada vez que perdía la conciencia me despertaba el ladrido de un labrador. El año pasado, antes de ir a Boston arranqué un arce del bosque y lo planté en el jardín. Parecía que iba a morir, pero revivió y me fui a la universidad felizmente convencido de haber dejado algo vivo en Cedar Lane. Ahora está lleno de hojas, pero los perros (4) se mean en él. Cuando mataron en la guerra al hijo de Mussolini, dio órdenes de que se plantara un árbol en toda ciudad, pueblo, villorrio, aldea o granja. Lo hicieron, claro, pero cuando el café cerraba a medianoche todos iban a mear en él. Cuando veraneamos en Anticoli en los años cincuenta el árbol aún seguía en pie (con una placa) y la gente seguía meando en él. Así discurre, tres días después de salir de la mazmorra, la cadencia de mis razonamientos. Me encanta, pero no creo que a Shawn le guste. Mi último gesto fue enseñar a un obrero subterráneo (también ornitólogo) a jugar al backgammon. Le gané la asignación y así pagué los sellos y la lavandería. Había excavado por debajo del East River, la Segunda Avenida y Central Park, mientras soñaba con urracas. Ese trabajo bajo tierra le proporcionaba ochocientos dólares a la semana y la garantía de una muerte prematura. «¿Sabe por qué cava usted túneles?», le preguntó la psicóloga de ojos saltones. «Es lo que hacía mi padre.» «No —respondió ella—, lo que ocurre es que quiere volver al útero materno.» Hizo las maletas y se largó con una alcohólica casada llamada Agnes: los pillaron follando detrás de la lavadora. Era el único sitio discreto del palacio. Se despidió de mí con mucho cariño y me preguntó si todavía me debía dinero. Nos hicimos amigos enseguida, lo que me recuerda a Kenny Wilson (*Reader's Digest*) que me preguntó (en *The Century*) por qué parecía a veces tan *sans culotte*. Y a Eddie que vino el jueves, perseguido por los mosquitos. «Por una vez —dijo— envidio tu pelo.» Pasamos adentro. Continúa a la escucha. Esto continúa.

Abrazos, John

Al salir de Smithers, dejó la bebida y asistió a reuniones de AA tres veces por semana. El «salvaje alcohólico» era Warren Hinckle, uno de los fundadores de *Ramparts*. Hace poco se presentó a alcalde de San Francisco y trabaja allí de columnista. No creo que pusiera objeciones a semejante descripción.

[1975]

Cedar Lane
Ossining, Nueva York
2 de junio.

Querida Tanya:

No estoy nada cansado, pero me alegra que pensaras en mí. He llegado a la sesuda conclusión de que parte de mi papel consiste en que me entierren y resucitar de vez en cuando. Mi empleo de profesor resultó ser siniestro y mortífero. Fue en Boston. Mi hermano, en marzo, insistió en que presentara la dimisión y lo hice. Mi mujer insistió en que me encerrase en un hospital para alcohólicos clínicos y lo hice. Salí de aquella cárcel con nueve kilos menos y aullando de placer. Hace ya un mes y sigo aullando. Aúllo, escribo, bailo, nado, como, bebo (solo té) y soy amabilísimo con los perros y los niños...

Mi hijo Fred (lo conociste en el Ukraine) está estudiando ruso. Sabe emitir maravillosos sonidos chillones y decir cosas como: «Iván, ¿podrías cerrar la ventana que hay junto a la máquina de coser?». Mañana vuelve del internado. Susie se ha divorciado, está enamorada de un salvaje alcohólico y muy feliz y contenta. Ben sigue en plan Mishkin.

John

Aquí «cariño» es Hope Lange. Patty es la hija de Hope.

Saratoga Springs
2 de marzo [1976]

Cariño:

Heme aquí en la famosa Colonia de Artistas de Yaddo fundada por la difunta señora Spencer Trask que dejó sus millones a los artistas, escritores y compositores porque eran sus invitados con más encanto. Hay quien piensa que aquellos mendigos eran los únicos que aceptaban sus invitaciones, pero es gente negativa con quien tú y yo no tendríamos nada en común. Llegué ayer en tren. Me gusta este tren. Aminora la velocidad al pasar por todos los cruces y toca el silbato. Alquilé un Ford Pinto de color rojo en la estación y di un paseo alrededor del pueblo pensando

en Patty. Es uno de esos pueblos con un pequeño hipódromo donde hay muchos incendios a finales de enero, cuando entran en vigor las nuevas pólizas contra incendios. Hay dos edificios recientemente incendiados en la calle principal. También hay boutiques, cafés, y tiendas de comida sana, pero no creo que a Patty le gustase. Parece encantador, pero en realidad es bastante miserable.

Entretanto, en la Famosa Colonia de Artistas estaban preparándose para la cena. Me dieron una habitación minúscula con un baño enorme y con muchas corrientes de aire. La bañera es una de esas que compraban los banqueros del siglo pasado. Mide tres metros y se alza sobre un zócalo. Me di un baño, me puse ropa de artista y bajé al comedor. Hay otros nueve huéspedes y creo que no me pelearé con ninguno. Cenamos a la luz de tres velas. La cena consistió en carne para la clase trabajadora, fideos, espinacas y un trozo de pastel con fruta o mermelada de bote. Luego volví aquí, escribí una desternillante parodia de Márquez (a mi hijo y a mí nos parece horrible) y me metí en la cama. Te ahorraré mis fantasías eróticas, pero creo que deberías saber que soy de los que gritan en las competiciones deportivas y se empalman con las tormentas. En cualquier caso, cuando desperté el sitio estaba cubierto de nieve hasta la altura de la rodilla. Pasé un día muy agradable y estuve dando un paseo con los esquís de travesía. Envíame una foto. Aquí vuelve la tormenta.

Besos,
John

Cedar Lane
Yaddo en lunes
12 de marzo [1976]

Cariño:

Claro que quiero una fotografía, una imagen, una prueba de la existencia de esa mujer guapísima a quien besé hace un mes debajo de una farola en Sherman Oaks. No se la enseñaré al departamento de bomberos ni a los de Alcohólicos Anónimos. Solo quiero llevarla en el bolsillo mientras esquío.

El martes, durante el viaje de vuelta en tren, cayó una impresionante nevada y me encantó. Westchester estaba casi enterrado. Llevé a Mary a coger el avión al aeropuerto de Armonk el miércoles antes de que amaneciera. Es un aeropuerto rural con muchos aviones privados y una variada gama de pasajeros. Se ha ido a Boston a celebrar el 100 aniversario de la invención del teléfono. T. A. Watson era su abuelo. Fred viajó desde Andover para revivir aquel gran momento con una bisnieta de Alexander Graham Bell. UP publicó la noticia y Fred está encantado de salir

en todos los periódicos. Esta tarde llega a casa del colegio. Cuando estaban en plena celebración en Boston, la tía loca de Mary —Esther Watson Tipple— estiró la pata y dejó una herencia de un millón. Debió de ser toda una fiesta.

El domingo vuelvo a Yaddo. Es estupendo para trabajar y no muy bueno para cualquier otra cosa. Esquío por las tardes y después de cenar juego al ping-pong con una pareja de pintores orientales que me despellejan en cada partida. Acabamos 6-21, 0-21. Tengo que llevarles a jugar a los bolos. Hay también dos poetas muy melancólicos. Y un poeta nada joven que no tiene nada de joven. Me encantan las horas de trabajo, pero cuando llega el momento de irme a dormir tengo la sensación de estar incompleto. No obstante, tengo que escribir el libro y como la Paramount es dueña de una parte de él tendré una excusa para ir al oeste si tú no vienes al este.

Besos,
John

Tanya había dejado Rusia y se había trasladado a Inglaterra, donde vive todavía.

Cedar Lane
Ossining, Nueva York

Queridísima Tanya:

Escribirte a Hove en lugar de a Moscú A-47 me produce una aguda sensación de dislocación física, supongo que es una especie de conmiseración pues me gusta pensar que nuestras simpatías trascienden los océanos. Sospecho que has cruzado el Canal en un bote de remos seguida por amables, pero curiosas gaviotas. Ahora estás cerca del mar, del mar inglés que huele tan diferente del Báltico o el Mar Negro... La alegría de tu madre al verte es enorme, pero controlada. Cenas en un pequeño restaurante francés... No consigo imaginar lo que ocurre después y dependo de ti para que me lo cuentes. Solo quería darte la bienvenida a Inglaterra, y puesto que no soy inglés y en realidad no puedo hacerlo, aprovecho para decirte lo mucho que me alegra que estés más cerca de Ossining.

Todos los escritores sufren muchísimo por las ilusiones de la omnipotencia y a mí también me pasa. En este momento tengo la sensación de que si quisiera ir a Hove solo tendría que salir a la terraza, mover los brazos y elevarme. Por supuesto, me partiría el cuello. Si consigo terminar el libro en junio iré a Inglaterra. No obstante, todo es muy incierto, mi musa está anquilosada y sigue llevando túnicas sucias. Cree que debería trabajar más, pero si lo hago me volveré loco. A ella le da igual porque enloqueció cuando trabajaba para Wilkie Collins.

Tu madre parece pensar que no sé nada de ella. He disfrutado con su obra, he oído detalladas descripciones tuyas y la considero una vieja amiga. En cualquier caso, escíbeme cuanto antes.

Besos,
John

Esto lo escribí a propósito del entierro de su hermano. Es necesario recordar lo importantes que eran el uno para el otro, que el funeral de mi padre se celebró en la iglesia que describe y que yace junto al hermano de quien pasó media vida despidiéndose. Está tomado de una carta a Allan Gurganus.

Queridísimo Allan:

... El jueves asistí al funeral de mi hermano en Hingham. Fue en una iglesia de principios del siglo XVIII con un aroma tan embriagador y unas vidrieras tan enormes y espléndidas que era como si estuviésemos en el campo esa tarde de verano. El órgano sonaba fuerte y sincero apoyado por una brillante trompeta. Sí, sí, Louisa Hatch se encargó de las flores. Los asistentes estaban bronceados, tenían el pelo blanco y sus mujeres eran muy educadas. Es el mundo en cuyos paragueros se meaba mi hermano. Los textos fueron de Tillich, Cummings y Eliot y nadie vertió una lágrima. Fue espléndido.

Besos,
John

Cuando, un año más tarde, se publicó *Falconer*, Tom Glazer, el cantante de folk que era miembro del Club de los Viernes, escribió para decir que le gustaba. En dicho libro el protagonista ha matado a su hermano.

Cedar Lane
24 de febrero

Querido Tom:

Muchas gracias por tu carta sobre *Falconer*. Puedes apostar a que eres el único miembro del Club de los Viernes que sabe escribir.

Cuando me despedí de mi hermano el pasado mayo le dije que le había matado en mi novela. «Es espléndido, Joey —dijo—, es espléndido», y así nos separamos.

Tuyo,
John

El 1 de junio de 1976 telefonearon en plena noche a mi padre y le dijeron que John Updike se había matado en un accidente de tráfico. Mi padre hacía a veces bromas muy amargas sobre Updike, pero su afecto y admiración eran auténticos y profundos. Se echó a llorar. La noticia resultó ser falsa, y cuando supo que su amigo estaba vivo, escribió esta nota. En ella no revela el dolor que había sentido.

Cedar Lane
1 de junio

Querido John:

Supongo que ya te habrás enterado de que cuando me informaron de tu muerte a las cuatro de esta mañana me puse a llorar. «¡Oh!, ¿era alguien próximo?», preguntó el hombre. «Sí —sollocé —, un colega.»

Tuyo,
John

Cedar Lane
[1976]
Ossining, Nueva York, 10562
Tres de octubre

Queridísima Tanya:

No recuerdo cuándo fue la última vez que te escribí o que tú me escribiste a mí, y es muy posible, claro, que no te encuentres en East Sussex sino dejándote los dientes comiendo manzanas verdes en Rusia. Lo único importante que tengo que decir es que pronto estarán encuadernadas las galeradas del libro y le pediré al editor que te envíe un ejemplar. En Inglaterra lo publicará Jonathan Cape. Creo que es, con mucha diferencia, lo mejor que he escrito, pero la Paramount declinó la oferta de comprarlo para adaptarlo al cine y El Club del Libro del Mes ha declinado la oportunidad de distribuirlo entre sus millones de miembros. No fue ninguna sorpresa, pero me dolió. Soy de esos iconoclastas —y creo que tú también— que se pasan la vida ridiculizando el sistema y esperan que los sienten a la cabecera de la mesa. A veces se quejan.

Besos,

John

Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
17 de octubre

Queridísima Tanya:

Como eres una amiga muy antigua tal vez te interese saber que el caballo al que alimento con manzanas está bien y que Flora, nuestro Labrador más viejo, murió el miércoles por la noche. Tenía la esperanza de sobrevivirme. Era una perra muy distinguida y su final no pudo serlo más. Un jardinero negro llamado Lyndon Facey —diácono de la Iglesia de la Estrella de Bethel— la enterró en un rincón del jardín. Mary sembró fresas y crisantemos amarillos en la tumba.

Besos,
John

Christopher Lehmann-Haupt del *New York Times* y su mujer, la poeta y escritora Natalie Robins, fueron amigos de mi padre muchos años. Rachel es su hija. Esta carta la envió para animar a Natalie.

Cedar Lane
Ossining
8 de diciembre de 1976

Queridísima Natalie:

En realidad te escribo solo para enviarte mi cariño, pero como de costumbre me enredaré con cosas más frívolas y al parecer justificadas porque, la última vez que nos vimos, tú y Rachel y yo pasamos parte de la tarde en Barkers (sigo prefiriendo Barkers a Caldor, porque Caldor, o esa impresión me da, apunta a una clase más alta con la consiguiente pérdida de perspectiva). El caso es que ayer fui a Barkers a comprar unos patines. Los míos desaparecieron durante la reforma de la cocina. El señor Van Tassel, el encargado, ha sido degradado a Carmel y le ha sustituido el joven señor Loeb. Ayer le dieron una mano de pintura al tiovivo, el cohete espacial y el caballo de la acera. Cuando empujé la puerta con los carteles de ENTRE Y PROHIBIDO FUMAR (solo la salida se abre hacia fuera), vi el suelo limpio y reluciente y oí la moderada, pero marcada música de rock me entraron ganas de echar mano del maniquí más cercano —llevaba un batín impreso con una vista aérea del Gran Cañón— y ponerme a bailar con él por la tienda, pasé los expositores de

las bicicletas y llegué al sitio donde están rebajados los patines de hockey. Para un hombre de mi edad, la mayor parte de estas emociones son puramente nostálgicas. Los perfumes orientales y jabonosos del aire me recuerdan al Woolworths de Quincy. Claro que también está el Presente (bujías y tapas de váter) pero lo que verdaderamente me conmueve de Barkers es la sensación de estar en el interior de un Objeto Volador no Identificado. Es ciencia ficción hecha realidad, un verdadero paso hacia el futuro. ¡Oh, cuánto me gusta!

Hay decepciones, claro; los patines rebajados, por ejemplo. La bota estaba hecha de plástico negro, tenía el acabado de unos zapatos de baile cubiertos de pintura de radiador. Las tallas estaban todas mezcladas y tuve que sentarme en el suelo y quitarme los zapatos para tratar de encontrar mi número. No lo conseguí, pero mientras lo intentaba la música cambió a una variación de Thelonious Monk sobre «In A Little Spanish Town» y en ese momento un billete de dólar voló hacia mí sobre el suelo recién fregado. Me lo metí en el bolsillo, me puse los zapatos, robé un amuleto amoroso y escogí un par de guantes forrados de piel. A continuación ocupé mi lugar en mi caja favorita —la número 8— donde seguía ardiendo la luz amarilla

¡Oh, oh, oh! Comparados con la caja número 8, el Paso de las Termópilas o el Paso de Kyber en el siglo XIX fueron una mierda. La número 8 sí que es auténtica. Ahí sí que se nota que la vida es un tránsito. La mujer que tenía delante tenía un pelo vulgar y cuatro pares de bragas estampadas con rosas, pensamientos, junquillos y lirios del valle. Colarme habría sido pan comido, pero la dejé pasar. 11 AM. Delante de ella había un hombre con una bolsa sucia de papel, cuatro pilas de linterna y varios cupones de descuento muy manoseados. Los cupones caducados, como sabes, ralentizan las cosas. Delante había un anciano chino con un caro abrigo de visón y un carrito con doce varas de cortina, una reproducción en plástico de La Sagrada Familia, cuatro cajas de bombillas y un par de guantes de goma. Todos pagamos con cheques en blanco, lo que implica llamar a la ayudante del encargado. Tiene el cabello rubio grisáceo, lleva un vestido de encaje gris y una enorme joya como la orden de San Estanislao. Despide un olor fuerte y rancio a caramelos caducados y lleva la cuenta con los dedos. Por fin atravesé el paso, las puertas se abrieron y mi amuleto robado, mis guantes pagados y yo salimos al mundo, y me sentí un hombre nuevo. Os quiero a ti y a Christopher y a Rachel, pero lo que de verdad deseo es llevarte otra vez a Barkers.

Besos,
John

FALCONER
(*Knopf 1977*)

La carta siguiente era para John Weaver.

Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
Dieciséis de enero [1977]

Querido John:

Aquí las entrevistas para el libro empiezan en febrero... Ya he pasado por esto antes, pero estoy inquieto. Por ejemplo, almorzaré con los doce editores de *Newsweek* y al final del almuerzo votarán si me ponen o no en portada. No tengo dotes para este tipo de cosas... El abrigo que llevo es uno de vicuña del padre de Mary que tiene 37 años. Cada vez que me lo quito se suelta el forro y cuando la gente insiste en ayudarme a quitármelo me quedo con el forro puesto. No me avergüenza, pero resulta un poco humillante...

Como sabrás hace un frío muy poco habitual, aunque mi entusiasmo por estas cosas ha disminuido. El sábado fui a patinar, pero tener que subir la colina esta mañana para comprar el TIMES me resultó muy incómodo... Sé que la codicia es un pecado capital, pero hoy envidio tu piscina.

Brrrrr
John

Duane Michals tomó la fotografía de portada de *Newsweek*.

Cedar Lane
11 de febrero [1977]

Querido John:

Para El Almuerzo subí al piso 175 del Edificio Newsweek donde había un montón de gente bebiendo alcohol en una especie de granero blanco. Luego me senté en un cómodo sofá al lado del editor y la gente empezó a hacer preguntas. Una vez, justo en mitad de una larga respuesta

olvidé qué coño me habían preguntado. Luego pasamos a un comedor que parecía una especie de granero blanco donde había un camarero sirviendo chuletas de cordero. Comí solo una porque no quería que pensarán que era un patán, o un muerto de hambre, o que dependía de ellos para conseguir comida. Así que pasé casi una hora con un hueso de chuleta en el plato... Bajé con el editor a su despacho y luego hablé con otros editores sobre si debería o no fotografiarme Avedon. No paraban de mirarme. Entonces uno de ellos dijo que mi cara en la portada causaría un brusco descenso de las ventas en los quioscos, pero otro respondió que lo mismo ocurría con todos los escritores serios. Al salir fui a un local y llamé a Knopf para darles la noticia y el encargado de las Relaciones Públicas dijo: «Lo he conseguido...».

Tuyo,
John

El artículo de *Newsweek* se publicó en el número del 14 de marzo con el título de portada: «Una gran novela americana: *Falconer*, de John Cheever». Nótese que no dijeron «La gran novela americana». El artículo lo escribió Walter Clemons y se tituló «El triunfo de Cheever». Clemons no solo consideró *Falconer* una obra maestra sino que atacó a los críticos que habían rechazado la obra anterior. Afirmó que *Bullet Park* «había sido mal entendida y atacada con malevolencia». El reportaje de *Newsweek* incluía también una entrevista con mi padre realizada por mi hermana. Aquel intercambio fue notable por su intimidad y candor. Susan preguntó: «Alguna vez te has enamorado de otro hombre? Lo digo porque, con la homosexualidad de *Falconer*, la gente se lo va a preguntar».

Y él respondió: «La posibilidad de que me enamorase de un hombre parece existir. Tal cosa podría suceder. Que no haya ocurrido es pura casualidad. Aunque me lo pensaría dos veces antes de renunciar a la alegría y robustez que he conocido en el mundo heterosexual».

Susan insistió: «¿Pero has tenido alguna experiencia homosexual?».

«Mi respuesta es que sí, muchas, Susie, todas muy gratificantes, y todas entre los 9 y los 11 años.»

Aún hoy sigo sin entender muy bien lo que ocurrió, pero creo que sería un error acusarle de falta de sinceridad. Literalmente era mentira, claro, pero en cierto sentido figurado era cierto. Él nunca se consideró un homosexual. No pretendo irme por las ramas, ni separar a mi padre de otras personas que se tienen por homosexuales, sino decir que era una palabra que no se habría aplicado a sí mismo, y para él las palabras tenían una enorme importancia.

Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
Sábado [26 de febrero de 1977]

Querido John:

Me alegra mucho que te gustara *Falconer* y que me escribieras para decírmelo. Los de TIME se han cagado en él esta semana —un mes antes de la publicación— porque *Newsweek* va a publicar un artículo. Solo fue un mal rato. A la gente cuya opinión valoro parece haberle gustado. Luego están, claro, los corifeos. Phil Roth llamó a medianoche para decir con su tono

más verboso: «Gracias por enviarme el libro, lo leeré en vacaciones, pero la razón por la que llamo es para pedirte el nuevo número de teléfono de John Updike».

Tuyo,
John

Esta va dirigida a John Updike. Mi padre y mi madre habían ido a Boston para asistir a la boda de Liz Updike.

Cedar Lane
2 de marzo de 1977

Querido John:

No había leído *La fiesta del asilo* desde que se publicó, he disfrutado leyéndola otra vez y el prólogo me ha parecido iluminador y —con la alusión a Harry Green— nostálgico. Uno olvida esos años. Tu talento me maravilla y viendo lo joven que eres me encanta pensar lo que te queda por delante.

Tratándose de la boda de Liz, habríamos ido hasta Seúl. No somos, Dios lo sabe, una familia, pero sí una cofradía particular que, en mi opinión, debería presenciar los votos de unos y otros. Es una familiaridad que me resulta muy gratificante... Cierto que mis pantalones no tienen dobladillo, ya sé que es un error. En el funeral de mi hermano me puse el mismo traje y uno de los presentes miró de reojo los pantalones y dijo: «Debe de ser un bailarín español».

Tu buena opinión sobre *Falconer* significa mucho para mí. Apenas hay nadie a quien quisiera agradar más y desde que escribiste hace muchos años sobre el vuelo del vestido de Honora siempre has sido muy generoso.

Tuyo,
John

«Y ahora llegamos a la parte más desagradable u homosexual de nuestra historia y animo a saltársela a cualquier lector que no esté interesado.» Este pasaje aparece en *Crónica de los Wapshot*, que se publicó cuando yo tenía ocho años, y supongo que podría haberseme considerado un lector no interesado. Leí los libros, incluso leí las partes que me animaban a saltarme, pero evité sacar las conclusiones pertinentes. Me animaron a saltármelas y lo hice.

Al pensar en la vida de mi padre, y en sus escritos, debe parecer difícil creer que yo no tuviese ni idea de su bisexualidad, pero ni siquiera lo sospechaba. Recuerdo una vez que fui a visitar a mis padres cuando tenía treinta años y, tras encender la chimenea del comedor, me volví hacia el invitado que estaba sentado al amor de la lumbre y bromeé: «Parece que ya tira, papá estará contento. Siempre ha albergado dos grandes temores sobre mí. El primero que no supiese encender una chimenea, y el

segundo que fuese homosexual». Lo dije con la mayor naturalidad. Hasta dos años después no tuve la primera prueba evidente. Apareció un protegido. Un joven que había dejado su empleo para escribir y pasar tiempo con mi padre. Tiene una voz preciosa, un firme apretón de manos y la mirada decidida. Es un mecánico excelente. También es simpático, amable e ingenioso, aunque nunca he considerado que eso sea un indicio. El caso es que mi padre, él y yo salimos a dar un paseo en bicicleta, y él y yo nos adelantamos. Nos pusimos a charlar. Yo envidiaba su talento como escritor, y le pregunté por su diario. Los dos habíamos llevado uno durante un tiempo. «¿Te has dado cuenta —dije— de que uno nunca sabe lo que es importante? Escribes sobre lo que crees que tiene importancia, pero cuando lo relees al cabo de unos años descubres que has reproducido una discusión que tuviste con el fontanero y no has aludido a un accidente de tráfico casi mortal.» Asintió. «Yo uso una especie de taquigrafía —explicó—. Una vez, cuando estaba casado y mi mujer leía mi diario, salí y pasé la noche con un negro al que conocí en un bar. Cada vez que lo hacíamos me llamaba “cariñito”, y eso fue lo único que escribí ese día: “cariñito”.»

Me quedé de una pieza. Y muy preocupado. ¿Y si mi padre descubría que su amigo era homosexual? Soy de los que temen las confrontaciones, y habría sido natural que le dijese que a mí no me importaba, pero que tuviera cuidado y no le hablase de eso a mi padre porque montaría en cólera. Pero no dije nada y nos limitamos a seguir pedaleando.

Cuando cumplí los treinta y uno, dejé a mi primera mujer y me fui a vivir unos meses con mis padres. Durante esa estancia mi padre me animó a leer sus diarios. Llevaba muchos diarios y toda mi vida los había visto por la casa, pero de niños teníamos prohibido curiosear. Ahora me estaba pidiendo que los leyera. Una tarde mi padre se sentó a mi lado en un sillón mientras yo leía y cuando alcé la mirada vi que había estado llorando. No recuerdo lo que leí, y él no tenía modo de saberlo, pero ahora sospecho que pensó que tal vez hubiese leído lo de su homosexualidad y que quería que lo hiciese.

Hacia el final de su vida mi padre acostumbraba a ir a las oficinas del *Reader's Digest* donde yo trabajaba e íbamos a comer. Repetía una y otra vez que esperaba que yo no tuviese sus «inclinaciones problemáticas». Yo pensaba que se refería a su talento, y me dolía un poco, pero ahora creo que lo que esperaba era que no fuese bisexual. En cualquier caso, muchas veces le pregunté, y por entonces rondaba ya los sesenta años, si había algo que lamentara verdaderamente en su vida. Y él respondió siempre que no, que no lamentaba nada; su vida había sido extremadamente satisfactoria.

«Entonces ¿a qué te refieres con lo de tus inclinaciones?», le preguntaba. Él nunca me respondió.

No puedo sino especular sobre los motivos que le empujaron a ocultar así su bisexualidad. Sospecho que aunque fue en parte por su conflicto interior, también es posible que lo hiciese porque esperaba que sus hijos tuviesen apetitos más convencionales.

De niño no me lo puso fácil. Odiaba oírme soltar risitas y recibía con fría desaprobación cualquier indicio de feminidad. Aún no sé si fue mayor mi enfado o mi confusión cuando comprendí que había sido miembro de la subcultura que tanto parecía horrorizarle. Por otro lado, al hacer memoria, veo que tampoco yo se lo puse fácil a él. A menudo no me comportaba como él pensaba que debía hacerlo un jovencito. Me gustaban las armas e ir a pescar, pero los deportes no me interesaban lo más mínimo y él quería que fuese aficionado al béisbol. Cuando cumplí los siete años, me dijo que si escogía un equipo, me llevaría a ver un partido y luego me ayudaría a seguir las estadísticas en el periódico. Me enseñó una lista de equipos. Vivíamos a las afueras de Nueva York, pero escogí los Orioles de Baltimore. «¿Por qué los has elegido?», quiso saber. «Porque Orioles es un nombre muy bonito», respondí.

Nunca fuimos a Baltimore, aunque me llevó a ver a los Yankees. Me senté educadamente en el asiento con las manos en el regazo y esperé a que terminase el partido. Tras unas cuantas jugadas me compró una caja de palomitas que incluían unas tijeras de regalo y cuando descubrí que podía utilizarlas para recortar la caja me pasé el resto de la tarde haciéndolo.

Cuando tenía quince años mi obra favorita era *The Zoo Story* de Edward Albee, y me paseaba por la casa recitándola: «... Nunca he podido acostarme con, o, ¿cómo se dice...? hacer el amor con nadie más de una vez. Una y ya está... ¡Espera!, una semana y media, cuando tenía quince años... y siento decir que mi pubertad fue tardía... fui h-o-m-o-s-e-x-u-a-l. Me refiero a que fui maricón... (*my deprisa*) maricón, maricón, maricón... al son de las campanas y con las banderas ondeando al viento».

En cualquier caso, no llegué a saber mucho de las pasiones que aparecen en las cartas siguientes. Mi padre no conoció a este joven hasta mediados de los años setenta, y mi primera inclinación fue suponer que hasta entonces no había sido bisexual. Luego conocí al escritor y compositor Ned Rorem. Ned nunca había disimulado sus preferencias sexuales, y tal vez con razón se sentía un poco superior a mi padre. Ned afirma que mi padre y él tuvieron su primera relación sexual en los años sesenta, y que antes mi padre había tenido muchas relaciones con hombres. Creo que tiene razón.

Otro escritor me dijo una vez con cierta amargura que mi padre siempre se las había arreglado para estar enamorado de alguien. Sin duda es cierto. Algunas de las personas a las que amó eran hombres. Mi padre intentó ayudar a ese escritor a vender un relato a *The New Yorker*. Charles McGrath era el editor de ficción.

Cedar Lane [principios de marzo de 1977; el artículo de *Newsweek* se publicó el 14 de marzo]

Sábado por la mañana

Querido ____:

... Creo que el silencio de *The New Yorker* está preñado o —como seguro que dirías tú— grávido. McGrath aseguró que estaba *muy* interesado, pero cuando leí el nuevo cuento de Ann Beattie sobre gente abriendo y cerrando puertas y subiendo y bajando escaleras me pregunté dónde podría encajar tu protagonista con su corona de espinas. También hay una cosa de Barthelme que me pareció frívola. Yaddo tampoco es lo tuyo, pero vale la pena considerarlo.

Hace frío, está oscuro y cae una leve nevada. Los sábados por la mañana el dueño de la tienda de quesos trae de la ciudad bollos suizos, *croissants* y pan calientes. Llevo un bollo caliente a casa de mi amiga Sara (nado, y espero nadar contigo, en su piscina), tomamos café y vemos las carreras de caballos de Grand Union en la TV. No obstante, esta mañana no podré ir porque mi hija va a venir a comer y a entrevistarme para *Newsweek*. Me parece un poco retorcido. Al despertarme esta mañana, pensé: ¿Se habría dejado entrevistar Coleridge por su hija?

Besos,
John

El protegido de mi padre estaba pensando en ir a Yaddo en verano.

Cedar Lane
30 de marzo

Querido ____:

Te escribo justo después de hablar contigo y te quiero mucho. No te añoro, ni te extraño, ni te echo de menos, pero me gusta saber que estás ahí. Así de sencillo. También me interesa mucho tu obra y creo que el verano puede ser estupendo. Me preocupa, aunque no demasiado, pensar en cuándo volveremos a vernos. No parece que hoy sea un buen día para escribir cartas. Tengo que comprobar las cuentas del banco para Hacienda y me van a hacer una entrevista para un periódico de Chicago. Le diré al periodista que busco el éxito en el amor y la utilidad, lo cual es cierto. El libro está teniendo mucho éxito, y el bosque está lleno de puertorriqueños con sierras mecánicas que pretenden convertir el lugar en un parque. Los puertorriqueños cobran veinte dólares la hora. Mañana llegan los pintores para pintar el porche. Ayer compré una Raleigh

Grand Prix con un cambio de marchas alpino de diez velocidades, pesa doce kilos y es de color azul dinámico con el borde de plata. ¡Uf!

Me siento lo bastante cerca de ti para decirte que la gran noticia es el calor. Ayer fue uno de esos días en los que mi generación se paseaba por ahí en descapotable y nadaba con el culo al aire en estanques helados... Ayer por la tarde me llamaron del *Times* y me pidieron que comentase algo sobre el centenario de Peter Rabbit. «Mis simpatías siempre han estado con el señor McGregor», respondí. «Ajá», dijeron los del *Times*. Espero recibir carta tuya esta tarde y me alegra pensar en lo bien que lo vamos a pasar cuando volvamos a vernos.

Besos,
John

Cedar Lane
31 de marzo [1977]

Querido ____:

Analizar y examinar lo que siento por ti no tiene sentido pero mientras estés en ____ poco más puedo hacer. Es posible que todas mis especulaciones se reduzcan a los pensamientos de un viejo libidinoso en busca de carne fresca, pero descartaré esa posibilidad. Cualquier psicoanalista atontado diría que eres el fantasma de mi hermano muerto que vuelve de la tumba para consolar al fantasma de mi largo tiempo perdida juventud. También afirmarí que soy el espectro de tu padre, solo que más rico y más literario. Menuda gilipollez. Lo único que sé es que esa mañana en ____ cuando esperamos para ____, fue como si me quitases de encima una soledad de la que me alegró mucho librarme. No sé lo que sentirías tú. Mi felicidad continuó durante el viaje en avión e hizo que Palo Alto pareciese precioso. Solo quería que estuvieses allí, oír tu voz si me despertaba en plena noche y preguntaba por ti. Es posible que mi destino sea arrastrar esa soledad y sin duda el tuyo no es cargar de joven con mi equipaje.

No tengo más que contar esta mañana. El calor continúa y las plantas, que carecen de memoria, están floreciendo. Tenemos todas las flores de primavera. Los viejos van por ahí lamentándose de que los jacintos pronto se marchitarán y acabarán enterrados en la nieve, olvidan que los jacintos son muy resistentes. Igual que tú y yo.

Besos,
John

Martes

Querido ____:

Los de la BBC están de camino y se me ha ocurrido pensar que soy mayor que Thomas Hardy cuando iba a verle gente como Henry James. Creo que el entrevistador se llamará Wyatt Earp, que al subir por las escaleras me dará fotocopias de los premios que ha ganado su programa (Musty Bindings) y que querrá iluminar mi despacho, que, como sabes, contiene una bandeja para gatos, un cepillo de alfombras roto, tres perros y un aparato de televisión que hace mucho que no funciona y pesa demasiado para quitarlo de ahí. Por la ventana se ve un radiador oxidado.

Besos,
John

Filler aparece en «Artemis, el honrado cavador de pozos», que se publicó por primera vez en *Playboy* y se incluyó en *El mundo de las manzanas*.

Cedar Lane
9 de abril

Querido ____:

Esto es lo primero que escribo esta mañana (7.30) porque no me encuentro muy bien y seguro que irá a peor. Me siento presionado y pensar en que tengo mucho trabajo es una mierda de punto de vista. Lo cual me recuerda que escribes mucho sobre la mierda. Cagas a lo largo y ancho del país, recuerdas cagadas que cagaste y que pensaste cagar en bandejas de hielo. Me recuerda a un personaje mío llamado J. P. Filler que se hizo rico y famoso por escribir un libro sobre la mierda. Me pareció una broma muy graciosa hasta que empecé a recibir cartas de un profesor asociado de Chicago que había escrito el libro en cuestión. Estaba a punto de publicarlo cuando salió mi relato. Después nadie lo quería a no ser que llevase un prólogo mío o al menos una recomendación para la cubierta. Me envió los informes del editor (patéticos e inolvidables) y su agente, su editor y él me rogaron que les ayudara. Si no lo publicaba perdería la plaza, ejecutarían su hipoteca y su mujer y su hijo acabarían en el arroyo. Me escribía todas las semanas hasta que me fui al delta del Danubio que, como señaló enfadado, era el culo del mundo. No he vuelto a tener noticias tuyas.

Lo que tengo que hacer es escribir un cuento sobre Yaddo para el *Times*, escribir mi discurso para lo de Boston del martes (han vendido 1.500 entradas), afeitarme, comprar costillas para asar, pintar y esconder huevos de Pascua para mi nieto, salir a comer, comulgar, salir a cenar, y

por supuesto hacerme el nudo de la corbata de modo que no se vea la mancha de grasa... De modo que voy a escribir mi discurso.

Besos,
John

Garson Kanin es el guionista y novelista que estuvo casado muchos años con la actriz Ruth Gordon.

Cedar Lane
Catorce de abril

Querido ____:

Cuando llegamos anoche de Boston encontré un montón de cartas amontonadas y, por supuesto, las dos tuyas fueron las únicas que me importaron. El viaje fue muy divertido, pero ir en calidad de persona pública, sin ginebra, ni una polla tiesa, fue como ir de regata sin la vela mayor. Tal vez tenga que acostumbrarme. El Ritz de Boston es uno de los mejores hoteles del mundo. Le di al camarero jefe veinte dólares de propina y a sus subordinados cuarenta por las dos fiestas que ofrecimos y el servicio fue excelente. Me paseé en una absurda limusina y me entrevistaron para la televisión, la radio y los periódicos. Había setecientas personas en el almuerzo de Libros y Autores donde, por lo visto, uno tiene que promocionar su libro. Cuando bajé del estrado, Garson Kanin me dijo: «Serás mierda. No has hablado de tu libro. Ni siquiera has dicho que eres escritor». Era cierto, pero en la firma de autógrafos, después de los discursos, *Falconer* fue el único libro que se agotó. Mary me ha contado que Henry Cabot Lodge se pasó una hora sonriendo junto a una torre de libros sin vender. No hago más que pedirle que me cuente que Henry Cabot Lodge no vendió ningún libro.

Hoy hace un día espléndido, todo está florido y estoy muy sereno. El tiempo que tiene que pasar hasta que volvamos a vernos no parece tan importante y si te follas a esa mujer de Missoula solo espero que sea un buen polvo. Como tengo más edad, podría señalar que esos coños viejos pierden pronto su atractivo. No obstante tu polla es mucho más grande y joven que la mía. Saber que estás ahí sigue alegrándome más que ninguna otra cosa. No imagino dónde o cuándo tendremos nuestra larga conversación, pero sé que será gratificante, espléndida, divertida y prolija y creo que puedo esperar.

Besos,
John

Edgar era un golden retriever. Era mío y me avergüenza admitir que le puse el nombre de Tara. Cuando nació mi primer hijo, descubrí que en nuestro apartamento no había sitio para un niño y un perro y se lo «presté» a mis padres más o menos del mismo modo en que les «pedía prestado» dinero en esa época de mi vida. Mi padre se encariñó con Tara, pero enseguida le cambió el nombre y el sexo, primero lo llamó Shithead y luego Edgar. Bella Akhmadulina es una poeta rusa.

Cedar Lane

25 de abril

Querido ____:

Lo único que hago estos días es escribirte ¿y por qué no? A nadie más le interesa que me pique el cuero cabelludo o que Edgar me haya robado los calcetines. Soy hombre de costumbres. A las cinco AM soy terrible, pero también lo soy entre las doce y la una cuando me da la impresión de tener demasiadas cosas que hacer. Luego estoy hecho una mierda. Ayer, después de ir a la iglesia a las 7.30, preparé el desayuno, corté el cordero, me afeité, me la casqué, cubrí de mantillo los serbales, me ofrecí (refunfuñando) a limpiar las alfombras, respondí a seis cartas, fui a recoger a unos invitados al tren de las 12.30, pronuncié la bendición en la mesa y me sentí muy agobiado de trabajo. A las cuatro y media me llevaron en coche al Queens College donde vi, entre bambalinas, el último acto de *La flauta mágica*. Tuvo su gracia. El rey muy maquillado se dedicaba a atar los cabos sueltos de la trama con una bonita voz de barítono mientras dos personajes muy poco recomendables vestidos con maillots negros coronaban a las dos princesas. Finale. Telón. Aplauso. Luego, cuando se fue la multitud, llegaron los amantes de la poesía. Bella Ajmadulina es *très chic*. Llevaba el pelo teñido de color castaño claro, un traje de pana de corte parisino y botas relucientes hasta la rodilla. No hay nada mejor que cuando los Obreros y los Campesinos se ponen chic. Estuvo recitando (con traductores) dos horas. Le di la bienvenida a los Estados Unidos y luego me retiré tras las cortinas de un palco donde estuve fumando un cigarrillo tras otro, pensé en ti y escuché caer la lluvia sobre los ventiladores. Después hubo una recepción en la que solo ofrecieron cacahuets. Yo tenía mucha hambre y cada vez que alguien se acercaba a darme la mano la encontraba llena de cacahuets.

Besos,

John

Cedar Lane

12 de mayo

Querido ____:

Ayer por la mañana mientras pensaba, como no podía ser menos, en la homosexualidad, fui a la oficina de correos y los vi. Ocurrió en el aparcamiento de la oficina de correos, el supermercado, el colmado, la licorería y la lavandería. Llegaron en un Mercedes 300, muy limpio y reluciente. «Tú lava el coche, Michael, yo lavaré los jerséis.» Eran joven & viejo, una pareja muy distinguida, al menos eso me pareció por el modo en que les desagradó el aparcamiento. Despreciaron a la anciana que iba encorvada hacia la licorería con sus cuatro dólares robados, despreciaron los carritos abandonados, me despreciaron incluso a mí. El viejo era muy delgado y tenía unos cuantos mechones de pelo teñidos de maravilloso color rubio. El joven conservaba todo el pelo y supongo que todo lo demás, y habría sido muy guapo si su boca no hubiese parecido un ojete. El viejo andaba como si su ojete fuese una boca. En el asiento de atrás estaba el consabido mastín, un perro enorme, decorativo y estúpido con el nombre de algún chupapollas internacional. «Me hará compañía cuando Michael me abandone», dirá el viejo maricón a sus invitados. Después de considerar que el lugar era despreciable, salieron del Mercedes. A continuación sacaron del asiento de atrás una caja grande con un precioso envoltorio que apuesto a que contenía una base de lámpara moldeada por el viejo (que es alfarero) en su torno favorito para enviarla por correo certificado a un antiguo promotor de boxeo que acaba de abrir una tienda de antigüedades en Savannah, Georgia. La moraleja parece ser que si te dan demasiado por el culo acabas perdiendo la dicha de la locomoción.

Me encanta pensar en ti hojeando *Falconer* y comprando las *Manzanas* y un libro de cocina. Las *Manzanas* se vendió muy bien porque la gente lo confundió con un libro de cocina (o eso cree el editor). Mañana por la mañana iré al norte y pasaré mucho tiempo al teléfono intentando arreglar lo de los billetes de avión. Tengo que vérmelas con la embajada, con Lufthansa, con KLM y con Sofía, y al final volaré con Bulgar Wingski. Ya me parece estar en algún lugar entre Yaddo, Sofía, Amsterdam y tú. Te escribiré en cuanto llegue a Yaddo.

Muchos besos,
John

Cedar Lane
Domingo de Ascensión [¿1977?]

Querido ____:

Supongo que habrás vivido lo suficiente con mujeres para saber que muchas confunden el orgasmo con la puntualidad para subir a un medio de transporte. Uno puede follárselas, morderlas y lamerlas, y no darse cuenta hasta que es demasiado tarde de que el único modo de

hacerlas subir al tren es golpearlas en las orejas con el undécimo volumen de la Enciclopedia. El vuelo de Mary para Amsterdam era a las 7 PM. Como la reserva estaba hecha en Bulgaria y confirmada en Holanda, no sería fácil conseguir otro billete. A las tres, perdió su pasaporte. Lo encontró a las cuatro quince. A las cuatro dieciocho se puso a dar de comer a los gatos y los perros y a regar las plantas. Fue como una noche de bodas. A las cuatro treinta Ben y yo la metimos a la fuerza en el coche. Era una tarde de verano en las afueras de la séptima ciudad más grande del mundo. Las carreteras estaban atestadas. Llegamos a los alrededores del aeropuerto a las siete menos cuarto. A las siete menos cuatro minutos encontramos el cartel de KLM y animé a Ben a pasar por una luz amarilla. Enseguida lo detuvo un policía que no sabía hablar inglés. Cogí las bolsas y eché a correr. Una mujer gorda nos dijo que habíamos perdido el avión, pero luego telefoneó a la puerta de embarque y nos indicó que siguiéramos corriendo. Le di un beso de despedida justo cuando se apagaban las luces de embarque. El hombre que comprobó su billete preguntó: «Pero ¿por qué lo abandona?». He estado muy animado desde entonces.

Bulgaria parece bastante tétrico. Los rusos llamaron ayer para preguntar cuál será exactamente mi postura. Repetí que el señor y la señora Cheever han aceptado encantados la cordial invitación del gobierno búlgaro y están deseando conocer al encantador pueblo de ese país amigo y admirar sus famosos paisajes. Por supuesto, tengo a los de Amnistía Internacional tras de mi culo con largas listas de escritores de Europa del Este a quienes acaban de meter en la cárcel. Hablaré contigo a lo largo de la semana. Te llamaré ahora.

Besos,
John

Querido ____:

Siento sinceramente saber lo de tu padre y soy demasiado viejo para tener nada nuevo o útil que decir. Tuve la sensación de que debía hacer las paces con mi padre, por más que hubiésemos intentado matarnos el uno al otro. Lo convertí en Leander y firmé una paz útil después de su muerte. Creo que debes hacer algo parecido; tienes que intentar comprenderle. Les he dicho a mis propios hijos que cuando reparen en mis defectos pueden seguir queriéndome y encontrar a otros hombres que lleven ropa interior, no sepan jugar al béisbol e inventen el teléfono. Parece funcionar. No conozco a nadie que no lo haya conseguido.

Dios sabe cuándo nos veremos, pero te llamaré pronto y si no llámame tú. Llama a cobro revertido y cuando la operadora me pregunte si acepto la llamada de ____ diré sí, sí, sí, sí.

Besos,

John

Cedar Lane

25 de mayo

Querid____:

Tal como te escribí ayer estoy sinceramente preocupado por tu respuesta a lo que te dijo tu padre, pues mi padre fue el mayor y más amargo misterio de mi vida. Desde la adolescencia me pareció que tendríamos que aprender a querernos. Cualquier otra cosa causaría un grave daño a mi equilibrio espiritual. El problema aparece en todos los libros y cuentos. Fue él quien invitó a cenar a una médico abortista. Fue a él a quien encontraron borracho, ebrio y desnudo excepto por una tira de tapones de botellas de champán. Fue el viejo borracho que estaba en la montaña rusa cuando pensé que se había suicidado y fue el viejo que le leía sonetos de Shakespeare al gato. He suavizado esas escenas, pero cuando me falló, como hizo miles y miles de veces, era como si me pasaran la polla y las pelotas por un colador. Decidí no perder ese sentido del *locus* que habría perdido si lo hubiese descartado como un payaso trágico. Perseveré, es posible que solo hiciera eso, pero forma parte de la cadena del ser y cuando tengas hijos, como sin duda los tendrás, te será más fácil comprenderlo.

Pasando a cosas más frívolas pienso en ti en Yaddo y en la gente a quien conocerás. Lo que queda del antiguo personal son muy buenos amigos. Está Nellie, la cocinera jefe de la mansión, y George, el conserje jubilado que vive con su mujer en la parte sur del garaje, y Beverly, que los días laborables te preguntará cómo quieres los huevos. Beverly llegó al lugar hace al menos veinte años y cuando intenté quedar con ella respondió que tenía cuatro hijos. Sigue siendo un encanto. Entre los huéspedes, te he hablado ya de Raphael. Estoy seguro de que opinarás como yo de los Harnack y cuando nos veamos podemos hablar de ellos. Estará un tipo llamado Bob Chibka que asistió a mis clases en Iowa. Destacaba por su laboriosidad y su inteligente entusiasmo por Kafka. En agosto llegará una antigua belleza masculina llamada Ned Rorem. Hace muchos, muchos años me chupó la polla tres veces al día durante tres días. No recuerdo qué tal lo hacía, pero debía de estar bien porque de lo contrario no habría vuelto. Nos hemos visto después, pero solo para darnos la mano. La primera vez que entré en la mansión tenía veintidós años. Decidí que los gustos de la señora Trask no eran asunto mío y a lo largo de los años no me he fijado mucho en el sitio. Encima de la mesa del comedor hay un cuadro que parece auténtico. No lo es. Entre las sillas con molduras hay otro que describe una decapitación. A la derecha de la gran escalinata hay una sirena de latón con un amplio ombligo y sobre el poste de la escalera al tercer piso hay una lámpara con dos encantadores sátiros femeninos. Al bajar a desayunar siempre me deslizaba por la barandilla y le daba una palmada a Venus en el culo.

Sobre la cómoda del Ala Oeste, oculta por un jarrón hay una representación de San Jorge vencido por el dragón. Sé que pensarás lo mismo que yo de los árboles, el agua y las montañas y sé que pasearemos juntos por ellas.

Besos,
John

Ya había escrito a Ned sobre los planes de su protegido de ir a Yaddo. La conmemoración fue en honor a Elizabeth Ames.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562

Querido Ned:

Me alegra mucho que te haya gustado *Falconer* y te agradezco que escribieras para decírmelo. La conmemoración de Elizabeth fue correcta, hizo un tiempo maravilloso y Del Trece, que tenía pensado tocar música de Schubert, acabó tocando a Brahms. No creo que Elizabeth tuviese nada que ver, pero me encantó.

_____, un muy buen amigo mío, estará en Yaddo en agosto y las dos primeras semanas de septiembre. Espero que nos veamos allí.

Tuyo,
John

Cedar Lane
Lunes [1977]

Querido _____:

Por supuesto todo acabará bien y creo que tu habitación de la torre es la mejor de la mansión. Hay algunos escondrijos para curas en esa mole. Gurganus se alojó en esa misma habitación el año pasado y se puso hecho una furia cuando le llamé Rapunzel. Llevaba el pelo muy largo. Gurganus es brillante, pero padece esa falta de gravedad que parece consecuencia de tener demasiado a menudo una polla metida en el culo o en la garganta...

Cedar Lane
28 de agosto

Querido____:

Tu descripción de tu amor por_____ me gustó mucho pues renovó la impresión de la autenticidad de tus sentimientos que tanto admiro en ti y dejó claro que para nosotros el amor de una mujer no tiene parangón.

De vez en cuando me hago cargo de la hostilidad del mundo, pero casi siempre es pura aprensión. La inocencia nos atañe, por eso esta mañana, y dado que mis cartas no han tenido mucha calidad literaria te hablaré de la Madonna de Konigsgovrod en un pueblecito del sureste de Rusia, no muy lejos de la actual frontera con Turquía. Como tantas otras cosas, casi nunca se les enseña a los turistas. Es la reina del cielo bizantina, muy bella, ricamente entronizada y con el Príncipe de la Paz sobre sus rodillas. Su trono se alza en un prado florido rodeado de un círculo de ninfas y sátiros danzantes. Como es bizantina encontramos las líneas casi geométricas de Grecia en el delineado de los músculos y los paños, pero las sonrisas de la Virgen, el Príncipe y los celebrantes anticipan un período muy posterior en la historia de la pintura.

Hasta finales del Renacimiento no volveremos a encontrar tanta sabiduría, encanto y lascivia. Los pechos y las nalgas de las ninfas poseen una redondez, una belleza y una blancura sin precedentes en esa época tan temprana de la historia de la pintura. Los sátiros tienen la piel oscura y las piernas y las nalgas peludas. Tienen pezuñas de cabra y sus sonrisas son inteligentes y lascivas. Muchos tienen pollas enormes y erectas con matas de pelo que crecen del pliegue de la piel. Su felicidad parece encantar a la Virgen y a su hijo, pero ese pacífico reino donde los fuegos de la carne y el espíritu se hacen uno no se enseña a los turistas. Nadie lo ha visto jamás desde que lo inventé y se lo atribuí a San Pelagio, que murió en la hoguera en el siglo v.

El Holiday Inn está lleno y he cogido una habitación en el Gideon Putnam donde hay servicio de habitaciones y un menú mucho mejor. Hablaré contigo por teléfono antes de que nos veamos.

Besos, muchos besos,
John

Yaddo
9 de febrero

Querido____:

Te telefonaré esta noche o mañana y te pediré que vuelvas el fin de semana y cuando te niegues, como creo que harás, lo entenderé. Esa parece ser una parte importante del amor que

siento por ti. Todo resulta muy sencillo. Ni tú ni yo somos homosexuales y sin embargo ninguno de los dos somos tan tontos para que eso nos preocupe. Si quiero tu polla o tu boca sé que solo tengo que pedirlos y no obstante me consta que hay tantas cosas en tu vida mejores que mi amor que concibo que podamos separarnos sin dolor. Eso, por supuesto, hace que se me empalme la polla hasta el techo. Cree que puedes oírlo en____. Lo que quiero es que sea valiente, inteligente y sincero para los dos. En el espacio de una vida es imposible fundar un sistema de verdades y falsedades, pero no veo nada falso en mi amor por ti. Por supuesto, no importó que no llegases al orgasmo. No habría importado aunque te hubieses corrido siete veces. Es muy sencillo. Te quiero y me gusta estar contigo.

Es tarde por la tarde y voy a ir a esquiar antes de que anochezca.

... Buenas noches, mi amor, te lo diría si estuviésemos juntos en la cama y —apretados o no— para mí sería una buena noche.

Besos,
John

[Principios de 1978]

Querido____:

Mary ha estado enferma desde que volvió y he tenido que hacer yo la compra y la comida. Mis habilidades en ambas cosas podrían interesarte cuando vivamos juntos. Anoche serví unas patatas cocidas medio crudas, unos guisantes parcialmente descongelados y unas chuletas de cordero quemadas. La cocina acabó tan llena de humo que incluso los perros pidieron, tosiendo y con los ojos enrojecidos, que les dejara salir. Me comí las chuletas directamente de la parrilla. Te quiero demasiado para servirte unos espagueti a las cinco de la mañana. ¡Oh, Dios es testigo de lo mucho que te quiero, te deseo y te necesito!

Besos,
John

Mi padre escribió un guión original para la Televisión Pública, que se tituló *The Shady Hill Kidnapping*. Hope tiene un hermano llamado David.

Cedar Lane

15 de abril de 1978

Cariño:

No estoy allí porque lo único que hacíamos era asistir a cócteles y besarnos bajo las farolas y ahora estoy trabajando en el programa de la WNET en el que interpretarás todos los papeles principales. En realidad quiero escribir un programa sorprendente dentro de los límites de la televisión tradicional y también quiero trabajar contigo. No te conozco. Pienso mucho en ti, pero de niño también pensaba mucho en la chica del anuncio de cigarrillos Murad. Quiero decir que me producía un cosquilleo en la polla pero nunca llegué a saber cómo era. Se supone que los de la WNET tendrán un director dentro de diez días.

Lo único que sé de ti es que se te caen los cubiertos al suelo en los restaurantes y que no eres muy buena guardando secretos y que, si te pido que no le digas a David que me van a conceder un doctorado honorario por Harvard, se lo dirás de todos modos. El presidente, los miembros y los directores de las juntas de gobierno me han pedido que no se lo diga a nadie. No obstante, ahora que te lo he dicho, espero que cuando nos veamos en mayo me trates con el debido respeto. Dime cuando vas a volver para tener tiempo de ensayar mi digno comportamiento.

Besos,
John
John Cheever DLL

Cedar Lane
Jueves [mayo de 1978]

Querido ____:

Estoy triste, cachondo, solo, deprimido y sin afeitado y debe de ser porque fumo demasiado. Es el inicio del año y he cavado el jardín, rastrillado el bosque y esta tarde colocaré la rocalla, pero me siento fatal. Al caer la noche me pondré mi único traje e iré en coche a Caldors, en Bedford Hills, donde me exhibirán como un batidor de huevos en algún lugar entre el estanco y la tienda de utensilios de cocina. Aparecerán veinticinco librerías con bolsas de la compra llenas de ediciones descatalogadas y cuando haya terminado de firmarlas esa gente muy, muy, muy solitaria que tenía la esperanza de ver a un hombre tan solitario como ellos tendrá que irse a casa. Ojalá estuvieses por aquí. Pensé que ibas a pasar el verano en_____, pero ahora vete a saber dónde estarás.

Es la época de los premios y cuantos más me conceden más se enfada Mary. Lleva semanas sin hablarme. Saul Bellow me dice que las ambiciones literarias de las mujeres son ínfimas y que su cuarta mujer es una matemática rumana que apenas sabe leer. Parecen bastante felices. Yo no

lo soy. Hago planes para pasar fuera una semana al mes, pero en mayo voy a estar muy ocupado y en junio me van a conceder un Gran Premio del que no puedo hablar, aunque lo haría si estuvieses aquí, si yo estuviera allí, o si los dos estuviésemos juntos en otra parte.

Besos,
John

6 de junio de 1978

Querida Hope:

Probablemente te llamaré, ayer vi a Paul Bogart y parece interesado en dirigir el programa de televisión que escribí para ti. No acabo de entenderle. Quisiera saber tu opinión. Mike Nichols está ocupado con el programa de Filadelfia. Bogart da la impresión de ser muy profesional pero lleva grandes gafas de sol y no tiene precisamente mucho empuje. ¿Porqué no me llamas o me escribes? Mañana voy a Boston a jugar a las cartas con Ephriam Katchalski-Katzir y el presidente de Botswana, pero volveré a casa el fin de semana.

Besos,
John

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
18 de junio de 1978

Querida Tanya:

... A Solzhenitsyn le ha concedido un doctorado honorario la Universidad de Harvard. Pronunció un discurso sobre la pobreza espiritual de Occidente. Llevó dos trajes elegantísimos y le ardían las mejillas, tiene la mirada implacable de un profeta redencionista y, cuando le hablé de la generosidad de C., respondió que en realidad no era tan generoso. Ya lo sabía, claro, porque a mí también me concedieron un doctorado honorífico. Como mi nombre empieza por ce, desfilé justo detrás del gobernador de Massachusetts. Alexander iba en la retaguardia.

Besos,
John
John Cheever, doctor en letras

Dr. John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562

[Escribió lo de «Dr.» a pluma]

7 de julio de 1978

Querida Tanya:

No dejes de escribir a los Spear. Hace dos meses a Stella le diagnosticaron cáncer de garganta y se lo extirparon. Ahora habla con una especie de aparato, pero ha sido un golpe para ambos. Los dos poseen una extraordinaria fortaleza espiritual y han afrontado la enfermedad con valentía, y les gustaría tener noticias tuyas.

Por supuesto, me encantó saber lo feliz que eres, pintando, fumando hierba en los prados, bañándote en el mar y leyendo a Isherwood. Tu alma, por supuesto, no es internacional, como no lo es la de nadie que valga la pena. Esa gente que pulula alrededor del Lido y otros sitios parecidos demuestra que sin nostalgia pereceríamos. Desde que me han concedido el doctorado solo se me ocurren máximas como las que se leen en las lápidas de las tumbas.

Besos,
John

Día de la Bastilla [1978]

Querida Hope:

La historia de mi lucha por ir a comer contigo continúa. En diciembre acepté escribir un guión original para la televisión pública, con la condición de que tú interpretarías todos los papeles principales. Es cierto que pasé el mes de enero en Rusia, pero poco después de que entregara el primer borrador subarrendaste tu piso y te marchaste. Luego empecé a planear un viaje a la costa para que pudiéramos almorzar juntos. Paul Bogart no era el director que tenía pensado, pero estaba allí. ¿Dirigirá *All in the Family* o trabajará conmigo en el guión? Ayer decidió hacer ambas cosas, volverá a *All in the* etc. a primeros de agosto, y trabajará conmigo el resto del mes. «Mañana parto hacia la costa», dije, y respondieron: «No será necesario porque Paul va a

reformular su apartamento e irá al este el miércoles, para que trabajéis juntos». Lo único que quería yo era comer contigo y voy a comer con Paul Bogart, que además no come mucho porque nunca se levanta antes de las once.

Me pregunto cómo estarán tus tomates. Los míos ya casi tienen forma y son de color verde brillante. Apenas les pongo tutores porque tengo la sensación de que son una enredadera, desordenada y caprichosa. Como yo.

Besos,
John

12 de agosto de 1978

Querida Hope:

Por alguna razón creo que estás en Aspen escuchando música de cuerda y en realidad no recuerdo tu aspecto. Apostaría a que cruzas las piernas cuando escuchas música de cuerda. Una vez me invitaron a ir a Aspen a hablarle a unos ejecutivos sobre los 100 Grandes Libros. Cuando reparé en que no los había leído, metí la invitación en una sobera y no les escribí hasta un año después. No me han vuelto a invitar. Claro que es posible que estés en Skyewiy con tus tomates. Mi cosecha es abundante, pero madura despacio porque el verano está siendo muy lluvioso. He recogido una docena.

El martes almorzaré con los de la televisión pública y la verdad es que no me son simpáticos. Quiero un buen director. A Bogart le gustaría hacer el programa pero está rodando otro episodio de *Archie Bunkers*. Nichols sigue indeciso y hay un tipo llamado Alda que está interesado. Te lo digo porque uno de mis motivos para escribir el guión fue tener ocasión de verte. Me siento terriblemente solo. No he firmado ningún contrato ni lo haré hasta que esté seguro de lo del director. Los tipos con los que voy a comer el martes están rodando *A Electra le sienta bien el luto*, que me parece la peor obra de teatro escrita en los dos mil años de historia del teatro, pero decirlo en la comida sería una estupidez por mi parte, ¿no crees?

Besos,
John

Mi hermana pidió un permiso en *Newsweek* en 1978 y se marchó a Francia donde escribió su primera novela *Looking for Work* (Simon and Schuster, 1979). Polly era la madrastra de mi madre. Mi madre pensó en ir a visitar a mi hermana. Los periódicos de la ciudad de Nueva York estaban en huelga.

Cedar Lane
24 de agosto de 1978

Querida Susie:

En primer lugar, Polly murió ayer. La quería mucho, claro, como puede que hicieras tú, pero no iré al funeral. Me obsequió con tal vez una docena de veranos que contribuyeron enormemente a ese optimismo que me permite ser feliz en un Fiat estropeado una tarde de enero en los suburbios de Leningrado. Sería piadoso decir que espero encontrarme con ella en una vida después de la muerte y aún lo sería más decir que ya la conocía cuando nos vimos por primera vez en New Haven, pero algo así parece haber sido cierto. Dios se apiade de su alma.

Tu madre está encantada ante la perspectiva de dormir en un colchón en Cannes y está haciendo Yoga para adelgazar. Como no tengo el *Times*, leo los periódicos locales. Ejemplo: mientras celebraba su graduación de la facultad de enfermería, _____ bebió media botella de vodka. Luego estrelló el coche al dar marcha atrás contra el escaparate de un restaurante, aceleró por una callejuela entre dos casas, saltó un murete de piedra, mató a una niña llamada Alexandra y acabó estrellando el coche contra un roble. Los padres de Alexandra declararon: «Nuestra niña está muerta. Somos episcopalianos. No presentaremos cargos». Ejemplo: Las chispas de una parrilla Hibachi causaron un incendio el jueves en la urbanización Lamplight y destruyeron doce apartamentos. Dieciocho apartamentos de la urbanización Shrade Manor han sido evacuados a causa de una plaga de murciélagos. Ochenta inquilinos de Scarborough Manor, que pagan mil dólares al mes por una habitación con contratos de cuatro meses, se manifestaron anoche para pedir que arreglen los ascensores y las paredes que están a punto de venirse abajo. Ejemplo: El supermercado A&P de Croton se convertirá en una clínica veterinaria regentada por dos médicos del hipódromo Yonkers. Los dueños de la tienda de al lado CHICKEN GALORE no están satisfechos con la garantía de que no tratarán pollitos en la clínica. Ejemplo: La presa de Carmel ha sido declarada insegura y veintiocho familias han sido evacuadas a la Armería de Kent Cliff.

Tuyo,
John

Mazie era un golden retriever.

Cedar Lane

31 de agosto

Querida Susie:

Se alza la cortina de la puerta de cristal esmerilado del Four Seasons. Mi tren ha llegado tarde y, como he tenido que correr desde Grand Central hasta la calle Cincuenta y dos, estoy casi sin aliento. Concluyo que me disgusta la ciudad porque me recuerda mi edad. En lo alto de las escaleras me saluda ruidosamente uno de los dueños húngaros. Voy a comer con Paul Gitlin y detecto una encerrona. Nos dan una mesa junto a la piscina, le estrecho la mano a Gitlin, meto los dedos en el agua y hago el signo de la cruz. El dueño me trae el libro de invitados para que lo firme y cuando Gitlin, que lo ha arreglado todo, finge sorprenderse de mi fama respondo en voz alta que no tiene nada de nuevo. Mi hija, le explico, es una importante editora de *Newsweek* y tiene un veinticinco por ciento de descuento en ese local. Añado que quedamos allí para tener nuestras discusiones familiares porque es mucho más barato que Côte Basque. Lo del veinticinco por ciento de descuento sume a todos los presentes en una depresión suicida. «Pero yo soy su abogado —dice Gitlin— y a mí solo me hacen el doce.» Tiene los ojos llenos de lágrimas. Muchas otras personas también. Llega el dueño y nos recomienda el lenguado de Dover que yo pido, Gitlin solloza mientras come unas gambas francesas fritas. Parece que las hayan encontrado en la carretera 138 a la salida de Cedar Rapids. Hemos quedado en calidad de escritor y posible agente, pero obviamente no va a funcionar. Le agradezco la invitación y subo a un taxi para ir a la Ochenta y nueve con Madison donde va a entrevistarme un ruso con motivo del 150 aniversario de León Tolstói. Tu madre y yo hemos lamentado no haber aceptado su invitación para ir a Moscú.

En estos tiempos nadie habla con los rusos y mi amigo me está esperando en el vestíbulo de un edificio de apartamentos que sufre de la terrible penumbra que introdujo Sarinen con el edificio Seagram. Son las 3 PM. Arriba su mujer, que no habla inglés, espera muy emperifollada y en la mesita hay pasteles suficientes para poner una pastelería. Como sabes, me encantan los rusos. Un perro ladra en alguna parte y les pido que lo suelten antes de empezar la entrevista. La señora abre la puerta a un fox-terrier que sale disparado hacia mi pantorrilla derecha y me muerde. Se produce un griterío en ruso, vuelven a encerrar al perro y el entrevistador me explica que está «celoso». Respondo a sus preguntas sobre Tolstói y luego anuncia su disposición a llevarme en coche a Grand Central. Me quejo. Será mucho más rápido coger un taxi. «Pero no lo entiende — dice con mucha amabilidad—. Me haría usted un favor. Apenas conduzco en Nueva York y necesito practicar.» Así que bajamos por Park Avenue a ciento veinte kilómetros por hora, cambiando bruscamente de un carril a otro, tocando la bocina sin parar y gritando a los maleducados conductores capitalistas. Nos saltamos un semáforo en rojo en la calle Cincuenta y tres, me apeo del coche sin despedirme y corro hasta Grand Central, donde el único asiento libre en el tren de las 3.50 está en medio de una gran familia de chinos cuyos miembros están todos

leyendo *La guerra de las galaxias* en edición en rústica. La historia más interesante del periódico local —el único que hay— es el hallazgo de una serpiente de un metro de largo, negra y con puntitos amarillos, en el aparcamiento del centro comercial de Arcadian Gardens. Cuando el dueño de la tienda de animales negó ser el propietario de la serpiente, la llevaron a la reserva de Teatown para exhibirla allí.

Ben y su familia vinieron a cenar anoche y fue muy agradable. La novia de Fred llega mañana. Luego irán a Tree Tops y atravesarán el continente pasando por Canadá. Mazie no puede decir *Tant pis* con claridad, pero planea destrozar la alfombra Brancusi el día que se vaya tu madre. No hay miel sin hiel.

Chin-chin,
John

El encuentro con Gingsberg citado abajo también lo describió en sus diarios.

Y está Allan Ginzburg pienso en M____ el negro y M____ G____. No es que me asombre la cantidad de papeles que interpretan, sino que dichos papeles dan la impresión de seguir una progresión ordenada o geométrica a la que parecen destinadas las metamorfosis entre opuestos. Se metió una mazorca de maíz por el culo ante una multitud en Warsaw. Se desnudó y se sacó la polla en una sala de conferencias de Princeton. Ahora es el hombre más inmaculado de la recepción. Su traje es espléndido, lleva la camisa recién planchada y su corbata es más llamativa que la mayoría de las corbatas. Se asfixia con el humo del cigarrillo que arde entre mis dedos. Burroughs, me explica, ha dejado de fumar. Ese chupapollas internacionalmente famoso ha apagado su último cigarrillo. Mary opina que tiene mucho talento. Creo que escribiré a Susie.

Cedar Lane
19 de octubre

Querida Susie:

Notas del mundillo literario: Doubleday va a publicar un nuevo libro de poemas de Andrei Voznesensky. El permiso para viajar aquí se retrasó hasta la semana pasada cuando gracias a las presiones del senador Kennedy Andrei se encontró en el avión a medio vestir. La lectura poética en Nueva York tuvo que improvisarse en tres días. Se reservó el auditorio del Hunter College, Allan Ginzburg aceptó leer las traducciones y yo acepté hacer la presentación. Ayer por la tarde aparecieron —una hora tarde— dos graduadas en un Toyota desvencijado. Salimos hacia la ciudad. En dos ocasiones, en una zona especialmente ventosa de la autopista Moshulu, la capota del coche tapó el parabrisas. En cualquier caso conseguimos llegar. Yo no había cenado y me comí unos canapés que encontré en el despacho del presidente Wexler, aunque el presidente me dijo que eran de la última recepción, los nuestros se servirían después de la lectura. Apareció

Andrei y nos abrazamos como hacen los rusos, y luego llegó Ginzburg a quien no reconocí. Lo encuentro fascinante. No es tanto la variedad de papeles que desempeña esa gente, como el hecho de que sus metamorfosis parezcan predecibles y ordenadas. Pienso en el marido de _____ aquel negro militante que al final quería cortarles las manos a los rebeldes portugueses. En Ginzburg no hay violencia, aunque la metamorfosis parece predecible hasta el último gemelo de Cartier.

Una de las últimas veces que lo vi estaba borracho, desaliñado y libidinoso. Anoche era el hombre más immaculado de la sala. Enjuague bucal, jabón Dial, betún en los zapatos, broche académico en la solapa y una corbata que llamaba la atención por su precio y discreción. Nos dimos la mano y charlamos. Ahora es profesor de budismo en el Jack Kerouac College en Boulder. William Burroughs acaba de completar su Magnum Opus. En Boulder todo es limpio y sereno. Fuimos dando un paseo hasta el auditorio y lo que más recordaré fue su gesto de angustia cuando encendí un cigarrillo. «Todos hemos dejado de fumar», suspiró. Hicimos la actuación. No sirvieron canapés. Solo galletitas saladas y queso. Me llené los bolsillos de galletitas y cogí el tren de las 10.20 a Croton.

Tuyo,
John

Cedar Lane
22 de octubre

Querida Susie:

Nuestras afectuosas y entusiastas felicitaciones por haber terminado tu novela. Todos estamos muy orgullosos. Creo que lo mejor que se puede hacer cuando se completa una obra de ficción es segar, aunque no creo que puedas hacerlo en Fayence sin dar ocasión a las habladurías. Yo siembro el césped, cuelgo postigos y corto árboles. También rezo —nada menos— pidiendo contrición y humildad y cuando las consigo —siempre en exceso— vuelvo a ponerme a segar. Creo que terminar una novela es un gran logro.

Tuyo,
John

Cedar Lane
Sábado

Querido ____:

La moraleja, amor mío, es que si hay algo oneroso en tu pasado, nunca hay que dejar de verlo con precaución. Es como si hubiese habido una crucial separación entre los prados y los riachuelos donde yo jugaba y el mundo de guantes blancos y zapatos de baile de mi madre. Es un mundo que parece imbuido de la autoridad de un verdugo. No pone en peligro recuerdos como beber café contigo con el culo al aire, más bien es como si los exterminara...

Besos,
John

El novio que tenía entonces Susan, que luego fue su marido y luego su exmarido, también había escrito un libro. Se llama Calvin Tomkins. Escribe para *The New Yorker* y ha escrito varios libros, entre ellos una biografía de Gerald y Sara Murphy, *Living Well Is the Best Revenge*. Joshua es el nombre de mi primer hijo y del primer nieto de mi padre.

Cedar Lane
27 de noviembre
Está nevando

Querida Susie:

Las novedades sobre vuestros dos libros son muy emocionantes y me gusta pensar que habrá cierta consternación en el campamento Updike. Los de Knopf le van a dar una fiesta en el St. Regis el día seis, y aunque su madre y David estarán en la recepción, David solo ha publicado dos (2) cuentos cortos. El sábado le regalé a Joshie un magnetófono por su cumpleaños y le he animado a grabar sus fantasías e invenciones más interesantes. Cuando te den una fiesta en el St. Regis tal vez podamos ir Joshie, tu madre, Ben, Fred y yo. No me extraña que los Updike estén nerviosos. (Una joven de Boston me ha contado que Fred lleva mucho tiempo estudiando el pasado para escribir novelas históricas; y estaba leyendo a Sabatini).

No recuerdo cuándo fue la última vez que te escribí, pero el recuerdo más vívido de mis viajes sigue siendo el programa TODAY en Boston. Allí fue donde Lauren Hutton dijo el año pasado que se había abierto paso hasta el éxito follando. Entonces era en directo. Ahora se graba una mañana de Boston. Nos metieron como borregos en la habitación verde para grabarlo a la una en punto, pero no rodaron nada hasta las dos. Puedes imaginar fácilmente la habitación verde de Boston. Por supuesto, estaba nevando. El aperitivo consistió en sidra y bollos muy dulces. Nunca comas un bollo muy dulce antes de salir en televisión. En un rincón de la sala había ocho niñas vestidas de mariposas. Dos estaban llorando. En el otro rincón había un grupo de cinco

empleados de gasolinera paralizados por el pánico escénico. «Es vuestra gran oportunidad —les decía el pianista—. Arriba esos ánimos, arriba esos ánimos.» Estaban sudando. En el centro de la habitación esperaba un hombre rodeado por la obra de toda una vida. Por supuesto, estaba nervioso. Había pasado sus días tallando pájaros de madera y tenía unos treinta en torno a él. Con él había otro hombre con un jersey sucio que estaba ensayando los trinos y los cantos de apareamiento que interpretaría en cuanto los cimbeles apareciesen en pantalla. A mi izquierda había un hombre muy pulcro trajeado comiendo una manzana y cuando le pregunté —con despreocupación— si iba a comerse una manzana en el espectáculo su respuesta fue colérica. «Soy el doctor H. B. Hirshbaum —dijo— y voy a hablar de la experiencia de la cesárea.» Luego me empujaron a un cuarto de estar falso, con una luz artificial cegadora y —ronco por el bollo azucarado— me presentaron como «El gran veterano de las letras norteamericanas». Por supuesto, los Updike son demasiado listos para ir a ese programa. Y ahora nosotros también. Hay que aprender de la experiencia.

Tuyo,
John

LOS CUENTOS

Al éxito de *Falconer* siguió la publicación en 1978 de *Los cuentos de John Cheever*, y el editor de mi padre ofreció una cena en su honor.

Cedar Lane
6 de diciembre [1978]

Querido ____:

... Anoche fue la cena de gala en el Lutece, me sentaron entre Lauren Bacall y Maria Tucci y estuve disfrutando de ese aroma a coño que tanto nos gusta a ambos; no obstante, cuando me levanté a mear entre el 7.º y el 8.º plato, pensé mucho en ti y en lo feliz que había sido comiendo aros de cebolla frita en el restaurante Admiral Woolsey. No me abrumó la tristeza, pero mis recuerdos fueron muy intensos. Mucho. Cuando me animé, conté una anécdota y luego la gente se cogió de la mano y entonó «Es un muchacho excelente» y Betty Bacall lloró. Todo el mundo se emborrachó y yo fumé un cigarrillo tras otro. Si esta mañana estuviese contigo tomando café con el culo al aire en alguna cocina te sorprendería descubrir lo enfadado que estoy de que hayan impreso ochenta mil ejemplares de la novela de cuarta fila de Updike, mientras que a mí solo me han impreso setenta mil. ¡Él sí que es un muchacho excelente!

Me gustaría mucho conocer a M. pero no creo que Hope quiera conocerte. Le conté que te amo profundamente —así se lo dije— y pareció triste, pero no sorprendida. Luego añadí que me encantaba desayunar contigo en el MacDonalds y eso la enfureció. Se puso hecha una furia. Me persiguió con tizones encendidos. ¿Qué significará?

Besos,
John

Lynn era Lynda, mi primera mujer. Mi madre se había comprado un abrigo de visón nuevo. Bathsheba era el golden retriever de mi hermana, pero cuando mi hermana fue a Francia, Bathsheba se quedó en casa de mis padres. Siempre que llevábamos a nuestras viejas mascotas desde el salón al dormitorio por la noche, mi padre les gritaba «Vamos, vamos, venid». Si no se movían, les dábamos empujones. Si eso no funcionaba, cargábamos con ellas hasta el piso de arriba.

Cedar Lane

6 de diciembre de 1978

Querida Susie:

La parte más emocionante de la cena de gala llegó cuando sirvieron el primer plato. Era una quiche en forma de pescado de hojaldre gigantesco y decorada con una fragata de hojaldre a toda vela. Tenía a Lauren Bacall a mi derecha y a Maria Tucci a mi izquierda y lo pasé muy bien. Ben y Lynn despertaron mucha admiración, me sentí muy orgulloso de ellos y tu madre estaba guapísima. Tiene un vestido de terciopelo nuevo. Es de color marrón púrpuro y el terciopelo ha sido elaborado por aristócratas francesas que pasan apuros económicos. Es muy elegante y majestuoso. Cuando me animé conté una anécdota y, aunque no era gran cosa, Ben reparó en que todo el mundo contenía el aliento y miraba al techo como si estuviesen escuchando al oráculo. Excepto tu madre, a quien se le caían todo el rato los cubiertos. Luego todos se pusieron en pie y cantaron «Es un muchacho excelente». Solo cantaron el primer verso. Un verso es todo lo que cantaron. 1.

Si fuese el escritor que tengo fama de ser, escribiría un cuento sobre una matrona de un barrio residencial que se despierta por la mañana y da unos golpecitos al barómetro. Luego comprueba los partes meteorológicos en la televisión, la radio y el *Times*. Las noticias la animan; a veces la deprimen. Está esperando esa perturbación que surge en el noreste y se conoce como «El viento del visón». El abrigo era precioso y ella era la única de nuestra mesa que llevaba uno. Walter Clemons también asistió y le conté lo de tu éxito. Pareció alegrarse mucho. Todos estamos muy contentos, aunque Bathseba no parece entenderlo del todo. De hecho, creo que no entiende gran cosa. Debemos hacernos cargo de sus limitaciones. Edgar está tan mal de la vista que, aunque insiste en que le lance pelotas de tenis, también insiste en que le preste mis gafas para ir a buscarlas. Cuando llega la hora de dormir, tu madre y yo tenemos que cargar con casi todos los animales para llevarlos arriba. ¡Vamos, vamos, venid!

Besos,
John

Está va dirigida a John Updike.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
2 de abril

Querido John:

Como eres el único corresponsal que tengo que me escribe en recortes de papel tengo que aclararte que este papel me lo regaló una señora que vive en nuestra misma calle y que se hartó de recibir cartas escritas en listas de la lavandería. Solo me regaló un paquete y pronto volveré al Woolco Linen Deluxe. Solo quería decirte que Mary y yo vamos a ir a Boston el día once para mi primera aparición en el almuerzo de Libros y Autores el día doce y, si tienes tiempo libre y estás en Boston, nos encantaría verte.

Tuyo,
John

Mi padre y John Updike eran miembros del jurado del comité de becas de lo que había llegado a ser la American Academy and Institute of Arts and Letters. La sede está entre Broadway y el río Hudson en la calle Ciento cincuenta y cinco. Cerca aunque no exactamente en el Bronx. John Updike escribió *Maple Stories*.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
11 de julio de 1979

Querido John:

Gracias por la beca Malamud que he enviado a todo el Bronx. Hay que proponer a Emmett Williams. Puede que sea un candidato que no tengamos que leer. Ayer recibí un correo invitándome a Notre Dame por el dominio y la capacidad de penetración de *Maple Stories*. Creo que no me conoces lo suficiente para saber lo vil que puedo llegar a ser, pero en este caso me mostré reservado y piadoso.

Tuyo,
John

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
3 de noviembre de 1979

Querida Tanya:

En el noreste de Estados Unidos hace una tarde fría, húmeda y nublada. Mary está investigando una propiedad cercana que un especulador italiano sin escrúpulos pretende recalificar como zona industrial. Mi amante está en Túnez interpretando a la mujer de Poncio Pilato en una horrible película para televisión sobre nuestro Señor Jesucristo. Lleva una sábana y dice: «Qué impulsivo eres. Siempre lamentas por la mañana lo que hiciste la noche anterior». Tengo otro amante en los Grandes Lagos. He pasado toda la semana recorriendo las montañas de Vermont en bicicleta y mañana iré a Texas donde leeré «La muerte de Justina» y «El nadador» en una universidad llamada Southern Methodist. Denise Levertov se ocupará de la poesía. Mary la considera muy distinguida y esta tarde pienso leer sus versos.

... Si Mary estuviese aquí te enviaría besos antes de sacar a pasear a los perros bajo la lluvia. Como no está te los mando de parte de los dos y yo sacaré los perros a pasear bajo la lluvia.

Tuyo,
John

Miércoles

Querido ____:

Esta mañana me desperté con la polla dura y húmeda y sigue húmeda después de hablar contigo, pero eso no es todo: también es charlar de la imposibilidad de escribir e impartir clase; y comer tan contentos un filete de Nueva York en un sitio llamado la Chimenea donde en el bar de ensaladas hay lechuga iceberg y garbanzos en escabeche; y reírnos y lanzarnos bolas de nieve; y oír como te quejas de mi tos de fumador y del tamaño de mi polla; y que me lleves en coche de vuelta a ____ viajando en el asiento de atrás entre la ropa sucia. He pensado un año entero que un amor así tenía que ser perverso, cruel e invertido, pero no encuentro ni rastro de eso en lo que siento por ti. Parece tan fácil y natural como pasarse una pelota un bonito día de octubre y si te aburres puedes lanzarme la pelota y andar por la hierba sin que te guarde rencor. Tanto tu corta como mi larga vida se me antojan aventuras singulares y agarrar tu bonito culo entre mis manos y notar tu polla contra la mía parece formar parte de ese sorprendente peregrinaje.

Quiero tus huevos suaves, quiero quitarte las gafas, quiero tu culo, tu risa y tu boca amorosa.

Besos,
John

Mi padre hizo un anuncio para Rolex y le dieron un reloj para él, uno para mi madre y uno para mi hermano. Estaba

ayudando a su joven amigo con su escritura.

Según mi Rolex de 6.000 dólares
es miércoles 17

Querido ____:

Acabo de hablar contigo de la labor que me gustaría hacer y que haré línea por línea. De nada sirve que te piropee por el talento que me pareció tan sorprendente en ____ hace mucho, mucho tiempo. Creo que se ha producido un notable aumento de la luminosidad de tu trabajo. Eres un joven inteligente y encantador, cosa que daba la impresión de molestar a _____. Mi intención es tentarte para que escribas un cuento y que lo publique Macgrath. Eso alegrará mucho a P. y a tus padres, te proporcionará dinero suficiente para cambiar la tapicería del Pontiac y te dejará en situación de negociar un adelanto con el editor.

Lo que no entiendo es que tú, que tanto sabes de respirar, escribas cinco páginas sin un solo punto y aparte. Incluso un no fumador acabará sin aliento antes de la primera página. Sacrificas la belleza a una innecesaria densidad, y lo sabes muy bien. En la página dos aparecen en escena hombres y mujeres y presentaste a los Derbyshire con mucho desánimo. Puesto que creo que el interés es el primer canon de la estética me parece un error hacer que la protagonista sea distraída antes de que conozcamos el tamaño de su busto. Pero ahí está la dificultad y en eso radica la contradicción. El desprecio con que tratas a tus personajes no es típico de ti. Levantas el telón para mostrar un paisaje deslumbrante, lleno de tu extraordinariamente aguda percepción del mundo, y luego apuntas que los personajes son un hatajo de cretinos. Nada más impropio de ti. La ficción se parece mucho al amor porque se pierde y se gana algo.

Besos,
John

Mi padre y mi madre fueron a Massachusetts a verme correr mi primer Maratón de Boston. No tenía el telegrama en la boca, pero es cierto que me encontró en la bañera.

—¿Terminaste el maratón? —preguntó.

Asentí.

—Y tú has ganado el premio Pulitzer —respondí.

Cedar Lane
Lunes

Querido ____:

Qué cuento tan hermoso has escrito; es casi lo único que quería decirte. Cualquier carta tuya me alegra, pero parece que hayas escrito la última con un erizo metido en el culo. ¿Por qué escribir un cuento tan bello para luego quejarse...?

Esta noche me gradúo en Smokenders. Interpretarán «Pompa & Circunstancia» en un magnetófono estropeado y me darán un diploma con el que te haré cosquillas en los huevos. Haber pasado tres semanas sin fumar me ha dejado, esta mañana, incapaz de deletrear «gato». Por lo general, me recupero al leer *The New York Times*, pero esta mañana estuve hecho polvo hasta el final cuando leí que Katherine Stark se había casado con Barney Softness convirtiéndose así en la señora de Barney Stark Softness.

Lo de Boston fue una serie de éxitos. Fuimos en un pequeño avión con unas hélices como cucharillas de cóctel. Volaba tan bajo que se podía leer el título de los libros que la gente leía en el jardín de su casa. Todos estaban leyendo los cuentos completos de Irwin Shaw. El Ritz de Boston es un exitazo y después de un éxito de cena Ben y yo fuimos a dar un paseo. Parecía una ciudad medieval la víspera de una peregrinación. La mayoría de los ocho mil corredores estaban calentando o flexionando las rodillas en las esquinas. Hacía 5 grados con una ligera llovizna, lo cual es un éxito para los corredores. Mi nieto y yo dimos un paseo en un bote y luego vimos una ceremonia en conmemoración de nuestra victoria contra los casacas rojas. En Fenway Park los Red Sox estaban dándole una paliza de muerte a Cleveland. Susie —otra triunfadora— y su perro premiado y su amante se presentaron a un éxito de comida y todos recorrimos Commonwealth Avenue para ver la carrera. Ben completó valientemente la carrera en menos de tres horas lo que se considera un éxito y cuando volví al hotel estaba sentado en la bañera con un telegrama entre los dientes del Comité del Premio Pulitzer. Luego bajamos —nueve Cheever— al comedor donde el cocinero había preparado un pastel del tamaño de una persona flambeado con coñac. Las probabilidades de que gane el concurso de pastelería de este año son 7 a 3.

Estoy deseando verte y volveré a llamarte.

Besos,
John

A pesar de todos los hombres de su vida, a pesar de Hope y a pesar de otros que no han aparecido en este libro, mi padre y mi madre siguieron siendo importantes el uno para el otro. Siempre había buen humor y vitalidad en la casa. Tom Glazer recuerda una vez que fue a visitar a mi padre y mi madre entró en la habitación. Estaba claro que estaba enfadada y pasó junto a su marido sin saludarle. Mi padre le dedicó una sonrisa exagerada y Tom recuerda que ella dijo: «Borra esa sonrisa artificial de tu cara», a lo que mi padre respondió: «Lo único artificial de esta sonrisa son los dientes». No estoy seguro, pero apostaría a que mi madre se rió.

El invierno pasado mi madre compró una cómoda nueva para su dormitorio y mi mujer, Janet, y yo heredamos la antigua. En los cajones encontramos un paquete de calzoncillos térmicos sin abrir, que casi seguro se compraron cuando mi padre estaba muriéndose de cáncer y siempre tenía frío. Me los quedé. También había unas cuantas corbatas, y un poema que mi padre había escrito a mano a mi madre. En 1980 ella publicó *The Need for Chocolate & Other Poems*. Para compensar las malas críticas, le compré una joya de oro y se la regalé con el poema de la página siguiente.

Janet y yo fuimos de luna de miel en mayo de 1982. Antes de irnos mi padre me preguntó si podía hablar con mi terapeuta mientras yo estaba fuera. Al volver del viaje fui a mi primera sesión y descubrí que no se había puesto en contacto con ella.

El 6 de junio me telefoneó al trabajo. Fue once días antes de morir, y más o menos una semana antes de que perdiera la voz. La conversación fue breve. En esa época se cansaba con facilidad. Me explicó que no había ido a ver a mi terapeuta. Dijo que la razón había sido «en parte que estaba ocupado y en parte que no veía motivos para no decirte a la cara lo que quería contarte». No había estado ocupado, sino enfermo, pero los dos fingimos creer sus motivos. «Lo que quería decirte —continuó— es que a tu padre le han chupado la polla unos cuantos personajes poco recomendables. He decidido decírtelo porque antes o después te ibas a enterar y prefiero que lo sepas por mí.»

«Ya lo imaginaba», respondí.

He recordado muchas veces aquella conversación. Llevo un diario y, aunque no siempre es fácil, de vez en cuando apunto en él cosas importantes. En cualquier caso, anoté esa última conversación y la he releído más de una vez en los últimos seis años. Aun así, he distorsionado lo que vi porque creía haberle dicho: «Si a ti no te importa, a mí tampoco». Acabo de volver a consultar el diario y no fui ni tan duro ni tan firme. Le perdoné, pero sobre todo me quedé atónito, y ahora recuerdo que respondí con un susurro: «No pasa nada, papá, si a ti te da igual».

El joven protegido se mudó a Nueva York y siguió siendo un factor en nuestra vida. Ahora que vivía cerca las cartas fueron espaciándose. Mary McNeill es la chica con quien llegaría a casarse mi hermano Fred, que estudiaba en Stanford, California. Tompkins es Calvin Tompkins, y estaba divorciándose de la mujer con quien estuvo casado antes de casarse con mi hermana. Janet es Janet Maslin, la mujer a quien está dedicado este libro.

JOHN CHEEVER
CEDAR LANE
DORING NEW YORK 10562

The need for chocolate is much greater
than the need for gold,
and I have hoped to find you
some of both,
while we have sought the ghost of love
together - and better yet,
found something more endearing
than either gold or chocolate

El chocolate es mucho más necesario
que necesario es el oro
y he tenido la esperanza de encontrarte
un poco de las dos cosas
hemos buscado juntos el espíritu del amor

y mejor aún
encontramos algo más duradero
que el oro o el chocolate.

3 de marzo de 1981

Querido Fred:

Antes de recibir tu espléndida carta te había escrito otra que no llegué a enviarte y en la que te decía lo mucho que me alegraba saber que tienes una relación tan bonita con Mary (a quien Susie ha descrito como inteligente, cariñosa, encantadora y maravillosa). La noticia de que estéis enamorados me hace muy feliz... La distancia geográfica no es un obstáculo porque mi afecto es muy exigente y no se desanima por el hecho de que nos separe un continente. Lo entendería si te fueses a China con Mary. Siempre hemos tenido libertad para enviarnos a la mierda el uno al otro. Me habría gustado saber tu opinión ayer cuando leí un texto de Sartre sobre la naturaleza no ética de la historia en el que afirma que la historia de su país es una fábula moral tradicional que empieza con los escritos de los federalistas. Nunca he leído los escritos de los federalistas.

En respuesta a la parte más seria de tu carta, los perros no duermen en el sofá porque cuando salimos por la noche quitamos todos los cojines. Los gatos duermen donde les da la gana y dejan bolas de pelo por todas partes. Janet va a correr el Maratón de Maryland. Ben tiene su apariencia «flaca», ya me entiendes, y parece, en el buen sentido, un completo extraño. Joshie parece estar bien y todos vinieron a cenar el jueves. El gato de pelo largo es muy caprichoso aunque no sé si debo decirlo. Nunca he visto tan contenta a tu madre.

Todos te estamos muy agradecidos por tu amable carta.

Tuyo,
John

Philip Schultz era un amigo de mi padre de Yaddo. Phil venía a menudo a Ossining y hacía excursiones en bicicleta con mi padre. También visitaba a la familia en Navidad, Semana Santa y el Día de Acción de Gracias. Poeta de talento, Phil siempre había querido escribir ficción. En la época en que se escribió esta carta estaba terminando una novela.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
9 de marzo de 1981

Querido Phil:

El único consejo que puedo darle a un joven novelista es que se folle a una buena agente. Que se la folle y, si ella insiste, que se case con ella. Es el único modo de salir adelante. William Faulkner, James Gould Couzzens e incluso Gay Talese se follaron a sus agentes. Soy viejo y estoy cerca del final del camino y, si un joven de talento viniese a verme en mi lecho de muerte y me pidiera consejo, le susurraría: «Fóllate a una buena agente».

Los poemas me han parecido espléndidos, ya lo hablaremos cuando vengas a vernos. Ahora estoy yendo al hospital tres veces por semana para tratarme el hombro derecho, pero en cuanto empiecen a alargar los días, espero volver a la bicicleta y espero que vengas conmigo.

Tuyo,
John

La carta siguiente está dirigida a John Updike. Mi padre y él compartían responsabilidades en el comité de becas de The American Academy and Institute of Arts and Letters.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
9 de abril de 1981

Querido John:

Cuando leí las breves líneas tuyas que citaban ayer en el TIMES pensé: ¡Qué voz tan espléndida! ¡Qué contribución tan inestimable a la civilización occidental! Lo cual no significa que te haya perdonado que hayas cedido tu puesto a Hortense Calisher.

Tuyo,
John

Mi madre voló a California para asistir a la graduación de Fred en Stanford con un máster en historia. La señora Maslin es Lucille Maslin, mi suegra. Vino a comer y nadie la mordió.

6 de junio [1981]

Querido Fred:

Recuerdo que al hablar con Mary de tus escasas virtudes y atributos coincidimos en que tenías ciertas dotes de socorrista. Al fin y al cabo una vez me sacaste de debajo de un tronco de haya caído. Anoche desde luego parecías un miembro del Ejército de Salvación. Evidentemente tu madre se moría de ganas de que te graduaras. Y yo me habría muerto al menor esfuerzo. Lo resolviste con la decisión de Bucky Dent eliminando a dos jugadores en la undécima carrera justo cuando empezaba a llover y la hierba empezaba a ponerse resbaladiza. Anoche me acordé de ti cuando el médico —un sustituto inseguro— sacó el material de circuncisión del bolsillo de la gabardina. Describiré lo que hizo como «cirugía facial» pero me sentí como un lirio con los estambres en una batidora. Se pasó el rato diciendo que era una cosa trivial, pero esta mañana apenas puedo andar y estoy tan destemplado y malhumorado que temo morderle el cuello a la señora Maslin cuando venga a comer. Permanece a la escucha.

Tuyo,
John

Esta va dirigida a John Updike.

Sr. John Cheever. Cedar Lane. Ossining, Nueva York, 10562

27 de junio de 1981

Querido John:

Nos encanta saber que pronto te veremos por aquí y desde que recibimos tu carta no hemos hecho más que discutir las fechas y las horas del día que más resaltarían la belleza de Mary y mi buena salud. Los dos pensamos que el martes siete de julio sería perfecto, pero no logramos ponernos de acuerdo sobre si es mejor comer o cenar. Mary está espléndida a la luz de las velas, pero yo parezco más lozano en pleno día. Dejaremos que escojas tú la hora, aunque en cualquier caso será un placer para los dos.

Tuyo,
John

Roger Willson era un miembro del Club de los Viernes. El doctor Schulman era el urólogo de mi padre. Sara Spencer era una vecina y amiga.

Sr. John Cheever. Cedar Lane. Ossining, Nueva York, 10562

22 de julio de 1981

Querido Arthur:

Tus cartas siempre son bienvenidas y me alegró recibir tu informe sobre si fue antes el huevo o la gallina. Ayer por la mañana salí del hospital y me siento literalmente como alguien que ha vuelto de entre los muertos. De hecho, según el doctor Schulman, es precisamente lo que soy. Roger ha sido muy considerado, pero sospecho que espera ganarme grandes sumas al backgammon. Me niego en redondo a jugar. La primera lectura del guión de TV será el día tres y empezarán a rodar el diez, por si te apetece interpretar un papel. Podrías actuar ante ese viejo bostoniano, Tammy Grimes.

Tuyo,
John

Este papel me lo regaló Sara Spencer y puede comerse con azúcar y leche caliente.

Fred se había llevado una decepción en una entrevista para un trabajo de verano. Hamlet era el hermano del padre de mi padre. Se supone que emigró a California cuando el Oeste aún era joven. Todos lo apreciaban, y mi padre contaba que escribía con regularidad pidiendo dinero para comprar un pasaje de vuelta, se lo enviaban, y luego volvía a escribir pidiendo más. Por fin regresó al este. Mazie era un golden retriever que había pertenecido a mi hermana, pero que habían adoptado mis padres cuando ella y Rob Cowley se fueron a vivir a Inglaterra en 1969. Mi padre había padecido una serie de molestias y enfermedades aparentemente sin importancia. La primavera de 1981 le extirparon un riñón. Tenía un tumor, pero me aseguraron que era benigno y que era imposible que se reprodujese. No lo era. Ginger Reiman es una vecina. Ella y su marido, Don Reiman, el arquitecto, han sido nuestros amigos desde que la familia se mudó de Manhattan.

24 de julio de 1981

Querido Fred:

A estas alturas estoy seguro de que ya tendrás trabajo y sería ridículo escribirte una carta animándote pues nunca he buscado trabajo y tengo fama internacional de ser deprimente. Mis impresiones respecto a tu trabajo son una simple repetición de lo que me dijeron de niño de los californianos. Que son incapaces de reconocer el carácter o la inteligencia. Por eso emigraban a California. Si hubiesen tenido alguna habilidad se habrían quedado en Boston y Newburyport. Cuando tengan la suerte de contratarte será porque habrán conservado algunos de sus méritos del este. Ni siquiera el tío Hamlet tuvo éxito en California. No hace falta decir más.

Mazie y yo nos peleamos por las mañanas, pero por lo demás todo transcurre de forma armoniosa. Han puesto fundas azules en el salón y esta mañana vino un tipo a llevarse la mesa de mármol y cortarla en dos. La idea ha sido de Ginger Reiman, que ha estudiado decoración de interiores, pero lo cierto es que a tu madre nunca le había gustado la larga mesa de piedra. El valle del Hudson está sumido en plena migraña estival. Todo lo cultivable se halla en estado latente o agonizante y por la noche se oye el avance de las zarzas y las malas hierbas espinosas. Las cigarras aún no han empezado a cantar, pero es solo cuestión de horas. Todavía me siento muy débil tras la extirpación del riñón y la pérdida me ha puesto sentimental. A veces lloro cuando Edgar me trae una pelota de tenis. Las cosas tienen que mejorar por fuerza.

Tuyo,
John

Wells Fargo había contratado a un «cronista sesentón de la guerra de Corea» para el trabajo que había solicitado Fred. Tad es Calvin Tomkins. Los futuros suegros de Fred, los McNeil, habían grabado una cinta magnetofónica de la graduación de Stanford. Mi padre la escuchaba en un Walkman. Piccinino es un diminutivo de Picci, que era el apodo de Fred.

4 de agosto de 1981

Querido Fred:

Nos alegra saber que tienes un escritorio, a todos nos encantó recibir tu carta con la noticia de que Mary y tú estaréis aquí a finales de mes. Por supuesto, la Wells-Fargo demostró una gran sensatez al escoger a un cronista sesentón de la guerra de Corea para el puesto. En paro, habría sido una amenaza para la sociedad, y hay que pensar en el bien de la sociedad. Mary se fue el martes por la mañana a Tree Tops, esa, para mí, misteriosa provincia. Llamó anoche para decir que estaba sola y feliz en la Casa de Piedra. Susie y Tad piensan ir a verla este fin de semana...

_____ está aquí para levantarme cuando me caigo. Anteayer me llevó en bicicleta y cree que podrá volver a hacerlo hoy, pero no sabe hasta qué punto se equivoca.

Ben vino a cenar anoche y se está entrenando para esa absurda competición de nadar, correr e ir en bicicleta del domingo. La querida Janet lo llevará en coche hasta la línea de salida en algún lugar de la bárbara Rhode Island. Las cigarras han empezado a cantar. A un tipo llamado Amerigo, que nos estaba ayudando a combatir las zarzas y otras malas hierbas, le atacaron las avispas el jueves pasado y no creo que vuelva. Eso significa que cuando Mary y tú lleguéis, la casa tal vez tenga un aspecto un tanto abandonado, aunque es posible que otro tanto nos ocurra a Edgar y a mí. Los padres de Mary tuvieron la amabilidad de enviar una cinta magnetofónica y

cuando tu madre exclama «Piccininno» lloro copiosamente. Los perros creen que los auriculares me hacen daño y vienen a verme y se ponen a ladrar. Besos a Mary.

Tuyo,
John

SR. JOHN CHEEVER. CEDAR LANE. OSSINING. NUEVA YORK 10562

24 de agosto de 1981

Querido John:

Podría escribirte acerca de la belleza de Mary o de mi salud, pero anoche terminé *Conejo es rico* y debo decir que la considero la novela norteamericana más importante que he leído en muchos años.

Agradecido,
John

SR. JOHN CHEEVER. CEDAR LANE. OSSINING. NUEVA YORK 10562

1 de septiembre de 1981

Querido John:

... Mary considera la maestría de *Conejo es rico* tan importante y sorprendente como yo. De vez en cuando dejaba las galeradas para ir a regar el jardín y yo le gritaba que cualquiera que dejase un libro así para ir a regar las flores tenía que ser idiota; pero a pesar de esa idiocia lo ha terminado entusiasmada y está de acuerdo conmigo en lo que se refiere a su fuerza y su belleza.

Tuyo,
John

Casi cuarenta años antes, mi padre había enviado una serie de cartas a John y Harriet Weaver hablándoles de las maravillas del follaje otoñal en el noreste tratando medio en broma de convencer a la pareja para que dejaran California y se mudasen cerca de los Cheever. Cuando mi hermano Fred empezó a echar raíces en la Costa Oeste, mi padre intentó poner en práctica el mismo truco con Mary, la futura mujer de Fred. Los resultados fueron parecidos. Los Weaver siguen viviendo en California.

Mi hermano acaba de mudarse a Denver, pero en el este tenemos la sensación de que en cuanto empiece a hacer frío volverá corriendo al Pacífico. Aún conserva las flores que le envió mi padre.

10 de septiembre

Querido Fred:

Las hojas de zumaque son las primeras de los cientos de ejemplares que pienso enviaros para familiarizar a Mary con los esplendores del noreste que desconocen en California. Ayer vi un arce escarlata al volver de Nueva York, pero había mucho tráfico y no creí seguro pararme a hacer una guirnalda. Estuve con Susie y Tad en la ciudad para la proyección y el resultado es mejor de lo que esperaba. Hay muchos cortes publicitarios, pero la música es comercial y el grafismo bastante bueno, así que creo que debería ser un éxito. Creo que nunca se ha hecho nada parecido en la televisión norteamericana. En la WNET parecen muy emocionados. Anoche llamó tu hermano para decir que Janet y él están felices en un motel de Bar Harbour. Me contó que le había alegrado mucho ver lo unidos que estáis Mary y tú. Creo que estaría dispuesto a cruzar todo el continente para asistir a la boda y que Janet le acompañaría si la dejasen los del TIMES.

He escrito al congresista Ottinger para felicitarle por su pesimismo, pero señalé que había sido uno de los primeros en abandonar a Carter. Dije que parecía haber algunos imponderables en el gobierno popular que Carter no lograba dominar y por eso no había podido poner en práctica su inteligente y minucioso programa. Estoy escribiendo un artículo para una revista llamada DIAL, contando lo maravilloso que es mi guión... Mary, Mazie y Edgar os envían besos a los dos.

Vuestro,
John

Mi hermana y mi futura esposa habían discutido. Lily era un gato.

20 de septiembre de 1981

Querido Fred:

Esperamos hablar contigo por teléfono antes de que llegue esta carta, pero por si acaso queríamos decirte que Tad va a casarse con Susie el jueves por la tarde delante de la chimenea de casa. Los únicos invitados serán Spencer, Ben y la hija de Tad. Susie le ha pedido a tu madre que haga un pastel. He comprado unas flores en Swansons y encargaré champán en Pleasantville.

Después de la ceremonia Susie y Tad irán a un pequeño y caro hotelito en Purdy. Bathseba se quedará con nosotros uno o dos días.

Paseando ayer por la presa con Roger solo encontré estas hojas de colores, pero tal vez cierta retórica colorida sirva para mantener viva la llama de las glorias del otoño del noreste en la imaginación de Mary. Después de la boda cogeré la bicicleta e intentaré encontrar algo mejor. Los planes de boda nos tienen a todos ocupados. Por ejemplo, habrá que encerrar en el desván a Lily-Butt. No le preguntaremos a Janet Maslin. El juez de paz local anudará el vínculo. Yo tocaré la campana en el jardín de atrás.

Tuyo,
John

23 de septiembre

Querido Fred:

Las hojas van cayendo poco a poco, pero sigo atento para iluminar a Mary sobre las glorias del Este. Cuando eras niño en Italia me desconcertó mucho saber que la mayoría de la población italiana no había presenciado nunca la belleza del follaje otoñal en Vermont y New Hampshire. En los Abruzos hay bosques de álamos y chopos que amarillean en otoño y con eso se contentan. En mi opinión, así se explica en parte la inestabilidad de sus gobiernos. Un pueblo que no ha visto el follaje otoñal tiene que ser decadente por fuerza. El hecho de que California no lo tenga podría explicar que hayan elegido a Reagan como gobernador.

Tu madre ha ido a New Hampshire a supervisar la instalación de la chimenea de una estufa en la Casa de Piedra. Hace mucho frío, llueve y sopla el viento y dice que estaría perdida sin Mazie, aunque Mazie no puede subir las escaleras y se pone a ladrar cada vez que tu madre va al piso de arriba. Eso significa que Mary no podrá darse un baño hasta que ella vuelva el fin de semana. Yo estoy con Edgar, que se encuentra estupendamente. Ben vino a cenar anoche y Edgar y yo cocinamos. Llovía y hacía demasiado frío para cenar en el porche y tuve que agasajar a Ben en el comedor. Parece estar bien. El tiempo parece el de los primeros días del invierno. El horno está encendido y el radiador del comedor hace clac, clac. El cielo se nubla y se despeja, las hojas vuelan arrastradas por el viento y esta tarde empezaré a colgar los postigos. Es una pena que te estés perdiendo todo esto.

Tuyo,
John

El pastel, el champán y las flores eran para la boda de mi hermana. La escopeta era de calibre 20. Me la habían regalado por mi decimotercer cumpleaños y la utilizábamos a veces para tirar al plato. También disparábamos a las ratas que le quitaban la comida a los patos, y a las serpientes. Para mi padre, todas las serpientes eran venenosas. El recuerdo más vívido que tengo de la escopeta es bastante inquietante. Pensaba que mis padres estaban fuera y me presenté en casa de noche y sin avisar. Estaba en el comedor cuando mi padre apareció en lo alto de la escalera. Iba con el culo al aire y llevaba la escopeta en la mano. No creo que estuviera cargada. Me invitó a quedarme a tomar una copa, pero decliné.

30 de septiembre de 1981

Querido Fred:

... Tu madre ha cocinado un pastel y se le ha agrietado, pero le he dicho que recuerde la Campana de la Libertad y la Venus de Milo. El champán bueno cuesta 19 dólares la botella, y he comprado seis. Hemos apartado la mesita del café para que el juez de paz pueda celebrar la ceremonia delante de la chimenea. Tad sugirió que no sería mala idea disparar una escopeta, pero si saco la vieja calibre 16 podrían detenerme por posesión de armas de fuego sin licencia. Tu madre ha arreglado muy bien las flores en todas las habitaciones y creo que nunca había visto a Susie tan feliz.

Stanford ha enviado una invitación diciendo que no hay razón por la que tengas que ser tú el único Cheever que disfrute de «los encantos del soleado Palo Alto» y de «los placeres del estilo de vida californiano». Es muy generoso por su parte, pero como el libro se publicará en abril, creo que me quedaré y os enviaré a Mary y a ti ejemplos de flores silvestres primaverales que no encontrará en aquella parte del mundo.

Tuyo,
John

Thomas Watson, el bisabuelo de Fred, ayudó a Alexander Graham Bell a inventar el teléfono.

10 de octubre de 1981

Querido Fred:

Fue una alegría recibir tu carta. Sin ánimo de menospreciar el talento de tu bisabuelo, creo que la correspondencia es más inspiradora que una llamada de teléfono. Lo mismo ocurre con la televisión, pero el miércoles iré con John Updike a grabar el programa de Dick Cavett que se emitirá unos días después. Tanto tú como David Updike podréis ver a vuestros amados padres en

la pantalla. Me he recuperado lo suficiente para dar la vuelta a la manzana en bicicleta e intento hacerlo a diario. Pienso sobre todo en Mary y el follaje otoñal. Estos días está en pleno esplendor. He intentado fotografiarlo con la polaroid que compré para la boda de Susie, pero una de las glorias del follaje otoñal es que no puede captarse en una fotografía. En mi opinión, tampoco puede describirse. Es, como todo en este mundo, más radiante cuando se disfruta en buena compañía. Por ejemplo, estoy a punto de ir paseando hasta la presa con Roger y los colores serán aún más espléndidos. Pero es —querida Mary— como el fenómeno del fuego, solo que se trata de un fuego a cámara lenta y pueden observarse todos sus matices y cambios. Por supuesto, lo verás el año que viene.

... La semana pasada le di a Ben las galeradas de mi nuevo libro para preguntarle si quería una dedicatoria. Aceptó como hiciste tú con *Falconer*. Creo que *Falconer* es mejor, pero en ambos casos me habría gustado que fuesen más inspiradores. Seguiré perseverando.

Tuyo,
John

Esse lee, la viuda de Alwyn Lee, que escribió el artículo de portada de *Time* sobre mi padre en 1964, le había tejido una corbata. La revista en cuya portada apareció la corbata fue *Dial*. La foto del autor con la corbata se incluye en este libro.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
31 de octubre de 1981

Queridísima Esse:

Por aquí todo el mundo habla de la corbata. La semana pasada estuve en el programa de Dick Cavett y me puse la n.º 1 de Esse. Dick nunca había visto una corbata tan bonita y voluminosa y miró tristemente las rayas de la suya. La corbata podrá verse en el programa de Cavett el día diez de noviembre y si no en un programa de la BBC donde me preguntan lo que opino de John Updike. No me puse chaleco, así que la corbata puede verse en todo su esplendor. Unos días más tarde, me llamó Richard Avedon para preguntar si podía fotografiarme para la portada de una revista. Me puse la n.º 1 de Esse. Ayer llamó para decir que las fotos son preciosas, sobre todo la corbata. La portada se publicará a finales del diciembre y te enviaré un ejemplar. Anoche asistí a una proyección privada de un programa de televisión para el que escribí el guión. Mientras me bañaba y me vestía me sentí muy deprimido, pero al atardecer el cartero entregó la n.º 2 de Esse

y cambió mi punto de vista y tal vez mi vida. Me puse mi mejor traje oscuro, una camisa blanca de seda de Gucci, zapatos negros y me anudé la corbata nueva con la cinta roja unos cuatro centímetros por debajo del nudo. La proyección fue un éxito, pero la corbata causó sensación. No solo las mujeres y algunos hombres quisieron tocarla para apreciar su textura sino que tuve que quitármela tres veces para que pudiesen admirar su factura. Oí una conversación en el bar entre dos desconocidos. «¿Quién es Cheever?», preguntó uno y el otro respondió: «El que lleva esa corbata tan bonita».

Besos,
John

John y Mary Updike se habían divorciado, y él se había casado con Martha. John había preguntado varias cosas sobre Ossining.

Cedar Lane
18 de noviembre

Querido John:

Cuando pedí a los de Knopf que te enviaran las galeradas de *¡Oh, esto parece el paraíso!* quise incluir una carta diciendo que el libro no me parecía gran cosa y que no quería saber tu opinión hasta que hubiese escrito otro mejor. Tu magnanimidad es abrumadora. Esa irascible antipatía que distingue a los verdaderamente grandes parece ser un atributo que no te has molestado en cultivar. Por supuesto, Martha no puede ayudarte a ser menos generoso, pero seguro que en el pueblo habrá algún cascarrabias que pueda enseñarte. No hay sitio para tanta generosidad en un hombre de tu talla.

Vi el programa de televisión a solas en la cocina. Mary y los perros se habían acostado. Me pareciste muy elegante. Yo era exactamente igual que mi tío James. Siempre bizqueaba y dudaba al hablar como si estuviese a punto de soltar una ventosidad intestinal. Parecía una víbora a punto de peerse.

Hay un instituto de bachillerato Ossining y una playa en Croton Point y me encantará informarte sobre ambos. Son predominantemente negros.

Tuyo,
John

EL CÁNCER

Hacia unos años que mi padre no gozaba de buena salud, pero sus achaques no parecían tener mayor importancia, y los médicos me habían asegurado que así era. Había dejado de beber y de fumar, y resultaba difícil creer que pudiera ocurrirle nada malo. El jueves 3 de diciembre de 1981, a eso de las 2 PM, el médico de mi padre telefoneó para decirme que las misteriosas enfermedades que le habían estado aquejando eran en realidad un cáncer avanzado, «extrañamente agresivo para un hombre de su edad». El médico me contó que el cáncer se había extendido a una de las piernas de mi padre y que parecía una ilustración «de libro» de un cáncer de hueso. Según sus cálculos, le quedaban unos seis meses de vida. Esa noche, Janet, mi madre y yo íbamos a ir a una obra de teatro en Nueva York. Papá había pagado las entradas. Fuimos. Fred y Mary iban a casarse en California. Toda la familia tenía pensado asistir.

23 de enero (creo) [1982]

Querido Fred:

... Mi primera aparición en televisión consiguió una gran audiencia en todo el país, el mayor índice de audiencia fue en San Francisco, así que supongo que Mary y tú habéis debido de llamar a algunas puertas y animado a la gente a ver el programa. Has sido muy buen hijo. Ben ha reservado billetes para los siete en el vuelo de mediodía de United Airlines desde Kennedy hasta Los Ángeles. El regreso será a mediodía del domingo. Ya lo hablaremos por teléfono. Le hemos prohibido a Iole que lleve demasiadas verduras.

El frío y las nevadas empiezan a ser continuas. Creo que hace semanas que el termómetro no sube de seis grados. La nieve sería estupenda para esquiar. Mi salud sigue más o menos igual y el domingo iré a ver al médico y le preguntaré si la mejoría es siempre tan lenta. Llevo casi un mes con la quimioterapia. Cada vez que me siento un poco mejor, me pongo a dar cabriolas un minuto en la hierba y luego me desmayo. Creo que tendré que guardar cama hasta que lleguen las flores.

El amor de tu madre, su amabilidad y su ayuda han sido indescriptibles. No solo carga conmigo hasta arriba, sino que Mazie está tan débil y quejosa que después de subirme a mí tiene que volver a empezar con ella.

Besos,
John

Esta va dirigida a Bill Maxwell.

John Cheever
Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
31 de enero de 1982

Querido Bill:

He estado enfermo y quería ser yo quien te lo dijera, recuerdo muy bien tu amabilidad todos estos años. No estoy para flores ni visitas, pero me dedico a distribuir ejemplares de *Los cuentos* entre los médicos. Al final, parece ser lo mejor que he escrito —incluso Honora Wapshot ha caído en el olvido— y quería darte las gracias por tu ayuda.

Tuyo,
John

Una de las grandes decepciones que le causó la enfermedad fue perderse la boda de Fred. Había estado un tiempo en Sloan-Kettering, en Nueva York, pero hacia el final lo trataron en un hospital de Mount Kisco.

7 de febrero de 1982

Queridos Fred y Mary:

Heme aquí dos días después de la ordalía de Mount Kisco. Aún peso cincuenta y cinco kilos y apenas puedo escribir a máquina. Sería muy fácil escribir una carta desgarradora sobre lo mal que me siento por haberme perdido la boda, pero ya lo sabéis y también lo mucho que os quiero. Por hablar de cosas más frívolas, ahora tengo un médico joven llamado Schneider que ha visto unas fotos mías a caballo y alguna de la casa y cree que vivimos en una lujosa mansión en un enorme rancho de caballos. Nos asusta que pase a visitarnos y me encuentre arrastrando el cubo de la basura por la cuesta mientras tu madre acarrea las verduras desde Shoprite. Quiero poner un cartel en lo alto de la colina que diga: «Los Cheever no viven aquí» o «Esta es la casa más pequeña de los Cheever».

Tanto Susie como Ben me han ayudado mucho con el dolor y la soledad de esta enfermedad, pero Janet y Ben creen que debería comprarme un Betamax y pasarme los días y las noches viendo películas antiguas como *El precio de la gloria*. No hago más que repetirles que no quiero ver *El precio de la gloria*, pero Ben me da palmaditas en la cabeza y dice: «Pero, papá, hasta que no lo tengas no sabrás lo maravilloso que es el Betamax». Iban a instalarme uno ayer, pero por

suerte les invitaron a una fiesta en Boston. Está claro que los aspectos más inseguros de la enfermedad pueden ser muy peligrosos.

Qué tonto resulta enviaros mi amor cuando parece llenar la habitación. Lo más sensato es imaginar algún día en que esté lo bastante bien para viajar, y luego ir a Palo Alto.

Besos,
John

Sr. John Cheever. Cedar Lane. Ossining, Nueva York, 10562

9 de marzo de 1982

Querido Fred:

Estoy sentado a la mesa del comedor, a punto de responder a veinte cartas en el elegante papel que Sara Spencer me regala por Navidad, pero quería decirte lo mucho que me alegra que estés considerando otra vez lo de matricularte en la facultad de derecho. La calidad de tu memoria y la aplicación de tu inteligencia a una de nuestras profesiones más decadentes producirá por fuerza una situación interesante. También tengo otra buena noticia: el platino parece haber empezado a reducir el tamaño de los tumores. Es la primera buena noticia que me dan desde noviembre. El lunes volveré al hospital a por más platino.

Besos,
John

21 de marzo de 1982

Querido Fred:

Siempre nos gusta recibir tus cartas y nos has enviado muchas. Ahora que paso tanto tiempo en el circuito de la cuña hospitalaria tengo dificultades para encontrar material. De vez en cuando algún personaje se cruza en mi camino. Al otro lado del pasillo había un anciano que le decía a todo el mundo: «¿Sabe?, mi mujer tiene la costumbre de regalarme audífonos. Esos puñeteros trastos cuestan unos cuatrocientos cincuenta dólares. Y ella me los compra, me los deja en el bolsillo y luego echa los pantalones a la lavadora. Es la tercera vez. Hace poco, en el motel de Palm Springs, la pillé metiendo mis pantalones en la lavadora con el audífono en el bolsillo. Ya van tres veces. No sé por qué lo hace».

La semana pasada todas las enfermeras eran guapas y amables. Aún no tengo los resultados de

las radiografías, pero el médico dijo que creía que podía ser un punto de inflexión. Espero poder pasarme sin el platino. No es doloroso y las náuseas no son peores que un mareo en barco, pero no me gusta que me inyecten tantos metales pesados en el cuerpo. El jueves a las dos me pusieron una dosis. Me tocó en suerte una enfermera inteligente que se aseguró de que la puerta estuviese cerrada a partir de las seis, así que pude vomitar en privado. A las cinco y media de la mañana me levanté e hice las maletas. A las siete, una enfermera me quitó todas las conexiones intravenosas y a las ocho en punto llegó Art Spear, alegre y radiante, para llevarme a casa.

La paciencia de tu madre con Mazie y conmigo sigue siendo inquebrantable. Mazie se dedica a soltar espantosos gañidos. Yo tengo mis propios sonidos. Anoche comí algo que me produjo unos retortijones horribles y pasé casi toda la noche sentado en el váter, destrozado por las evacuaciones. No obstante, me alegré mucho porque tuve la sensación de estar librándome de todos los productos químicos que me han suministrado los últimos tres meses. Hacia el amanecer volví a tener por fin la sensación de ser John Cheever. Hasta es posible que lo sea. Mañana iré al médico.

Besos,
John

Cedar Lane
Ossining, Nueva York, 10562
3 de abril

Querido Saul:

Sabiendo que estás en Chicago pensando generosamente en mí, seguro que sobrevivo; aunque sigo médicamente contra las cuerdas y recibo infusiones de metales pesados y heces del Adriático. La semana pasada me dijeron —no sé cómo no lo adiviné— que hay un médico milagroso en Bucarest que podría curarme el cáncer. Lo imagino regando los ciclámenes mientras administra enormes dosis de orina de caballo. A medida que alargan los días me siento mejor, y a este paso me habré recuperado en verano, cuando todas las plantas estén en flor.

Abrazos,
John

Mi madre había mandado construir un estudio para imprimir.

[Abril de 1982]

Querido Fred:

... La mañana de Pascua decidí que esto del cáncer me aburría y que iba a curarme, desde entonces me siento mucho mejor...

La nieve casi ha desaparecido y están instalando el suelo del estudio de tu madre. Debería estar terminado en otras dos semanas. Ahora que he tirado el cáncer por la ventana, tendré que volver a trabajar. A lo mejor tu madre me deja usar su imprenta.

Tuyo,
John

Fred estaba expresando sus dudas sobre graduarse en derecho. Había estado trabajando de bibliotecario.

17 de abril de 1982

Querido Fred:

Elegir una carrera basándose en tus simpatías por tus compañeros me parece una locura. La tradición de los gremios (y de las escuelas italianas) terminó en el siglo dieciséis cuando el reconocimiento del talento individual puso fin a la Edad Media. Buscar compañeros simpáticos es como buscar un gremio. Tienes tu propio y brillante destino y cuando desarrolles tu talento te encontrarás, con un poco de suerte, en compañía de hombres y mujeres con dotes parecidas. ¿Se te ocurre alguien que haya destacado en cualquier campo y que escogiera su profesión por la simpatía de sus colegas? No es un consejo paterno. El único consejo paterno que te he dado es que no comas los guisantes con el cuchillo.

Tengo prejuicios contra los bibliotecarios. En general esa profesión me ha parecido siempre la legitimación y financiación de un impulso de coleccionar calcetines viejos. Siempre he tenido la impresión de que son gente a quienes les gusta manejar calcetines viejos, oler calcetines viejos y clasificarlos por categorías. Pero ya sabes que tengo muchos prejuicios.

Desde que Susie anunció su embarazo, el crecimiento y la llegada de la pequeña Sarah han sido lo más natural del mundo y hoy van a llevar al bebé a casa. Tad está tan a favor de lo natural como Susie y los dos me parecen encantadores.

Ben y Janet acaban de marcharse a Boston a correr la maratón. Besos a Mary.

Tuyo,

John

25 de abril de 1982

Querido Saul:

Siempre que gano cualquier premio saco del cajón de la izquierda un ejemplar amarillento de tu precioso discurso de aceptación del premio Nobel y plagio alguna cosa. La última vez que lo hice el papel estaba a punto de desintegrarse y lo metí con cuidado entre dos cartones. Ahora he abierto todos los cajones y no lo encuentro. No negaré que me cuesta sentirme agradecido por haber perdido el discurso de aceptación del Nobel de Saul Bellow. Me queda otro día.

Me han quitado una medicina que consistía en inyectarme platino diluido y estoy encantado. Mi sostén ahora es una porquería destilada del Adriático. Cada inyección cuesta 250 dólares pero hace que me sienta mucho mejor y estoy seguro de que me habré recuperado en verano y tal vez podamos vernos.

Abrazos,
John

Esta va dirigida a Philip Roth. Su compañera era la actriz Claire Bloom.

Cedar Lane, Ossining
10 de mayo [1982]

Querido Phil:

Nos encantaría verte y estamos aquí la mayor parte del tiempo. Será muy emocionante conocer a Claire. Las noticias literarias son variadas. La novela de John Updike me parece de primera fila. Mi medalla no fue de oro, pero tampoco creo que mi novela sea tan buena. Me ha aquejado un molesto cáncer. Una vez por semana me llenan las venas con un producto napolitano para limpiar alfombras destilado del Adriático y estoy calvo como un huevo. De todos modos sigo coleando y haciendo rabiar a los gatos. Nos encantaría verte.

Tuyo,
John

Puede que sea una tontería, pero creo que mi padre tenía la capacidad de predecir el futuro. En *¡Oh, esto parece el paraíso!* Besty Logan llenó una botella de salsa Teriyaki con «suficiente veneno para matar a una familia» y volvió a dejarla en el estante del supermercado. Fue mucho antes del primer envenenamiento con Tylenol. No creo que el criminal hubiese leído el libro de mi padre, pero sí que los dos compartieron la conveniencia de arremeter de ese modo contra la sociedad norteamericana de finales del siglo XX. Por supuesto, es difícil distinguir entre una descripción brillante y compasiva y una exhibición de percepción extrasensorial, pero siempre tuve la sensación de que mi padre estaba conectado con profundas corrientes subterráneas.

Hay otros ejemplos de aparente clarividencia, pero la que acude con más crudeza a mi imaginación es el cáncer. Mi padre murió de cáncer. No estoy totalmente seguro, pero creo que por un tiempo le ocultaron la gravedad de su estado. Desde luego, lo hicieron conmigo. Le diagnosticaron la enfermedad en 1981, pero en 1964 había escrito sobre ella en *El escándalo de los Wapshot*.

... El cáncer era común, pero a los hombres y las mujeres que lo padecían se les contaba que el dolor era una complicación sin importancia mientras sus hermanos y hermanas, sus maridos y sus mujeres murmuraban a sus espaldas: «La única esperanza es que sea rápido». Esta hipocresía cruel y absoluta tenía por fuerza que volverse contra ellos y al final nadie podía saber, o contar con que le dijeran, si el dolor de estómago era la llamada de la muerte o simplemente gases. La mayoría de las enfermedades tienen sus mitologías, sus poblaciones, su ambiente y sus chistes lúgubres. La Peste Negra tenía máscaras, bailes y canciones callejeras. La tuberculosis en sus días de esplendor era una especie de civilización donde una casta de hombres y mujeres condenados brillantes y agraciados se enamoraban, bailaban el vals e inventaban privilegios por su enfermedad; pero esto era la mano férrea de la muerte desprovista de su realidad por una conjura social. «Vamos..., que dentro de nada estará otra vez dando guerra —le dice la enfermera al hombre que agoniza—. Querrá usted bailar en la boda de su hija, ¿no? ¿Es que no quiere ver casada a su hija? Pues entonces, ¿cómo va a recuperarse si no está mas animado?»[11]

Cuando mi padre enfermó, se enfrentó a la misma hipocresía de la que había abominado por escrito tantos años antes. Aún recuerdo una escena terrible en la que un médico que había hablado de sus muchas posibilidades de recuperación le dijo a otro: «A partir de ahora el único tratamiento será paliativo».

Graham Greene habla de los poderes proféticos de la ficción en su libro autobiográfico *Vías de escape*. Greene sugiere que el mundo onírico en el que se inspira el autor está tan abierto al futuro como al pasado. Se pregunta si Zola no habría escrito acerca de su propia muerte: «¿Se inspiraba Zola al escribir sobre los mineros que morían por el aire envenenado en un recuerdo de su propia muerte asfíxiado por el humo de su estufa de carbón? Tal vez valga más que un autor no relea los libros que ha escrito, no vaya a encontrar demasiados indicios de un futuro desdichado».

Cuando pienso en la muerte de mi padre, vuelvo a la ficción; pienso en el último capítulo de *Falconer*. Recuerdo que, como mi padre, Ezekiel Farragut estuvo en una bolsa para cadáveres. Mi padre decía que la ficción era un ejercicio de memoria mal entendido. ¿Fue el último capítulo de *Falconer* un recuerdo del pasado, o del futuro? El compañero de celda de Farragut, el Pollo Número Dos, muere y lo meten en un bolsa para cadáveres. Farragut escapó metiéndose en lugar del cadáver.

... Hacía falta astucia; astucia y el valor suficiente para ocupar el sitio que le correspondía en el esquema de las cosas, tal como él lo veía... Dejó al Pollo en su propia cama y estaba a punto de meterse en el saco cuando algún azar, algún golpe de suerte, algún recuerdo, lo llevó a coger una hoja de la maquinilla de afeitarse antes de tenderse en la mortaja y cerrar la cremallera hasta arriba. Se sintió muy encerrado ahí dentro, pero el olor de su tumba no era más que el simple olor de la lona, el olor de una tienda de campaña.

Los hombres que acudieron a buscarlo debían de llevar suelas de goma porque no los oyó llegar ni supo que estaban ahí hasta que sintió que lo levantaban del suelo y se lo llevaban. Su aliento había empezado a humedecer la tela de la mortaja y le dolía la cabeza. Abrió mucho la boca para respirar, temiendo que oyeran el ruido que hacía y temiendo aún más que el animal estúpido que llevaba dentro fuera presa del pánico y se retorciera y gritara que lo dejaran salir.

La tela estaba ahora mojada, lo que volvía más intenso el olor a goma, y sintió la cara empapada y que empezaba a jadear. Pero el pánico pasó y oyó abrirse y cerrarse las primeras dos puertas y sintió que lo llevaban cuesta abajo a través del túnel. Que recordara, nunca lo habían llevado antes así. (Su madre, muerta mucho tiempo atrás, debía de haberlo llevado de un

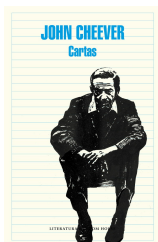
sitio a otro, pero no lo recordaba.) La sensación de que lo llevaran a uno pertenecía al pasado, teniendo en cuenta que le provocaba una improbable sensación de inocencia y pureza. Qué extraño verse llevado así a esas alturas de la vida y hacia algo que desconocía, libre por lo visto de su crudeza erótica, su desdén fácil y su risa apesadumbrada; no era un hecho sino un azar, algo como la luz del atardecer en los árboles más altos, inútil y emocionante a un tiempo. Qué extraño estar vivo y ser adulto y que lo llevaran a uno.

[Cuando lo dejaron solo en el suelo] sacó la hoja de afeitar del bolsillo y empezó a cortar en paralelo a la cremallera. La hoja penetró en la lona, pero despacio. Necesitaba tiempo, pero no rezaría pidiendo tiempo ni cualquier otra cosa. Se conformaría con las fuerzas de amor, con una presencia que sentía como si fuera el arranque de una escalera. La hoja se le escurrió entre los dedos para caerle en la camisa y, aterrorizado, hizo un movimiento brusco y torpe y la dejó deslizarse hasta el suelo del saco. Entonces, al palpar como un loco en su busca, se cortó los dedos, los pantalones y el muslo. Cuando se frotó el muslo sintió la humedad de la sangre, pero le pareció que le había ocurrido a otro. Con la hoja entre los dedos siguió cortando su mortaja. Cuando tuvo libres las rodillas las levantó, encogió la cabeza y los hombros para salir de debajo de la tela metálica y salió de su tumba.[12]

Y así John Cheever, como Ezekiel Farragut, escapó de nosotros, aunque no bajo tierra.

«Estas cartas fueron escritas por un hombre extraordinario, y lo extraordinario de mi padre no fueron su crueldad ni sus fracasos. Lo extraordinario era su alegría y el talento que tenía para regalarla a los que le rodeaban.»

BENJAMIN CHEEVER



John Cheever trazó en sus cartas, durante años y sin saberlo apenas, un autorretrato tan revelador como el que esconden sus cuentos y sus novelas. Prolífico en su correspondencia privada, podía llegar a escribir una treintena de veces semanalmente a amigos, a otros escritores como Philip Roth, John Updike o Saul Bellow, así como a familiares y amantes. A todos ellos les pedía que se deshicieran de unos textos que consideraba pasajeros: «Guardar cartas es como intentar preservar un beso». Sin embargo, sus destinatarios quisieron conservar unas misivas que, editadas y anotadas por su hijo Benjamin, forman una historia tan vívida y humana como cualquiera de sus personajes.

Torturado por su alcoholismo y por una bisexualidad reprimida, Cheever siempre fue un extraño para los que tenía más cerca. Aunque la publicación póstuma de sus diarios hizo patente hasta qué punto el dolor inundaba su vida, sus cartas se convierten en una suerte de ventana que él nunca advirtió, una mirada privilegiada a la fragilidad de sus emociones y a la honestidad con que recibía sus derrotas. Una rendija al universo más íntimo de un buen hombre que reveló en estos textos el vínculo terrible entre su genialidad y sus demonios.

«El maestro de los relatos cortos también fue el maestro de las cartas cortas.»

The Sunday Times

«Al final, la suya fue una historia de éxito. Pero sus *Cartas* te hacen incómodamente consciente del precio que pagó por alcanzarlo.»

The New York Times

«John Cheever jamás escribió una mala carta. Cuando me escribía siempre era como si

caminase por la cuerda floja.»

WILLIAM MAXWELL, editor del autor en *The New Yorker*

«Fascinante [...] las cartas de John Cheever irradian amor y luz. [...] Ante entregas de tal cantidad e intensidad, de nada sirven las categorías convencionales.»

New York Magazine

«Un placer único que ni una biografía podría ofrecer: observar cómo un artista descubre y redefine su mundo mes a mes. Sus cartas nos convencen de que estamos ante un gran escritor y un buen hombre.»

Chicago Tribune

John Cheever (Quincy, Massachussets, 1912 - Nueva York, 1982) es uno de los escritores norteamericanos más destacados del siglo XX. Con apenas veinte años empezó a escribir relatos en *The New Yorker* con un éxito inmediato que le llevó a ser conocido como «el Chejov de los suburbios» por la maestría con la que retrató el espejismo del sueño americano, buscando siempre algo de luz entre el caos y el desencanto y la melancolía. Autor también de una sólida obra novelística, destacan *La crónica de los Wapshot* (National Book Award, 1958), *El escándalo de los Wapshot* (publicados por DeBolsillo en el ómnibus *Los Wapshot*), *Bullet Park*, *Falconer* y *¡Oh, esto parece el paraíso!*. Sus *Dietarios* y sus *Cartas* forman parte también de una obra monumental que le mereció el Premio Pulitzer en 1979 y la Medalla Nacional de Literatura en 1982, poco después de su muerte.

Título original: *The Letters of John Cheever*

Edición en formato digital: enero de 2018

© 1988, Benjamin Cheever

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Miguel Temprano García, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse

Fotografía de portada: © Fede Yankelevich

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3397-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Más tarde mi padre diría de mi abuelo que poseía una fábrica de zapatos. Aseguraba que en vacaciones lo llevaba a la fábrica y lo sostenía en brazos para que pudiera accionar el silbato que indicaba la pausa del almuerzo. Di por sentado que era cierto, aunque desde el principio de este proyecto reparé en que los personajes de los relatos de mi padre casi siempre eran vendedores y no fabricantes de zapatos. En el artículo de portada de la revista *Time* publicado en 1964, se dice de Frederick Lincoln Cheever que era vendedor. Supongo que no había inventado la fábrica todavía.

[2] La Work Progress Administration, una de las agencias creadas por el New Deal para proporcionar empleo a los trabajadores sin cualificar, principalmente en obras públicas. (*N. del T.*)

[3] John Cheever, *Falconer*, Barcelona, RBA, 2012. Traducción de Patricia Antón de Vez.

[4] John Cheever, *Cuentos*. Barcelona, RBA, 2012. Traducción de José Luis López Muñoz y Jaime Zulaika Goicoetxea.

[5] John Cheever, *Crónica de los Wapshot*, Barcelona, RBA, 2013. Traducción de Maribel de Juan.

[6] John Cheever, *Crónica de los Wapshot*, *op. cit.*

[7] John Cheever, *Cuentos*, *op. cit.*

[8] En el original, «What's nest?», un juego de palabras intraducible a propósito del nombre de la cabaña, Crows Nest, y basado en la similaridad fonética con *What's next?*, «Y ahora ¿qué?». (*N. del T.*)

[9] Cheever alude a un verso del poema de Carl Sandburg «Fog»: «The fog comes / on little cat feet». (*N. del T.*)

[10] Este era el término utilizado por los movimientos prohibicionistas en Estados Unidos para resumir los horrores del alcohol. (*N. del T.*)

[11] John Cheever, *El escándalo de los Wapshot*, Debolsillo, Barcelona, 2018. (*N. del T.*)

[12] John Cheever, *Falconer*, *op. cit.* (*N. del T.*)

Índice

Cartas

Agradecimientos

El hombre a quien creía conocer

John William Cheever

Los años treinta: inicios

Guerra y matrimonio

Instrucción básica

Ejército regular

Guerra de película

Licenciado, 21 de noviembre de 1945

En el barrio residencial

Dinero de las películas

En el extranjero

De vuelta en América

Rusia

El demonio del ron

La puerta de Nebraska

La Universidad de Boston

Smithers

Falconer

Los cuentos

El cáncer

[Sobre este libro](#)

[Sobre John Cheever](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)